

Salvador Garralón

# LA CARIDAD MAS DIFICIL

## El Siervo de Dios Don Pascual Uva



CASA DE LA DIVINA PROVIDENCIA  
OBRA DON UVA

# LA CARIDAD MAS DIFICIL

El Siervo de Dios Don Pascual Uva  
(Bisceglie 1883-1955)





D. Bellotti

**Salvador Garofalo**

# **LA CARIDAD MAS DIFICIL**

**El Siervo de Dios Don Pascual Uva  
(Bisceglie 1883-1955)**

**Tomo I**

**Casa de la Divina Providencia  
Obra Don Uva**

La obra ha sido realizada  
por la redacción de la Editorial VELAR S.A.

Textos  
Salvador Garofalo

con la colaboración de la  
Postulación Casa Divina Providencia - Bisceglie (BA)

Fotocolor  
Franco Marzi  
Archivo fotográfico Casa de la Divina Providencia. Obra Don Uva

Proyecto gráfico y compaginación  
Marino Ferrari  
Luisa Menghi

Impresión en offset  
Punto e Linea srl, Seriate (BG)

Fotocomposición  
Editrice VELAR S.A., Gorle (BG)

Matriz para la impresión  
Litocomp, Gorle (BG)

Confección  
Litolego, Gorle (BG)

Copyright © 1995  
Congregación religiosa de las Hermanas  
Siervas de la Divina Providencia  
Via Bovio, 78 - Bisceglie (BA)

Editorial: Casa de la Divina Providencia - Obra Don Uva

Traducción al español  
María Benites  
Isabel Benedit

Reservados todos los derechos de traducción y reproducción,  
en todos los países, del texto y de las imágenes  
por cualquier medio o procedimiento.

## Prólogo

Mons. Salvador Garofalo es experto en estudios bíblicos y hagiográficos, profesor de la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma y consultor de la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos.

Tiene un hablar límpido y alegre, de napolitano vezraz.

Ha trazado la vida del Siervo de Dios, sondeando en su diario, el cual puede muy bien ser llamado: *Evangelio...según Pascual Uva*.

«In nomine omen» - Su destino en el nombre.

**Pascual:** rostro alegre. Amó llamarse "cabeza dura", pero fue para todos "corazón infantil". Se llamó también "administrador de Dios", con sabiduría campesina, heredada de su familia. Sabía gustar de la lengua dialectal.

**Uva:** pisada del vino generoso de la Pulla; místicamente, "vino que alegra el corazón del hombre" (Pr 103,15), vino sacramental que se convierte en "la sangre del Cordero" (Ap 5,12)...en el sacrificio eucarístico.

**Bisceglie:** etimológicamente "Las Vigilias", vigili-  
lias de la Providencia divina para con los enfermos y necesitados de todo tipo. Centinelas: las Hermanas Siervas de la caridad - los sacerdotes "siervos de los pobres"- una diaconía laica de nombre Lorenzo...como el Mártir, al servicio de Don Uva, como...León de la bondad y de la laboriosidad.

**Su escudo:** dos racimos de uva - en el centro una llama de fuego devorante. El lema: "Charitas Christi urget nos" (2 Cor 2,14), urgencia personificada.

**Su canto:** "Deo gratias". El saludo de augurio entre hermanos, expresado en los momentos alegres y también en los tristes. Agradecimiento de tono eucarístico.

Don Pascual realizó los estudios sagrados como alumno del Colegio Capránica. Se diplomó en teología e «in utroque Jure».

Se inició en la vida pastoral en su Bisceglie natal. La acción catequética y la enseñanza del catecismo fueron sus primeros frutos. Su desvelo: la evangelización.

Un día, a los veinticuatro años, caminando por las calles de Roma lo sorprendió la lluvia. Se refugió en un zaguán en el que se vendían libros usados. Un libro llamó su atención: la vida de San José Benito Cottolengo. Lo compró.

Un rayo, un temblor, una lectura que sacudió su pensamiento y su corazón. Una "metanoia"...lenta, persistente, que cambió su vida. Resuena la hora del Espíritu: "El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de donde viene ni a dónde va..." (Jn 3,8).

Es el encuentro para Don Pascual con la humanidad sufriente en el cuerpo, el espíritu y en la vida social.

Fue para él como un bautismo del Espíritu. Una pascua que transformó su persona, la vida de tantos hermanos y hermanas infelices, de tantos colaboradores y poblaciones.

Por ese "zaguán" pasó la "Providencia de Dios". Fue para él el primer santuario del corazón en llamas, urgido por la caridad hacia el prójimo. La Providencia divina pasó del Piamonte a la Pulla, San José Benito Cottolengo y el Siervo de Dios Pascual Uva: dos llamas de caridad inextinguibles.

Sin embargo, Dios no se copia: "Yo hago nuevas todas las cosas" (Ap 21,5). En el Cottolengo, cada día se abrían las puertas para colmar las necesidades de alimento, de medicinas, de consuelos, con el servicio de las Hermanas activas y contemplativas. A la noche, en la caja no podía quedar siquiera un centavo, lo que sobraba debía llevarse a los necesitados de la calle. Un signo de absoluta pobreza y de confianza en la Providencia de Dios.

En la Casa de Don Uva, en cambio, se debía proveer a las necesidades de la vida por medio de la cuestionación, practicada por él mismo y por las Siervas de la Divina Providencia.

El Piamonte y la Italia meridional: dos situaciones diversas. En el sur, la miseria era un miembro de la casa.

La cuestación para los pobres, los enfermos y los necesitados era una cuestión vital. El buen Dios estimulaba a los pudientes con la pedagogía de la limosna, de la generosidad, del sacrificio. Los eclesiásticos estaban comprometidos de un modo particular y daban el ejemplo, una vez asegurado lo necesario para el culto divino.

Don Pascual recibía ortofrénicos, deficientes, epilépticos, deformes, alienados. Procuraba alimentos, medicinas, los gustos de la vida, las distracciones. Socorría también a las familias de los pacientes. Atendía a las nuevas formas de pobreza. Pero su objetivo principal era la promoción humana, el desarrollo de la personalidad -supremo valor creado- combatiendo el individualismo y toda forma de egoísmo. Exigía todo esfuerzo que pudiera servir para una mínima recuperación de la razón.

Ponía en el primer lugar la gracia divina, el culto, la oración, los sacramentos, la alegría.

Construyó un templo sagrado, amplio y decoroso, en el centro de la Obra de la Divina Providencia. Resultó, de hecho, la iglesia más grande de la Pulla. Fue diseñado de modo tal que pudiera recibir a todo tipo de fieles, y así también a algunas categorías de enfermos con exigencias especiales, en la unidad del pueblo de Dios.

Don Uva no se limitaba a la pequeña cuestación, sino que ambicionaba una mucho más exigente. Estimulaba a los poderes públicos a proveer a las necesidades más graves y urgentes de las comunidades comunales, regionales, nacionales y también internacionales.

Buscaba obtener fondos de las organizaciones económicas. En aquel tiempo la asistencia social empezaba a insinuarse, particularmente respecto de las enfermedades nerviosas y de otro tipo.

Era necesario, por lo tanto, formar equipos de expertos, clínicos, farmacéuticos, enfermeros, administradores, financistas; complejos hospitalarios, los cuales, sin embargo, no debían estar muy distantes de las familias de los pacientes. Imaginó tantos... Para esto, promovió congresos de estudio en la Casa de la Divina Providencia y en otros lugares, también en el extranjero.

Se preocupaba por la curación biológica y psico-

lógica, apuntaba a la salvación de la persona, a la vida sobrenatural. Se necesitaban asistentes sociales cualificados y voluntarios del espíritu: sacerdotes, religiosos, maestros de todo tipo, operadores pastorales y apóstoles laicos sin excluir los grupos de oración, hoy tan difundidos.

No se daba ni daba tregua.

Pero, para él, la organización de una Obra tan compleja y progresista -habla de los "molinos de la mente y de las tempestades del corazón"- afrontando dificultades de todo tipo, insinuaciones maliciosas y luchas abiertas sin que se le moviera una pestaña, era un modo de evangelizar.

En efecto, leía todos los días el Evangelio y también el diario, profundizando lo esencial y transmitía a los demás como única regla de vida, sublimes aspiraciones de caridad, llevada hasta el heroísmo.

Escribió su diario personal hasta los últimos días de su vida. Más que las noticias, le interesaban las sugerencias, los movimientos del Espíritu divino. Como Jesús, también él "coepit facere et docere" (Hch 1,1). Ese diario es una historia de amor. Don Pascual al obrar miraba proféticamente también a los tiempos lejanos y a empresas imprevisibles.

Quienes tengan la fortuna de leer estas páginas tan sabias y por momentos tan emocionantes, podrán apreciar la sabiduría y la experiencia vital y encontrarán estimulantes inspiraciones. El Padre habla a las personas simples, a los intelectuales y a los poderosos. Su lenguaje está hecho de expresiones lúcidas, cálidas, conmovedoras, dinámicas.

¡Es el Evangelio según Pascual Uva!

Canta al amor, la perfecta donación a Dios y a los hermanos. Vive la caridad, el amor que quema y que es propio de Dios. Realiza el ágape, la dedicación; el banquete de las Tres Personas Divinas en la Unidad de la naturaleza, con todos los hijos de Dios y con todas las creaturas.

Es sacerdote, y por eso se ocupa de los intereses de Dios y de la Iglesia, tanto en la liturgia como en la vida social y también política, comprometiéndose con todas sus fuerzas y combatiendo a los adversarios del bien común.



¡La política, en verdad, es la forma más omni-comprehensiva de la caridad cristiana! Es un hombre prudente; en su modo de actuar se muestra rudo, sagaz, no avaro sino generoso, siempre de buen humor, pero firme en sus decisiones: "Duro como un diamante, bueno como una madre"... ¡verdadera pedagogía!.

Su delicia fue "la pobreza de espíritu". Sabemos que el modo de ser de Dios es la pobreza. La "Kenosis" . "Jesús... siendo de condición divina, se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres, obediente hasta la muerte de cruz...por eso es el Señor de las cosas y de la historia" (Fil 2,7).

Finalmente le llegó el tiempo de la prueba de Dios: la enfermedad. Aunque tenía una salud robusta, fue golpeado por una poliartritis irreversible, con todas sus consecuencias.

Esperaba poder llevar a término sus planes fecundados por tantas miserias. Sufrió particularmente con la organización de la obra para las mujeres descarriadas.

Pero el viento del Espíritu, soplando en medio del dolor, hizo caer una última "lluvia" con la cual completó el evangelio pascual y se intensificaron los sufrimientos físicos, morales, espirituales y sobrenaturales en una síntesis en la cual, realmente, todos los infelices encontraban su parte de purificación, redención, santificación y de paraíso.

El testamento de Don Uva podría atribuirse a San Pablo Apóstol cuando decía: "Que el Señor los haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos, como es nuestro amor para con vosotros, para que se consoliden vuestros corazones con santidad irreprochable ante Dios, nuestro Padre, en la Venida de nuestro Señor Jesucristo, con todos los santos." (1 Tes 3,12-13).

El día de su entierro en Bisceglie llovía a cántaros. Esa "lluvia ... en el zaguán romano..." donde por primera vez dialogó con la caridad...¡auspicio y profecía de la Casa de la Divina Providencia!.

Yo, personalmente, soy uno de los íntimos testigos de la epopeya de la caridad -"uvana"- que ha irrumpido en el sur de Italia.

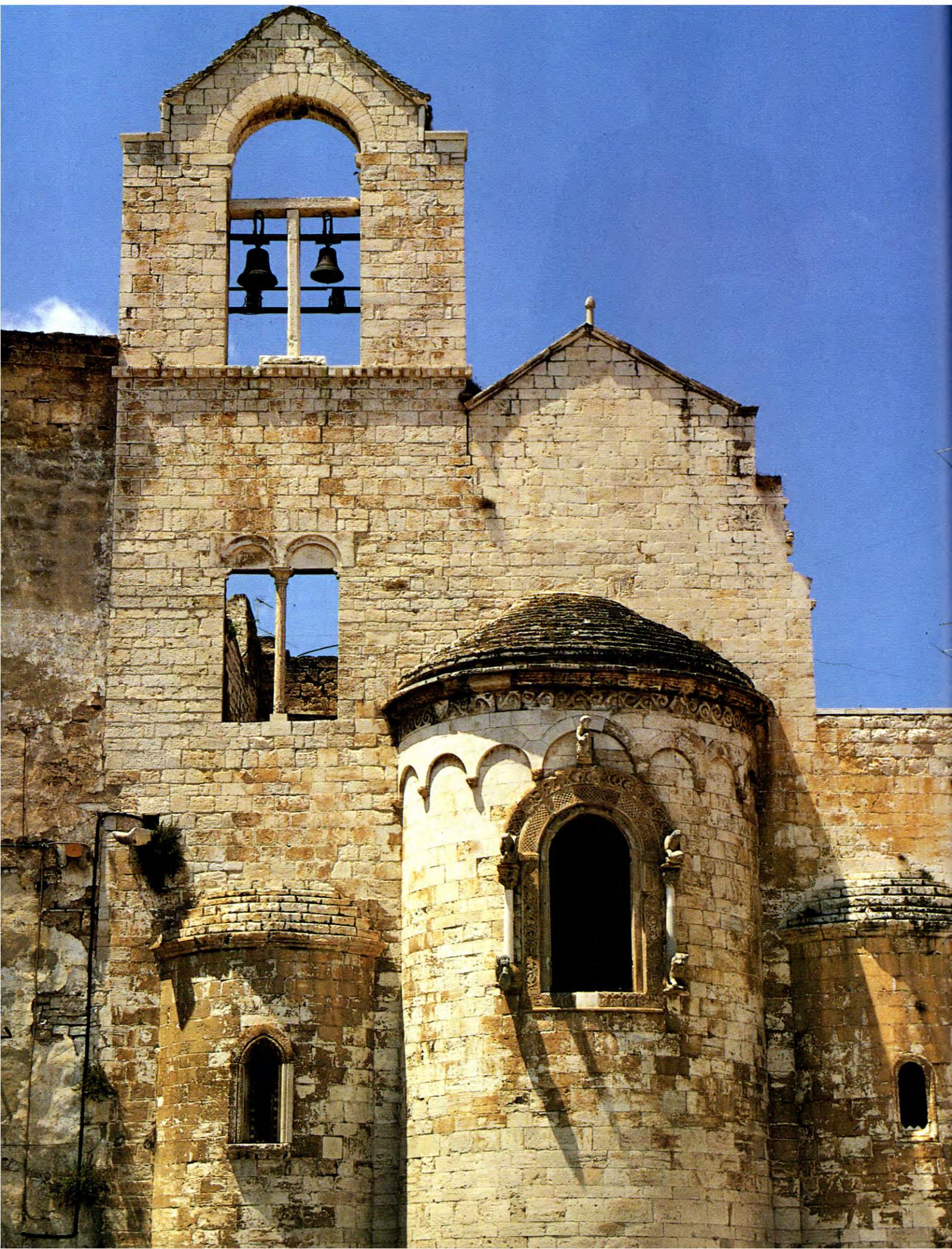
Otras lluvias caerán del cielo...¡El ahora es Siervo de Dios!

Pensaba en la expansión de la Obra de la Divina Providencia en América Latina.

Hoy son sus Siervas, por las cuales él había hecho voto de víctima, las que velan como misioneras en Argentina.

En su escudo de religión, muy elocuente, "Dos racimos de uva" -la Obra de la Divina Providencia en Italia meridional y en la Argentina- maduran en el fuego devorador de la caridad de Cristo que exige "urgencias de amor" impostergables en el Cielo del Siervo de Dios.

+ Corrado Carol - Uva  
Previsione Emerito di Napoli



**Primera parte**

**DESDE LA INFANCIA HASTA EL SACERDOCIO**





## Capítulo I

## LOS PRIMEROS AÑOS



**Bisceglie: la casa paterna en la calle Juan Bovio, cercana a la iglesia de San Agustín, a la derecha de la entrada actual de la Casa de la Divina Providencia. Allí nació Don Uva el 10 de agosto de 1883.**

**L**a historia que nos disponemos a narrar es muy elocuente para nuestro tiempo, en el cual se habla mucho y se hace poco, se enarbolan proyectos ambiciosos, pero no siempre a las buenas intenciones les siguen los hechos.

El protagonista de nuestra historia es un hombre, un sacerdote, que no sólo realizó su vocación religiosa con un compromiso heroico, sino que convirtió en realidad lo que muchos consideraban un sueño. Don Pascual Uva dejó un imponente complejo de obras que han superado el desafío del tiempo; afrontó con mente lúcida, con tenacidad y perseverancia el angustiante problema de las personas que padecen disminuciones psíquicas de distinto grado. De este modo, una multitud de desventurados, marginados o excluidos de la sociedad, ha encontrado y encuentran fraterna acogida por parte de una Congregación femenina fundada por Don Uva para ser alma de sus obras, y por una cantidad de profesionales de la sanidad altamente especializados, que los atienden con todos los recursos de la ciencia y de la tecnología más avanzada.

Esta empresa inspirada y admirable fue concebida por Don Uva para su tierra natal, Pulla, con la intención de extenderla luego a toda la Italia meridional, desde Campania hasta Sicilia donde, en aquel tiempo, la asistencia psiquiátrica era insuficiente o casi inexistente. En su concepción, la ciencia debía aliarse con la caridad. Todos tenemos algo para aprender de él; hacer, cada uno de nosotros y también las autoridades públicas obligadas por la ley, lo que Don Uva hizo libremente, por amor de Dios y del prójimo. Y ésto en beneficio de creaturas infelices que, aunque parece que sólo tuvieran fragmentos de alma, son seres humanos e hijos de Dios.

Don Uva nace en Bisceglie, ubicada a 16 mts. sobre el nivel del mar Adriático, a 34 km. de Bari, entre los territorios de Trani y Molfetta; es una ciudad antigua y rica de historia, con una parte medieval y otra moderna.

Cuando Don Uva estaba en lo mejor de su juventud, Bisceglie como centro agrícola era “especial-



mente fértil para la producción de aceite, vino, legumbres, almendras y todo tipo de frutas... con bellas quintas, casas blancas, edificios con terrazas floridas y amplísimas plazas. El puerto de la ciudad está formado por un muelle”<sup>1</sup>

Pascual nació en lo más álgido del sofocante verano pullés, el 11 de agosto de 1883. Era viernes, día nefasto según la tradición popular y no faltó quien vaticinara que el niño se había asomado a la vida bajo una mala estrella. El alarmante presagio fue desmentido inmediatamente: esa misma tarde, la joven madre ya estaba en pie<sup>2</sup>. Al día siguiente, este segundo hijo de los esposos biscegliees Pascual Uva e Hipólita Chiaromonte, fue llevado a la fuente bautismal de la antigua catedral<sup>3</sup>. Según la costumbre local, recibió el sacramento de la confirmación a la edad de tres años, el 24 de octubre de 1886.

Los esposos Uva tenían sólidos principios religiosos y morales y gozaban de una decorosa situación, gracias a las rentas de un modesto establecimiento agrícola.

Los recuerdos que se conservan de la infancia y adolescencia del pequeño Pascual son escasos, aunque suficientes para conocer los rasgos de su carácter. Era un niño fundamentalmente bueno y respetuoso; uno de sus juegos preferidos -casi como demostración de una precoz inclinación a las cosas de Dios- era el de hacer altarcitos y organizar funciones religiosas y procesiones; en ese entonces lo solí-

an hacer los niños de aquellas familias cristianas ejemplares, que orientaban a sus hijos, desde la más tierna edad, hacia las prácticas de piedad. Una hermana de Don Uva atestigua: «Quería ganar siempre, entre los compañeros y en la familia. Y al decir que quería ganar en todo, he dicho cuanto es necesario para saber cómo era desde pequeño»<sup>4</sup>. Don Uva confiesa a una persona que le reconocería el don natural para centrar cada problema en su punto esencial: «Siempre tuve la inclinación a reflexionar mucho sobre cada cosa que haría. Aún en los juegos de mi infancia me detenía a considerar cada detalle con peso y medida porque quería y debía ganar siempre»<sup>5</sup>. Cuando ya no se trataba de juegos, sino de tomar decisiones que muchos juzgaban arriesgadas o presuntuosas, Don Uva no se dejaría intimidar porque jamás improvisaba; meditaba por mucho tiempo sus proyectos, delineándolos hasta en sus detalles y los llevaba a término con firmeza. Lo llamarían «cabeza dura», pero él corregía: «cabeza de fe»<sup>6</sup>. Y vencía siempre. Otra de las características de Pascual de niño fue la generosidad con sus compañeros más pobres, con los cuales compartía espontáneamente su merienda; en la escuela les daba lapiceras, lápices y cuadernos. Su madre lo apoyaba siempre, luego de asegurarse de que la desaparición de los útiles no se trataba de distracción o negligencia<sup>7</sup>.

### Seminarista en Bisceglie

En 1895, a los doce años, terminada su educación primaria, ingresó en el seminario de Bisceglie que, desde 1883 había sido renovado y modernizado por el joven rector, el P. Donato Dell'Olio, con la adecuación de sus programas de enseñanza a las normas de los Institutos estatales.

La entrada en el seminario no era necesariamente un signo de vocación sacerdotal. En Bisceglie, has-



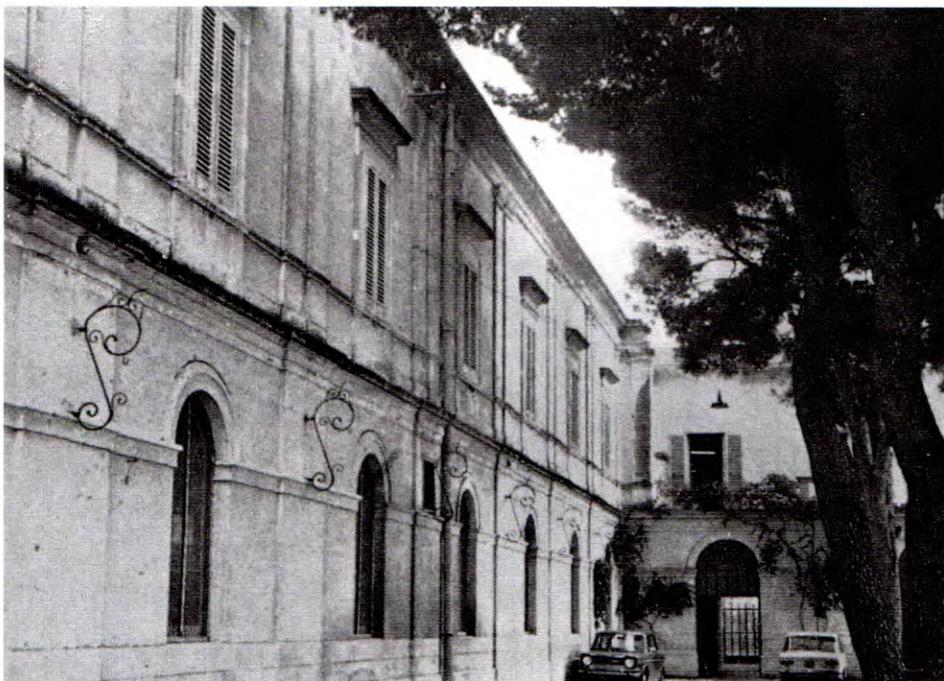
ta 1905, la escuela media del seminario fue la única de este nivel a la cual las familias con recursos podían mandar sus hijos, para que alcanzaran un título en vistas a un empleo o a una profesión.

Pascual terminó el ciclo básico en dos años, en vez de los tres reglamentarios, probablemente para recuperar el retraso de un año.

Muy pronto advirtió su vocación sacerdotal. Un día, mientras asistía a un rito de vestición clerical, se adelantó hasta la primera fila pasando entre la gente y molestando a una señora que le dió un empujón; Pascual le pidió disculpas y le dijo que para él era muy importante ver “como se viste a un seminarista” porque también él quería hacerse sacerdote<sup>8</sup>.

Entre 1887 y 1896 la familia Uva perdió tres hijos varones: el primogénito Mauro Nicolás, el tercero Nicolás y el sexto Mauro Nicolás. Pascual era el único varón sobreviviente y el único con quien podía contar el padre para continuar la familia, sucederlo en la conducción de la empresa agrícola y en la administración del patrimonio. En Italia meridional no se concebía que el único hijo varón fuera destinado al sacerdocio.

Pascual sufrió mucho y por largo tiempo por permanecer fiel a su ideal; finalmente, como de costumbre, venció también la resistencia que más le dolía, la de su padre; y la venció hasta el punto de encontrar en su familia a los primeros colaboradores y sostenedores de sus obras.



Nueva sede del Seminario Diocesano de Bisceglie, inaugurado por el rector Donato M. Dell'Olio pocos años antes de que entrara Don Uva en 1895, en ese momento estaba en campo abierto.

## Benevento y Conversano

Para completar los estudios secundarios, en 1897 se trasladó al seminario de Benevento, capital de la provincia homónima en Campania. Por primera vez salía de la Pulla, y el motivo era que el arzobispo local, Mons. Donato Dell'Olio, ex rector del seminario de Bisceglie y desde 1891 arzobispo de Rossano en Calabria, precisamente en 1897 fue destinado a la sede de Benevento; allí recibió la púrpura cardenalicia en 1901 y al año siguiente (18/2/1902) murió, a los 54 años. El primer biógrafo de Don Uva afirma: «Sé por reiteradas y directas experiencias qué profundo y filial era el vínculo que lo ligaba a la memoria del Cardenal... con quien la fe y la caridad lo hacían afín y congeniar»<sup>9</sup>.

Después de obtener la licencia del ciclo básico en octubre de 1900, Pascual fue al seminario-colegio de Conversano<sup>10</sup> para frecuentar las clases del bachillerato. Un compañero lo recuerda «siempre serio, estudioso, amable y piadoso, de carácter fuerte, resuelto y enérgico. Era mas bien reservado y de un trato simple y cortés, atento y servicial con los compañeros. Era un poco tartamudo»<sup>11</sup>.

Los archivos del colegio muestran el progreso de Pascual “siempre mayor en la formación espiritual”, tanto que “al terminar el liceo tenía 10 en conducta - y el 10 de entonces tenía su valor- cuando en el primer año había obtenido un 8”<sup>12</sup>. El 15 de julio de 1903 completó sus estudios con notables resultados: 8 en filosofía, 7 en las dos versiones latinas, y en griego, historia civil, matemática e historia natural, y sólo un 6 en italiano<sup>13</sup>.

Los escritos de Don Uva no tienen pretensión literaria, pero sí una rara eficacia por su espontanei-

dad; a veces arriesga alguna veleidad estilística, sobre todo en su juventud, pero sus pensamientos son más veloces que su escritura, algunas veces incorrecta. A propósito de las cartas de su madurez, el conocido literato florentino, Pedro Barge-llini escribe: «Es increíble cómo la humanidad de un pobre sacerdote adquiere su propio relieve en páginas de alta espiritualidad. Me refiero especialmente a las cartas... dignas de la más bella literatura ascética por su lenguaje directo, su sinceridad y hasta por su humorismo»<sup>14</sup>.

## Páginas de su diario

El primer escrito juvenil de Don Uva, que aún no había cumplido veinte años, es un fragmento de su diario, del 10 de marzo de 1903, cuando cursaba el último año del bachillerato en Conversano. El texto está precedido de un pensamiento de Victor Hugo: «No hay nada que destruya la esencia de un sacerdote como el amor de una mujer»<sup>15</sup>. Los superiores de Conversano, por su seriedad y su conducta ejemplar, le habían confiado la tarea de prefecto de un dormitorio de estudiantes laicos; éstos, durante las vacaciones de verano se divertían enviándole postales con ilustraciones maliciosas y poco decentes, que Pascual se apresuraba a romper porque no soportaba las bromas de mal gusto u ofensivas<sup>16</sup>. Estas provocaciones demuestran que, en materia de pureza, era intransigente consigo mismo y con los demás. Lo prueba esta reflexión que solía hacer con frecuencia:

«Oh Esposa dilecta del Cordero inocente, ¿dónde están tus ministros inmaculados? Oh Cordero inmaculado, ¿dónde están tus castas esposas? Veo a unos y a otras cubiertos de fango... Oh Señor, ¿habrá que caer hasta el fondo antes de obtener una reforma? ¿No podrá surgir un nuevo Hildebrando antes de la caída en lo profundo del abismo? Oh Señor, el camino que he tomado es similar al de

todos los demás ¿También yo me contaminaré y resultaré un vil hipócrita?  
Sálvame, sálvame Tú que puedes y hazme digno del gran ministerio hacia el cual estoy caminando; o si no, sácame de tu santo camino y hazme oír Tu potente voz. Dios grande, ¡ten piedad de mí!»<sup>17</sup>

El Hildebrando aquí citado es el célebre monje benedictino, aclamado Papa en el 1073 con el nombre de Gregorio VII. Durante su pontificado, se dedicó a erradicar con firmeza inflexible los vicios que desfiguraban la imagen del sacerdocio, haciendo frente a las oposiciones que le llegaban de todas partes.

Con el énfasis y la intransigencia propios de la juventud, Pascual generaliza las acusaciones dirigidas a los sacerdotes y religiosas. Su deseo de un “nuevo Hildebrando” tiene casi el sabor de una profecía: cinco meses más tarde, el 4 de agosto de 1903, fue elegido Papa San Pío X, quien desde el comienzo de su pontificado se dedicó a fondo a la reforma de los estudios y de la disciplina en los seminarios de Italia. Es notable la extrema firmeza de Pascual al invocar la gracia de Dios para no convertirse en un sacerdote miserable e indigno.

### Temores y turbaciones

Ya en edad madura, al mostrar a sus religiosas una fotografía de cuando era seminarista, les contará que cuando tenía alrededor de 18 años, a fines del 1900 e inicios del 1901, sufrió una grave crisis. Su padre no cedía en la oposición a la vocación sacerdotal de su único hijo varón y Pascual tuvo la tentación de satisfacerlo. La madre, desolada, recurre a la oración, también a la de sus piadosas amigas, para que el Señor lo ilumine. Unos días más tarde, al volver a su casa, Pascual dio un puñetazo sobre la mesa y exclamó: «Ustedes han vencido! Quiero ser sacerdote». Pero el padre, tan “cabeza dura” como el hijo, se obstinó. Cuando Pascual terminó con los exámenes del liceo, para huir de la lucha familiar se fue a Benevento sin avisar a nadie y se refugió en el se-



minario. Esta aventura le costó cara porque, cuando volvió a su casa, el arzobispo Tomás Di Stefano lo llamó y le reprochó el haberle ocultado la fuga, imponiéndole como penitencia el comenzar sus estudios teológicos en el Seminario de Trani. Pascual obedeció sin hesitación.

Durante su permanencia en Trani, iba casi todas las semanas a su casa en compañía de otros seminaristas y su madre, invariablemente, preparaba el almuerzo para todos<sup>18</sup>.

En Trani, Pascual retomó su diario, en total son ocho anotaciones, desde el 11 de noviembre de 1903 hasta el 17 de junio de 1904, y dado que se trata de reflexiones que no se refieren con claridad a hechos precisos, no las citamos en orden cronológico sino de modo que puedan ilustrar mejor sus estados de ánimo.



**Piedad antigua: uno de los cinco Dólmenes (tumbas de la edad del bronce del tercer milenio a.C.) existentes en la zona rural de Bisceglie. Las excavaciones de 1909 trajeron a la luz esqueletos en posición fetal.**

A destra

**Roma, Don Uva cuando era estudiante de la Pontificia Universidad Gregoriana.**

El 10 de marzo de 1904 escribía:

«Mi breve experiencia me da certeza de que la piedad crece y las tentaciones sensuales disminuyen en relación directa con la mortificación de los sentidos y en particular de los ojos; y que cuando ésta disminuye, la piedad se afloja hasta enfriarse y aumentan sensiblemente las tentaciones. De modo que si quieres agradar al Señor, frena tus sentidos y aprende a dominar especialmente los ojos. Cuando la piedad se enfría las tentaciones son terribles!»<sup>19</sup>

El tema de la pureza necesaria a un sacerdote, es retomado en una reflexión sobre los medios para defenderse de las tentaciones, en la que traduce a la práctica una regla clásica de la ascética cristiana. Es notable la observación acerca de la relación entre las tentaciones y la piedad, sin la cual se corre el riesgo de caer en ellas. La verdadera piedad, en efecto, no consiste sólo en prácticas exteriores, sino que es motivada por deberes y sentimientos religiosos y está animada por la fe, la esperanza y la caridad. Un alma fría abre las puertas al espíritu del mal.

En la primera nota del diario (11 de noviembre de 1903) la coherencia es considerada como defensa de la pureza. Pascual se horroriza de las hipocresías:

«Sé sincero y siempre coherente contigo mismo, que tus actos confirmen siempre tus palabras y que éstas sean la sincera expresión de tu ánimo; ya que aunque puedas fingir por algún tiempo, es cierto que no siempre lo lograrás, ya sea porque sin quererlo te traicionas a ti mismo o porque cuando ni siquiera lo sospeches y te creas solo, te encontrarás imprevisiblemente rodeado de personas que observan tus acciones privadas y tu conducta no conforme a tus enseñanzas. Cuando se haya caído tu máscara, todos te despreciarán y ese momento será terrible para tí. El solo temor de un tal momento produjo muchas noches de insomnio al miserable Valjan. Qué bien conocía Victorio Hugo la comedia humana!...»<sup>20</sup>

El nombre de Victor Hugo, mal traducido, retorna con referencia a la célebre novela *Los Miserables*, publicada en 1862 e incluida en el “Índice de los li-

bro prohibidos” en 1864. El libro tuvo un estrepitoso éxito y probablemente Pascual oyó hablar sobre él a algún estudiante laico o a algún profesor. El protagonista de la novela es Jean Valjean (no Valjan), quien, después de diez años de condena a trabajos forzados, durante su quinta evasión, después de encontrar al santo obispo Myriel intenta redimirse, asumiendo la falsa identidad de un enigmático y solitario benefactor. Pascual entiende que la coherencia es particularmente necesaria en un educador:

«Si eres superior, ten fijo en la mente este precepto: que los alumnos se conforman y siguen no tus enseñanzas, sino tu ejemplo. Mi experiencia de diez años en el seminario, me muestra que también yo, inconscientemente, he seguido el ejemplo y no las enseñanzas de mis superiores cuando aquél no estaba de acuerdo con éstas.

El ejemplo es una enseñanza que vale más que mil consejos. *Si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi*»<sup>21</sup>.

Al final del primer año de sus estudios eclesiásticos, el 8 de junio de 1904, hace una larga revisión crítica de los años transcurridos en el seminario; es sorprendente por las precisas referencias y por la agudeza de juicio, y confirma cuanto Pascual ha dicho acerca de su carácter: «Siempre tuve la inclinación a reflexionar mucho sobre cada cosa que hacía». Al mismo tiempo se manifiesta su aspiración a radicales reformas estructurales y pedagógicas. Don Uva, desde los años de su ministerio parroquial, tanto en sus iniciativas como en su actuación, demuestra ser un reformador iluminado y enérgico por su modo de ir al encuentro de las reales necesidades de su tiempo:

«No sé en base a qué criterios de sana lógica se pueda obligar a convivir con el mismo método de vida y bajo las mismas normas a un niño de siete años que aún debe aprender a leer las vocales, con un hombre de 20 o 25 años que estudia Teología. Este necesita ocho horas de estudio, y mientras tanto, ¿qué hará el niño durante ese tiempo?. Entonces, es necesario disminuir las horas de estu-



dio, pero, ¿podrán reducirlas a menos de seis? ¿Qué debe hacer el niño en esas seis horas? ¿Y por qué obligarlo a estar sentado delante de la mesa por tan largo tiempo? ¿Con qué derecho se le impide el desarrollo de su cuerpo y de sus energías? De esta manera resultan seminaristas pigmeos, tísicos, enfermos y por lo tanto, sacerdotes enfermos, que caen ante el menor soplo del viento, tísicos, fatigados, desgastados, ignorantes; y aunque es absurdo afirmar que todo esto se deba sólo a la mala regulación de la vida del seminario, es cierto que se trata de una causa importante que no se debe descuidar.

Visiten un seminario. Encontrarán seminaristas hombres, por no decir viejos. Pregúntenles desde hace cuántos años están en el seminario y responderán 10, 12, 15 años o quizás más. Han entrado en el seminario con pocas ganas, son enemigos declarados del estudio porque sus superiores han logrado que lo odieran, y la mala organización los ha hecho enfermizos. Y sin embargo, esto se tolera en el siglo veinte. Y hay superiores que no quieren ver este gran error, y que se obstinan en tratar del mismo modo al niño y al hombre, haciendo infeliz a uno y a otro; y castigan a quien les insinúe el error. Y bien, ¿qué esperamos? ¿Que intervenga el gobierno y cierre los seminarios por razones de sanidad, porque deforman y desgastan la juventud? Antes, para que un seminarista fuera excluido del servicio militar debía hacer largas y penosas curas; la vida del seminario es una continua y perfecta cura, y estemos seguros que a los veinte años se es

inhábil no sólo para el servicio militar sino, y es doloroso decirlo, se es inhábil para todo<sup>22</sup>.

Por favor, ¡reformemos nuestros institutos! Hagamos de tal modo que los niños crezcan bien, vivaces, alegres, sanos y robustos y habremos preparado jóvenes sanos, fuertes, estudiosos, o, al menos, seminaristas capaces para el estudio y la familia, porque sean fuertes e incansables en la fatiga; y cuando a un buen físico se añade un buen fundamento moral, entonces podremos tener sacerdotes aptos para nuestro tiempo y en condiciones de salir de la sacristía. Supriman tantos superiores, que aunque jóvenes de edad son viejos por sus principios, atados aún a ideas medievales. Dénme superiores que tengan no sólo sanos principios morales sino que hayan entendido nuestro tiempo y que puedan dar a los jóvenes, además de la educación moral y la instrucción, la vida moderna, la verdadera vida de Cristo que nunca envejece, aplicada sabiamente a nuestro tiempo. No una educación apergaminada, medieval. Progreso, progreso en todo, y terminar con la corrupción!...»<sup>23</sup>.

En otras páginas del diario se expresan diversos sentimientos que demuestran la advertencia y la vigilancia que Pascual tiene de sí mismo; aunque no es posible conocer la ocasión que motivó su reflexión:

«En los momentos más tristes de mi vida recurrí a Dios y Él casi siempre me consoló; pero alguna

vez me dejó solo, castigándome por mi desconfianza; entonces recurrí a la ciencia, y dedicado totalmente al estudio profundo me olvidaba de mí mismo y el conocimiento de una nueva verdad tranquilizaba mi ánimo y devolvía la paz a mi conciencia turbada. Pero, hay momentos críticos en la vida de un hombre que ni siquiera la ciencia puede hacer olvidar; son momentos terribles...»<sup>24</sup>

Al hablar de esa “nueva verdad conocida” se refiere a los estudios de teología, que lo inician en un conocimiento religioso más profundo.

El pensamiento que sigue es interesante porque muestra una sensibilidad espiritual muy intensa: por primera vez, cuando dice que “el espíritu está pronto pero la carne es débil”, se refiere al Evangelio cuando Jesús amonesta a sus discípulos que están por afrontar la tragedia de su Pasión<sup>25</sup>:

«No obres nunca contra la ley con la esperanza de que no serás descubierto. Desconfía de todos, tanto de tu padre como de tu hermano, de tu amigo como de tu enemigo. Te prometerá y posiblemente te jurará que guardará el secreto hasta la muerte. Pero espera que los tiempos y las circunstancias cambien aún mínimamente y, queriéndolo o no, quien te aseguró su silencio te traicionará. No confíes en nadie, ni siquiera en tí mismo, porque también tú duermes unas horas cada día y durante el sueño no eres dueño de tus sentidos y entonces, aún no queriendo, podrías traicionarte. Cuando menos te lo esperes y creas que todo está olvidado, tu rubor y tu vergüenza te descubrirán a tí mismo. Haz aquello que la conciencia te dicta y huye de lo que ella te reprueba y te sentirás siempre bien. Aún cuando no te descubriera ningún hombre, está siempre tu conciencia que no cesa de reprocharte, está siempre Dios que te ve: ¿de qué te sirve que los hombres te absuelvan si Él te condena? Haz siempre el bien y no temas; si los hombres te condenan, siempre hay alguien que te absuelve y te premia: aquél en quien sólo debemos buscar el premio, cuyo premio es el único eterno y verdadero; todos los otros son efímeros y pasajeros. Toda otra cosa de este mundo termina en tristeza. Oh Gran Dios, el espíritu está pronto pero la carne es débil. Fortifica nuestra debilidad,

nuestra naturaleza enferma nos empuja a la caída, oh Madre de Misericordia, levántanos»<sup>26</sup>

Las dos últimas notas del diario, datadas el 16 de junio de 1904, subrayan la importancia de la sobrenaturalidad en el domar y equilibrar las reacciones humanas:

«el momento del desengaño es terrible y sería insoportable sin el consuelo de la santa Religión; quien no lo ha probado, no puede mínimamente imaginarlo... Es terrible...»

«Si luego de haber recibido una ofensa tienes la oportunidad de vengarte, recuerda siempre que la mejor venganza es el perdón y que la humillación que puedas provocar a quien te ha ofendido quedará escrita en su corazón con letra indeleble que nunca logrará borrar. Te parecerá que has ganado cuando en realidad, es tu pasión la que te ha ganado a ti, habrás perdido un hermano y provocado una pesadilla en su interior. El no se librará de esta pesadilla hasta que, llegado el momento de la reivindicación, se venga o pronuncie estas bellas palabras: “por venganza yo te perdono”.

Hasta aquí podría llegar la naturaleza humana; en la santa Religión, sólo Dios podría conceder la gracia de olvidar rápidamente la humillación y el insulto. Pero esto es sobrenatural. Oh Dios, si fuera digno...»<sup>27</sup>

Algunos episodios de las vacaciones de verano que Pascual pasaba junto a su familia, completan los rasgos de su perfil espiritual, tal como emergen de su diario.

Su madre y dos de sus hermanas relatan que Pascual transcurría gran parte del día en el Asilo de mendigos de la Comuna de Bisceglie, ubicado en un antiguo convento de los Padres Capuchinos y en el cual eran alojados los pobres sin techo. Dos médicos municipales se ocupaban de la asistencia sanitaria con la colaboración, alternada, de un enfermero y una religiosa. Pascual prodigaba consuelo, mejoraba la escasa alimentación, pidiendo ayuda a su madre, quien lo proveía de pan y de pasta, y encargaba a sus hermanas el remiendo de la ropa<sup>28</sup>.



En una capilla rural llamada Abate Tonio -debido al nombre de su dueño- no muy lejos de una finca de su padre, Pascual reunía a los niños de la zona para enseñarles el catecismo. Un día, en casa, tuvo una discusión con un ateo “comecuras”. Las voces de los acalorados contendientes se oían en el vecindario, sus familiares le hacían señas para invitarlo a la calma y cuando terminó la discusión, le reprocharon su animosidad. El se disculpó porque, dijo, fue tomado de improviso y agregó: «Estas luchas se vencen con el ayuno y la vigilia»<sup>29</sup> Más tarde se supo que la fuerte discusión había dado sus frutos: aquel “comecuras” no impidió que su hijo se hiciera sacerdote.

Un sacerdote de Bisceglie relata un episodio que le fuera contado por el abuelo, testigo presencial del hecho. La familia Uva alquiló por algunos años una finca con una casa rústica en la cual pasaban el ve-

rano y parte del otoño. «Un día, mi abuelo hacía arar la tierra para la siembra a un grupo de unos veinte hombres.

Uno de ellos, de espíritu burlón, viendo que Pascual, vestido de seminarista, recogía las aceitunas que habían caído sobre la “pared” confinante del terreno<sup>30</sup>, llamó la atención de sus compañeros diciendo en alta voz: «Este año será menor el pago por la recolección de la cosecha de aceitunas. Vean, hasta los curas han salido para aliviarnos la fatiga». Pascual saltó rápidamente la pared y corrió a refugiarse en la torre<sup>31</sup> y a contar a su madre que había sido objeto de críticas e involucrado en cierta facción política<sup>32</sup>.

Se refiere al socialismo anticlerical y batallador de aquellos años contra el cual, como párroco, Pascual reaccionaría, comprometiéndose en primera persona, también en la lucha política.

## Notas al capítulo I

- <sup>1</sup> G. GAFFORELLO, *Geografia dell'Italia. Prov. di Bari, Foggia, Lecce, Potenza*, pág. 81. VER M. COSMAL, *Bisceglie nella storia e nell'arte*, nueva edic., Bari 1985. Las publicaciones citadas sólo con el título figuran en la bibliografía.
- <sup>2</sup> Los números romanos de las citas se refieren a los volúmenes del proceso de canonización de Don Uva. En VIII, 1104, n. 1, la madre y las dos hermanas de Don Uva, afirman en 1937, que nació un viernes, el 10 de agosto, fiesta de S. Lorenzo mártir. La misma fecha se encuentra en la ficha personal de Don Uva, en el archivo de la Curia de Bisceglie, escrita con su propia mano. Constituye prueba el *Liber Renatorum* (registro de los bautizados) de la Catedral de Bisceglie, folio 182, n. 538, que da la fecha citada por nosotros y confirmada por el hecho que el 11 de agosto fue un viernes, cf. A. CAPELLI, *Cronologia e calendario perpetuo*, V edic., Milán 1983, pág. 43.
- <sup>3</sup> El nombre Hipólita es citado también en las actas oficiales en su forma dialectal Popa, cf. F. COCOLA, *Vocabolario dialettale biscegliese italiano...*p. 139. El padre de Don Uva, nacido el 28/3/1855, murió el 7/3/1934, la madre (nacida el 3/2/1863) murió el 16 de enero de 1940, celebraron su matrimonio el 1 de noviembre de 1880. Tuvieron nueve hijos, de los cuales cinco murieron prematuramente: Mauro Nicolás (24/3/1882 - 8/2/1887); Pascual (11/8/1883 - 13/9/1955); Nicolás (9/11/1884 - 18/2/1896); Ana (17/2/1887 - 29/4/1888); Ana María (13/11/1888 - 16/8/1889); Mauro Nicolás (2/2/1890 - 9/1/1896); Ana (2/3/1893 - 26/11/1957); Julia (nacida el 5/6/1896), casada con Rafael Laganara (muerta el 25/8/1990); Lucía (nacida el 15/11/1898), casada con Sergio Nugnes (muerta el 7/4/1976).
- Los datos cronológicos están tomados de un certificado expedido por la Comuna de Bisceglie el 28/3/1990. Sobrevivieron a Don Uva sus dos hermanas solteras, Ana y Lucía y la señora Julia.
- <sup>4</sup> VIII, 1104, n. 2.
- <sup>5</sup> VIII, 1098.
- <sup>6</sup> V, 61.
- <sup>7</sup> V, 98.
- <sup>8</sup> V, 121.
- <sup>9</sup> DELL'OLIO, pág. 9, V. Biografía.
- <sup>10</sup> Una antigua comuna, ubicada sobre una colina del altiplano ondulado de Murge, a 8 km. del Adriático y a 28 km al sud-este de Bari. Tenía en ese entonces 13.000 habitantes. El seminario, situado en las afueras de la pequeña ciudad, era conocido por su rica biblioteca, cf. G. STRAFFORELLO, *Geografia dell'Italia*, cit., pág. 44.
- <sup>11</sup> V, 86.
- <sup>12</sup> Mons. V. TRICASE, archidiácono de la catedral de Conversano, en *L'Eco della Carità*, LXV (1986), n. 4-5, pág. 4.
- <sup>13</sup> VIII 1110 y ss.
- <sup>14</sup> En la introducción al volumen de DELL'OLIO, pág. 2.
- <sup>15</sup> VIII, 1113 y ss.. Una reminiscencia de este texto de V. Hugo se encuentra en una instrucción de Don Uva a sus religiosas -las Siervas de la Divina Providencia- de 1939, donde dice que la impureza "destruye la esencia" de una religiosa, VIII, 823.
- <sup>16</sup> VIII, 1105, n. 3
- <sup>17</sup> VIII, 1113.
- <sup>18</sup> Para los dos episodios, V, 135.
- <sup>19</sup> VIII, 1115.
- <sup>20</sup> VIII, 1114.
- <sup>21</sup> VIII, 1115, 13, 13 de enero de 1904. La citación latina dice: «Si quieres que yo lllore, te debes doler primero de ti mismo»
- <sup>22</sup> Para sustraerse al servicio militar no faltaban quienes se provocaban enfermedades artificialmente, exponiéndose a un peligro mortal y a disminuciones físicas reconocidas como motivo de dispensa. Esto sucedió especialmente durante la primera guerra mundial.
- <sup>23</sup> VIII, 1116 y ss., 8 de junio de 1904.
- <sup>24</sup> VIII, 1114, 21 de noviembre de 1903.
- <sup>25</sup> *Mateo*, 26,41; *Marcos*, 14,39.
- <sup>26</sup> VIII, 1118, 11 de junio de 1904.
- <sup>27</sup> VIII, 1119.
- <sup>28</sup> VIII, 1105, n. 4.
- <sup>29</sup> VIII, 1105 s., n. 5. Las palabras de Pascual evocan la admonición de Jesús a los apóstoles que no habían logrado liberar a un poseído del demonio: «Esta raza de demonios sólo es arrojada con la oración y el ayuno», *Mateo*, 17,31.
- <sup>30</sup> En dialecto biscegliés, la *pareite* (pared) era el muro que señalaba el confin de una propiedad, cf. COCOLA, *Vocabolario dialettale*, pág. 124.
- <sup>31</sup> La "torre" era una casa rústica, *op.cit.*, pág. 209.
- <sup>32</sup> El sacerdote que refiere el hecho, Mauro Di Molfetta, de Bisceglie, atribuye la propia vocación eclesíástica a la influencia de Don Uva, confesor de su familia. Este lo asistió en su primera Misa en 1938 y le regaló un *Ritual romano* con una dedicatoria en latín. Según el P. Mauro, Pascual Uva podía ser considerado justamente "padre de sacerdotes" pues había generado espiritualmente con la palabra y con gestos generosos, a muchos de ellos. V, 15-16.







## Capítulo II

## EL PERIODO ROMANO

**E**l arzobispo de Trani, a pesar del episodio de la fuga de Pascual a Benevento, lo consideraba una persona prometedora para el futuro. En octubre de 1903 escribe al rector del Colegio Capránica de Roma, para confirmarle su intención de obtener un lugar para Pascual, tal como se lo había dicho en una conversación precedente. El 4 de mayo del año siguiente insistió para obtener una respuesta definitiva. El rector, antes de resolver, pide informaciones al ex-alumno del Capránica, Don Nicolás Montecrisi, el cual le responde a vuelta de correo asegurándole que Pascual Uva era «un joven bueno y capaz, alumno mío en el curso de Teología del Seminario de Trani»<sup>1</sup>. El 10 de junio Pascual fue autorizado a presentar el pedido formal de admisión al cardenal Mariano Rampolla del Tíndaro, Protector del colegio<sup>2</sup>. La respuesta, del 7 de agosto, fue favorable y el 2 de octubre el arzobispo recomendaba “calurosamente” al rector «el óptimo joven, retoño de grandes esperanzas».

Comenzaba así un período decisivo de su vida, que dio a su formación intelectual y espiritual el nuevo tono que luego estaría en la base de sus grandiosas empresas.

### El Colegio Capránica

El Capránica fue el primer colegio eclesiástico instituido en Roma en 1456 por el cardenal Domingo Capránica (1400-1458), docto humanista que sirvió a la Santa Sede en importantes misiones diplomáticas. Tuvo particular interés por la educación del clero y dejó todos sus bienes al colegio, que tenía por fin acoger estudiantes pobres que aspiraban al estado eclesiástico. Para los estudios teológicos y jurídicos, los alumnos debían frecuentar la Pontificia Universidad Gregoriana, de los Jesuitas.

Cuando Pascual entró en el colegio, el 26 de octubre de 1904, los lugares gratuitos eran 13, de los cuales 6 estaban reservados a los nativos de Roma y eran asignados por el cardenal Protector; los restantes be-



neficiarios podían ser romanos o de las diócesis de Fermo y Ancona y de los lugares de origen de las familias nobles Capránica, Colonna y Colonna de Sciarra. Los otros estudiantes pagaban una mensualidad de 70 liras.

El rector del colegio era Mons. José Maria Caselli, romano, nacido el 8 de junio de 1842; y el Vice rector el P. Alfonso Carinci. Los dos habían sido nombrados el 15 de abril de 1896. Los alumnos estaban distribuidos en cuatro habitaciones, confiados a prefectos que eran elegidos entre los alumnos más antiguos. Para cumplir una disposición de san Pio X del 5 de mayo de 1904, el arzobispo de Trani debió firmar el compromiso de que, cuando Pascual terminara sus estudios, lo haría retornar a la diócesis. Esta medida pontificia se había tomado para evitar que los alumnos quisieran permanecer en Roma con la intención de ubicarse mejor, o con la esperanza de hacer carrera.

En el *Manual de piedad* que se usaba en el colegio (2a. ed., 1902), Pascual leyó las siguientes palabras del rector: «El fin de vuestro ingreso al colegio no es el de adiestraros en la ciencia, sino principalmente en la piedad y en las virtudes cristianas. De otro modo, no alcanzaréis la sublime meta del sacerdocio: vuestra santificación y la de las almas que os serán confiadas». Un programa que correspondía perfectamente a los ideales y a los propósitos de Pascual, el cual, por otra parte, jamás aspiró a una carrera eclesiástica sino sólo a ser un sacerdote según el corazón de Cristo, celoso ministro de la Iglesia, ma-

estro y guía del pueblo de Dios. Amante de una seria, aún más, de una severa disciplina interior y exterior, encontró en el clima y en la vida del colegio lo mejor que podía desear para su formación sacerdotal.

Un minucioso calendario regulaba día a día la vida común de los estudiantes en lo referente a las prácticas de piedad y a los demás deberes. El período más intenso de actividades transcurría entre el 28 de octubre y el 15 de julio sucesivo; en agosto, del 1 al 25, los alumnos pasaban las vacaciones de verano en la casa que el colegio poseía en la “Vía della Camilluccia”, en Monte Mario. El 21 de enero se celebraba con gran solemnidad la fiesta de la mártir santa Inés, patrona del colegio, y para esta ocasión la capilla principal era abierta al público. A partir de mediados de noviembre y hasta el mes de junio, se realizaban los “círculos académicos”. Era una revisión en común de las materias filosóficas y teológicas, que los estudiantes del Capránica cursaban como alumnos externos de la Pontificia Universidad Gregoriana, cuya sede estaba entonces en la “Via del Seminario” a poca distancia del colegio<sup>3</sup>.

El primer contacto con la Universidad fue emocionante; el P. Pirro Scavizzi, alumno del Capránica desde el 1900 hasta el 1907, período que coincide con la estadía en Roma de Don Uva, describe así la Gregoriana:

«El atrio, el patio y los pasillos hormigueaban de jóvenes de varios colegios eclesiásticos y de las órdenes religiosas. Los alemanes se destacaban entre los demás por sus vestimentas rojo-escarlata y por ésto se los llamaba langostinos cocidos. Estaba el que vestía todo de negro, o de blanco, o con una faja verde, o roja, o de color naranja, o azul, o con franjas de distintos colores; o quien llevaba en el pecho una cruz roja, o azul, o que usaba el traje negro a la americana, o tenía largos la barba y los cabellos; y en medio de ese hormiguero de sacerdotes jóvenes o de viejos eclesiásticos venerables, también se paseaba tímidamente -como si se encontrara fuera de lugar- algún laico, al cual quizás el sastre no le había podido terminar el traje eclesiástico, o al cual se le había metido en la cabeza la idea de frecuentar los cursos de estudios sagrados.

Este gentío multicolor parecía salido de la torre de Babel, porque cada uno hablaba la lengua del propio país, de modo que se oían «diversas lenguas y horribles palabras» (horribles - se entiende- porque yo no las comprendía). El catálogo oficial de la Universidad registraba mil cuatrocientos jóvenes de ochenta nacionalidades diversas»<sup>4</sup>.

### Páginas del diario

A los dos meses de su llegada a Roma, desde la vigilia de Navidad de 1904 hasta el 23 de abril de 1905, Pascual escribe un diario con el mismo estilo y los mismos objetivos del diario que escribiera en Trani. En vano se buscarían, en alguna de sus páginas, notas coloridas, impresiones sobre la ciudad y sus monumentos, o crónicas con noticias circunstanciales; Pascual está siempre en tensión hacia su fatigoso trabajo interior.

Arrancado del pequeño mundo de su familia y de los amigos de Bisceglie, después de la cena de la vigilia de Navidad durante la cual los compañeros manifestaban su exhuberancia, Pascual, encerrado en su estrecha y fría habitación, siente profundamente la nostalgia, sin dejar por eso de reflexionar sobre su futuro apostolado:

«¡Mientras los otros hacen ruido y gritan, yo, solo en mi cuarto, pienso!... Pienso en Ti, Señor, que estás por nacer pequeño para nosotros, y pienso en Tu amor grande, infinito; y pienso en mi madre, afligida, que piensa en mí; pienso en mi casa y en todos mis amigos y en la gran necesidad de religión que ellos tienen, de un soplo vital que los inflame de amor y les dé la paz, la verdadera paz que Tú traes y los malos quitan, y ésta paz la esperan de mí. Pero yo no valgo nada, Dios grande, enséñame tú la verdadera paz para que se las pueda mostrar; para esto he venido hasta aquí, por eso te ruego y velo, tiemblo de frío y de sudor, para que tú me la des; fuera de ti no sabría encontrarla. Por tu gran amor, mira mi bajeza, mi llanto, mis oraciones y las que todos hacen por mí, y dame la paz para que se las lleve. Ellos, Señor, esperan»<sup>5</sup>.



Don Uva (el primero a la izquierda) en Fiuggi con otros sacerdotes.

El 26 de diciembre, a las 16,30, vuelve sobre este tema, subrayando los motivos de su estado de ánimo frente al cual, aunque con fatiga, intenta reaccionar. Y encontramos un Pascual “cabeza dura” que tiene un corazón tierno, casi infantil:

«Digan lo que quieran: Navidad es una fiesta familiar y se la debe pasar en familia con la mayor alegría, y que haya gran intimidad; se necesita la familiaridad, la intimidad de la sangre, de las ideas, de los recuerdos, de las costumbres. Con más de 21 años siento mucho esta necesidad y aunque este colegio sea el mejor que haya conocido, no quita que sienta fuertemente esta necesidad. Oh, mi familia, la necesito y la amo, y más todavía en estas fiestas. Este es uno de los mayores sacrificios del estar lejos, aunque si acaso alguno hubiere leído las cartas que en estos días he escrito a mis amigos y parientes, y después leyera ésto, creería que desmiento todo lo que he dicho en ellas. Pero no podía escribir de otro modo para no entristecer a mis parientes ya dolidos (Mamá!...) y a los amigos. Aquí no tengo a quien llamar con el dulce nombre de mi madre. Oh Gran Dios, socórreme, oh Madre celeste ven en mi auxilio, porque si sigo así me pongo demasiado triste. Los remedios para esta herida son dos: la oración que me une a mis seres queridos y el sueño que me hace olvidar. ¡Oh santa Religión!... ¡Oh admirable naturaleza!...

De allí que gran parte de estas fiesta las paso durmiendo, mientras los otros bromean en el cuarto de al lado. Oh Jesús mío, ¿quién me empuja a todo esto? Sólo el amor a Tí y a mi prójimo»<sup>6</sup>

El diario termina el día de Pascua, 10 de abril, con el mismo tema. La lejanía respecto de los compañeros no es cerrazón u hostilidad, es simplemente el hecho de que la mayoría de ellos provenía de países lejanos de Bisceglie y de Pulla, y tenían una mentali-

dad y una educación muy distintas, que hacía difícil o casi imposible lograr una verdadera intimidad:

«Es doloroso pasar las fiestas lejos de casa, la Pascua se convierte en un acontecimiento triste. Pensar en la familia, en los parientes vivos, en la madre llorosa que piensa en el hijo que está lejos de casa, en los amigos, en la ciudad, en la parroquia y en todo aquello que puede haber de más íntimo y querido; y estar lejos, en el colegio, rodeado de compañeros que no son amigos y también de extraños; estar sentado pensando con tristeza mientras alrededor todo es silencio, y sólo alguna débil nota de piano resuena cada tanto en el oído y te lastima... ¡Qué doloroso es todo esto! Los gozos de la familia...

Extraño entre extraños... ¡Y Pascua es una de las fiestas más íntimas y familiares!...<sup>7</sup>

En una nota escrita en la noche de Navidad de 1903 encuentra la solución al problema de la nostalgia, decidiendo llenar ese vacío con una intensa dedicación al estudio:

«Es posible deshacerse de ciertos hábitos y adquirir otros; pero es muy penoso tener que renunciar a aquellos hábitos que están grabados en la mente y en el corazón desde la infancia.

Sólo me queda un consuelo: el estudio. Ya que por el momento es necesario renunciar a los seres queridos, aprovechemos y estudiemos. ¡Oh Niño Jesús, oh María... ayúdenme!»<sup>8</sup>

En la medianoche del 27 de diciembre de 1903, al acercarse el fin de año, no obstante la larga vigilia sobre los libros, el paso del tiempo le sugiere serios pensamientos acerca de la caducidad de la vida:

«Las campanas del reloj del Capitolio anuncian lentamente la medianoche y los tañidos del bronce



Don Uva (el segundo desde la izquierda) con compañeros del Colegio Capránica.

se pierden poco a poco en el profundo silencio de la noche: al rumor estrepitoso del día sigue la calma más absoluta, todos los ruidos han cesado y los ánimos, cansados por largas fatigas, reposan. Todavía no me fuí a dormir, apenas hace un rato he dejado mi buena Teología y asomado a la ventana, pienso. No sé si alguna vez, en una noche de insomnio de verano, te has asomado a la ventana o te has sentado en una silla en el balcón, pensando y admirando. El cielo estrellado y la luna aclaran mi cuarto; me rodea el silencio, mientras una voz misteriosa desde lo profundo del pecho me va diciendo melancólicamente tantas cosas... ¡Todo ha terminado, también el rumor del día, todo ha pasado! Si las cosas de aquí abajo terminan, ¿qué queda?

Una vez fuí niño y esa edad, la más feliz, pasó inadvertida; fui colegial, y me encontré rodeado de tantos queridos y alegres compañeros, ¡pero muchos de ellos ya no están, raptados por la muerte mientras comenzaban a soñar con el alegre porvenir, y a pensar en las batallas que tendrían que combatir, en las victorias para ganar y en el gozo por las victorias obtenidas! ¡Y mientras estoy vivo y pienso, pierdo un querido compañero de colegio que muere cuando pensaba que había llegado el momento de reposar de las fatigas y de gozar la felicidad! Comencé tantos años pensando que nunca terminarían, y luego los vi declinar. El tiempo pasa, corre veloz y en esa carrera fatal arrastra todo lo que encuentra, sin que nada escape a ese precipitarse en la nada del tiempo mismo y de las cosas. Sólo Uno no cambia y no pasa, resiste al tiempo y a las tormentas, porque Él hizo el tiempo y las tormentas: Dios»<sup>9</sup>

El 31 de diciembre, junto con el agradecimiento al Señor y con la afirmación de estar listo para afrontar “trabajo, sacrificio y dolor” por su bien y para gloria de Dios, encontramos un dato interesante: la idea

de continuar los estudios en Roma no había sido suya, sino que el arzobispo de Trani había actuado por propia iniciativa, lo cual significa que se había dado cuenta de las dotes no comunes de Pascual:

«Gracias infinitas te sean dadas, Señor, por tantos y tan grandes dones que me has querido dar en el año que está por terminar. Gracias. Yo imaginaba otros caminos, otros senderos, otros planes, y Tú, de golpe, en tus inescrutables designios me trajiste hasta aquí, adonde no pensaba ni quería llegar. Gracias. Sigue, Señor, donándome tus gracias y bendiciones para hacerme un digno ministro tuyo, un digno ministro de tu Hijo divino. Oh Señor, yo no escapo a los trabajos, ni a los sacrificios y dolores, al contrario, los busco cuando son necesarios para mi bien y para Tu gloria. Oh Señor, el amor a Ti y a mi prójimo me empuja a aplicar todas mis fuerzas en el trabajo y el sacrificio. Tú, mírame y presérvame, mírame y guíame. Mi ciudad, que yace en la ignorancia y en el error, en el vicio y en la corrupción, suscita mi compasión. Ten piedad de ellos, Señor, y ten piedad de mí; derrama con abundancia tus gracias sobre ellos y sobre mí, para que pueda ayudarlos y ellos, con Tu gracia, puedan volver a Tu vida, a la vida verdadera que conduce a la vida eterna. He aquí el fin de mi vida, he aquí mi esperanza y mi aspiración; bendícelos, Señor, y yo no fallaré y alcanzaré la meta y con Tu gracia contribuiré a Tu gloria. Señor mío y Dios mío. Así sea. Oh María, Madre mía, Angel Custodio, Santos abogados, también a ustedes les agradezco las gracias que me han obtenido»<sup>10</sup>.

La nostalgia de Bisceglie aflora otra vez en el alba del año nuevo de 1905, cuando Pascual formula el programa de su sacerdocio: oración y trabajo, los dos grandes recursos que serán el secreto de su casi increíble actividad:

«Oh Señor, te consagro todas las acciones de este año que empieza. Pondré todo mi esfuerzo para que ellas concurren a mi mayor bien espiritual y a Tu mayor gloria. Pero solo nada puedo Señor, que tu gracia me asista y entonces ciertamente mantendré mi promesa. Oh María, Virgen y Madre mía, Angel Custodio, Santos amigos y abogados: confío en vuestra intercesión y en vuestra ayuda; no trabajo para mí sino para aquel Señor que vosotros adoráis, y ciertamente no podéis negarme vuestra ayuda. Oh mi querida Bisceglie, amigos míos, también por ustedes *rezo y trabajo*»<sup>11</sup>.

Con fecha 12 de enero, el diario indica la causa principal de su afán en los primeros meses de estudio: el impacto que le produjera el estudio universitario de teología, en una universidad con profesores de fama internacional y muy severos. Le faltaba el conocimiento sólido y profundo de la filosofía, sobre todo de la metafísica, absolutamente necesaria para la comprensión de la teología. El liceo de Conversano, equiparado a las escuelas estatales, no preveía el estudio sistemático de los diversos tratados filosóficos; a esto se agregaba el hecho de que él había cursado el primer año de teología en Trani, pero con un método distinto del que se usaba en las escuelas universitarias. La parte siguiente del diario está precedida del famoso terceto de Dante cuando éste, al salir de la “selva salvaje y áspera y fuerte”, se vuelve para mirarla como un naufrago que escapado a un peligro mortal, contempla las olas furiosas que estaban a punto de tragarlo. Los dos versos sucesivos, métricamente incorrectos, son de Pascual que ingenuamente se mide con el sumo Poeta:

«Y como quien con afanoso aliento,  
si del piélagos sale a la ribera,  
se vuelve al agua peligrosa y mira<sup>12</sup>  
así, tembloroso y extrañado del pasado,  
maravillado, yo también me volví».

«Desde el primer día de clase, el 3 de noviembre de 1904, hasta hoy, me ha perseguido un pensamiento constante, insistente, sin un momento de tregua, como un fantasma que me ha turbado hasta en los mejores momentos. Ya sea que rezara o me

divirtiera, que hablara o estudiara, en casa o durante un paseo, en la capilla o en clase, ese fantasma me repetía continuamente: “Es inútil: no podrás ir adelante sin los primeros elementos, edificarás sobre la arena y todo te será adverso”. Habían pasado dos meses y medio, todavía no me orientaba y todo me parecía un caos; y cuanto más insistente me asaltaba este triste pensamiento, más firmemente rezaba y me quedaba más tiempo ante la mesa de estudio, hasta la medianoche o más, y rezaba, estudiaba, esperaba. Y un día, casi sin pensarlo, advierto que estoy orientado y que empiezo a ver claro; mis ojos no han leído otros libros que no fueran de Teología y de filosofía, y casi he olvidado que existen libros que tratan otros temas.

Alabado sea Dios. Esperaba sí, pero con una esperanza lejana, lejana, y he aquí que me encuentro saliendo de la densa tiniebla, en un claro, no de sol, pero sí de una espléndida luna de julio, a la luz de la cual discierno y leo. No por esto aflojaré mis esfuerzos y mi oración, al contrario, animado y puesto de pie con mayores fuerzas y renovado coraje, sigo el camino, no sin antes volver la mirada a las peligrosas aguas ya pasadas»<sup>13</sup>

Quince minutos antes de la medianoche completa la nota:

«Por primera vez, hoy me voy a dormir con total tranquilidad, sin preocupaciones que me agiten o que, como de costumbre, me agitarían apenas me despertara: oh Señor, alabado seas, consérvame siempre esta calma y esta paz. Oh Virgen inmaculada, ruega por este indigno hijo tuyo. Amén»<sup>14</sup>.

El 20 de enero encontramos una reflexión sobre la humildad, de la cual Don Uva será modelo perfecto, particularmente ante la admiración y las alabanzas que merecerán sus obras y que le llegarán de todas partes:

«El mundo es un gran escenario en el que los hombres representan el drama de la vida. Algunos desempeñan el papel del príncipe, otros del siervo, o del general, o del campesino, hasta que concluye el drama y cae el telón. Entonces, cada uno se des-



**Fe y arte en Bisceglie: Santa Margarita (fines del s. XII) joya de la arquitectura románico-pullés no arruinada por posteriores retoques estilísticos.**

poja de sus vestidos y todos se ponen el traje común, porque todos son iguales.

¿Y tú te envanece tanto por esos pocos minutos durante los cuales representas una parte noble, en vez de pensar en desempeñarla bien? ¿No ves que esos pocos minutos ya pasaron y que de la parte noble sólo te quedará el haberla desempeñado bien o mal? ¿Te Envanece? ¿Y no ves que cuando esos pocos minutos habrán pasado, vestirás tú también el traje común y serás juzgado con la misma medida con que se juzgará al escribiente o al campesino? ¿Te Envanece? ¿Y no ves que el mérito de éstos es mayor que el tuyo, y que cuando pasen esos pocos minutos estarás, no junto a ellos, sino con deshonor mucho más abajo? ¡El mérito no está en el papel que representamos sino en el modo como lo desempeñamos!...

Oh ciegos, abrid los ojos mientras haya tiempo»<sup>15</sup>.

Dos días más tarde, Pascual se da cuenta que finalmente logró entender un clásico y difícil problema metafísico del cual se había ya ocupado la filosofía griega antigua:

«No entiendo por qué suceden estas cosas: anoche leía y estudiaba este mismo capítulo de filosofía (potencia y acto) y no entendía nada, a tal punto que cerré el libro y me fuí a la cama. Esta noche, en cambio, me resulta fácil y entiendo todo!

¿Habrá sido por cansancio? ¿O por sueño?

Y sin embargo, ayer había dormido mucho más que hoy y trabajé mucho menos»<sup>16</sup>.

Evidentemente, Pascual se había bloqueado en el estudio de la primera de las cinco “vias” o argumentaciones propuestas por Santo Tomás para probar la existencia de Dios y sus atributos esenciales<sup>17</sup>.

El 27 de enero manifiesta una preocupación que lo asaltaba desde hacía tiempo: la armonía y la coherencia entre el pensamiento y la acción:

«Oh Jesús. ¡Guay si falta la buena fe y triunfan la malicia y el engaño! Si para cultivar la malicia y el engaño tengo ingenio e instrucción pero no los uso rectamente, entonces seré el hombre más malvado y perverso del mundo. En este caso la instrucción y

el ingenio no ennoblecen al hombre sino que lo degradan, y la malicia lo empeora porque lo hace más hábil!...

¡Pobre de mí que presumo que todos tienen buena fe y rectísimo obrar!... ¡Tantas veces me engaño!...»<sup>18</sup>.

El 3 de febrero experimenta repentinamente un impulso:

«Lejos de Jesucristo se pueden encontrar momentos de embriaguez, nunca de felicidad; la embriaguez es tempestuosa, cierra a pensar en el después; el amor a Jesús nos da nuevo vigor, refuerza el pensamiento en el mañana. ¿Mañana? Mañana seré más feliz, feliz para siempre.

¡Oh Jesús, oh Eternidad, oh María, oh Paraíso!»<sup>19</sup>

A principios del siglo, en los colegios eclesiásticos faltaban muchas comodidades que hoy se consideran indispensables. El palacio Capránica era del año 1457; los cuartos reservados a los alumnos eran oscuros, sin calefacción y se debían cerrar con llave cuando sonaba la campana para el descanso nocturno. El 15 de febrero Pascual escribe:

«¡Me desperté sobresaltado y helado! Estaba bien tapado pero tenía los pies congelados, porque la cama estaba fría. Me había dormido una hora antes, era cerca de la una de la mañana y aunque el cansancio me había vencido, el frío me despertó.

¿Por qué me había enfriado tanto? ¿Por qué me había entumecido tanto? ¿Era por el frío? ¿Por falta de sueño? ¿Por cansancio? ¿O por las tres cosas juntas? Mientras pensaba esto, el cansancio y el sueño vencieron nuevamente al frío»<sup>20</sup>.

La penúltima nota, del 4 de abril, refleja un aspecto del carácter que Don Uva tenía desde que era niño, y que él reconocía como el secreto de su victoria en dificultades que a otros les resultaban insuperables:

«En los asuntos más importantes, sobre todo en los más difíciles, no te apures nunca, tómate el mayor

tiempo posible. Estarás más dispuesto a pensar mejor y muchas veces, con el pasar del tiempo disminuirán muchas dificultades. Piensa bien, piensa mucho»<sup>21</sup>.

### Una desventura

Como el primer año de los estudios teológicos lo había cursado en el seminario de Trani, para ser admitido en el segundo año de la Universidad Gregoriana, Pascual debió dar un examen que superó con la calificación "*bene probatus*", que correspondía a un 7. El 18 de julio de 1906 consiguió el primer título académico: el Bachillerato en Teología. En 1905 se había inscripto en la Facultad de Derecho Canónico de la misma Universidad y además, su licencia del liceo en Conversano le permitió inscribirse en la facultad de Jurisprudencia de la Real Universidad de Roma. Don Uva escribe el 6 de julio de 1909 al rector del Capránica: «Pasé casi todo el mes de junio en Nápoles para seguir dando los exámenes de jurisprudencia y me parece que el Señor es mucho más benévolo con éstos que con los de ciencias sagradas; continúaré estos estudios»<sup>22</sup>.

Don Uva hace una alusión al único incidente de su carrera universitaria en la Gregoriana. En la sesión estiva de exámenes de 1907, el 28 de junio, fué *reiectus*, es decir, mandado a la sesión de octubre, en la cual superó el examen de licencia en Derecho Canónico con el voto *aegre probatus*, correspondiente a un simple 6. El 22 de diciembre había obtenido la licencia en Teología.

Un día les contó a las Hermanas ese mal momento pasado. El profesor de derecho canónico le había preguntado si el celibato eclesiástico era de derecho divino, es decir, instituído personalmente por Cristo, o de derecho eclesiástico. Él respondió categóricamente que era de derecho divino. Los examinadores, que sabían que estaba preparado, trataron por todos los medios de colocarlo en el camino justo, pero él, convencido que le estaban tendiendo una trampa, insistió en su opinión y los profesores, de mala gana, debieron aplazarlo<sup>23</sup>.

### Finalmente sacerdote

El 15 de agosto de 1905, fiesta de la Asunción de la Virgen María, a los 23 años de edad, en la Iglesia del monasterio femenino de Santiago Apóstol, con otros 25 diáconos, fue consagrado sacerdote por el arzobispo de Bari ya que la sede de Trani-Bisceglie estaba vacante debido a la muerte de Mons. Tomás De Stefano. Ningún documento o testimonio nos informa sobre los detalles del acontecimiento y sobre los pensamientos de Don Uva, pero por el diario, sabemos qué elevado concepto tenía del sacerdocio y recorriendo su vida tendremos modo de constatar el fulgor de sus virtudes sacerdotales.

Luego de su ordenación volvió a Roma y, casi como para vencer la turbación que le produjeron el fracaso en el examen de la Gregoriana y la nota mediocre de la Licencia de Teología, completó sus estudios en el Ateneo del Seminario Romano, comunmente llamado de San Apollinare por estar cerca a la Iglesia homónima en la zona de Plaza Navona. El Diploma en Teología tiene la fecha del 21 de diciembre de 1907 y el de Derecho Canónico es del 23 de junio de 1908.

En los archivos del Capránica hay dos cartas que contienen un juicio complexivo sobre su comportamiento durante los años de su permanencia allí. El 7 de julio de 1905, el arzobispo Tomás De Stefano agradece al rector por haberlo informado favorablemente y hasta «en los mínimos detalles» sobre Pascual Uva y agrega: «Quiera Dios que vaya siempre adelante de este modo. Tenemos hoy mucha necesidad de sacerdotes que puedan responder a la crítica de los tiempos». Le pide que sea «pródigo en los cuidados y siempre generosamente paternal con nuestro buen y querido hijo».

Al final de la permanencia de Don Uva en Roma, el arzobispo Francisco Pablo Carra, sucesor de monseñor De Stefano -muerto en Roma en 1906- agradece al rector por «las buenas noticias que me ha dado sobre el sacerdote Pascual Uva y acerca de su conducta en ese Almo Colegio, que son augurios de buenas obras en el porvenir. Me han complacido y he agradecido al Señor»<sup>24</sup>.



### Ensayos apostólicos

Los alumnos más responsables y de confianza del Capránica -Pascual fue también prefecto de un dormitorio- iban todos los domingos a ayudar en la evangelización del Agro Romano, donde la asistencia religiosa dejaba mucho que desear. El territorio era vastísimo y la población estaba dispersa en caseríos y cabañas<sup>25</sup>. El P. Pirro Scavizzi describe en vivo este tipo de apostolado en el tiempo en el cual también participó Pascual: «A pesar del tiempo lluvioso la capilla está llena de gente. Pastores curtidos por el sol y vestidos con rústicas pieles de cabra; mujeres consumidas por la malaria, vestidas un poco a lo campesino; niños sucios como pequeños salvajes... Durante la Misa se oye un sumiso murmurar de oraciones, un tintinear de cuentas de rosarios, el llanto de algún niño lactante, un toser frecuente...»<sup>26</sup>.

Don Uva alude a este apostolado a propósito de un episodio que treinta años después le recordará Mons. D'Oria.

Al poco tiempo de la ordenación sacerdotal, durante unas vacaciones de verano que Don Uva pasó en la casa de campo de su padre, en el confín de Trani, un grupo de activistas socialistas que venían de la ciudad, aprovechándose de su juventud, se burlaron de él. Se originó una discusión y él los echó amena-

Pequeña iglesia de campo llamada "Abate Tonio" donde el clérigo Uva daba lecciones de catecismo.

zándolos con un revólver.

Don Uva no recordaba ese episodio pero sí, que durante dos años había tenido un revólver, como todos los estudiantes del Capránica destinados al apostolado en el Agro Romano, para su seguridad. Y agregó que el cochero que los llevaba a esa zona tenía una carabina<sup>27</sup>.

En la capilla del Abate Tonino, vecina a su casa, Pascual reunía todos los días a los niños y niñas del campo para enseñarles el catecismo. A la tarde, después de la bendición, daba una charla religiosa a los hombres y muchos de éstos volvieron a los sacramentos después de años. Preparaba con cuidado la ceremonia de la Primera Comunión de los niños y luego la festejaba en su casa del campo.

Este ministerio duró hasta que fue nombrado párroco.

### La iluminación

En la habitación n. 9 del tercer piso del colegio Capránica, en una noche de invierno entre 1907 y 1908<sup>28</sup>, Don Uva recibió la iluminación de la obra que él definirá como la misión que Dios le encomendó:

«Novel sacerdote, un día salí del colegio para un breve paseo, cuando me sorprendió una lluvia torrencial que me obligó a refugiarme en un zaguán en el cual se vendían libros usados<sup>29</sup>. Allí, dos lindísimos libros atrajeron mi mirada y los compré por pocas liras, no porque conociera su importancia, sino porque tuve ganas de tener dos volúmenes tan bellos»<sup>30</sup>.

A la compra siguió la curiosidad de leerlos cuanto antes, esa misma noche. Los dos gruesos volúmenes, con su encuadernación original en cuero rojo, todavía visibles en un estante de su modesto escritorio, se titulan: *Los prodigios de la caridad cristiana realizados en la vida del Venerable Siervo de Dios José Benito Cottolengo, Fundador de la Pequeña Casa de la*

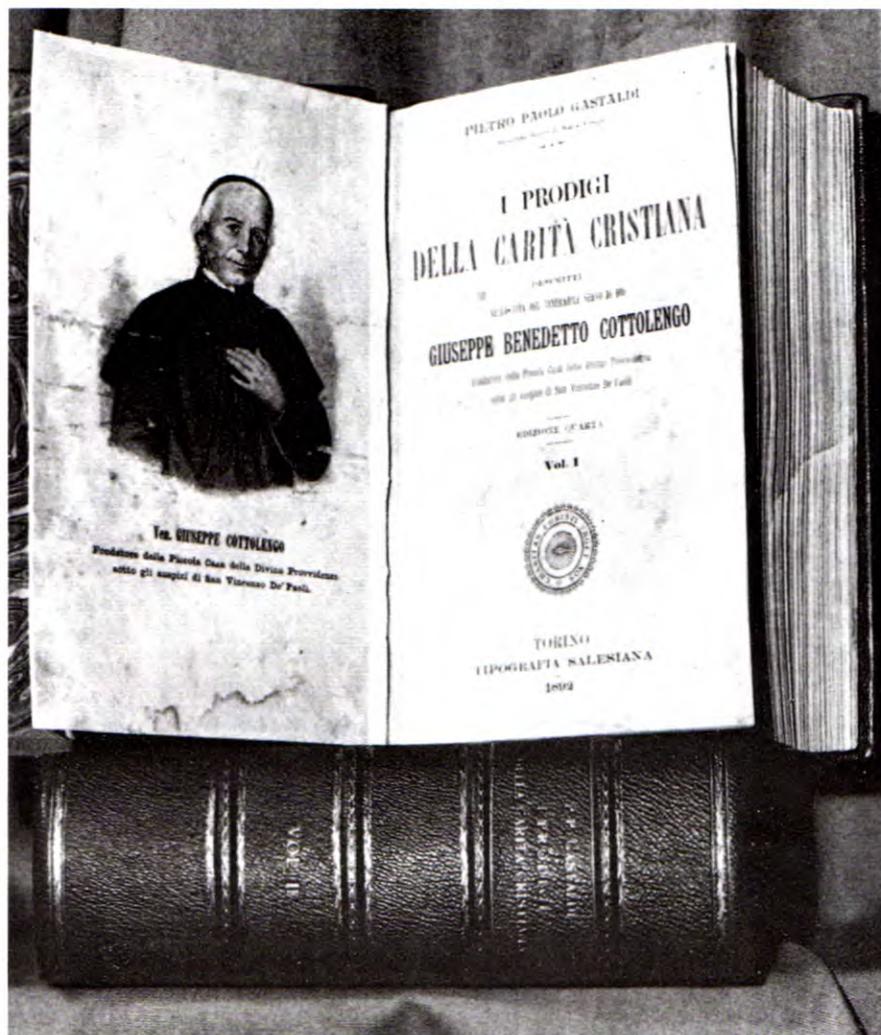
*Divina Providencia, bajo los auspicios de San Vicente de Paul*<sup>31</sup> Don Uva prosigue:

«¡Una lectura inolvidable! De esas páginas emergía la figura del beato<sup>32</sup> José Cottolengo..., con todas sus maravillosas obras de bien, y fue él, apóstol de la humanidad doliente, quien abrió en mi mente nuevos horizontes y encuadró mi ministerio sacerdotal en la asistencia a los infelices»<sup>33</sup>.

En otro texto de 1927, precisa su reacción:

«Por mucho tiempo seguí pensando en lo que había leído, mientras desfilaban en mi mente las mismas miserias que allí se describían, y que en las ciudades de nuestra región aún no estaban resueltas; recordé escenas lastimosas, conmovedoras. Infelices deficientes, locos, retardados, deformes, parálíticos que vagaban por las calles y las plazas ventosas, sucios, semidesnudos, desfallecientes, mordisqueando inmundicias, con los ojos apagados y perdidos, pobres inocentes perseguidos y blanco de las burlas de muchachones sin vergüenza. Pobres epilépticos golpeados por el mal, caídos en la tierra con la cabeza sumergida en su propia sangre y con espuma en los labios, atrayendo a su alrededor un gentío de curiosos; muy tarde llega al lugar la guardia cívica para averiguar la causa de tanto alboroto y, sin saber qué hacer se aleja después de un rato; también se alejan uno tras otro los curiosos y el infeliz queda tirado en la calle.

¡Pobres niñas, idiotas, víctimas de las más brutales pasiones de las cuales es capaz el hombre animal! No existe en Italia Meridional un solo instituto especializado en la reeducación o al menos para la internación de todas estas creaturas que en esa zona son más de 10.000; por reglamento, son excluidos de los otros institutos de beneficencia o de cura y pasan muy mala vida, sobre todo luego de la muerte de los padres, expuestos al rigor del clima, del hambre, de la enfermedad, a la suciedad, a los insectos que los devoran hasta que la muerte se apia-



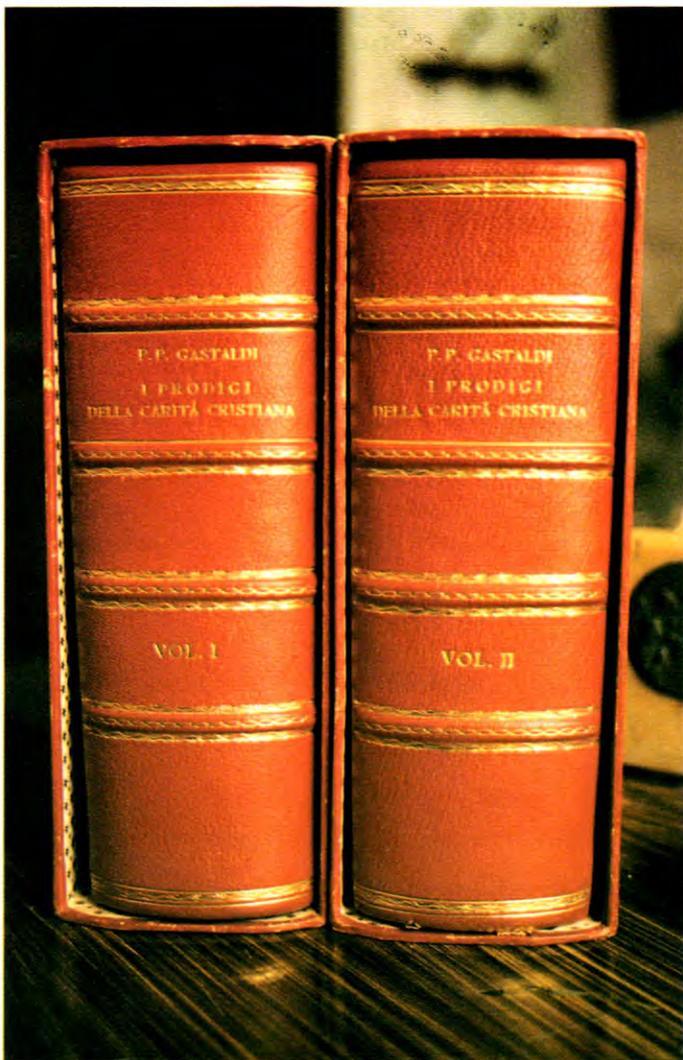
da y los libera de esos suplicios. Pensaba...; no podré fundar en Bisceglie una Casa de la Divina Providencia como la de Turín? La misión sacerdotal no consiste solamente en instruir las inteligencias, dirigir los corazones a Dios y administrar los santos sacramentos, sino también en ir al encuentro y asistir a los infelices: Jesús no es sólo el gran Taumaturgo y Pastor, sino también, esencialmente, el buen Samaritano que alivia a los infelices, consuela a los afligidos, cura a los enfermos. La misión sacerdotal es la continuación de la misión de Cristo. En esa noche se delineó el perfil de mi misión»<sup>34</sup>.

A los veinticuatro años, Pascual Uva tenía ya un proyecto para el futuro; desde aquella noche pasarían cerca de 15 años, pero nada se lo haría olvidar.

### **Fidelidad a su nido**

El colegio Capránica fue el refugio ideal y real durante sus frecuentes visitas a Roma debido a las exigencias de sus Obras.

En una carta al rector, Mons. Carinci, del 19 de abril de 1915, entre las preocupaciones y las tribulaciones de la primera guerra mundial, recuerda «la vida tranquila, alegre y querida de ochos años atrás»



La biografía de José Cottolengo escrita por el Padre P. Gastaldi. Este ejemplar en dos volúmenes fue comprado casualmente por Don Uva en Roma, en una tarde lluviosa de 1906. Su lectura le inspiró la misión de acoger a los deficientes de Italia meridional.

(1907) y «las aspiraciones y los propósitos» de los años de colegio. El 26 de diciembre, con motivo de la Navidad, piensa en “el querido colegio” y en “los amadísimos” superiores. Para perpetuar el recuerdo, enviaba cada año a Roma botellones de vino pullés para alegrar a superiores y alumnos. Fue fiel a este compromiso mientras vivió. El 23 de abril de 1913 se propone pasar algunos días de julio en el Capránica para revivir «al menos por un tiempo» la vida “pacífica” del colegio y pide ser recomendado a Santa Inés «para que siga protegiéndome y asistiéndome».

En una carta del 10 de agosto de 1912 agradece en particular al rector por los cuidados que le ha prodigado para sus males físicos y le augura que el colegio «prosperes y siga siendo un centro de educación de buenos y fieles sacerdotes. Esta es su gloria y su ideal»<sup>35</sup>.

En el vasto plan de reforma de los seminarios italianos promovida por San Pío X desde 1904 con el fin de mejorar la formación del clero, se llevó a cabo en 1913 la unificación de todos los centros de educación para el clero secular en el nuevo Seminario Romano, construido al lado de la Basílica de San Juan de Letrán, catedral de Roma. El colegio Capránica fue el único que quedó excluido de la unificación gra-

cias a la decisiva intervención del card. Mariano Rampolla del Tindaro, su Protector<sup>36</sup>.

Desde Bisceglie, el 17 de agosto de 1913, el Padre pide al rector que le informe acerca «de la precisa situación del colegio luego del ordenamiento de los colegios romanos y si aún conserva la libertad de admitir a los clérigos italianos que van a Roma a completar los estudios sagrados»<sup>37</sup>.

La carta, en la que valora la importancia determinante que la educación recibida en el Capránica tuvo para su vida sacerdotal, está dirigida al rector el 22 de agosto de 1921, desde Fiuggi, adonde iba todos los años a hacerse tratar un problema renal. Al final de cada cura, infaltablemente, visitaba el colegio y hacía los Ejercicios Espirituales en una casa de los Padres Pasionistas junto al Convento de los santos Juan y Pablo en el Celio y que aún hoy es célebre por ser la preferida del Clero y de los Prelados romanos.

Don Uva escribe para renovar la suscripción a la revista *Il Capranicense* y para hacer

«una queja de aquellas que Pascual de Pascual solía hacer<sup>38</sup> cuando estaba en el colegio (quejas) siempre justas y no personales, que señalaban la tendencia de un buen número de estudiantes capraniquenses, a quienes quizás el periódico podría ahora llamar *ex alumnos* capraniquenses pero nunca *ex capraniquenses*. Y la queja es precisamente ésta: me ha disgustado y, creo que también a otros *ex alumnos* del Colegio, el ser llamados *ex-capraniquenses*. No somos *ex-capraniquenses* y no queremos ser llamados así porque nos consideramos y somos, en el espíritu, en la forma y en la sustancia, verdaderos y propios capraniquenses».

En este punto, Don Uva hace una disquisición filológica sobre el significado de la preposición latina *ex* en la lengua italiana que indica que quién es un *ex* no es más lo que era antes.

«Del mismo modo, cuando precede al adjetivo capraniquense, el *ex* denota clérigos que fueron pero que ya no son capraniquenses. Y he aquí el error. El Colegio Capránica tiene el fin de formar capraniquenses, es decir, sacerdotes con el espíritu, la conducta y la vida que los superiores y las tradiciones

del colegio aportan. Cuando éstos habitan en el colegio, se llaman alumnos capraniquenses, cuando salen, se llamarán sacerdotes, párrocos, obispos, arzobispos, Sumos Pontífices capraniquenses, es decir, con el espíritu y la vida adquiridos en el colegio... Se debería llamar ex-capraniquenses a aquellos que, educados en el colegio, perdieron luego el espíritu y la piedad: las cualidades específicas que conforman al capraniquense. Llamad a éstos, si queréis, ex-capraniquenses, pero nosotros somos -y ello nos enorgullece- verdaderos capraniquenses, sin el ex. Para concluir, pueden llamar-

nos *ex alumnos* capraniquenses, si no quieren contradecir la verdad y disgustar a todos los capraniquenses que somos muchos. El incidente está terminado y le ha hecho emplear un cuarto de hora de sus vacaciones a quien ha escrito y a quien ha leído esta carta, con el resultado final de una confesión: el autor es un auténtico capraniquense que se precia de serlo»<sup>39</sup>.

Efectivamente, lo fue a todos los efectos, y nosotros nos preguntamos si hubiera surgido, sin el Capránica, el Cottolengo de la Italia meridional.

---

## Notas al capítulo II

<sup>1</sup> Encontramos aquí por primera vez uno de los más competentes admiradores y amigos de Don Uva. Nicolás Monterisi (nacido en Barletta el 21 de julio de 1867) hizo el ciclo básico y el bachillerato en el seminario Vaticano en Roma, luego fue admitido en el colegio Capránica donde, entre 1889 y 1894 estudió Filosofía y Teología; fue ordenado sacerdote en 1893, en 1895 se graduó en Teología en la Universidad Gregoriana, en 1897 en Derecho Canónico en el Apollinare y en Letras en la Universidad de Roma. Enseñó Teología Dogmática en el seminario de Bari, luego en el de Trani hasta 1908. El 2 de septiembre de 1913 fue consagrado obispo de Monopoli (prov. de Bari) y quiso que Don Uva asistiera a la celebración que tuvo lugar en Roma. En 1920 fue trasladado a la sede arzobispal de Chieti en Abruzzo en donde permaneció unos diez años; el 5 de octubre de 1929 pasó a la sede de Salerno donde murió el 30 de marzo de 1944. Fue un Pastor de almas que en treinta años de ministerio reformó profundamente, con gran inteligencia y extraordinaria piedad las diócesis que le tocó gobernar, mereciendo ser considerado entre los grandes obispos de la Italia meridional. VER NICOLA MONTERISI, *Trent'anni di episcopato nel Mezzogiorno (1913-1944), Memorie, scritti editi ed inediti* a cura di Gabriele De Rosa, Roma, 1981. Per i documenti citati v. XI, 2216-22.

<sup>2</sup> El cardenal (nacido en Polizzi, Sicilia, 17/8/1843, muerto en Roma el 26/12/1913) había sido alumno del Capránica desde 1861; luego de su ordenación sacerdotal (1866) frecuentó la Academia de Nobles Eclesiásticos para prepararse a la carrera diplomática. León XIII lo hizo cardenal en 1887 y lo nombró Secretario de Estado, cargo que dejó a la muerte del Papa el 20/7/1900. Desde 1896 fue Protector del Colegio.

<sup>3</sup> Hemos sacado estas noticias del fascículo dedicado al Capránica durante el curso de la Visita Apostólica a la diócesis de Roma, dispuesta por Pío X en 1904, en el *Archivo histórico de la diócesis de Roma*, con la signatura b 388-394, fasc. 390.

Los rectores del Capránica, destinatarios de las cartas de Don Uva, fueron dos: Mons. Alfonso Carinci, sucesor del rector Caselli, permaneció en el cargo hasta su nombramiento como secretario de la Congregación de Ritos, el 3 de marzo de 1930, en 1946 fue nombrado arzobispo titular. Sobrevivió a Don Uva y murió el 6 de noviembre de 1963 a la edad de 101 años. Lo sucedió en la dirección del colegio Mons. César Federici a quien Pascual Uva conoció cuando ambos eran alumnos del Capránica, fue vice rector desde el 1 de noviembre de 1930 y rector desde 1930 hasta 1970, año de su muerte.

<sup>4</sup> Pirro Scavizzi nació en Gubbio el 31/3/1884 y murió en Roma el 9/9/1964, coetáneo de Don Uva, fue una estrella de primer nivel del clero romano. Apenas ordenado sacerdote, fue vice párroco de San Eusebio y párroco en 1918. Incansable predicador de misiones populares, famoso capellán militar durante la primera guerra mundial, director de peregrinaciones a Lourdes y a Tierra Santa, solicitadísimo consejero espiritual, vivió siempre en la pobreza. Su parroquia era un centro de atracción de almas que aspiraban a la perfección y se comprometían en el apostolado. Desde el 8 de diciembre de 1918 hasta el 7 de diciembre de 1919 fue también director espiritual del Capránica. En 1919, bajo el seudónimo de *Nazareno Damiani* publicó *L'Eletto. Pagine di vita* (II edic., Verona, 1962), en el cual, en forma de diálogo, cuenta la historia de un joven seminarista hasta la ordena-

ción sacerdotal, plasmando sus experiencias en el Capránica. La cita que transcribimos se encuentra en las págs. 89-90. VER G.I. MASETTI ZANNINI, *Don Pirro Scavizzi. Un sacerdote per il nostro tempo*, Milán, 1970 y T.CAPELLI, *Don P.S. nell'Almo Collegio Capranica*, en Autores varios, *Il Servo di Dio don P.S.*, Roma, 1987, págs. 41-49. En la última página, el autor afirma que Pirro Scavizzi «pertenece con pleno título a la primavera de apóstoles, de pastores y de santos de nuestro querido Colegio Capránica: desde Benedicto XV a Pío XII, a Don Uva» Y de hecho, tanto del P. Scavizzi como de Don Uva, está abierto el proceso para su canonización.

<sup>5</sup> VIII, 1121

<sup>6</sup> VIII, 1121 y ss. De las cartas a su madre y a sus amigos no quedan rastros.

<sup>7</sup> VIII, 1130.

<sup>8</sup> VIII, 1122 y ss.

<sup>9</sup> VIII, 1123.

<sup>10</sup> VIII, 1124.

<sup>11</sup> VIII, 1125.

<sup>12</sup> *Infierno*, I, 22-24. Traducción de Angel Batistessa, Buenos Aires 1972.

<sup>13</sup> VIII, 1126.

<sup>14</sup> VIII, 1127.

<sup>15</sup> VIII, 1127.

<sup>16</sup> VIII, 1128.

<sup>17</sup> El dinamismo de toda la creación es un pasaje de un estado de capacidad de desarrollo a otro de determinación, de adquisición y de enriquecimiento; por ejemplo, la semilla que se convierte en planta. El desarrollo exige una causa superior, porque en virtud del principio de no contradicción, ninguna cosa puede darse a sí misma lo que no tiene. Es necesario, así, llegar a un Motor inmóvil, es decir, a un Ente supremo, no sujeto al devenir, que mueva sin moverse, un Acto puro que posea la plenitud del ser y que sea la fuente de toda perfección, es decir, Dios. En seguida, Don Uva recordará la potencia y el acto para afirmar que, para sus costosas empresas tenía “en potencia” todos los fondos necesarios porque estaba firmemente convencido de que la Divina Providencia no fallaría. Sin esta fe valiente no podríamos entender a Don Uva.

<sup>18</sup> VIII, 1128.

<sup>19</sup> VIII, 1129.

<sup>20</sup> VIII, 1129.

<sup>21</sup> VIII, 1130. La última anotación, del 23 de abril de 1905, habla de un sobresalto de nostalgia por la fiesta de Pascua que pasa lejos de los suyos, por eso la hemos citado a continuación de los textos relativos a la Navidad de 1904.

<sup>22</sup> XI, 2225. Luego de su retorno definitivo a Bisceglie, se transfirió de la Universidad de Roma a la de Nápoles. De un documento de la curia de Bisceglie resulta que en 1921 estaba aún inscripto en Nápoles. A partir de 1922, Don Uva se dedicó totalmente a la fundación de su Obra y no pudo completar sus estudios.

<sup>23</sup> V, 171. Jesús recomendó la perfecta y perpetua continencia a quienes quieren dedicarse exclusivamente al Reino de los cielos (cfr. *Mateo* 19, 12) y la Iglesia lo ha considerado siempre conforme a la vida sacerdotal. «Ciertamente, (tal continencia) no es exigida por la naturaleza misma del sacerdocio, como resulta evidente de la praxis de la Iglesia pri-

mitiva y de la tradición de la Iglesia Oriental» (Concilio Vaticano II, *Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 16).

El celibato, que primero era recomendado a los sacerdotes, en el Concilio de Elvira en España (a. 306) fue impuesto por ley en la Iglesia Latina para todos aquellos que aspiraran al orden sagrado.

<sup>24</sup> XI, 2223 y ss.

<sup>25</sup> F. IOZZELLI, *Roma religiosa all'inizio del Novecento*, Roma, 1985, págs. 75-85.

<sup>26</sup> En AA.VV., *Il Servo di Dio Pirro Scavizzi*, pág. 33.

<sup>27</sup> VIII, 1108.

<sup>28</sup> En los escritos editados e inéditos de Don Uva, la fecha de la iluminación oscila entre el 1906 y el 1908. En *La Casa della Divina Providencia* (1944) se menciona el invierno de 1906, en *Le Ancelle della Divina Providencia* (1927) el invierno de 1908. En los apuntes biográficos recogidos, muy probablemente en 1937, por mons. D'Orio de lo dicho por el mismo Don Uva, se trata del invierno de 1907-1908 (en G. FELSANI, *La Casa della Divina Provvidenza*, I, pág. 137). Esta última nos ha parecido la fecha más probable porque Don Uva dijo que tuvo la inspiración quince años antes que las primeras Siervas de la Divina Providencia, se reunieran en vida común el 10 de agosto de 1922, VIII, 1267.

<sup>29</sup> A unos setenta pasos del Capránica, en Via delle Colonnelle, había una casa que revendía libros usados, que yo mismo frecuentaba hace muchos años y que desde hace tiempo ha dejado de existir.

<sup>30</sup> *La Casa della Divina Provvidenza*, pág. 7.

<sup>31</sup> El autor era el sacerdote Pedro Pablo Castaldi, y fue publicado por primera vez en Turín, en la Tipografía Salesiana en 1882. La edición que adquirió Don Uva era la cuarta, de 1892. En 1952, la obra de Castaldi fue nuevamente editada en un sólo volumen de XIX-1258 páginas, cuyo texto fue revisado sólo en su estilo.

<sup>32</sup> Don Uva escribía estas líneas en 1944 cuando Cottolengo había sido declarado beato por Benedicto XV, el 8 de abril de 1917. El 6 de mayo de ese año, desde Bisceglie, se lamentaba con el rector del Capránica: «Siento muchísimo el no haber sabido antes de la solemne fiesta de la beatificación del gran santo que tanto admiro. ¡Se entiende!. Aquí confinados, no tenemos derecho a enterarnos de ciertas cosas; esperamos que no sea así en el cielo porque de lo contrario estaríamos bastante mal. Esto ya está hecho, esperamos que no suceda lo mismo cuando sea canonizado» XI, 2282.

Al rector del Capránica pedía que le fuera enviada “rapidamente” una biografía del nuevo beato y 50 estampas para regalar y otra grande para exponer en el Asilo de Mendigos de Bisceglie. Cottolengo fue canonizado por Pío XI el 19 de marzo de 1934.

<sup>33</sup> *La Casa della Divina Provvidenza*, pág. 7.

<sup>34</sup> *Le Ancelle della Divina Provvidenza*, pág. 6 y ss.

<sup>35</sup> XI, 2258, 2227, 2235, 2230.

<sup>36</sup> F. IOZZELLI, *Roma religiosa...*, cit., págs. 140-145.

<sup>37</sup> XI, 2240.

<sup>38</sup> Así lo llamaban en broma en el Capránica, por la coincidencia de su nombre con el del padre.

<sup>39</sup> XI, 2291.



CASA DELLA DIVINA PROVVIDENZA

OSPEDALE  
PSICHIATRICO



ISTITUTO  
BRUCIENICO



### Capítulo III

## EL PASTOR DE ALMAS

A fines de junio de 1908, Don Uva volvió definitivamente a Bisceglie y empezó su ministerio sacerdotal como coadjutor en la parroquia de San Adoeno, en el barrio medieval de la ciudad. La iglesia parroquial, fundada en 1074 es -después de la catedral- la más antigua de la diócesis y uno de los ejemplos más antiguos del estilo románico pullés.

San Adoeno, obispo de Rouen, en Francia, entre los años 641 y 684, era el protector de las milicias normandas que tuvieron un cuartel en Bisceglie. La fuente bautismal de piedra es del siglo XII<sup>1</sup>.

La parroquia estaba al servicio de un barrio llamado "El Castillo" debido a los restos de un castillo construido o terminado por Federico II en el s. XIII. Las viejas y sombrías casas en el recinto medieval y las callejuelas que las delimitaban, estaban en precarias condiciones higiénicas y mal habitadas; las mujeres de "El Castillo" eran llamadas en dialecto *re castèddere* (las mujeres del Castillo) para indicar su mala fama de chismosas, pendencieras y de costumbres poco ejemplares<sup>2</sup>. Los niños transcurrían los días en las calles, vestidos casi con harapos y asistían a las peleas de los adultos aprendiendo un lenguaje soez. Don Pascual se ocupó en especial de aquellos niños abandonados e instituyó para ellos una asociación de "Luisitos", a fin de inducirlos a seguir el ejemplo de s. Luis Gonzaga. Para alejarlos de la calle, organizó también con los asociados una incipiente banda musical.

La actividad del joven vice-párroco indispuso a uno de sus compañeros, amante de la vida tranquila y Don Uva prefirió retirarse<sup>3</sup>.

En San Adoeno tuvo también dificultades económicas; en una carta del 6 de julio de 1909 pide al rector del Capránica limosnas por la celebración de Misas: «Podría conformarme con alguna limosna de aquí, celebrando otras Misas por mis buenos muertos, ya que para mí no necesito nada, pero en este caso me vería obligado a limitar la necesaria caridad, ya que tendría sólo lo poco que me da papá»<sup>4</sup>. Hasta 1928 vivió con sus padres y estos le daban todo pero, naturalmente, no podía pedirles lo que necesitaba para la «necesaria» caridad con los pobres.

El 15 de enero de 1911, el arzobispo Carrano erigió en Bisceglie dos rectorías con cura de almas, cursales de la parroquia de la catedral. Una de ellas estaba en la iglesia de San Agustín. El 6 de noviembre la Curia llamó a concurso para el nombramiento del rector y Don Pascual participó; gracias a sus recientes estudios y a sus títulos resultó vencedor respecto de los otros tres candidatos. Un sector del clero hubiera preferido otro candidato y trató de impedir el nombramiento de Don Pascual con el pretexto de su poca edad y de su excesivo celo para emprender nuevas iniciativas, que agitaban las aguas estancadas de una mal entendida tradición. Y por añadidura, no gustaba su firmeza de carácter.

Interrogado sobre este asunto por Mons. D'Oria en 1937, Don Uva agrega otros detalles: «Yo era soberbio», es decir, no me plegaba fácilmente; «además, venía de Roma, donde había confesado por dos años en el Agro Romano. El obispo me confirmó la facultad y hacía todo lo posible en la capilla rural. El choque fue todavía mayor porque, según el sínodo diocesano, no se podía ser confesor antes de los treinta años. El arzobispo se vio obligado a quitarme la facultad. Entonces sufrí una humillación»<sup>5</sup>.

Una explícita y firme petición popular al arzobispo, hizo callar a la oposición y Don Uva fue nombrado rector con una bula arzobispal del 6 de noviembre de 1911.

### Rector y párroco

La iglesia de San Agustín era conocida como "la Capilla", debido a una antigua y pequeña iglesia dedicada a Santa María de las Gracias que antes había ocupado el terreno. Al lado de la Capilla se había empezado la construcción de una residencia de verano para el obispo diocesano. En 1711, esa iglesita fue cedida a los Frailes Menores Conventuales que construyeron al lado su convento; fue posteriormente cedida a los Padres Dominicos quienes, a su vez, en 1828, la entregaron a los Ermitaños de San Agustín,

Bisceglie: Iglesia de S. Adoeno (fachada) donde Don Uva realizó -como coadjutor- sus primeras experiencias en uno de los barrios más pobres de la ciudad vieja. Es un monumento protorrománico del s. XI, de la misma época y estilo que la Catedral.



los cuales demolieron la capilla de Santa María de las Gracias reemplazándola por una más grande dedicada a San Agustín.

Como consecuencia de los movimientos políticos que llevaron a la unificación de Italia en 1861, y de las leyes que suprimieron los conventos, la iglesia pasó -al año siguiente- a la Caja Eclesiástica<sup>6</sup>, que la mantuvo abierta al público para el cual era casi como una parroquia. En 1867, el convento y la iglesia fueron cedidos a la Comuna de Bisceglie, que hizo del convento la sede de una Escuela Secundaria con un internado anexo, más tarde sustituida por una Escuela Técnica. En 1905 se estableció de nuevo la Escuela Secundaria, y se agregaron la Escuela primaria y una Dirección Didáctica. En 1931, cuando se construyó una nueva sede para las escuelas, el viejo edificio fue vendido a Don Uva al precio de 100.000 liras; completamente reestructurado, todavía hoy forma parte del grandioso complejo de la Casa de la Divina Providencia, obra maestra del genio y de la caridad de Don Uva<sup>7</sup>.

Cuando tomó posesión de la rectoría de San Agustín, tenía a su cargo alrededor de 9.000 habitantes, de los cuales 500 dispersos en los campos vecinos<sup>8</sup>.

A la rectoría le fueron asignados algunos terrenos, cuya renta oscilaba entre 400 y 500 liras anuales.

Con estos fondos, el rector debía proveer a la manutención de la iglesia, a todos los gastos del culto,

a la retribución de un coadjutor, y a los gastos propios de casa y comida.

Don Uva tenía todas las razones para decir que estaba «en condiciones miserables», pero no era el tipo de persona que se queda sin hacer nada; hizo juicio al Fondo Culto del Ministerio de Justicia, para obtener el “suplemento de congrua”, establecido por la ley para el sostenimiento del párroco y para los gastos del culto. Su objetivo iba, sin embargo, más allá de su propio interés, tal como lo expresaba en una carta al rector del Capránica, el 13 de noviembre de 1912: «Empiezo el juicio para los gastos de culto: si el Señor me bendice y todo va bien, en la abandonada iglesia de San Agustín se formará una linda milicia cristiana». Mientras tanto, pedía al rector del Capránica, que siempre le había demostrado disponibilidad y generosidad, limosnas de Misas para su «pobre parroquia» porque su desinterés personal «no basta para suplir todas las necesidades».

Las dificultades económicas no enfriaban su celo, como resulta de la correspondencia con el Colegio Capránica. En Cuaresma de 1912 confesó a los parroquianos durante siete y nueve horas diarias. La vigilia de la fiesta de San José y el Viernes Santo, permaneció en el confesionario 14 horas seguidas, sólo interrumpidas por un intervalo de media hora (carta del 17 de abril de 1912). El mismo año instituyó las Cuarenta horas, como conclusión de la fiesta del *Cor-*

*pus Christi* y para dar mayor solemnidad a la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús (9 de junio de 1913). Las Cuarenta horas resultaron sumamente gratas a los fieles, que en gran número y con mucho fervor frecuentaron la adoración del Santísimo Sacramento, aún en los momentos más incómodos de las primeras horas de la tarde y a la noche.

Don Uva fue un apóstol de la devoción al Corazón de Jesús. Atento a las necesidades locales y movido por su sensibilidad pastoral, quería trasladar al mes de diciembre las prácticas de piedad del mes de junio, dedicado al Sagrado Corazón, y el 17 de agosto escribe al rector del Capránica: «Los fuertes calores de junio hacen difícil la permanencia en la Iglesia por mucho tiempo y, sobre todo, los trabajos rurales mantienen a los hombres lejos de la ciudad y obligan a las mujeres a ir al campo». Evidentemente obtuvo el parecer favorable de Roma para la sugerencia de trasladar a enero el mes del Sagrado Corazón, porque diciembre estaba ya ocupado por la novena y las fiestas de Navidad. El 14 de enero escribe al rector del Capránica que su consejo había sido oportuno: las celebraciones de la mañana y las predicaciones vespertinas fueron «muy concurridas, participaron también muchos hombres, especialmente en los días de mal tiempo». En la misma carta dice que, desde fines de noviembre, estuvo siempre ocupado con la novena de la Inmaculada, la fiesta de S. Lucía y la novena de Navidad; con las predicaciones, las confesiones, las visitas a los enfermos y el catecismo de los niños, pero está «satisfecho». A Don Uva no le asustaba el trabajo sino la inercia<sup>9</sup>.

## El predicador

A través de un grupo de homilías que Don Pascual predicó en las misas festivas entre 1913 y 1915, es posible hacerse una idea del estado de ánimo de sus fieles y de las dificultades de diverso tipo que encontró en su ministerio parroquial<sup>10</sup>.

Cuando comenta la lectura evangélica en la que Jesús predice el martirio de Pedro, el Apóstol quiere

saber qué género de muerte le esta reservada a su amigo Juan<sup>11</sup>, pero el Maestro se niega a contestar. Don Uva encuentra el modo de deplorar a quien se entromete en los asuntos de los demás:

«¿Qué importa lo que hacen los demás, si se portan bien o mal, si observan la ley de Dios o si serán por El castigados o premiados?...Nadie quiere ocuparse de sí mismo y todos quieren enterarse de los hechos y las razones de los demás, si viste bien o mal, si vive retirado o pasea, si reza o no reza. De todos se piensa mal y se murmura. Si alguno no va a la Iglesia desde hace tiempo, se dice que se ha convertido en un ateo, que su fervor terminó y que está “incagnato”<sup>12</sup> con Dios; puede ser, en cambio, que se sienta mal -no todos los males se ven- o que no tenga un vestido adecuado para presentarse en la iglesia. Si una mujer va a la iglesia con más frecuencia que de costumbre se dice que es una beata, que no sabe qué hacer, mientras podría quedarse en casa a trabajar; y en cambio, está esperando alguna gracia especial de Dios y reza con mayor fervor para conmover Su Corazón. Si alguno habla en la iglesia o murmura con el vecino, se dice que es un charlatán: si reza con devoción se dice que lo hace con segundas intenciones, para engañar. ¡Cuánta humana malicia en querer conocer y juzgar al prójimo! Si quieres saber de qué modo un rico se convirtió en pobre, si quieres saber por qué el Señor hace que un pecador esté bien y los buenos, mal... ¡Qué vergüenza es ésta: querer saberlo todo, aún los misterios y los fines de Dios! Si pensamos demasiado en los demás, terminamos por no pensar jamás en nuestros propios problemas y en nuestros deberes. Ocupándonos de las cosas que no nos incumben, llegamos a decir cosas que no son buenas e incurrimos en comparaciones odiosas... en celos, odio, maledicencia, críticas, censuras, enemistades, litigios. En fin, se pierde la paz y tantas familias y personas quedan enemistadas por largo tiempo, con la conciencia angustiada»

A quien se sentía tocado, no agradaban las palabras del párroco y reaccionaba criticándolo:

«Muchos cristianos que no quieren corregirse de los propios defectos, para no quedarse solos, lla-

Bisceglie: Iglesia de San Agustín, fue construída por los Ermitaños Agustonianos y consagrada en 1846. Don Uva fue nombrado Cura-Rector el 6-11-1911 a la edad de 28 años. Junta a esta iglesia, el 3 de octubre de 1921, puso la piedra fundamental de la Casa de la Divina Providencia y allí, el 10 de agosto de 1922, las primeras ocho jóvenes formadas e inspiradas por él, se reunieron en vida común dando origen a la Congregación de las Siervas.

man a otros y con mil palabras y mil calumnias, intentan destruir las obras buenas y difamar a los buenos ministros de Dios... Quien tenga algo que decirme, que me lo diga en la cara y no se esconda... Yo no puedo callar las persecuciones que se hacen a mis obras, especialmente a la obra del catecismo. Aquéllos de entre vosotros que se presentan como cristianos y son fariseos, tachan mis obras de novedosas, de cosas nunca vistas y nunca hechas, o hechas con segundas intenciones, por ambición, y que por lo tanto terminarán mal, y menos mal que no dijeron cosas peores. Lograron alejar del catecismo a muchos niños y niñas e incluso alguna catequista»

En otra ocasión, una apasionada auto-defensa de Don Uva nos permite apreciar su alma sacerdotal:

«El obispo me envió, porque vosotros me quisisteis y se lo pedisteis insistentemente a mi superior y yo vine con gusto a estar con vosotros. Un sólo fin me trajo aquí: el celo, la gloria de Dios, el bien de vuestras almas, la educación de vuestros hijos. Y yo vine con entusiasmo, vine con amor; entusiasmo y amor que no han disminuido sino que han crecido con el tiempo. Os amo, os quiero, pero con un amor que no es humano: con un amor que sólo sabe dar el amor del Corazón de Jesús.

A todos he hecho bien y a ninguno mal. ¿Quién de vosotros, estando enfermo no me ha querido al lado de su cama para compartir los dolores? La lluvia, la tierra, el sol hirviendo de las "controré"<sup>13</sup> y el frío del invierno, no fueron suficientes para moderar mi celo por vuestras almas. Todas vuestras miserias me movieron a compasión y me esforcé por ayudaros hasta el sacrificio de mi propia vida. No me movió el deseo de recibir honores, porque honores podría haber tenido en otra ciudad, más grande y más gloriosa que Bisceglie; ni la ambición de riquezas porque las desprecio, tampoco fue la búsqueda de comodidad y de placer lo que me hizo venir aquí, sino sólo vuestro bien. Y me quedaré hasta que vosotros lo queráis. Pero el día en que no me queráis más, os dejaré y trataré de hacer



el bien en otro lugar. Vosotros me llamasteis y yo vine, vosotros me despediréis y yo me iré; pero mientras esté aquí cumpliré con mi deber de párroco, y lo haré con todos, adultos y niños, y cuando no vea vuestra colaboración, os dejaré. Vuestra maldad llegó al punto de tacharme de exagerado y de juzgar inútiles y peligrosas mis obras, pero yo he tenido mucho celo por vuestras almas»<sup>14</sup>.

La dramática defensa se concluye con una exhortación paterna a cuidar los intereses del alma para no vivir en vano.

A los fieles recalcitrantes, se agregaba otro abierto enemigo: el socialismo revolucionario y anticlerical, cuyo teórico era Cayetano Salvemini, nativo de Molfetta<sup>15</sup>. El domingo, fogosos propagandistas arregaban a la gente, reunida en la gran plaza de Bisceglie y Don Uva clamaba desde el púlpito:

«Desde hace pocos años se ha abierto camino un nuevo enemigo de la Iglesia: el socialismo que calumnia a los sacerdotes, a la Iglesia, al Papa e incluso a Jesucristo y así se esfuerza para abatirnos. Tiene un proyecto y cree que la Iglesia será derrotada, que no habrá más sacerdotes y que las igle-

sias se convertirán en teatros y salas de baile. Nuevos pedagogos prometen mares y montes. ¡Os engañan! ¡Os roban vuestras conciencias!».

Los anticlericales «dicen que los sacerdotes son hombres como todos, no profetas o representantes de Cristo, que se arrojan el poder de confesar y de dirigir la Iglesia» y Don Uva responde: «El sacerdote es aquél que se sacrifica por el bien del individuo y de la sociedad, que socorre a los pobres abandonados y a los enfermos, incluso a los que padecen enfermedades contagiosas. El sacerdote de Cristo es el que funda, guía y gobierna los hospitales y los orfanatos; es el que, renunciando al gozo de una familia, hace de los necesitados su propia familia; es el que se ocupa de la educación e instrucción de vuestros hijos, el ángel custodio de aquéllos que todos han abandonado. El sacerdote no es un profeta, pero sí una voz que indica el camino del reino de Dios<sup>16</sup>. Se lanzan las más negras calumnias y las peores injurias contra nosotros, que todo aceptamos por amor a Jesucristo»<sup>17</sup>.

### **Novedades pastorales: catecismo y escuelas**

La obra maestra pastoral de Don Uva fue aquella que los detractores juzgaban como una novedad contraria a la tradición y hasta peligrosa: la organización de la enseñanza del catecismo, para atacar de raíz el problema de la ignorancia religiosa.

Comenzó con las niñas, con las cuales en noviembre de 1912 formó 11 clases, como resulta de una carta al rector del Capránica. El 14 de enero está feliz al poder comunicar al mismo destinatario:

«Imagínese que este año tengo 31 clases de catecismo en perfecto orden, de las cuales 8 tienen cerca de 200 niños y en las 23 restantes hay alrededor de 430 niñas. Tuve la ayuda de dos nuevos sacerdotes, los cuales, llenos de celo y de amor, compiten con los dos coadjutores de la parroquia para prestar su ayuda. La comunión diaria es numerosa y las festivas todavía más»<sup>18</sup>.

La valiente y sabia iniciativa, fue dada a conocer

a un vasto público de operadores catequísticos en 1939, en una revista especializada que publicó un artículo titulado: «Luces catequísticas en la tierra de Pulla». De Don Uva se decía:

«En pocos años organizó tan bien las primeras seis clases de la primaria para ambos sexos, dos cursos complementarios y uno o dos de perfeccionamiento para las escuelas femeninas, que la Santa Sede le asignó una contribución de 1.000 liras por un período de cinco años para el desarrollo de esta gran obra que tanto le importa. Y eran tiempos en los que no se concebía semejante método, al menos por parte de la mayoría de los sacerdotes; por eso podemos con suma satisfacción considerar a este sacerdote, como el pionero de una obra hoy tan difundida, que ya no nos sorprende. Comprendió enseguida, que para asegurar la continuidad de la obra se necesitaban maestros, y como no los había, él mismo tuvo que formarlos. En efecto, luego de los dos cursos complementarios, hizo hacer uno o dos años de preparación, en los cuales él mismo enseñó un poco de pedagogía, además del dogma y la moral, adaptados a esas mentes sin ninguna preparación filosófica».

En el artículo, también se hace una breve historia de la Casa de la Divina Providencia, que Don Uva había fundado hacía 17 años. Se hace notar que alrededor de veinte catequistas se hicieron Siervas de la Divina Providencia y nos permite conocer un arriesgado proyecto suyo. Junto al templo de San José cuya primera piedra había sido puesta dos años antes:

«Si la Autoridad eclesiástica considera oportuno trasladar allí la parroquia y confiarla al clero de la Casa (los Siervos de la Divina Providencia), habrá también un edificio donde se instalará la escuela catequística parroquial, con amplios patios para los recreos. La parroquia retomará así sus tradiciones catequísticas frenadas por un momento sólo porque la Divina Providencia, en sus caminos misteriosos, preparaba un porvenir tan luminoso que no debía extinguirse más, porque el espíritu que anima ahora al párroco humilde y valiente, se volcará en el corazón de los Hijos, que continuarán su



Grupo de niños y niñas de Bisceglie a los cuales Don Uva daba lecciones de catecismo durante las vacaciones de verano. Año 1902.

obra y mantendrán las tradiciones que su Padre ha sabido formar»<sup>19</sup>.

Al continuar con la historia de Don Uva relataremos las peripecias que llevaron a la cesación, no por culpa suya, de la Congregación religiosa masculina de los Siervos de la Divina Providencia, que él había fundado.

La organización catequística nos permite apreciar, por primera vez, el gran talento pedagógico de Don Uva, la singular lucidez de su inteligencia aguda y anticipadora, la fecundidad de su creatividad: inagotables capacidades que hoy se dirían empresariales. Si a esas cualidades, que raramente se encuentran juntas y en armonía, se agrega la heroicidad de sus virtudes cristianas y sacerdotales, se tendrá un retrato acabado de Don Uva.

Todas sus iniciativas religiosas tienen una apertura social. Los niños y niñas de Bisceglie pertenecen, en su mayoría, a familias de braceros agrícolas y analfabetos, incapaces de orientar a sus hijos en sus estudios. Para suplirlos, Don Uva instituyó en la parroquia unos cursos post-escolares que funcionaban por la tarde.

Apelando a la benevolencia con la cual los bien intencionados habían acogido las instituciones precedentes, con una circular del 4 de octubre de 1921, Don Uva anunció la apertura de escuelas femeninas de trabajo «para ayudar a los padres en la educación de sus hijas y en el ejercicio de las tareas femeninas». Eran admitidas las niñas mayores de 7 años para aprender los distintos tipos de bordado y el arte de coser. «La enseñanza práctica estará precedida de lecciones teóricas para que la niña trabaje, no inconcientemente, como una máquina, sino conociendo las razones de lo que hace. Además de la enseñanza de los distintos trabajos, se cuidará la formación cívica,

moral y religiosa de las alumnas, para formar mujeres laboriosas, educadas y honestas, preparadas para su misión social y religiosa»<sup>20</sup>.

La dirección general de la escuela fue confiada a la condesa Amelia Frisari y la dirección de los trabajos estaba a cargo de cuatro señoritas, entre ellas Ana, la hermana de Don Uva.

Para movilizar a los parroquianos, instituyó la Asociación del Sagrado Corazón, las Hijas de María, las Terciarias de San Agustín y fue el pionero de la Acción Católica en Bisceglie, asumiendo el cargo de Asistente diocesano de los jóvenes y de las mujeres; sólo en 1954, cuando contrajo la enfermedad que lo llevaría a la muerte, pidió la ayuda de un Vice-asistente.

### Los años de guerra

La primera guerra mundial, en la que Italia se vio envuelta el 24 de mayo de 1915, sorprendió a Don Uva en plena actividad: «No logro resolver el problema de la cantidad de asuntos que debo atender personalmente. ¡Las ayudas prometidas quedan en promesas! Las confesiones me llevan gran parte del día; siempre hay trámites matrimoniales, obras de caridad, el catecismo... La enseñanza del catecismo podría mejorar y simplificarse, pero los superiores no se ocupan. Más de una vez les he pedido que gestionen la obtención de la enseñanza religiosa en las escuelas primarias». El intendente de Bisceglie «católico verdadero» se lo ha prometido, pero el arzobispo no hace suya la propuesta de pedir al resto de los párrocos que se muevan, puesto que una iniciativa privada «no tiene fuerza suficiente»<sup>21</sup>.

Su vida es «laboriosa y dura», sólo aliviada por la

esperanza fundada en las promesas de Jesús; para encontrar coraje, recuerda las enseñanzas de los superiores del Capránica y los propósitos hechos en esos años «lentos de entusiasmo», y así, «sigo adelante». Está preocupado, porque después de la muerte de Mons. Carrano (17 de marzo de 1915), la arquidiócesis de Trani-Bisceglie no tiene Pastor y él espera en un sucesor «santo, lleno de energía y de iniciativa, que nos haga despertar de este sopor, del sueño en que vivimos desde hace ya muchos años» (carta del 16 de abril de 1915). El nuevo arzobispo, Juan Régine, será nombrado recién el 9 de diciembre.

A poco más de un mes de la entrada de Italia en la guerra, la vida en Bisceglie se hace cada día más difícil:

«La miseria se siente cada vez más. Los pobres piden mucho y los ricos pueden dar muy poco. La falta de comercio con el exterior es para nosotros fuente de miseria; las lluvias continuas han estropeado el trigo, la uva y en gran parte las aceitunas. Vivimos la pesadilla de un gravísimo castigo de Dios y sin embargo, el pueblo no da señales de verdadera conversión; obstinado y escéptico, se ocupa poco de la religión y de Dios» (carta de 29 de junio de 1915).

«El conflicto ha creado nuevos problemas. En las ciudades pulleses hay muchos repatriados o fugitivos de Austria, donde han dejado la propia familia a la cual querrían hacer llegar noticias. Los intentos realizados ante los comités cívicos fracasaron, las cartas fueron rechazadas y estos desgraciados vienen todos los días a la parroquia a pedir la intervención del Papa» (carta del 14 de julio de 1915).

En Bisceglie los repatriados llegan a ser casi 400 y Don Uva piensa que el Capránica podría ocuparse de ellos ya que gracias al P. Pirro Scavizzi -condiscípulo suyo- se ha convertido en un centro de actividad religiosa para los militares (14 de julio de 1915). Trece días más tarde, envía la primera lista de prófugos y si el intento da resultado, tiene ya preparado otra lista más larga (27 de julio de 1915).

El rector del Capránica se admira porque Don Uva agota más rápidamente que de costumbre las limosnas para misas que generosamente se le envían, y Don Uva se disculpa: «Aquí hay mucha miseria y apenas se puede comer. La gente no se acuerda de los muertos, sólo de vez en cuando alguien hace celebrar una misa de agradecimiento por haberse librado de algún peligro». El estado precario de las líneas ferroviarias le impiden mandar a Roma su donación anual de vino pullés.

Los efectos de la guerra se hacen duros. Los precios de los artículos de primera necesidad suben a las nubes. Faltan el trabajo y el dinero. Muchos campos muy extensos han quedado sin cultivar por falta de mano de obra y sus propietarios están en la miseria. El pueblo está apático no obstante los esfuerzos del párroco por levantar los ánimos. Se proyecta una reforma del servicio militar, por la cual Don Uva podría ser movilizado: en su momento, cuando se presentó a la primera revisión militar, fue exonerado por una luxación en un brazo. Ahora deberá hacerse una nueva revisión, y si resultara idóneo, la ley dispone que un párroco puede ser dispensado del servicio militar sólo si es insustituible: «Pase lo que pase, estoy dispuesto a todo, porque lo que suceda será la voluntad de Dios» (6 de enero de 1916).

La guerra no produjo, como se preveía, ventajas morales y religiosas. Algún soldado que vuelve más bueno, pronto se adapta al ambiente, que ahora es menos religioso que antes. Frente a la continuación y el encarnizamiento de la guerra, el pueblo acusa a Dios de venganza: «Este año, los que han observado el precepto pascual o se prevé que lo harán, no llegan a la tercera parte de los que lo han hecho otros años, aún teniendo en cuenta los que fueron llamados a las armas» (11 de abril de 1916).

El 13 de diciembre escribe:

«Aquí se siente la falta de sacerdotes. Los pocos que quedaron, están sobrecargados de trabajo. Todas las noches, después de un día sin pausas, volvemos a casa exhaustos. El pueblo es religioso sólo exteriormente; cuando constata que las oracio-



nes no surten efecto, son muchos los que se alejan. Es muy doloroso observar este hecho en nuestros pueblos... Nosotros intensificamos nuestras oraciones y la reparación a las ofensas hechas al Señor, esperando al menos equilibrar la balanza... Sufrimos todas las consecuencias de la guerra y tememos una eventual incursión aérea o naval en nuestras costas».

El 2 de agosto de 1915, las naves austriacas bombardearon el puerto de Bisceglie y sembraron el terror, aunque sólo provocaron escasos daños y heridos leves.

En marzo de 1917, vuelve a pedir limosnas para Misas porque la miseria causada por la guerra golpea también a los sacerdotes:

«Falta el pan, la población todavía tiene paciencia, esperamos que no la pierda. Los sufrimientos se resuelven en prejuicio para la religión. Los confesionarios están casi desiertos, son pocos los hombres que aún van a trabajar y las mujeres van de noche a los hornos en busca de un poco de pan. Las comuniones son pocas y empieza a perderse la confianza en la oración. Las razones valen poco frente al sufrimiento y la gente no sabe resignarse. ¡Dios tenga piedad de nosotros!» (25 de marzo de 1917).

En esta difícil y triste situación, Don Uva se refugia en el recuerdo de los años de Roma: con «santa envidia» recuerda a los capraniquenses que todavía pueden gozar de la «buena suerte» de los beneficios de la vida en el colegio: «los amables superiores, los queridos compañeros y las lindas fiestas selladas por la familiaridad... Y yo, en cambio, arrojado lejos para luchar contra los enemigos de Jesús», los anticlericales y

«contra viejos principios que traban la ejecución de las más bellas obras concebidas al amparo del querido colegio, inspiradas en los sabios consejos de los superiores y de los amigos queridos. Que vuelva pronto la paz a restablecer el orden y la tranquilidad necesarios para preparar otros sacerdotes,

que deberán aumentar la fe de aquéllos que trabajan para Cristo con pasión, y suplir a quienes caen cansados, llamados a recibir la corona que merecieron»<sup>22</sup>.

El juicio de Don Uva acerca de la guerra como castigo de Dios y concausa de la descristianización de la población pullesa, encuentra una singular confirmación en la carta pastoral que su antiguo profesor y gran amigo, Mons. Nicolás Monterisi, entonces obispo de Monópoli (Prov. de Bari), publicó con ocasión de la Cuaresma del año 1917<sup>23</sup>.

El gran obispo se inspiraba en los profetas de la Biblia, que hablaban al pueblo judío en nombre de Dios: con esa clave de lectura interpretaba los acontecimientos bélicos, exhortando a los fieles a no lamentarse de Dios: «Creyentes y católicos sólo por tradición y no por formación de espíritu, creen que pueden juzgar con pequeños y pobres criterios humanos y carnales, y llegan a decir que pierden incluso la fe frente a los acontecimientos actuales».

La guerra era el punto culminante de una larga historia de traiciones y de rebeliones a la palabra de Dios, quien ha dado al hombre el supremo mandamiento de la caridad fraterna:

«Son los hombres de la tierra, los revolucionarios de hace un siglo, los liberales de hace 60 años, los socialistas de ayer (y surgirán otros también mañana) quienes, mientras nos prometen mares y montes, nos han conducido al cataclismo actual. Jesús, en cambio, nada de todo esto: al contrario, una vez nos advirtió así: *si no hacéis penitencia, pereceréis todos juntos*<sup>24</sup>. Y recordemos que la guerra es un castigo tan antiguo como el mundo y que el mundo, según lo que nos asegura Jesús, acabará con guerras terribles. Nuestra generación, ¿es acaso mejor que la pasada? ¿O no es cierto, en cambio que la rebelión pública y general es, por desgracia, su característica específica? ¿Por qué nos sorprende entonces el que se repitan los castigos de Dios?»

Los cambios profundos causados por la guerra se combinaban perfectamente con la descristianización

Don Uva (el primero a la izquierda) en Fiuggi con un grupo de sacerdotes.



de la sociedad: «el enfriamiento de la piedad y el alejamiento progresivo de la Iglesia, no de muchos sino de las masas!»

### Una causa ganada

El juicio que presentó ante el Fondo Culto para la asignación de la congrua, tuvo una resolución desfavorable.

Con una sentencia de 1914, el tribunal alegó que la iglesia de San Agustín no era parroquia cuando, en 1861, el gobierno italiano suprimió el convento de los Agustinos, ni podía en el momento actual ser considerada tal, porque era sólo una sucursal de la parroquia de la catedral.

Don Uva no se rindió e intentó, inútilmente, la vía administrativa. En 1915 su pedido fue rechazado con los mismos fundamentos de la sentencia del tribunal precedente.

Quedaba sólo un camino: empezar desde el principio el trámite para obtener la erección parroquial. Entretanto, el 17 de marzo de 1915, murió el arzobispo, Mons. Carrano y se debió esperar el nombramiento del sucesor en la persona de Mons. Juan Régine, al final de ese año (9 de diciembre). Una nueva bula arzobispal instituyó la parroquia de San Agustín, pero para que se pudiera ejecutar se requería un decreto real. A tal fin, Don Uva pidió ayuda a un diputado republicano elegido en el colegio uninominal de Molfetta-Bisceglie, pero éste no hizo nada. Al límite de lo soportable, acudió a un biscegliés, alto funcionario de la dirección para los Asuntos del Culto, dependiente del Ministerio de Justicia<sup>25</sup>. Finalmente, el 25 de agosto de 1919, obtuvo el tan esperado decreto real, que hacía ejecutiva la Bula del 14 de julio precedente emanada por el obispo de Andria, Eugenio Tosi, administrador apostólico de la diócesis de Bisceglie, sede vacante desde la muerte de Mons. Régine (4 de octubre de 1918). Don Uva se desahoga: «¿Quién puede decir cuántas cartas y telegramas tuve que escribir? ¿Cuántas escaleras debí subir, cuánta

paciencia y cuánto dinero gastar? ¿Cuánta ansiedad? Pero finalmente lo logré».

Este primer “calvario” burocrático fue una providencial experiencia, que le sería de gran utilidad en el futuro, cuando, por exigencias de su Obra, debió desenredar las intrincadas redes de una burocracia holgazana e impenetrable, que se chocó con la firmeza de su convicción acerca de la necesidad y la bondad de las empresas de caridad.

### La idea de dejar la parroquia

Un día Don Uva confió a los religiosos de la Congregación que él fundó:

«En 1917, cuando tenía 37 años y era párroco desde hacía siete, tuve una fuerte inclinación para dejar la parroquia y consagrarme a Dios en el estado religioso, para servirlo en la vida contemplativa y en la observancia de los votos de obediencia y de pobreza. Hice un proyecto, pero cuando pedí la bendición del arzobispo, éste lo rechazó rotundamente y agregó: «Serás religioso en la diócesis, el arzobispo será tu superior y en sus manos harás los votos».

Con la amargura que suele quedarnos cuando no pasamos un examen, pero completamente resignado, volví a casa y viví la vida religiosa sin hacer los votos»<sup>26</sup>.

Era el momento en el cual la guerra hacía estragos; su ministerio sacerdotal tropezaba con dificultades materiales y morales de todo tipo y recogía pocos frutos: pensó que una inmolación total sería más útil para la salvación de las almas. Ciertamente, no fue una evasión y la historia demostrará que Dios tenía otros proyectos para él.

### La actividad política

Cuando Don Uva murió, las calles de Bisceglie fueron tapizadas con carteles de diversas institucio-

nes religiosas y civiles. La sección local de la Democracia Cristiana lloraba la pérdida del “fundador y valiente defensor del Partido Popular”<sup>27</sup>.

Apenas terminada la primera guerra mundial, el sacerdote siciliano Luis Sturzo fundó, el 8 de enero de 1919, el Partido Popular Italiano, de inspiración cristiana y del cual fue su primer secretario. El mismo año, Benedicto XV abolió la prohibición de participar en la vida política, que se había impuesto a los católicos luego de los acontecimientos que llevaron a la supresión del Estado Pontificio en 1870. El clero acogió favorablemente el nuevo partido y participó en el desarrollo del movimiento, ya que aún no estaba prohibido a los sacerdotes militar en partidos políticos.

En una carta de 1949 al arzobispo Reginaldo Adzazi, nombrado el 10 de noviembre de 1947, que al principio de su episcopado, engañado por insinuaciones interesadas y de mala fe, no tenía buenas relaciones con Don Uva y con su Obra, Don Pascual afirma que su influencia política en Bisceglie se remontaba a «más de cincuenta años, herencia de mi familia y utilizada siempre para el bien de la Iglesia y de la Patria»<sup>28</sup>.

Ante otras acusaciones injustas y pretenciosas, se agregó la de su actividad política y Don Uva explica y se defiende:

«Yo era el elemento moderador y mantenía a raya a los prepotentes y sostenía a los vacilantes. El resultado de las dos votaciones<sup>29</sup> lo demuestran. Pero las personas prepotentes, siempre las mismas, rodearon a Vuestra Excelencia y por medio del Vicario V.Excia. me ordenó abstenerme y no ocuparme más de política. Aunque preví las desastrosas consecuencias, como sacerdote y como religioso, obedecí ciegamente; se creyó que podría ser bien sustituido.

Las consecuencias demuestran que se cometió un error. Mis adversarios, volvieron a la presidencia del partido y la sección está en agonía. Se alejaron todas las personas que pensaban bien así como no pocos consejeros comunales; se alejó la juventud y todas aquellas personas que, aún no estando inscritas en el partido, simpatizaban y votaban por

nosotros. Las nuevas elecciones hablarán y mostrarán la ruina de la sección. No será ciertamente culpa mía si en las próximas elecciones regionales, provinciales y comunales, pierden incluso la minoría».

Como conclusión de la carta Don Uva declara:

«He obedecido siempre en todo y sin discutir, no he cesado de rezar por V.E., para que el Señor lo asista en el difícil ministerio y le muestre siempre el camino mejor para la salvación de las almas y para Su gloria».

En 1937, confía a Mons. D’Oria que su participación en la vida política comenzó con las elecciones comunales de 1915, cuando fue electo y asumió el cargo de consejero en la administración del hospital civil. En esa ocasión, no obstante la oposición de las autoridades escolares locales, logró obtener parte del gimnasio que pertenecía a la escuela comunal lindante con la iglesia de San Agustín, a condición de levantar un muro divisorio. Era justamente eso lo que él quería: «Ves cómo trabaja la Divina Providencia» dijo a Mons. D’Oria; «con mi participación en la administración del hospital civil, obtuve beneficios para los enfermos y logré llevar el número de internados de 30 a 60. ¡Quería poner orden en tantas cosas! pero debí renunciar al cargo porque no tenía posibilidad de hacer el bien, debido a la infinidad de obstáculos que me ponían<sup>30</sup>.

Fue también nombrado vice-presidente del Consejo de Administración del Asilo de Mendigos, anexo al hospital. Proyectó la modernización y el mejoramiento de la asistencia a los ancianos que estaban internados allí, pero le faltaban los medios y los trámites burocráticos demoraban las decisiones. Por estas razones Don Uva cesó en su cargo en 1920. Luego dirá que con lo que había hecho por el asilo, creía estar en condiciones de comenzar la Obra que le fuera inspirada a propósito de la lectura de la vida de Cottolengo. Todavía debería esperar dos años más.

En la biblioteca del Seminario de Bisceglie se encontraron algunas actas -redactadas y firmadas por

Bisceglie: Parroquia de San Agustín. Cuadro de Nuestra Señora del Buen Consejo ante el cual Don Uva rezaba con frecuencia.

Don Uva- de las asambleas de la sección local del Partido Popular. El 20 de noviembre de 1921, los presentes eligieron presidente por 27 votos sobre 28 al Dr. José Silvestris. Don Uva es “reconfirmado” por aclamación como secretario: él protesta por la ilegalidad del procedimiento que exigía la votación secreta, pero la asamblea se pronuncia por la validez del nombramiento. Los dos electos son también delegados provinciales, reconfirmados en una acta del 1923.

El congreso nacional del Partido, se reúne en Nápoles del 8 al 11 de abril de 1920 para debatir el espinoso problema de la cuestión agraria. Don Uva figura entre los firmantes del orden del día que pedía al grupo parlamentario del partido que promoviera y obtuviera la entrega de las tierras de la región abandonadas por el Estado a las cooperativas agrícolas existentes en Pulla. Este pedido se hacía con el fin de disminuir la desocupación y lograr un mayor bienestar material y moral de la clase agrícola<sup>31</sup>.

El 16 de noviembre del mismo año, en la votación para la renovación del Consejo Provincial de Bari, uno de los dos elegidos fue el Dr. José Silvestris, que será de los primeros generosos colaboradores de la Obra de Don Uva<sup>32</sup>.

En ese mismo año 1920, del 27 al 28 de diciembre, en el Seminario de Bari, se reunió el II Congreso Católico Juvenil pullés, presidido por Pablo Pericoli, presidente nacional de la Juventud Católica. Se discutió acaloradamente sobre el tipo de presencia que debían tener los jóvenes en el movimiento social; se debía decidir si ésta sería exclusivamente religiosa o eminentemente política. El presidente Pericoli precisó que la Juventud Católica no tenía que ser «un duplicado de las Congregaciones religiosas, de las escuelas de catecismo», sino que debía «apuntar a la formación de ciudadanos concientes, que se convirtieran en administradores de los asuntos públicos y que llevaran el aporte de perfectos católicos a todas las ramas de la vida social». Se daba por descontado que la formación de la juventud debía ser de competencia exclusiva de la Sociedad de la Juventud Católica. Entre los jóvenes presentes, un tal Longo, de



Bisceglie, pidió que en el orden del día del Congreso se sustituyera la expresión «el adversario socialista» por «el adversario de doctrinas religiosas y sociales; porque no sólo los socialistas eran enemigos de los católicos, sino también los liberales y cualquier otro opositor»<sup>33</sup>.

A principios de 1921 se fundó en Bisceglie el Círculo Juvenil. El 25 y 26 de febrero del mismo año, se produjeron los primeros encuentros violentos entre socialistas y fascistas, provocando muertos y heridos en algunas ciudades pulleses. La dirección provincial del Partido Popular ordenó a los inscriptos de la Provincia de Bari mantener una absoluta neutralidad ante esos conflictos, reservándose la aplicación de medidas disciplinarias a los desobedientes.

Debido a la falta de claras directivas para guiar las opciones concretas y al hecho de que había quienes favorecían tácitamente a los fascistas con el fin de desenmascarar al socialismo, «falló también una importante iniciativa que hubiera podido ayudar a los perplejos o dubitativos populares pulleses. En Bisceglie, Don Uva había preparado el Congreso de los administradores populares bareses para discutir sobre la descentralización administrativa y sobre las libertades comunales y provinciales. El mismo Sturzo había asegurado su presencia, pero el Congreso - fijado para el 10 de marzo y luego postergado a los primeros días de abril, “por circunstancias imprevistas y por razones superiores”- no pudo celebrarse: se

debió a la disolución de la Cámara de Diputados del 6 de abril con las consiguientes elecciones políticas»<sup>34</sup>.

Para resolver algunas cuestiones más urgentes, el Partido nombró un Comité Provincial del cual formó parte Pascual Uva<sup>35</sup>.

En las elecciones políticas del 15 de mayo de 1921, la región de la Pulla fue dividida en dos secciones: la Provincia de Foggia fue unida a la de Bari y el Partido Popular fue clamorosamente derrotado. El único diputado popular elegido fue el abogado Antonio Marino de Ruvo, de Pulla. Bisceglie fue la tercera ciudad en la que obtuvo el mayor número de votos<sup>36</sup>.

La última acta inédita de la sección biscegliesca del Partido Popular, lleva la fecha 28 de julio de 1923 y presenta un interés particular. Dos días después de la “marcha sobre Roma” de los fascistas, el 30 de octubre de 1922, el rey de Italia encargó a Mussolini la formación de un nuevo gobierno en el que fueron asumidos también elementos no fascistas y entre ellos los populares. La relativa moderación inicial de Mussolini, hizo pensar a muchos exponentes de la vieja clase política que el fascismo habría vuelto al cauce de la Constitución y de la legalidad. Pero, en enero de 1923, Mussolini inició la monopolización del Estado y en abril alejó a los populares del gobierno. Sturzo, que había previsto la peligrosa evolución de Mussolini, no aprobó la colaboración con el régimen fascista resuelta por el resto de los dirigentes del Partido el 10 de julio de 1923, y renunció al cargo de secretario político.

El acta del 28 de julio de 1923, refleja la discusión que tuvo lugar en la sección de Bisceglie sobre la posición asumida por el parlamentario Antonio



Marino, quien se había alineado con los que querían colaborar con los fascistas. Transcribimos la conclusión:

«Reafirmando la confianza en Mussolini y el respeto a las Instituciones y augurando que el gobierno fascista logre cuanto antes restablecer la pacificación de los ánimos; *constatada* la honradez y la preparación política del parlamentario Marino, quien hasta ahora ha defendido los intereses regionales con innegable competencia y con fe en el porvenir de la Pulla; *considerados* sus antecedentes como católico militante y su trayectoria como diputado popular, *hace votos* para que los órganos del partido revean la táctica política seguida en los últimos tiempos, y *adhiera* a la actuación del diputado Marino».



Mussolini desilusionó profundamente a los “populares”. Las elecciones políticas del 6 de abril de 1934, que se realizaron en un clima violento, dieron la victoria al Partido Fascista. El Partido Popular pasó a la oposición con una actitud resueltamente antifascista. Las violencias del régimen contra las organizaciones católicas y populares, y dos bárbaros asesinatos colmaron la medida. El 23 de agosto de 1923 fue asesinado el Padre Juan Minzoni, arcipreste de Argenta (prov. de Ferrara). Este sacerdote, además de su ministerio sacerdotal, estaba comprometido en la formación de jóvenes para la acción social y política y tenía una gran ascendencia en la población rural.

En junio de 1924, fue cruelmente asesinado en Roma el diputado socialista Santiago Matteotti, quien había denunciado en el parlamento la ilegalidad de la campaña electoral y de la votación que llevó al triunfo de Mussolini.

En el quinto y último congreso del Partido Popular, en junio de 1925, se confirmó la opción de una cruda y firme oposición al régimen fascista, pero se hizo imposible continuar la actividad política legal. En noviembre de 1926 Mussolini disolvió el Partido Popular.

La Democracia Cristiana fue la heredera y continuadora de aquel Partido: se organizó en la clandestinidad durante la segunda guerra mundial y cuando ésta acabó, se constituyó oficialmente en Nápoles durante su primer congreso, el 30 de julio de 1944. Elijió como secretario político a Alcide De Gasperi.

### Sabiduría política

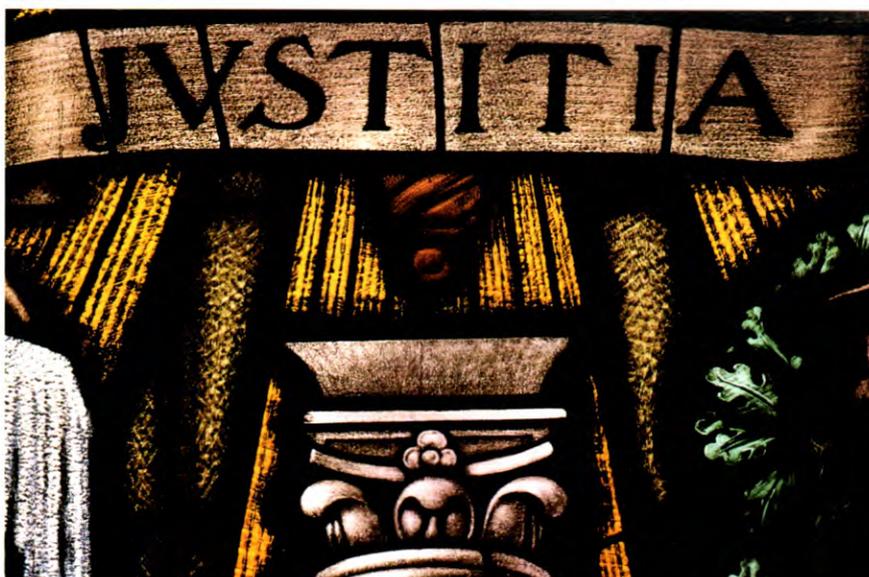
Pascual Uva había iniciado su obra de caridad en 1922 y en ese momento el giro de la situación política le fue muy favorable. Sus empresas lo absorbieron totalmente y, aunque una ley eclesiástica prohibió a los sacerdotes participar en la actividad política, no olvidó su experiencia en este campo y por eso siguió atento la evolución de la Democracia Cristiana. Al revisar sus últimas cartas en los cajones de su escritorio, encontramos una prueba de ello. Desde Bisce-

glie, el 22 de enero de 1954, envía al diputado Aldo Moro y a otros tres parlamentarios pulleses la siguiente carta:

«Queridísima Excelencia:  
han mandado el Comisario a la sección Provincial de Bari y sea alabado el Señor que lo ha iluminado para que iniciara el diagnóstico de esta pobre enferma, con la esperanza y la confianza de que pueda, si no curarse, por lo menos, mejorar. Si continúan los métodos del pasado, lamentablemente Italia al comunismo (*quod Deus avertat*)<sup>37</sup>.  
Creo que será necesario nombrar un Comisario para que rehaga la sección de Bisceglie.  
Durante el período del comisariato podrían entrar muchos buenos elementos, que en el pasado no fueron aceptados por pertenecer a otra tendencia. Una vez rehecha la sección se debería proceder al nombramiento del consejo. Sólo así podrá recuperar el esplendor del Partido Popular. Y así se debería proceder sin apuro en todas las secciones de la Provincia».

La carta siguiente, sin fecha, está dirigida a la dirección central de la Democracia Cristiana y muestra la sabiduría política de Don Uva:

«En la Democracia Cristiana no funcionan las estructuras para la formación del pueblo de acuerdo con su programa político.  
Durante las elecciones se ha apoyado casi exclusivamente en las organizaciones católicas, asociaciones de acción católica, círculos católicos, religiosos, párrocos y obispos, los cuales han considerado un deber intervenir para evitar las graves consecuencias políticas y religiosas. Este método ha servido hasta ahora para salvar el Partido y evitar el peligro del comunismo, pero ha alterado tanto a las organizaciones católicas como al pueblo cristiano, y ha dañado espiritualmente a párrocos, religiosos y obispos.  
Las organizaciones católicas están formadas por fieles que no sólo pertenecen a la Democracia Cristiana, sino también a otros partidos: liberal, monárquico, neofascista, etc.. Como consecuencia de la actitud de lucha política en favor de la De-



mocracia Cristiana y contra todos los otros partidos, las organizaciones que se decían apolíticas se disgregan, ya que todas las personas pertenecientes a familias que militan en otros partidos se alejan. Las circulares episcopales leídas en las Iglesias, molestan a los fieles que asisten a una celebración sagrada y así se alejan enojados.

Todos estos inconvenientes se hubieran podido evitar y se deberán evitar en el futuro si se da a la Democracia Cristiana vitalidad política propia, con propias organizaciones que funcionen y que aseguren su victoria en las luchas con los otros Partidos.

Los católicos deberán apoyar y defender la Democracia Cristiana, pero sólo como personas o reunidos en asociaciones políticas laicas, dejando a un lado y en santa paz a las organizaciones de culto y de formación religiosa que deberán ser y permanecer apolíticas.

Que lo enseñe el Partido Comunista que tiene tantas organizaciones de adultos y de jóvenes para inculcar el programa comunista en la conciencia del pueblo.

Se debería comenzar dando verdadera vitalidad a la escuela para la formación de los propagandistas y de los inspectores del Partido: al menos dos por cada quinientos mil habitantes. Estos deberán fundar la sección y asistirle con instrucciones, conferencias, etc, dando a conocer la bondad de la doctrina política del Partido y sus reales méritos; y haciendo conocer la doctrina del programa de los otros Partidos y el mal y los peligros que contienen. Además de la sección de los adultos es necesario revitalizar las secciones de la juventud masculina y femenina. Los diputados y senadores, con visitas, discursos y conferencias, deberán apoyar la acción de los propagandistas y de los inspectores. Sólo así podrán tener verdaderas secciones del Partido y no permitir que los arribistas, ni democráticos ni cristianos, puedan adueñarse del poder de las secciones, desplazando y dominando a los inscriptos del Partido en pro de sus propios intereses y en perjuicio del partido mismo.

El partido debe pagar un sueldo a los propagandistas y a los inspectores y subvencionar a las secciones. La dirección central del partido sabrá encontrar los fondos para asumir estos gastos que permitirán restablecer la disciplina interna. Apenas rea-

lizado este reordenamiento político, se debería iniciar la obra de restauración comenzando con severas inspecciones a las secciones que no están en regla; y, si es el caso, se disolverán los consejos directivos existentes, se abrirán las puertas a nuevas inscripciones y se proveerá, de acuerdo con los reglamentos, a la formación de nuevos consejos directivos.

## Honores y propuestas

Don Uva ejerció ininterrumpidamente su oficio de párroco por espacio de 45 años. En 1951 escribía a un sacerdote: «Soy más viejo que tú; soy párroco desde hace 41 años y aún estoy en la brecha, si bien es poco, demasiado poco lo que puedo hacer por la parroquia, pero mis superiores así lo quieren y yo modero mis faltas con la santa obediencia»<sup>38</sup>. Durante el período de la enfermedad que lo llevaría a la muerte, su presencia en la parroquia fue menos frecuente: celebró la última Misa en San Agustín el 17 de abril de 1955, solemnidad del Jueves Santo.

Un sacerdote que lo conoció en Bisceglie en 1914-1915, testimonia que «en los congresos parroquiales en el que participaban los párrocos todos los años, su palabra sobria, práctica, incisiva, mostraba su sabiduría y su prudencia para las tantas y tan diversas decisiones que se tomaban para el cuidado de las almas en las diócesis de Trani, Barletta y Bisceglie. He recurrido a él en las contingencias de la vida pastoral y siempre me dio un consejo sabio y oportuno»<sup>39</sup>.

En 1913, al comienzo del ministerio parroquial, Don Uva escribe *El día santificado*, un manual de oraciones, para una penitente suya que más tarde fue Sierva de la Divina Providencia con el nombre de Hna. Cecilia. El texto autógrafo se perdió, pero la destinataria nos hizo una copia.

Don Uva fue Asistente diocesano de la Juventud Femenina de Acción Católica y en la Curia, Defensor del vínculo en los procesos matrimoniales y Exami-

nador Prosinodal de clérigos candidatos a las Ordenes Sagradas.

El 24 de abril de 1921 fue nombrado canónigo honorario de la catedral de Bisceglie.

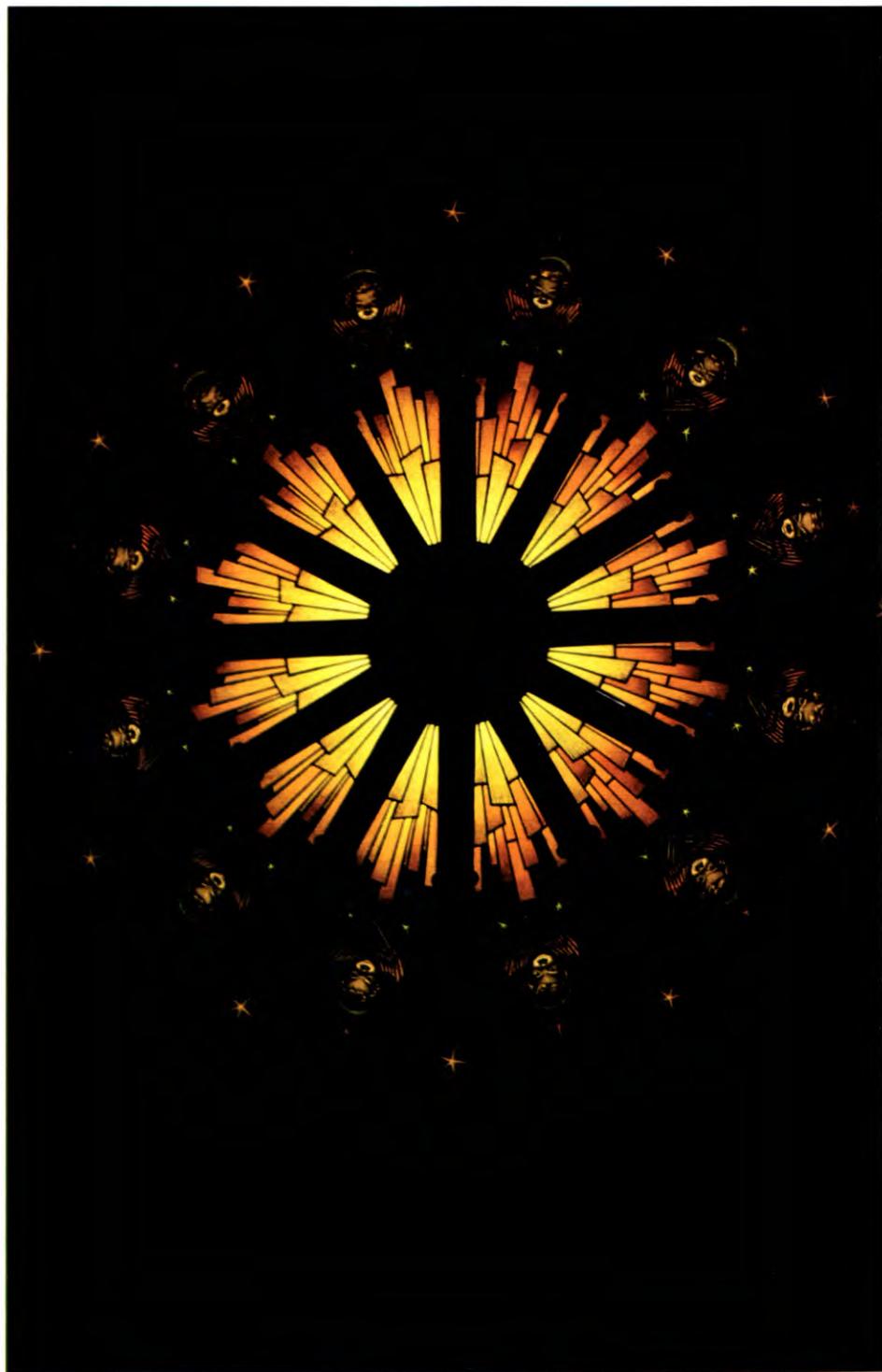
El 29 de abril de 1933 le fue conferida la Cruz de Caballero de la corona de Italia. Se puede apreciar cuál era la importancia que Don Uva daba a los honores en la carta al sacerdote que hemos citado y que le pedía consejo a propósito de una distinción que estaba por recibir:

«Por tu carta parece muy preocupado por un asunto que te concierne poco... Con la gracia del Señor, fecundada por tu buena voluntad, has hecho mucho bien a las almas. Has trabajado como el Buen Pastor con su rebaño y como el buen agricultor con su viña... Los honores con los que quieren distinguirse no te interesan... No los fomentes ni los prohibas... Trata de no enterarte y sigue trabajando pero pide al Señor que todo proceda como a El le agrade »<sup>40</sup>.

Una de las fundadoras de las Siervas de la Divina Providencia, la Hna. Cecilia, supo por las hermanas de Don Uva que éste «fue llamado muchos veces al episcopado pero siempre se negó. La última vez lo llamaron del Colegio Capránica y entonces dijo a su padre: “Me han pedido varias veces que fuera obispo y siempre lo rechacé; esta vez me ha llamado el colegio Capránica; oye papá: ¿voy o me dejas hacer lo que yo quiero?” El padre le respondió: “No, hijo mío, haz lo que quieras, con tal que no nos dejes”»<sup>41</sup>

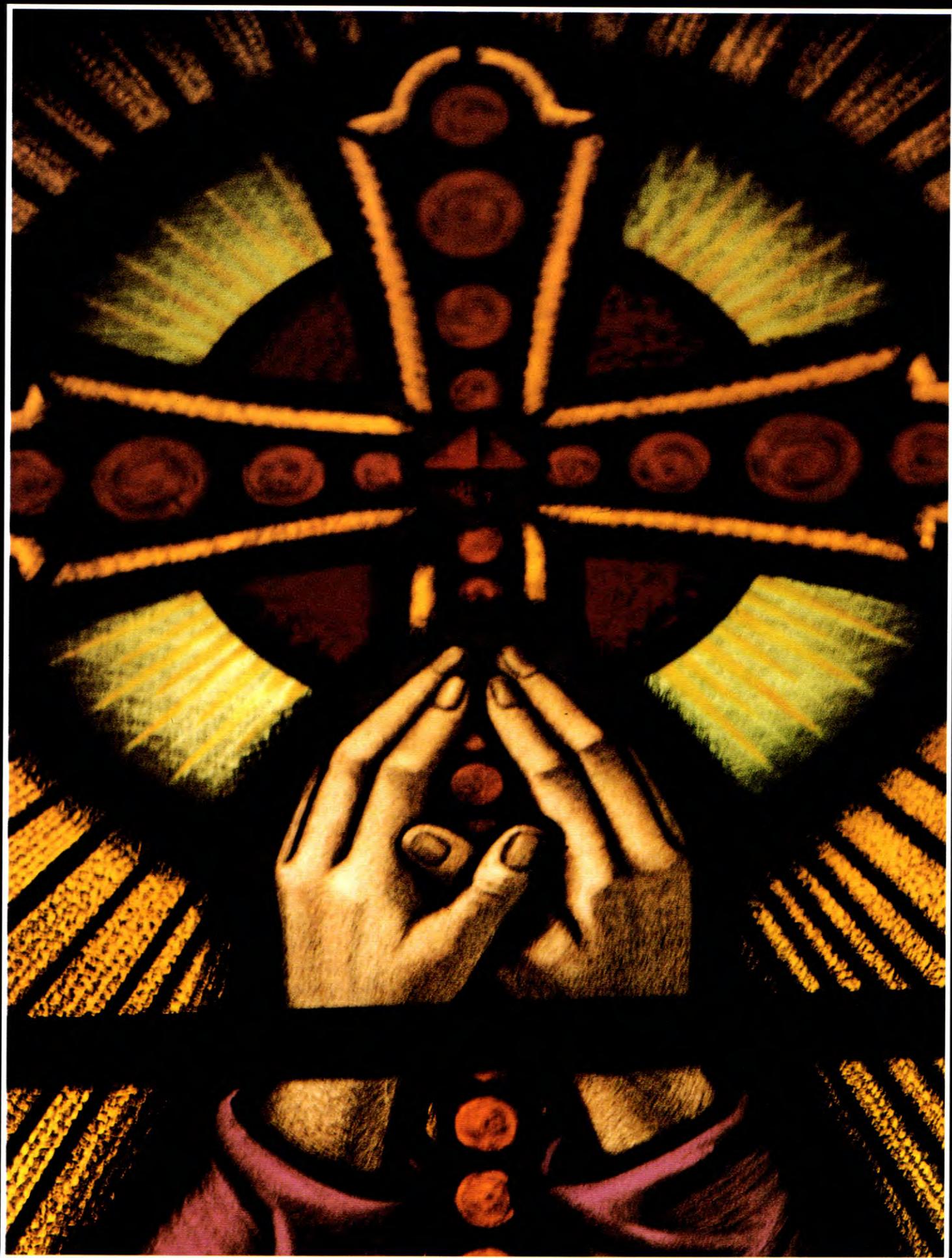
Quizas el padre estaba preocupado por las dificultades que encontraba en sus obras, especialmente al principio.

También esta vez Pascual ganó a su manera. Las “llamadas al episcopado” fueron propuestas privadas que le hiciera el rector del Colegio; sé de buena fuente, que no existe ningún documento oficial, obviamente debido a sus negativas que paraban toda iniciativa.



## Notas al capítulo III

1. Cf. M. COSMAL, *Bisceglie nella storia e nell'arte*, págs. 244-246 y las sugestivas fotografías nn. 82-96 en L. TODISCO - C. LAGANARA - M. TOCCI, *Bisceglie vecchia*, Schena Editore, 1985, págs. 99-105.
2. Cf. DELL'OLIO, págs. 71 y ss. y F. COCOLA, *Vocabolario dialettale biscegliese-italiano*, pág. 52. Mons. Cocola era en aquellos años rector de S. Adoeno con el título de abad.
3. VIII, 1107, n. 1.
4. XI, 2225.
5. VIII, 1107, (1).
6. La Caja Eclesiástica administraba los bienes de los entes religiosos suprimidos por las leyes subversivas; en 1866 fue disuelta y sustituida por el fondo para el Culto.
7. Para mayores noticias cf. DELL'OLIO, págs. 75-81
8. XI, 2232, 2234.
9. XI, 2228, 2237, 2240-2247.
10. Las homilías están recogidas en V, 209-322 y dispuestas según el orden del calendario litúrgico vigente antes del Concilio Vaticano II.
11. Juan, 21. 19-24. Ese domingo (27 de diciembre de 1914) era la fiesta de Juan Evangelista. El texto de la homilía se encuentra en V, 319-321. Nuestros retoques, aligeran el texto sin traicionar el sentido.
12. En dialecto biscegliés equivale a resentido, envenenado, enojado, cf. COCOLA, *Vocabolario* cit. pág. 88
13. En Italia meridional son las primeras horas muertas de la tarde estiva, que justifican la siesta. Una de las primeras religiosas de Don Uva atestigua: «Tenía un gran celo por los moribundos. Apenas lo llamaban, de noche o de día, sin reparar ni en el calor ni en el frío, acudía y permanecía hasta que lograba administrarle los últimos sacramentos. En caso de muerte, se quedaba para consolar a los parientes del difunto y si eran pobres los ayudaba económicamente y se ocupaba de ubicar a los huérfanos en algún instituto educativo», V, 99.
14. Homilía de la segunda Misa festiva -la más concurrida- del 31 de octubre de 1914, XXIII Domingo después de Pentecostés, la lectura evangélica era *Mateo*, 22,15-21, que relata la clara reacción de Jesús contra la hipocresía de los fariseos, V, 305.
15. Nació en Molfetta en 1873, murió en Sorrento en 1957. Profesor universitario de historia moderna y desde 1893 miembro del Partido Socialista; en el centro de su actividad política colocó la cuestión meridional. Dejó el partido en 1911 y fundó el semanario *L'Unità* (191-1920) para la formación de una opinión pública laica y progresista. En 1925, perseguido por el fascismo, dejó Italia clandestinamente; volvió en 1947.
16. Como Juan el Bautista, precursor de Jesús, *Mateo*, 3,1-2.
17. V, 215.
18. XI, 2247.
19. *Il Catechista cattolico. Periodico mensile a servizio degli Uffici Diocesani e delle Scuole dipendenti*, a. XXXI, 5 de mayo de 1939, reproducido en VIII, 1176-1179.  
Don Uva pidió al rector del Capránica que le indicara «alguna obra subsidiaria del catecismo para que, después de la primera Comunión, además de lo que se hace en las clases del catecismo, se ayudara a los niños a amar y a mantenerse en continuo contacto con la Iglesia» (carta del 20 de mayo de 1916).
20. VIII, 1131 y ss. Al final de la circular se dice que «a pedido» se agregarán los cursos post-escolares que debieron ser suspendidos durante la guerra de 1915-1918.
21. Carta al rector del Capránica, 20 de enero de 1915, XI, 2258.
22. Para las cartas citadas, ver XI, 2258 y ss., 2260, 2262, 2264, 2268, 2270, 2278, 2281, 2288 y ss..
23. La carta pastoral tuvo un gran éxito, ese mismo año se publicó en Padua la VI edición y fue traducida al francés. El Papa esperaba que la carta pastoral de Monterisi hiciera en Francia el mismo bien que había hecho en Italia. VER N. MONTERISI, *Trent'anni di episcopato nel Mezzogiorno*, págs. 18-20.
24. *Lucas*, 13, 5
25. El magistrado Nicolás Consiglio, amigo suyo, fue luego director de los Asuntos del Culto. En 1929, con el Jefe del Gobierno y el Ministro de Justicia de entonces, predispuso y negoció los Pactos Lateranenses que reconciliaron a Italia con la Iglesia y de los cuales publicó los Actos ejecutivos. Murió en Bisceglie en 1975. Cf. DELL'OLIO, pág. 84, n. 21.
26. ¡Evidentemente, el aplazo del examen de Derecho Canónico había dejado sus huellas! V, XI, 1992.
27. *In memoria...*, pág. 6. En cuanto tal, Don Uva figura en el *Dizionario del Movimento Cattolico in Italia*, dirigido por F. TRANSINIELLO y G. CAMPANIN, vol. III, 2, pág. 872 (la nota biográfica es de S. PALESE) Además de los documentos inéditos de archivo aquí citados, hemos tenido muy en cuenta el valioso ensayo titulado *Il "Popolarismo" in Terra di Bari e le esperienze barlettane* del prof. E. ROBLES de la Universidad de Bari, en *Chiesa e spiritualità di Nicola Monterisi nel Mezzogiorno*, a cargo de S. SPERA, Roma, 1985, págs. 31-63.
28. La carta se encuentra en V, 129-134 en doble copia, la primera (págs. 129-131) con fecha 6 de diciembre de 1949, la segunda con alguna variante, es del día sucesivo. La "herencia de familia" alude a que su padre fue consejero comunal desde 1911 hasta 1919. Cf. DELL'OLIO, pág. 91., Mons. Addazi cambió su parecer sobre Don Uva tal como resulta del amplio y afectuoso elogio que hace en la homilía de la Misa exequial. *In memoria...*pág. 18 y ss..
29. Del contexto resulta que se trataba de la elección de los dirigentes de la sección biscegliés del Partido.
30. VIII, 1109
31. E. ROBLES, op. cit., pág. 48 y ss..
32. E. ROBLES, op. cit., pág. 52, nota 33.
33. E. ROBLES, op. cit., págs. 53-55.
34. E. ROBLES, op. cit. págs. 58 y ss.
35. E. ROBLES, op. cit., pág. 59, nota 45.
36. E. ROBLES, op. cit. pág. 62, nota 54.
37. Las palabras latinas dicen «Dios no lo quiera».
38. V, 22.
39. *In memoriam...*, pág. 23.
40. V, 22. El destinatario de la carta es Mons. Ruggero Di Cuonzo, canónigo teólogo del Capítulo de la catedral de Barletta.
41. V, 136.







**Segunda parte**  
**LA CIUDADELA DE LA CARIDAD**





**Capítulo IV**

**DEL SUEÑO A LA REALIDAD**

Desde que Don Uva tuvo la primera inspiración de su Obra, la noche que leyó la vida de Cottolengo, hasta que comenzó a realizarla, pasaron catorce años durante los cuales nunca abandonó esa idea. En 1912, con dos años como párroco, pensó hacer un sanatorio para tuberculosos en la casa de campo del arzobispo, pero la iniciativa fracasó. Tres años más tarde, cuando la comuna de Bisceglie le confió el Asilo de mendigos, no obstante haber logrado mejorar las miserables condiciones de los internados y duplicar su número, las dificultades que encontraron sus propuestas lo convencieron que «no era ese el camino trazado por la Divina Providencia»<sup>1</sup>. Ya en ese entonces, movilizó a las jóvenes Hijas de María de la parroquia, para que lo ayudasen a buscar a los ancianos que vivían en la miseria más deplorable<sup>2</sup>.



El testimonio de una Hermana que trabajaba en el Asilo y en el Hospital de Bisceglie durante los tres años que Don Uva los dirigió, preanuncia su futuro apostolado:

«Fue para mí un verdadero padre; me acogió siempre cordial y paternalmente. Cuando estaba triste y afligida por algún motivo, me decía sonriente: “¡Vamos, no se desanime, ánimo! Mire a lo alto, adonde está Jesús”. Con los internados y los enfermos tenía siempre palabras de consuelo, gentiles como su noble espíritu.

Durante la guerra, cuando el pan y los otros alimentos estaban racionados, los internados se lamentaban y recurrían a él: todos los días, a las tres de la tarde, nos enviaba un cesto con panes, con uno de sus jóvenes sacerdotes, quien los distribuía entre los enfermos. Además, se ocupaba de hacernos llegar mensualmente una abundante cantidad de alimentos. Después de tres años vino un nuevo presidente; tuve una pena indescriptible...había perdido al padre, al consolador, al consejero, aquel que sabía hacer desprestigiar la tierra y mirar al cielo. Jamás he podido olvidar su rostro siempre sonriente, aún cuando tenía tantos disgustos»<sup>3</sup>.

### El soñador

La organización pastoral y económica de la parroquia de San Agustín y los años turbulentos de la primera guerra mundial, absorbieron toda la actividad del Padre, pero el contacto cotidiano con el sufrimiento del prójimo lo hacía soñar:

«Con frecuencia contemplaba, bajo la luz dorada de nuestros magníficos atardeceres, el inmenso territorio campestre que desde la iglesia parroquial se extiende hasta el mar. Con esa espléndida visión, mi fantasía volaba, soñaba.

Revivía con fervorosa intensidad cada una de las maravillosas escenas gozadas durante mi breve permanencia en la Casa de la Divina Providencia de Turín. Desfilaban por mi mente todas las familias fundadas por Cottolengo<sup>4</sup>. La ciudad de la caridad, alimentada por la Divina Providencia, se



perfila en mi recuerdo con sus 9.000 habitantes, con sus diversas familias de religiosas, sus pacientes, deficientes, epilépticos, sordomudos, huérfanos, con sus inmensos dormitorios de hospital para enfermedades agudas o crónicas, para ancianos inválidos, etc..

Estas visiones reales, me hacían dirigir la mirada emocionada al Creador providente, me inducían a suplicarle quisiera repetir en nuestras regiones, donde hay tan pocas obras de asistencia pública, el milagro que allá se repite desde hace más de un siglo».

Un milagro para el cual la Providencia de Dios encontró en Don Uva el instrumento más adecuado. Al cual no le interesaba descubrir a los responsables de la catastrófica situación de la asistencia psiquiátrica en Italia meridional, sino encontrar los remedios:

«Con la visión de Cottolengo en el alma, yo pensaba: si un ciudadano voluntarioso, o más aún, si un sacerdote tomara la iniciativa de fundar institutos especializados en la curación de esas plagas sociales para hacerlas desaparecer, ¿no encontraría ayudas válidas en las autoridades, los conciudadanos y particularmente en los fieles? ¿No sentirían todos, cada uno según la propia disponibilidad, el deber de cooperar, en la asistencia a los hermanos y evitando así también la posibilidad de contagio de tantas infecciones peligrosas y espectáculos horribles? Las autoridades locales y centrales, ¿no se sentirían en la obligación de ayudar a esa obra que ellos tendrían que haber hecho, gastando millones y millones, para el necesario bien de los ciudadanos y la defensa de la seguridad pública? Pero, sobre todo, el Señor bendito con su Divina Providencia, ¿no vendría a socorrer y aliviar a sus hijos más desgraciados?

Las respuestas que tenía en mi cabeza no eran concordantes: al comienzo me atormentaban las dudas, y luego, las respuesta a las consultas que hacía a mis amigos no eran muy consoladoras. Sin embargo, en mi mente y en mi corazón, se iba delineando el proyecto de fundar en Bisceglie un gran instituto para acoger y aliviar tantos males de nuestra región y, posiblemente, de toda Italia meridional.

Era un proyecto amplio y maravilloso. Fundar una ciudad para varios miles de habitantes, todos sufrientes, con distintas enfermedades y liberar así a nuestras ciudades de llagas tan dolorosas; garantizar en la medida de lo posible la incolumidad pública y confortar a los que sufren; comprar tierras, edificar hospitales y asilos, amueblarlos y mantenerlos, etc.

¿Y los medios? ¿Cuántos millones serían necesarios?

Pero yo no pensaba en eso. Mi mente y mi corazón estaban fijos en la Divina Providencia, sin detenerme a pensar en los caminos que Ella habría elegido para proveer a todo. Me decía a mí mismo: comenzaré. Si el Señor lo quiere, se hará; en caso contrario empezaré yo y otros completarán la Obra. Obviamente, mi fe era puesta a prueba por mil dudas y dificultades que me presentaban los amigos a los cuales expuse el proyecto: “Bisceglie no es Turín. Pulla no es Piamonte. Aquí no se dan las condiciones favorables de allá, no está la Casa Real de Carlos Alberto, ni las riquísimas familias caritativas, ni los bancos que devuelven parte de sus ganancias en obras de caridad”.

Pero a estos interrogantes yo contraponía otros: ¿Es que la Divina Providencia ha limitado su poder a las familias ricas y a los bancos? ¿Es que Dios no puede obrar como le parezca y como le guste? ¿No son estos infelices tan queridos por Dios como los del Piamonte?

Yo no soy un Cottolengo pero... ¿y qué importa? ¿No será que Dios busca el instrumento menos apto para que resplandezcan más su bondad y su poder?»<sup>5</sup>

Nos viene a la mente el apóstol Pablo: «Dios ha escogido más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios: lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios... Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres.»<sup>6</sup>

A esa “necedad” de Dios, la Iglesia y el mundo deben los héroes de la caridad cristiana. La sabidu-

Su Santidad Benedicto XV el cual recibió a Don Uva en una audiencia privada.

ría de los hombres es más propensa a discutir y criticar que a realizar. Fueron “los sabios” los que condenaron a Cristo a la muerte en la cruz.

### La semilla

En diez años de ministerio parroquial, Don Uva reunió en torno a sí un núcleo de almas jóvenes para formarlas en el espíritu de caridad. En mayo de 1921 vendió por 9.000 liras, un generador de electricidad que había comprado para proyectar cine a los niños y niñas en los cursos de catecismo. Fue la primera suma destinada a poner los fundamentos del Instituto que pensaba fundar: animado por la parábola evangélica del grano de mostaza: «es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas»<sup>7</sup>.

Esta parábola, en la cual Jesús indica una característica del Reino de Dios, se realizó en la Obra de Don Uva que debía ser una síntesis concreta y visible del Evangelio.

El 25 de agosto de 1921, los superiores del Colegio Capránica le consiguieron una audiencia privada con Benedicto XV, que había sido alumno del colegio. Al Papa le expuso su proyecto un tanto “confusamente”:

«El sonrió y me preguntó qué fondos tenía y cuáles eran mis esperanzas para el desarrollo de la Obra, y luego agregó: “Recuerda hijo la advertencia que hace Jesús en la parábola a ese señor que sin contar su capital comienza a construir una torre y no puede terminarla por falta de medios, mientras los que pasaban murmuraban: ‘Comenzó a edificar pero no pudo terminar’”<sup>8</sup>. Cuando lo decía, sonreía y pensé que lo decía para tentarme: humildemente le respondí que entre las entradas, contaba principalmente con la ayuda del Banco de la Divina Providencia. Me alentó y me dijo que contara también con su ayuda. Le besé la mano para despedirme, pero me entretuvo y como presagio de lo que debía suceder, me dijo: “Dame la pe-



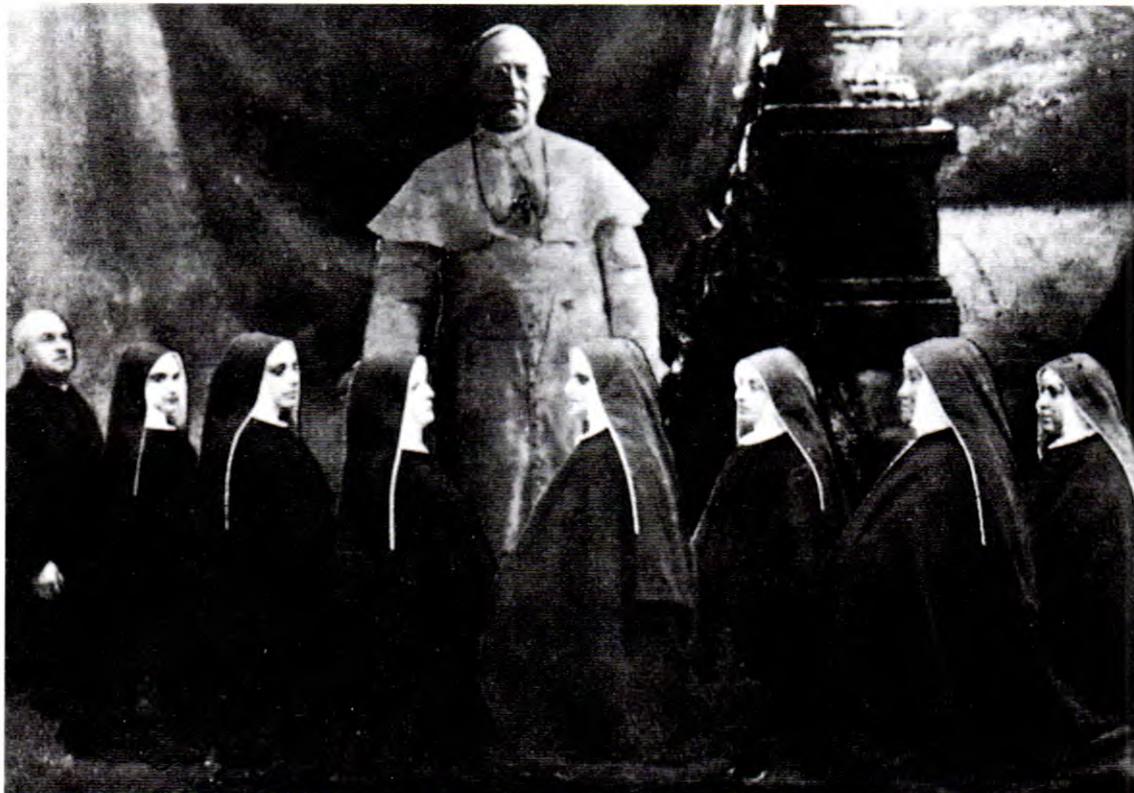
tición para que ponga por escrito mi compromiso. Somos hombres y no podemos contar con nuestra vida. Que mis sucesores conozcan mi compromiso”, y firmó por 10.000 liras. Luego agregó: “Ahora vete y confía en la benevolencia del Papa”. Quedé confundido, con los ojos llenos de lágrimas por la fuerte emoción. La voluntad de Dios se había manifestado claramente en la bendición del arzobispo Mons. José Leo<sup>9</sup>, confirmada por el Santo Padre. Así empecé la Obra»<sup>10</sup>.

Un mes después de la audiencia con el Papa, el 3 de octubre de 1921, se celebró en privado la colocación de la piedra fundamental de la futura Casa de la Divina Providencia, con la presencia de un pequeño grupo de jóvenes destinadas a convertirse en las madres de la Obra.

### Las primeras construcciones

El 2 de noviembre siguiente, Don Uva le comunica al rector del Capránica: «Ya se comenzó la construcción del Asilo del que le hablé en las vacaciones (de verano); el Santo Padre me ha bendecido y me ha enviado 10.000 liras. Espero que la Divina Providencia siga bendiciéndome como en el pasado y que la caridad del prójimo continúe dándome lo necesario para la construcción del edificio y el mantenimiento de las miserables criaturas a las que está destinado. Rece por mí al Señor y a Santa Inés -la protectora del Colegio- para que persevere en la obra comenzada y tenga la gracia para superar todas las di-

Su Santidad Pío XI recibe y bendice al Fundador Don Uva y a las Hermanas cofundadoras de la Congregación "Siervas de la Divina Providencia".



ficultades que se interpongan en la ejecución de los planes del Señor»<sup>11</sup>.

Don Uva dirá muchas veces que él sólo es el ejecutor de la voluntad de Dios y Mons. Nicolás Montersì, su profesor en el seminario de Trani, lo confirmó en su convicción cuando siendo arzobispo de Salerno, adonde había sido transferido en 1929, visitó su Obra: «Pascual, no es obra tuya, quién sabe cuántas almas rezaron y se inmolaron para obtenerla. Cada uno haga lo que pueda y todos juntos hagamos cuanto podamos, con la oración y con las obras, para conservar esta Obra»<sup>12</sup>.

En poco menos de un año se hizo el primer reparto del edificio, al lado de la sacristía de la parroquia: tres salas superpuestas, la primera para la cocina y el refectorio, la segunda y la tercera para la internación de los enfermos. Las futuras Hermanas tendrían su alojamiento en un salón construido sobre la bóveda de la sacristía.

Para procurar a la obra naciente un apoyo moral externo, el 22 de abril convocó a un cierto número de señoras y señores de Bisceglie y se constituyó un comité de asistencia. El 18 de diciembre fundó la Asociación de las Damas de la Divina Providencia denominada luego Asociación de los beneméritos para los deficientes, bajo la protección de Sta. María de la Divina Providencia.

### Las primeras Siervas

Después de la ceremonia casi clandestina de la co-

locación de la piedra fundamental, un día convocó a las Hijas de María que eran maestras en las clases de catecismo y las invitó a volver al día siguiente, en las primeras horas de la tarde. Las jóvenes lo encontraron arrodillado delante de la imagen de la Virgen del Buen Consejo donde permaneció casi una hora sumergido en la oración, antes de hacerlas pasar a un local de la parroquia. Sin esconder su agitación y emoción, Don Uva les habló de la omnipotencia y de la misericordia infinita de Dios, de Su amor por todas las criaturas y particularmente por los infelices abandonados a sus sufrimientos y a su miseria. Luego exhortó a las jóvenes a combatir con particular empeño los defectos predominantes, a practicar las virtudes cristianas y la mortificación de los ojos. Finalmente, las invitó a un encuentro semanal advirtiéndoles que no revelaran los temas de esas conversaciones -una de las cuales se refería al modo como tratar a los enfermos<sup>13</sup>- para no alarmar a sus familias.

Ocho de las jóvenes, enfervorizadas y persuadidas por las palabras de Don Uva, se declararon dispuestas a consagrarse a Dios y a reunirse en vida común. Pero Don Uva se preguntaba:

“¿Consentirán los padres? Humanamente hablando, no. ¿Adónde van sus hijas? ¿A un Instituto sólidamente fundado? ¿Con cuáles garantías? El Instituto sólo existía en la mente de un sacerdote que podía engañarse y fallar: todo se reducía a un edificio de tres salas y para colmo sin puertas, sin rentas y con un porvenir muy incierto”<sup>14</sup>.

El arzobispo, Mons. Leo acudió en su ayuda.

Reunió a los padres de las jóvenes y logró convencerlos que no dudaran en dar su consentimiento. Y en la misma reunión se estableció la fecha de la ceremonia: el 10 de agosto, día en que Don Uva cumplía 39 años<sup>15</sup>. Treinta y dos años después, recordó, en tercera persona, el “día memorable“. Transcurría la noche del 9 al 10

«Durmiendo cerca de Jesús, en la sacristía de la iglesia de San Agustín, esa noche se manifestó, con todo su fulgurante esplendor divino, en la mente y en el corazón del joven sacerdote, el luminoso ideal apasionadamente plasmado y acariciado durante muchos años... La iglesia de San Agustín estaba llena de fieles pues con anterioridad habían sido avisados de la buena noticia: los parroquianos se reunieron afectuosamente alrededor de su párroco, a quien tanto querían. A la hora establecida, en medio de la alegría general, aparecieron las ocho jóvenes que se dirigieron al altar mayor para ofrecer su juventud al Señor y consagrar sus vidas al ideal de la caridad, ideal que quince años antes el Señor había confiado a su ministro, en la eterna ciudad de Roma»<sup>16</sup>.

Antes de aceptar los votos a las jóvenes y entregarles el hábito religioso «sintió la necesidad de recordar en todos sus detalles, el nuevo ideal de la caridad cristiana según las enseñanzas del Evangelio»<sup>17</sup>.

En cierto momento, Don Uva se pregunta: «¿Quién eres tú, simple sacerdote, que pretendes iniciar una misión tan grande?. ¿Quién te ha dado autoridad legal para iniciar una nueva familia religiosa en la Iglesia del Señor?. ¿Y dónde están los medios para sostenerla?. Eran los interrogantes que me llegaban de todas partes, de los amigos y enemigos. Humanamente hablando, no estaban equivocados... Toda la empresa estaba confiada a la Divina Providencia, de la cual había tomado el nombre».

En efecto, a las religiosas las llamó: “Siervas de la Divina Providencia”.

«Yo -siguió diciendo Don Uva- leí en la vida de San Vicente de Paul y de San José Cottolengo, los

orígenes de las Congregaciones fundadas por ellos y saqué la conclusión que siempre es necesario confiar en la Divina Providencia. Muchos se de- vanaban la cabeza para saber con qué medios surgió la nueva Congregación y tantos hospitales. No lo sabrán jamás, sólo el Señor lo sabe; las obras de Dios nacen, se desarrollan y se perfeccionan en la oscuridad de Belén y triunfan en el sacrificio de la cruz y en el silencio de la tumba»<sup>18</sup>.

Así escribía Don Uva un año antes de morir. En realidad, los santos son un milagro de Dios y se llevan a la tumba sus secretos más íntimos: los que hacen de una humilde criatura humana un confidente de Dios, totalmente abandonado a Su voluntad, cueste lo que costare, a lo largo de un itinerario que, como el de Cristo, pasa de la oscuridad de Belén al drama del Calvario.

Aquí nombramos, en un agradecido recuerdo, a las primeras ocho Siervas de la Divina Providencia a quienes Don Uva definió “las mártires de la caridad”:

- Lucía Caprioli  
(Hna. Inés, 14/2/1896-12/6/1993);
- Lucía Sersale  
(Hna. Cecilia, 10/3/1897-9/12/1965);
- Antonietta Soldani  
(Hna. Josefina, 7/7/1894-6/3/1941):
- Lucía Caprioli  
(Hna. María, primera Superiora General de las Siervas, 4/12/1890-4/8/1969);
- Teresa Di Pierro  
(Hna. María Angélica, 18/7/1878-12/3/1948);
- Justina Monopoli  
(Hna. Pía, 8/2/1902-10/4/1984);
- Angela Di Buduo  
(Hna. Teresa, 20/7/1897- 4/11/1984);
- Lucía Di Leo  
(Hna. Vicenta, 3/8/1901).

### Vanos intentos de colaboración

Apenas comenzada la construcción de la Casa, Don Uva advirtió que la naciente Obra exigía la pre-

El primer grupo de Siervas luego del de las cofundadoras.



sencia de religiosas especializadas en el tratamiento de disminuidos físicos y psíquicos y pensó en recurrir a una Congregación religiosa que tuviera experiencia en ese campo. La búsqueda fue fatigosa y, en definitiva, fracasó. Se dirigió a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, a las Pequeñas Hermanas, a las Hermanas de Ivrea, las cuales le contestaron que no tenían gente suficiente. En los documentos quedan rastros de otros intentos que nos permiten entender las intenciones de Don Uva.

Por intermedio de un sacerdote de Bisceglie, su querido amigo Mauro Mastropascua, de los Siervos de la Caridad fundados por Don Luis Guanella- conocía la historia, las Congregaciones y las Obras de este gran apóstol de la caridad, comprometido también en la asistencia a los sordomudos, a los ciegos, a los disminuidos psíquicos y somáticos<sup>19</sup>.

Don Mastropascua se dirigió a la Superiora general de las Hijas de Santa María de la Providencia, fundadas por Don Guanella, pidiéndole que destinara algunas de sus Hermanas a Bisceglie. Al mismo tiempo, ambos sacerdotes escribieron una carta al sucesor del P. Guanella, el obispo Aurelio Bacciarini.

De la Casa Madre de Lora (Prov. de Como), la Superiora respondió lamentándose por no estar en condiciones de asumir por el momento nuevas obras y tener que desilusionar a Don Uva que había mandado tantas vocaciones a su Congregación<sup>20</sup>. Por su parte, Mons. Bacciarini dijo que hubiera aceptado con mucho gusto establecer un Instituto guanelliano en Italia meridional, pero no tenía personal disponible y la Congregación masculina tenía graves dificultades<sup>21</sup>.

Mientras tanto, Don Mastropascua escribió a Don Uva una larga y afectuosa carta diciéndole que la Obra que había concebido, «la mejor y más santa de las Obras que hasta ahora existen en materia de beneficencia» - no era «del tipo» de la de Guanella:

«Entonces, querido Pascualito, no temas. No es verdad que los genios son privativos del norte...El mismo Padre (Dios), que domina y gobierna en el norte, rige y gobierna admirablemente el sur. La

Divina Providencia es grande y sus fuentes son inagotables. Cuánto menos te confíes en el hombre -lo sabes- tanto más se abrirá la mano de la Divina Providencia...Si te sientes llamado a tanto, ¡adelante!. Tírate en el surco y empuja el arado a su meta»<sup>22</sup>.

Don Uva tendrá siempre un gran afecto por los Guanellianos de los cuales muchas veces fue huésped en sus casas de Roma.

El 23 de octubre de 1923 comunicó a dos de sus hijas espirituales, a las que había aconsejado entrar en la Congregación de Don Guanella, que le había pedido tres religiosas a la Superiora general mandándole en cambio cinco postulantes y recordándole que ya antes le había mandado cinco jóvenes de Bisceglie y que pensaba mandar otras. Pero la Superiora general le contestó que no le era posible satisfacer ese pedido. Don Uva le contestó, a su vez, que -si las cosas estaban así- orientaría las vocaciones religiosas a su naciente Instituto. Esta carta no tuvo respuesta<sup>23</sup>. En cuanto a confiar su Obra a otro Instituto, se da cuenta que

«No podré realizar las ideas que tengo en esta pobre cabeza. No me basta con hacer un internado para deficientes, sino un pequeño serrallo<sup>24</sup> para acoger y dar de comer el pan de la Providencia a todos los que tengan necesidad y no encuentren lugar en otros institutos: niños, viejos, lisiados, ciegos, sordomudos, enfermos, cojos, mujeres descarriadas y cuantos males puedan existir sobre la tierra; agregar también un reparto para jóvenes totalmente dedicadas a la oración y a la penitencia; finalmente, hacer un serrallo para toda especie de enajenados por el amor de Dios. Tú conoces bien esta pobre cabeza loca y embriagada»<sup>25</sup>.

La descripción del “serrallo” demuestra que Don Uva piensa en el modelo de la Casa de la Divina Providencia de Cottolengo.

Entre los antiguos alumnos del Capránica que eran funcionarios en el Vaticano, estaba el entonces Mons. Alberto Arborio Mella di Sant’Elia, de familia patricia de Sassari (1890-1953), quien por muchos

años fue Camarero Secreto de San Pío X, Benedicto XV y Pio XI; una figura característica en los ambientes vaticanos por su candor y espontaneidad. En un viaje a Roma, Don Uva le contó de su Obra y le pidió consejo; entre otras cosas, le habló de las dificultades para encontrar religiosas capaces de asistir a los pacientes. Mons. Mella se ocupó enseguida y el 14 de agosto de 1922 le avisó que tres religiosas Trinitarias aptas para ese trabajo irían a Bisceglie en la primera quincena de septiembre; eran competentes para el fin de la Obra y agregó: «La Superiora, enfermera matriculada y óptima maestra espiritual, tiene muchas ganas de trabajar de la mañana a la noche, con la ayuda de las otras dos hermanas, desprovistas de matrícula pero formadas por ella». A la superiora le preocupa la posibilidad de llegar cuando la Casa ya esté funcionando, pues considera necesario estar presente para recibir a la primera paciente, en el primer día de actividad». Siete días más tarde, Mons. Mella propone tímidamente a Don Uva abrir el instituto en Nápoles y no en Bisceglie, dado que se presentaba la ocasión de comprar una casa grande, con una iglesia anexa y completamente amueblada, al precio de 200.000 liras. Don Uva le responde que no tiene ni siquiera la décima parte de esa suma y que la Casa debía fundarse en Bisceglie.

Las Trinitarias llegaron el 2 de octubre de 1922, tres días después de la internación de la primera paciente en la Casa de la Divina Providencia; fueron triunfalmente recibidas en la estación ferroviaria de Bisceglie por una delegación de señoras que las acompañaron a la iglesia de San Agustín, abarrotada de parroquianos entusiastas.

Pero muy pronto surgieron las dificultades. Las Trinitarias estaban convencidas que debían asumir la dirección de la Obra; Don Uva, en cambio, quería confiarles solamente la guía de las jóvenes Siervas para que les enseñaran el cuidado de los enfermos; después volverían a Roma. Las Trinitarias consideraron esta propuesta un grave descrédito para su Congregación. La atención de los varones enfermos fue un nuevo problema, ya que la regla de la Congregación de las Trinitarias no lo consentía. El 25 de enero de 1923,

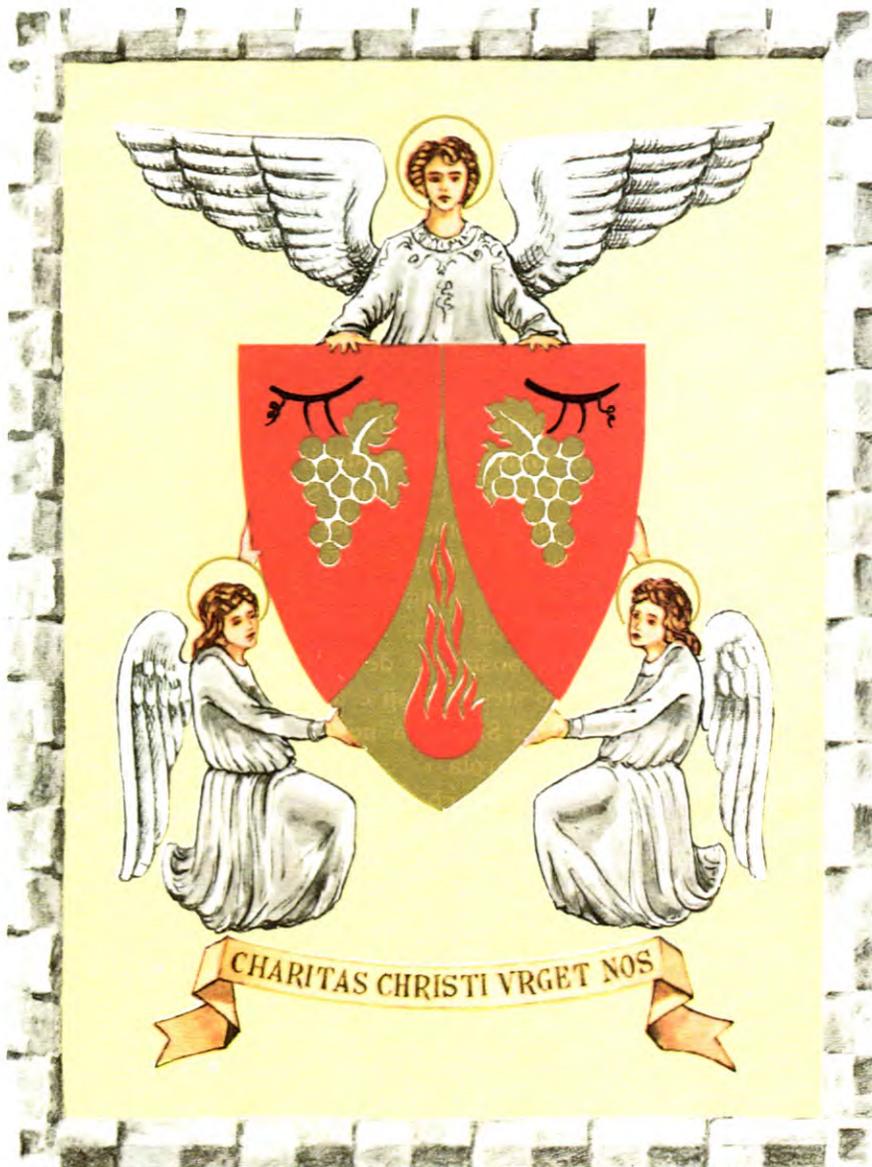
Mons. Mella escribió a Don Uva diciéndole, que por su propia tranquilidad y para no comprometer su responsabilidad, se había alejado de las Trinitarias para dejarlas en libertad de tomar sus decisiones. El 13 de marzo pide a Don Uva que viaje a Roma para aclarar y arreglar las cosas con las Trinitarias<sup>26</sup>.

El 8 de mayo, Don Pascual escribió directamente a la Superiora explicándole que no podía cambiar su posición «sin dañar el naciente Instituto» y que la dejaba en libertad para retirar a las Hermanas «asumiendo toda la responsabilidad delante de Dios. Estoy dispuesto a hacer en todo la voluntad de Dios, de cualquier modo la quiera manifestar»<sup>27</sup>.

La esperanza de Don Uva duró siete meses. Luego se convenció que los fracasos de todos sus esfuerzos le mostraban la voluntad de Dios: debía asumir personalmente la responsabilidad de la formación espiritual y técnica de las Siervas. Es por este motivo que desde el comienzo impidió a las Siervas que cedieran a las sugerencias e influencias externas, que hubieran desviado o desvirtuado el espíritu de la Congregación, de la cual entendía ser el único padre y maestro.

### **Organización jurídica de la Obra**

Don Uva no perdió tiempo para dar a las Siervas una organización jurídica. En julio de 1923 fue a Roma para conversar este asunto con el cardenal Camilo Laurenti (1861-1938), ex-alumno del Colegio Capránico que desde hacía un mes era Prefecto de la Congregación para los Religiosos, el cual le explicó los pasos a seguir. El primero era constituir la “Pía Asociación de las Siervas de la Divina Providencia”. El decreto de erección fue proclamado el 21 de noviembre de 1923 por el arzobispo José Leo en presencia del clero y del pueblo en la iglesia de San Agustín. Mientras tanto se había terminado otro reparto del Instituto, que ya albergaba a 25 infelices, mientras otros estaban por llegar. El ejemplo de las primeras jóvenes fue seguido por otras y el 25 de julio de 1926, las Siervas ya eran veinticinco.



### Descripción heráldica del escudo

He aquí la descripción del escudo:

«El primero, de gules con dos racimos de uva, cae como manto sobre el segundo, de oro, con llama en gules».

### Significado de la terminología

La descripción significa que la llama roja está sobre un fondo de oro perfilado por dos secciones de color rojo en las cuales se destacan dos racimos de uva.

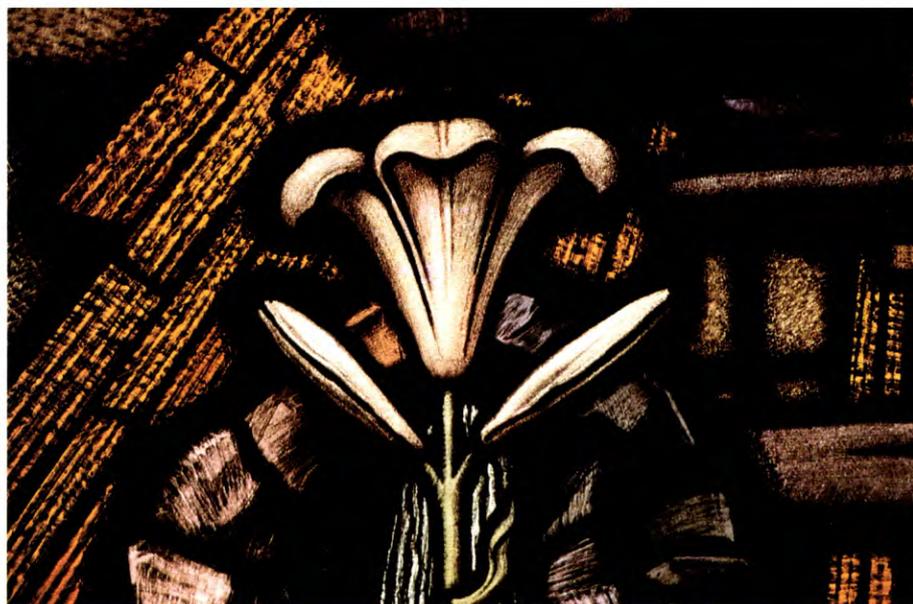
### Simbolismo del escudo

La **llama** indica aquella caridad que, en su ejercicio en favor de los enfermos mentales, caracteriza el fin específico de las Siervas de la Divina Providencia.

La **llama**, que ilumina, da calor y vida, se encuentra en el centro del escudo, es decir, en la parte noble, para significar que la caridad es el corazón y el alma de la Congregación.

La **uva** recuerda el nombre del fundador, el Cgo. PASCUAL UVA y significa la riqueza de las virtudes religiosas y la abundancia de frutos espirituales que la Congregación, con fecundidad y madurez, ofrece a la gloria de Dios y al bien de las almas por medio de su providente apostolado al servicio de los enfermos mentales.

El contenido es esencial y profundamente espiritual y para darle mayor fuerza, está el lema de San Pablo "Charitas Christi urget nos" (II Cor. 5, 14), elegido por el Fundador como el programa que su Congregación debía desarrollar con el fervor de la oración, el ardor del apostolado, la práctica de la virtud y la abundancia de las buenas obras.



Con el fin de dar a la Pía Asociación una forma estable, Don Uva retomó los contactos con Roma para terminar los trámites necesarios y obtener el decreto que, el 13 de noviembre de 1926, autorizó al arzobispo a constituir a las Siervas en Congregación de derecho diocesano<sup>28</sup>. El 24 de enero de 1944, la Congregación para los Religiosos concedió el “decreto laudatorio” que, luego de un período “ad experimentum” de siete años, reconocía a las Siervas el carácter de Congregación de derecho pontificio. Las religiosas eran cincuenta<sup>29</sup>.

Contemporáneamente a la organización canónica de las Siervas, Don Uva comenzó también a definir la posición de las Siervas ante el derecho civil y el 1° de septiembre de 1925 constituyó la Congregación en Sociedad Anónima con el nombre de “Casa de la Divina Providencia” para administrar privadamente el Instituto homónimo destinado a recibir «dementes crónicos tranquilos, epilépticos inocuos, idiotas y, en general, afectados de enfermedades mentales incurables, paralíticos distróficos, anormales sensoriales»<sup>30</sup>, a norma del Reglamento Orgánico aprobado por el Ministerio del Interior para la aplicación de la ley del 14 de febrero de 1904 sobre los manicomios. En virtud del Estatuto de la Sociedad Anónima, las Siervas administraban el Instituto por medio de su presidente, Don Uva. Con decreto del 6 de septiembre de 1946 del Presidente Provisorio del Estado, Enrique Nicola, se reconoció a las Siervas la personería jurídica<sup>31</sup>.

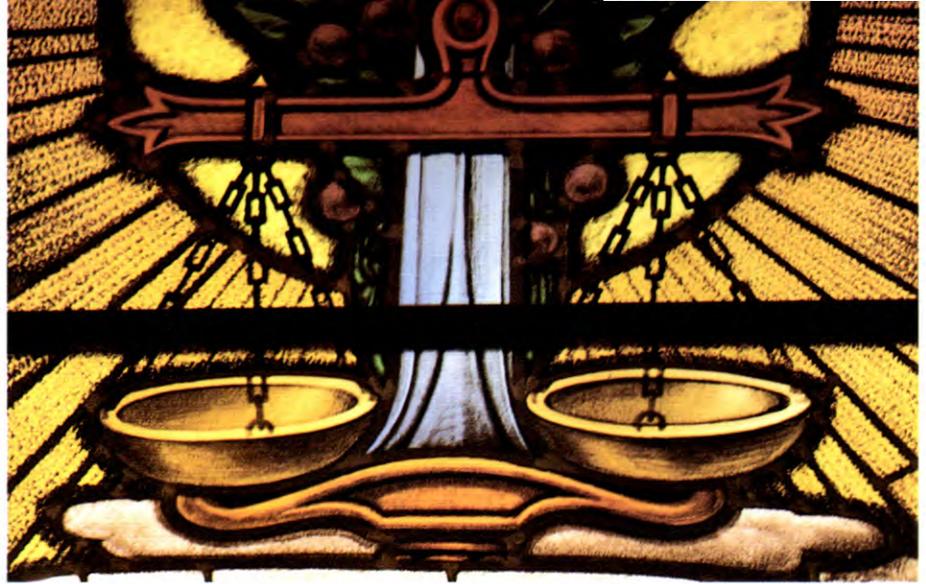
### En busca de ayuda

Las 9.000 liras obtenidas con la venta del generador de electricidad y las 10.000 donadas por Benedicto XV, no bastaban para completar las obras de la albañilería del Asilo. Una de las ocho jóvenes, que vivía sola, al entrar en la Comunidad ofreció sus muebles y utensilios para la cocina. Algunos benefactores suministraron el material para las puertas con sus marcos; Don Uva pedía maderas, objetos fuera de uso, retazos de géneros, chatarra, tufo -la ca-

racterística piedra caliza, porosa y friable de la Pulla que se usa en las construcciones- manteles, ropa blanca. Empezaron a llegar varias donaciones de diversa importancia, desde las pocas liras de los pobres hasta 5, 10 y 15 mil liras de los ricos. El gobierno italiano, por intermedio del Ministerio del Interior, contribuyó con mil liras. Para poner en marcha la O-bra, Don Uva usó su propio patrimonio y cercenó notablemente el de sus padres, que fueron los primeros en creer en la bondad y el éxito de la empresa<sup>32</sup>. Se valió también de las “dotes” de las primeras Siervas. Su padre era un gruñón bueno; después de haber tratado en vano de alejarlo de su vocación, lo defendió y ayudó cuando una parte del clero lo acusó de imprudencia y megalomanía.

Todos los días, Don Uva iba al mercado con un carro que empujaba él mismo, para traer verdura y fruta a las Hermanas, las cuales durante los primeros años, sólo comieron pan y sopa no siempre condimentada con aceite<sup>33</sup>. Cuando su padre lo sorprendió tirando de las barras del carro, inmediatamente lo sustituyó<sup>34</sup>. La hermana menor confió a una de las primeras Siervas que una mañana Don Uva fue a despertar a su padre para decirle que debía acompañarlo al mercado, y éste le contestó que no tenía dinero. Don Pascual le suplicó: «Papá, las Hermanas tienen que comer». Para simplificar las cosas, arregló con su madre que le dejarían el dinero necesario debajo de la estatuita del Niño Jesús<sup>35</sup>.

Una viuda devota, María Gramegna, quiso terminar sus días con las Siervas «para ir a morir en lo de Don Pascual» y le dejó en herencia una casa de diez habitaciones donde, durante algún tiempo, las hermanas llevaron a dormir a los enfermos. Don Uva propuso a su padre que comprara esa casa para la familia, pero cuando fueron al notario a formalizar el acto dijo sonriendo: «Papá, Pascual Uva eres tú y Pascual Uva soy yo», y a continuación le confiscó la suma; de esta manera, la casa quedó como propiedad de las religiosas. Y en familia, preguntó a sus hermanas si estaban conformes de que el padre disminuyera sus dotes y ellas le respondieron que estaban totalmente de acuerdo con él. Le hizo construir al padre el pri-



mer cuarto que habitaron las Siervas, con el pretexto de que necesitaba una casa canónica para la parroquia<sup>36</sup>. Pocos estaban al tanto de estos episodios.

A partir de enero de 1922, Don Uva empezó a apelar a personas e instituciones privadas y a la autoridad, pidiendo donaciones en dinero y en especies para sostener la nueva Obra que era “civil y hermosamente cristiana”<sup>37</sup>.

El 5 de junio de 1922, el Papa Pío XI, elegido cuatro meses antes, envió 5.000 liras y una bendición especial para el buen éxito de la Obra. En 1925 (4 de mayo) todos los obispos pulleses, reunidos en Lecce, elogiaron la iniciativa de Don Uva «verdaderamente encomiable y santa». Un año más tarde autorizaron y recomendaron la recolección de donaciones en las iglesias. La Jefatura de Policía de Bari autorizó la colecta y la propaganda en las casas privadas y dio autorización para hacer loterías y “pescas” de beneficencia. En 1927 el sacerdote Miguel Di Pinto visitó en los Estados Unidos a una comunidad de emigrados bisceglieses de Nueva York, Brooklyn, Cambridge y Worchester (Massachusets) y recogió 600 dólares.

«La caridad -escribía Don Uva- es inteligente, activa y ordenada; por eso nuestra Casa... buscó persuadir a los entes comunales y provinciales para que colaboraran con nuestros esfuerzos...¿No incumbe acaso al Estado y a sus ramificaciones administrativas proveer al resanamiento de las llagas sociales, devolviendo al necesitado parte de la contribución fiscal de los ciudadanos?. ¿Es acaso más importante para una nación civil la erección de un monumento o el embellecimiento de una plaza o de una calle, que la fundación de una Obra piadosa para una mejora humana y el auxilio de los ciudadanos golpeados por un grave mal físico o mental?. Por otra parte, ¿por qué cargar a la caridad privada, cuando los familiares de un enfermo tienen la obligación -por ley natural- de socorrerlo si están en condiciones de hacerlo?»<sup>38</sup>.

Don Uva se dirigió también al gobierno central de Roma, por intermedio del Ministerio del Interior,

que el 18 de agosto de 1927 le respondió que se había «interesado con diligente benevolencia» por el pedido, pero hacía presente que las finanzas del Estado y de los Entes locales no consienten absolutamente asumir una carga tan grande».

Los Entes locales fueron más generosos que el gobierno central. Varias provincias y comunas dieron pruebas de buena voluntad y no se limitaron a palabras de elogio.

En 1928, Don Uva refiere que, el 2 de abril de 1925 el presidente de la Comisión Real extraordinaria para la administración de la provincia de Bari, incluyó en el balance un subsidio de 10.000 liras y lo elevó a 16.000 en 1926 y a 18.000 en 1928<sup>39</sup>. La comuna de Bisceglie aprobó un subsidio anual de 5.000 liras; en agosto de 1925 el alcalde sustituto de Ruvo de Pulla otorgó un subsidio anual de 5.000 liras, con derecho a la internación gratuita de 3 deficientes. La provincia de Bari fijó, a partir del 1 de enero de 1926, una cuota diaria de 5 liras por cada paciente que enviara a Bisceglie. El 1 de diciembre de 1926, el alcalde de Trani comunicó que, «a pesar de la estrechez financiera del balance», la contribución comunal sería elevada a 2.000 liras con el compromiso de aumentarla a 3.000 en 1928. Las comunas de Molfetta, Gioia del Colle, Santeramo, Irsina, Sansevero, etc., aseguraron contribuciones anuales proporcionales al número de habitantes. Don Uva concluye: «Si otras comunas proveyeran a la internación de sus enfermos, en un tiempo relativamente breve se curaría la llaga de la deficiencia en Italia meridional». Ciertamente ello se lograría no por esos subsidios sino, sobre todo, por el trabajo y los sacrificios de las Siervas de la Divina Providencia que, sin sueldos y viviendo en la pobreza, prestaban todo tipo de servicios con el mayor cuidado.

### Comienzo de la Obra: los primeros enfermos

Apenas comenzada la Obra, Don Uva envió una circular a los alcaldes y a los arciprestes de la Pulla, con la noticia de la fundación, pidiéndoles que le in-

dicaran los enfermos que requerían internación. Fue una lluvia de pedidos que referían casos lastimosos. Poco a poco los pedidos aumentaron; no sólo provenían de autoridades civiles o eclesiásticas sino también de privados. Don Uva señala los pedidos de los Prefectos de las provincias de Bari, Ascoli Piceno, Reggio Calabria, Potenza, Lecce, Taranto, Brindisi, Foggia, Teramo, Campobasso, Chieti, Napoles, Roma, Fiume, La Spezia, Pesaro y hasta de Sicilia y Sardeña.

El alcalde de Avezzano recomienda al «niño Mariano Sorgé de cinco años, afectado de hidroencefalía congénita e idiotez, de sordera parcial y defecto en la vista, víctima frecuente de ataques convulsivos de tipo epiléptico». El alcalde de Trani, en nombre del Cónsul de Italia en Patraso, Grecia, solicitó la internación de un deficiente «para substraerlo al escarnio de esa población indígena».

La superiora de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, le presenta el caso de una «graciosa joven deficiente, víctima de su belleza. Un joven abusó de ella y tuvo un hijo en un hospicio de Nápoles. ¿Qué hacer? En el matrimonio no se puede ni pensar porque es deficiente y si permanece en su pueblo, queda expuesta a un continuo peligro».

El Prefecto de Caserta dice a Don Uva que le estaría «sumamente agradecido» si pudiese acoger a un huérfano de guerra que padece paraplejia poliomiélica con deformaciones paralíticas. Se encuentra actualmente internado en un asilo de niños huérfanos pero, dada la edad y la asistencia especial que requiere su caso, deberá ser transferido a la brevedad. Su madre ha desaparecido y los institutos interpelados hasta el momento se niegan a acogerlo. El huérfano está munido de un aparato ortopédico».

El Prefecto de Catanzaro comunica que ha llegado un pedido a la Casa Real para la internación de una niña sin brazos y sin piernas. El Ministerio del Interior, el mismo que había dicho a Don Uva que no podía hacer “absolutamente” nada por su Obra, transmitió al Prefecto el pedido de la Casa Real, el cual sólo pudo recurrir a Don Uva!

El Prefecto de Roma “recomienda vivamente” la

internación de un niño y una niña, huérfanos de madre y de padre muerto en la guerra, ciegos, deficientes e incapaces de recibir educación e instrucción. No tienen parientes a quienes dar la custodia, a excepción de una abuela que debido a su avanzada edad y estado de salud, debe permanecer en cama la mayor parte del año.

Uno de los primeros niños internados en la Casa de Bisceglie, que murió cerca del año 1926, fue llevado por su madre quien había hecho lo humanamente posible para atenderlo; en varias clínicas le habían dicho que la ciencia era impotente ante el caso y hasta hubo quien llegó a aconsejarle que envenenara al inocente.

En 1926, entre los internos de la Casa de la Divina Providencia se mencionan tres “casos especiales”: el primero ya citado del niño de cinco años presentado por el alcalde de Avezzano, el segundo era un adulto proveniente de una ciudad vecina a Bisceglie que fue encontrado en un entresuelo de alrededor de 3 metros cuadrados, sin ventanas, tirado en un catre, cubierto de 35 llagas, casi un monstruo de 22 años. El tercero, un epiléptico de 18 años, completamente idiota y mudo, que yacía en una cuna, con los miembros entumecidos y llagas en varias partes del cuerpo.

Por pedido del Cónsul de Italia en Egipto, fue recibido un niño de 4 años que había nacido en el Cairo de padres italianos, casi ciego, sordo y casi totalmente paralítico, que no podía estar sentado sino extendido o en la cama. Además, no podía masticar y era incontinente<sup>40</sup>.

Un muestrario trágico de despojos humanos, cada uno de los cuales era para Don Uva -y debía serlo también para las Siervas- “un ángel”<sup>41</sup>. En una ocasión, en un lejano pueblo entre las montañas de Basilicata, descubrió a “dos angelitos”, una niña de 5 años, hidrocefálica, y un niño de la misma edad, idiota y paralítico; entonces advirtió a la Superiora: «Espero que vengan rápido y no tema por las camas: no es posible que se piense en las camas antes que en los enfermos... Jesús sabe que las necesitamos y las mandará. No tema por las deudas que tenemos, cuan-



do Jesús quiera las pagará todas y no permitirá que vaya a la quiebra. Tenga fe en la palabra de Jesús»<sup>42</sup>.

Cuando hacía recorridas para pedir ayuda, se consideraba «un misionero en busca de infelices que recojo para mandárselos a ustedes»<sup>43</sup>, es decir, a las religiosas, las cuales no oponían resistencia, agregando sacrificio al sacrificio. El “Padre” era para ellas modelo y ejemplo; el primero en lavar los harapos apestosos de los pacientes que llegaban, en bañarlos, en darles de comer, para con esto ayudar a las Siervas a superar la natural repugnancia<sup>44</sup>. No sólo estimulaba su fervor religioso sino que las instruía sobre cómo debían tratar a los enfermos: «Simpatía e imparcialidad en el hablar y en el tratar a los pacientes. Equivocadamente se cree que los internados, a causa de su condición, no tienen capacidad para advertir las gentilezas; ellos se resienten con amargura ante los malos tratos y, especialmente ante las injurias, porque no todos son totalmente deficientes. Inclusive cuando es necesario un castigo, hay que estudiar el modo y ser cordiales. Hay que tratar a todos con imparcialidad porque la mínima diferencia los ofende y como no tienen modo de distraerse, se quedan pensando un largo tiempo. Muchas veces la cordialidad, una caricia, una sonrisa, resuelven las cuestiones más intrincadas y apagan los fuegos más ardientes»<sup>45</sup>.

En 1926 los internados eran 213: un año después ascendieron a 287, de los cuales 12 eran epilépticos, 8 paralíticos, 170 deficientes y algunos eran casos particulares. También crecía la Casa de la Divina Providencia que en diciembre de 1927 tenía cuatro edificios y un pequeño huerto, con capacidad para hospedar a más de 250 infelices. Pero Don Uva aspiraba a extender la Casa a toda la zona que iba desde la iglesia hasta el mar, y rogaba a los propietarios de los terrenos que no se opusieran al progreso de la Obra cuando fuera necesario comprar esas propiedades<sup>46</sup>.

El 20 de diciembre de 1923 escribe al rector del Capránica:

«Los primeros 12 repartos de la Casa de la Divina Providencia están terminados y habitados. Un reparto está destinado a hospital quirúrgico, con un ambulatorio, salas de preparación para las operaciones y para los análisis: 12 salas para internación, un reparto ortofrénico con 4 grandes dormitorios, un gran salón y baños. Hay 25 internados de distintas ciudades de la Provincia y los asisten ocho Hermanas de las instituciones locales ante la falta de una solución mejor: he puesto el velo a ocho almas buenas y las bauticé Hermanas, ¿qué le parece? Nosotros arruinamos todo, pero está el Maestro que todo lo acomoda»<sup>47</sup>



Bisceglie, primer pabellón del Hospital Psiquiátrico femenino.

### Las primeras construcciones

Para las construcciones recurrió a sus amigos maestros albañiles, que se conformaban con una retribución muy baja. A partir del primer piso, desde 1922 a 1923, los trabajos fueron confiados al maestro Pascual Caputi, hermano del sacerdote Vicente Caputi que encontraremos como orador en un acto de las Siervas. Lo sucedió Luis Di Molfetta desde 1923 hasta 1928. Por primera vez se recurrió a una dirección técnica cuando se confió el proyecto al Ingeniero Cayetano Ventrella, dirigente de la Oficina Técnica Comunal de Bisceglie. Desde 1929 hasta 1951, el maestro constructor fue Mauro Monterisi, actualizado en las técnicas edilicias. Por un cierto período de tiempo vivió con su familia en el lugar de trabajo. Al Ing. Ventrella, que murió en 1933, lo sucedió el Ing. Luis Buttiglione, nuevo titular de la Oficina Técnica Comunal, quien continuó dirigiendo los trabajos de todas las construcciones cada vez más imponentes y vastas, hasta que murió en 1963.

En relación al maestro Monterisi es interesante saber que él «tenía una declarada convicción revolucionaria. Alto y derecho, con bigotes largos y horizontales, tenía un temperamento abierto y resuelto... Se reveló una persona adecuada para cooperar con Don Uva, del cual lo separaban profundamente las ideas religiosas y políticas pero lo unían los principios morales, la honestidad y la solidaridad»<sup>48</sup>.

Sabemos hasta qué punto los socialistas revolucionarios fueron para Don Uva como el humo en los ojos, pero advertimos que también en esos sujetos él sabía reconocer y apreciar las buenas cualidades humanas. Encontraremos otros casos similares que demuestran cómo la caridad de Don Uva fascinaba a personas de ideas opuestas o muy lejanas a las suyas. En la historia de los Siervos de Dios se encuentran, aún en tiempos muy cercanos a los nuestros muchos

casos semejantes: las virtudes transparentes, la coherencia perfecta entre la fe y las obras, entre lo que se enseña y lo que se hace, fueron lle-

vando a las personas inteligentes y rectas a dejar de hacer apreciaciones y juicios desfavorables.

### Viaje de instrucción

En una ocasión, Don Uva confesó cándidamente a Mons. D'Oria: «Cuando me decidí a fundar la Obra de los deficientes, entendí muy bien que iba al encuentro de los enfermos y de la sociedad, pero ignoraba qué cosa implicaba la asistencia a los deficientes»<sup>49</sup>.

Con ese fin emprendió un largo viaje de instrucción a Italia septentrional y central y visitó los principales institutos especializados. Las Hermanas María y Pía lo acompañaron y tomaron apuntes de los pormenores del viaje<sup>50</sup>.

Empezaron en Roma, por el Instituto de reeducación "Villa Amalia", dirigido por el prof. Sante De Santis y dos hospicios de Don Guanella: el Asilo San José para deficientes, epilépticos y encefalíticos, en la calle Aurelia Antica, en la zona de la Virgen del Reposo-Bravetta y el análogo hospicio femenino San Pío X, que funcionaba en un convento de Carmelitas Descalzos adyacente a la Basílica de San Pancracio en el Gianicolo. Cuando Don Guanella le expresó al Papa su deseo de dedicarse a esta obra -la primera en su tipo en Roma- Pío X le respondió «Sí, ponédme a la cabeza de vuestros deficientes, conseguídmela inmortalidad entre vuestros locos. Os bendigo porque, en medio de estas revueltas políticas, no os podrán tocar ya que no tenéis para exponer más que miserias»<sup>51</sup>. En Roma visitaron también el pabellón "Príncipe del Piamonte" del manicomio provincial Santa María de la Piedad dirigido por el prof. Carlos De Santis y las clases diferenciales de las escuelas primaria y secundaria para niños y adolescentes con problemas afectivos y de comportamiento.

En la segunda etapa del viaje, visitaron Milán y

Las Hermanas Trinitarias con algunas Hijas de María y niñas.



fueron huéspedes de la Obra de Don Guanella: Don Uva en el Instituto masculino San Cayetano y las Hermanas en el femenino. Visitaron el Instituto femenino de la Divina Providencia en Lora (Como) donde estaban internadas las “buenas hijas” deficientes y epilépticas.

De vuelta en Milán, visitaron el Instituto San Vicente en la calle Copérnico, para deficientes varones, y en Monza el de mujeres; uno y otro recibían niños y niñas deficientes o retardados fácilmente recuperables. En el primero de ellos Don Uva se detuvo a mirar el equipamiento para la enseñanza profesional.

En Cesano Boscone, provincia de Milán, en un gran asilo para deficientes graves y gravísimos, se interesó en particular en los servicios generales: lavandería, cocina y horno.

Desde Milán se dirigieron a Turín, huéspedes durante algunos días de la Pequeña Casa de la Divina Providencia de Cottolengo, en donde admiraron “la gran caridad y abnegación de las religiosas en el tratar a esos pobres infelices».

También desde Milán fueron a Bologna para visitar el Instituto Pedagógico para los disminuidos mentales<sup>52</sup>. Luego se detuvieron en Florencia, en el Instituto médico-pedagógico Humberto I, dirigido por el prof. Modigliani.

Los ilustres especialistas que encontraron durante el viaje supieron apreciar la capacidad poco común de Don Uva y la importancia de sus iniciativas; todos quedaron vinculados a él por lazos de amistad y fueron muy generosos con sus consejos y ayuda.

En el viaje de regreso, no conociendo otros institutos, visitaron el Instituto Pablo Colosimo de Nápoles, uno de los más importantes de Italia en la educación profesional de ciegos. Con el permiso del director, las Hermanas permanecieron allí un mes para aprender las técnicas de los trabajos que un ciego era capaz de hacer.

### La generosa contribución de la ciencia

Desde el comienzo de la Obra Don Uva «no so-

lamente quería dar asilo a las víctimas de las miserias humanas para substraerlas al escarnio de la calle, sino que se proponía curarlas con todos los medios de la medicina y la cirugía modernas»<sup>53</sup>.

El prof. Armenise, primer director del Instituto Ortofrénico para la educación de los retardados mentales, creado por Don Uva en la Casa de la Divina Providencia, escribió en 1932:

«En el Instituto actúan la caridad y la técnica, en extensión y en profundidad respectivamente: aquí, la comprensión inteligente vence el dualismo de las tendencias puramente espiritual de la caridad y las de la ciencia, reflexiva y rigurosa; más aún, las exigencias científicas van afirmando y conquistando lo personal de la caridad».

Es este un aspecto característico y original de la Obra de Don Uva, la cual empezó como Asilo y se convirtió luego en un Instituto Ortofrénico a pleno título. A los tratamientos médicos dotados del más alto nivel científico y a la caridad auténticamente cristiana, se añadía una pedagogía integral orientada a rehabilitar a los enfermos, y por así decir, a devolverlos a la vida, por medio de la instrucción, el trabajo, la vida asociada y la actividad espiritual.

En abril de 1931 envió una circular a un grupo de prestigiosos especialistas para pedir consejo sobre el modo de proceder para la creación de un Instituto Ortofrénico, de acuerdo a las normas estatales. Al mismo tiempo pedía que le sugirieran el nombre de un posible director.

Le respondieron el prof. José Giannuli de Roma, especialista en enfermedades mentales; el prof. Agustín Gemelli, franciscano, rector de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán; el rector de la Universidad de Bari; el prof. Domingo Sarno, director de la Clínica para enfermedades nerviosas de la Universidad de Nápoles; el prof. F. Montesano, di-



Ing. Luis Buttiglione, proyectista y director de obra.



Maestro Mauro Monterisi, constructor.



Abogado Jacinto Dell'Olio.

rector de la Escuela Magistral Ortofrénica de Roma; el prof. Sante De Santis de la Clínica Neuropsiquiátrica de Roma; el Dr. A. Rastelli, director del Instituto San Vicente de Milán, el juez Nicolás Consiglio que le señaló la competencia del Ministerio del Interior para la legalización del Instituto<sup>54</sup>.

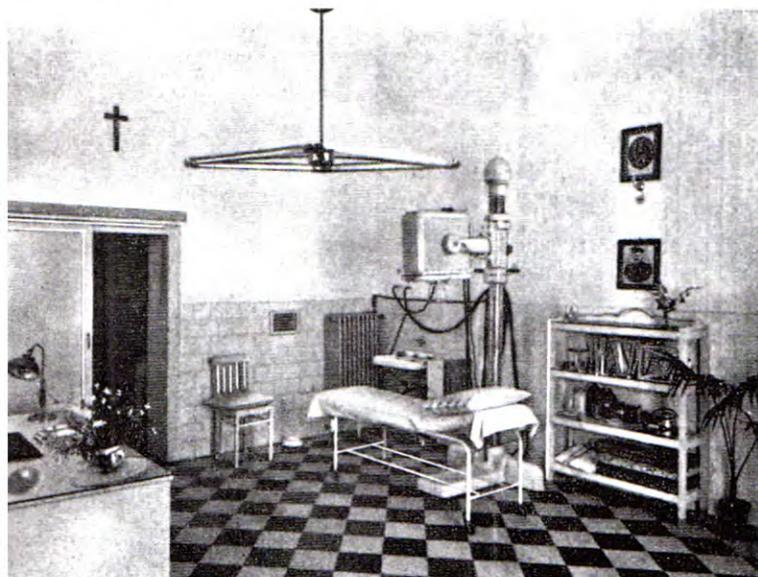
Durante los primeros años, varios médicos ofrecieron su colaboración gratuita para la atención de los enfermos. El reparto ortopédico fue confiado al Dr. José Silvestris a quien ya conocemos como generoso colaborador de Don Uva desde los primeros momentos de la Obra y durante los años de su actividad política. Hasta su muerte en 1946 fue, no sólo el médico de confianza de Don Uva y de las Siervas, sino un verdadero padre para los enfermos y un protector y defensor de la Obra frente a sus críticos y detractores.

El Dr. Juan Cocola, también biscegliés (murió en 1958), que en el año 1931 estuvo a cargo de la Oficina Sanitaria de la ciudad, prestó sus servicios de cirujano. Dieron también su colaboración especialistas y docentes universitarios de Bari: el Prof. Vicen-

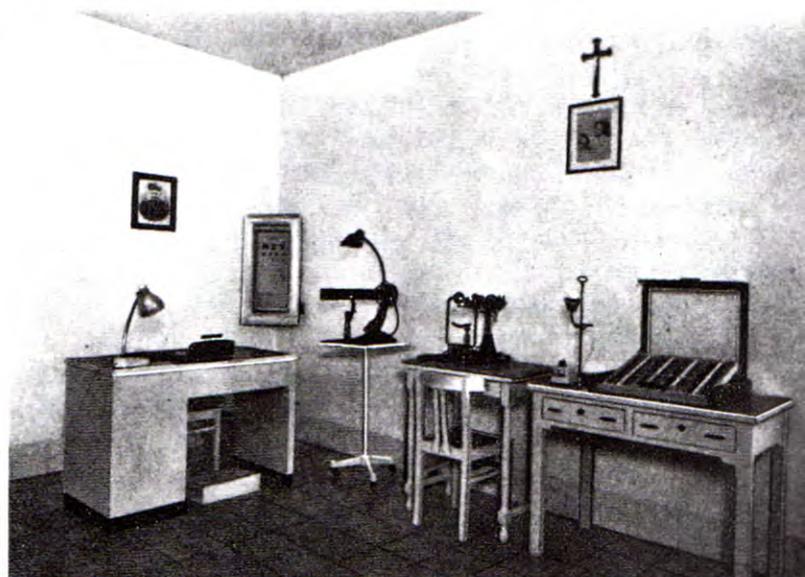
te Bonomo, cirujano, oriundo de Andria; el Prof. Enrique Girone, otorinolaringólogo; el Prof. Vicente Trerotoli, oculista. Todos ellos se ocuparon de la primera instalación hospitalaria de la Casa de la Divina Providencia. Un amigo fraterno de Don Uva, el distinguido abogado Jacinto Dell'Olio (Bisceglie 1890-1952) prestó su desinteresada colaboración para dar a la Obra sólidas bases jurídicas. En un discurso pronunciado con motivo del XXV aniversario de la fundación (10 de agosto de 1947), en presencia de Don Uva, le dirigió unas palabras conmovedoras, luego de testimoniar la certeza de Don Uva en la ayuda de la Providencia, certeza que por momentos daba miedo, dijo:

«Cuando la suerte me impuso el tener que acompañarte de cerca por un cierto tiempo, el miedo se me fue yendo poco a poco porque aprendí a creer y, en el continuo y milagroso progreso de esta Obra, fui aprendiendo cada vez mejor a creer en la bondad humana y más aún en la infinita bondad de Dios»<sup>55</sup>.

Sala de roentgenterapia



Ambulatorio oculístico.





**Prof. Pedro Armenise,**  
primer director médico.



**Prof. Domenico Sarno.**



**Dr. Carlos Pasquale.**

El Prof. Pedro Armenise<sup>56</sup>, Docente de Clínica Psiquiátrica en la Universidad de Bari, fijó el programa de acción según los límites de la ley del 14 de febrero de 1904 y del Reglamento de 1909 para la aplicación de la ley sobre los manicomios. El programa, vigente desde el 1 de julio de 1931, establecía que el Instituto Ortofrénico estaba destinado a la internación «de los dementes crónicos tranquilos, epilépticos inocuos, idiotas, y en general, individuos golpeados por enfermedades mentales incurables, que no son peligrosos para ellos mismos o para los demás»

A propósito del comportamiento de Don Uva, el mismo Prof. Armenise declara:

«No he visto nunca a Don Uva satisfecho como puede estarlo quien ha alcanzado un objetivo, no se detuvo jamás a valorar una obra realizada, y los continuos éxitos de éstas, provocan en él un dulce estímulo para seguir adelante y perfeccionarlas. Estuve muy cerca suyo cuando la casa no tenía aún una historia y podía parecer una empresa ardua

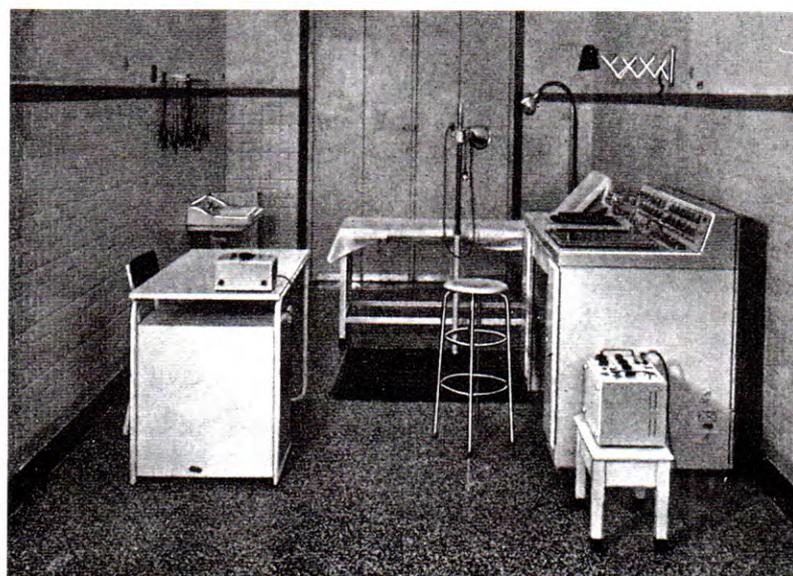
con poco futuro, estuve más cerca aún cuando consideró necesario empezar a asistir a un primer grupo de pacientes; en 1931 asumí la dirección del Instituto porque me entusiasmó el coraje y la tenacidad de un hombre que da -también a mí- todo aquello que pueda ayudar directa o indirectamente a los infelices que asistimos. Y cuando las responsabilidades aumentan frente a los numerosos problemas que presentan las necesidades prácticas en la vida del Instituto, el sacerdote Uva se afana para aliviar su peso, del mismo modo con el cual está atento a suscitar y estimular armónicamente la colaboración de todo el personal para el bien de los que sufren. Don Pascual Uva tiene un espíritu exquisitamente moderno, práctico y emprendedor; considera y estudia cada problema, teniendo en cuenta el equipamiento técnico necesario y las posibilidades económico-sociales. Por eso se equipan aquellos, si es que aún los hay, que consideran su Obra sólo o principalmente en sus aspectos religiosos o caritativos. Evidentemente, no la conocen porque jamás la han visitado»<sup>57</sup>.

Al Prof. Armenise se debe el mérito de haber da-

**El pabellón terapéutico.**



**Sala de electroencefalografía.**



do rigor científico a la asistencia a los enfermos. Organizó un curso para enfermeros, que permitió a quince Hermanas la obtención del relativo diploma en 1932; se ocupó también del primer núcleo de una biblioteca especializada y promovió la publicación de los estudios de los médicos del Instituto en diversas revistas científicas<sup>58</sup>.

### Para los sacerdotes pobres

En 1924, a los dos años de la fundación de la Obra, en la cual había comprometido todos sus recursos económicos, Don Uva, que amaba y estimaba profundamente a las almas consagradas a Dios, asume una iniciativa que, en apariencia, podía parecer extraña a su proyecto primitivo: una Casa de reposo para sacerdotes pobres, inválidos por ancianidad o por enfermedades crónicas que los privaban de los estímulos y las satisfacciones del ministerio.

Ese año, después del verano, presentó un pro-memoria a Pío XI para hacerle conocer sus intenciones y pedirle una particular bendición. Durante su cura anual en las termas de Fiuggi, había conocido al cardenal Aurelio Galli quien adjuntó al pro-memoria unas líneas de recomendación. Cuando terminaron las vacaciones, en una de las primeras audiencias, habló personalmente con el Papa. Más tarde, cuando Pio XI recibió en una audiencia privada a Don Uva y a sus primeras ocho Siervas, elogió este nuevo proyecto y le sugirió que pidiera al arzobispo de Trani-Bisceglie la autorización para iniciarlo.

Don Uva destinó a la Casa para los sacerdotes el edificio vecino a la Casa de la Divina Providencia, legado por la viuda María Gamegna a las Siervas que la habían asistido hasta su muerte.

Cuando el arzobispo Mons. José Leo informó al Papa sobre su aprobación, Pío XI, que en ese momento estaba comprometido a fondo en la costosa empresa de proveer las casas parroquiales necesarias en el sur de Italia -el mismo Don Uva cuando era párroco vivía en casa de sus padres- le concedió 15.000 liras para poner el edificio en condiciones.



En la primavera de 1925, Don Uva dirigió un primer pedido a los obispos de la Pulla para que contribuyeran con los gastos de la obra. El 4 de mayo expuso su programa personalmente ante la Conferencia Episcopal reunida en Lecce, recogiendo elogios y bendiciones.

Como también los obispos tenían graves dificultades económicas, contrajo una deuda de 40.000 liras e hizo proseguir los trabajos para terminar la casa. En pocos meses estuvieron listas 14 habitaciones, 2 salones y 3 locales subterráneos. Los obispos prometieron una contribución para el año 1926 y en mayo de 1927 Pío XI mandó 15.000 liras. El 15 de febrero de ese año, la Congregación de las Siervas resolvió por unanimidad conceder al arzobispo de Trani, a perpetuidad, el libre uso del edificio del cual conservaban la propiedad por el caso eventual que la Casa del Clero fuera cerrada o trasladada a otro lugar. La administración quedaba en manos del arzobispo sin ninguna ingerencia por parte de las Siervas. En realidad, las Hermanas adelantaron el dinero para amueblar y poner en funcionamiento la casa, esperando recuperarlo con la contribución que harían los obispos. Los primeros subsidios de éstos sirvieron para completar seis cuartos; los muebles, el equipamiento y la ropa blanca significaron un gasto de 8.551 liras por encima de las 7290 liras que habían recibido de los obispos. Hasta 1930 el balance resultó negativo.

El 14 de marzo de 1928 llegó a la casa el primer huésped, el arzobispo de Ruvo dei Pulla que sufría de una enfermedad cardíaca y de confusión mental; el segundo fue un sacerdote de Gravina de Pulla afectado de confusión senil y de incontinencia. Ambos murieron en paz al año siguiente, diligentemente atendidos por las Siervas.<sup>59</sup>

## Notas al capítulo IV

- 1 *Le Ancelle della D. P.*, pág. 7
- 2 V, 99
- 3 V, 11.
- 4 No fue posible establecer la fecha de esta visita a Turín. Para el texto citado, ver *La Casa della D. P.*, pág. 8.
- 5 *La Casa della D. P.*, pág. 11.
- 6 I Cor, 1, 27-29 y v. 25.
- 7 *Mateo*, 13, 31-32.
- 8 *Lucas*, 14, 28-29.
- 9 Fue arzobispo desde el 17 de enero de 1920 hasta el 20 de enero de 1939.
- 10 *Le Ancelle della D. P.*, pág. 8 y ss..
- 11 XI, 1293.
- 12 VIII, 1275.
- 13 V, 126.
- 14 *La Casa della D. P.*, pág. 25
- 15 V, 126. Para la fecha de nacimiento véase la nota 2 del primer capítulo.
- 16 VIII, 1266-1267.
- 17 VIII, 177 y ss., 1267-1268.
- 18 VIII, 1269-1270, 1273.
- 19 El sacerdote Luis Guanella (1842-1915) fue proclamado beato por Pablo VI el 25 de octubre de 1964. VER A. TAMBORINI-G. PREATONI, *Il Servo della carità Beato L. Guanella*, Milán 1964; V. LUCARELLI, *Un "contemporaneo affascinante: Don Guanella*, Ed. Paoline, 1991.
- 20 VI, 331.
- 21 Carta del 19 de mayo de 1922, VI, 395.
- 22 VI, 332-334.
- 23 VI, 357-359.
- 24 "Serrallo" está usado aquí en el sentido de asilo de grandes proporciones. Con esta palabra se llamaba en Nápoles al grandioso Real Hotel de Pobres, construido por Carlos III de Borbón hacia el final del 1700 y comienzos del 1800, para hospedar ancianos, vagabundos y huérfanos.
- 25 VI, 357-358.
- 26 La correspondencia de Mons. Mella se encuentra en VI, 339-350.
- 27 VI, 351.
- 28 *La Casa della D. P.*, pág. 26.
- 29 Con el decreto laudatorio la S. sede aprobó las Constituciones que regulaban la vida de la Congregación en todos sus detalles cuando fue erigida de derecho pontificio. Recientemente, en conformidad con las directivas del Concilio Vaticano II, ha sido elaborado un nuevo texto, aprobado el 8 de mayo de 1986.
- 30 En ese entonces, Don Uva no pensaba en la posibilidad de internar y asistir a los dementes. La actual denominación del complejo de sus Obras es "Institutos Hospitalarios Casa de la Divina Providencia - Obra Don Uva", para indicar que, luego de la desgraciada ley n. 180 de 1978 -que abolió los manicomios a...los dementes- la actividad no se limita al sector psiquiátrico. En el cap. I, art. 4 de las Constituciones de 1986 se lee que el fin apostólico de las Siervas es: «el cuidado, la asistencia, la rehabilitación, la resocialización, la defensa y la vigilancia de aquellas personas a las cuales una patología polivalente ha comprometido las facultades intelectuales superiores; y esto según el mandato del Fundador y las enseñanzas de Jesús, quien en los necesitados de todo tipo (como los que padecen neuropatías, disminuciones psíquicas, epilepsia, encefalitis, vasculopatías, bronconeumonitis y los que requieren una internación prolongada) revela Su presencia (*Mateo*, 25,40). En las Constituciones de 1944 se hablaba de «alienados, epilépticos, deficientes, paralíticos y encefalíticos».
- 31 La instancia fue presentada por la Hna. Justina Monopoli, representante legal de la Congregación. La Hna. Justina, que para la ocasión usa el nombre que tenía cuando era laica, es la Hna. Pía Monopoli, cofundadora de la Casa de la Divina Providencia y Superiora General por más de 30 años. Nació en Bisceglie el 8 de febrero de 1901 donde murió el 10 de abril de 1984.
- 32 *La Casa della D. P.*, pág. 47.
- 33 V, 49
- 34 V, 131.
- 35 V, 133 y ss.
- 36 V, 137. En 1928, Don Uva dejó la casa paterna para trasladarse a la casa de las Siervas.
- 37 Para la recolección de las donaciones, ver *La Casa della D.P.*, págs. 48-50. Hemos utilizado también un número del boletín *L'Eco della Carità* que Don Uva publicaba de vez en cuando; el fascículo no tiene fecha pero del contexto se deduce que es del año 1928.
- 38 Jesús se quejó enérgicamente de los rabinos fariseos quienes, recurriendo a una treta jurídica, dispensaban a los hijos del ir en ayuda de los padres necesitados transgrediendo el mandamiento de Dios «Honra a tu padre y a tu madre», cf, *Mateo*, 15, 1-9.
- 39 *L'Eco della Carità*, nota 36, págs. 10 y ss
- 40 *Le Ancelle della D. P.*, págs. 27 y 22. y 54. Los casos fueron referidos en el discurso del P. Vicente Caputi, con motivo del decreto que declaraba de derecho diocesano la Congregación de las Siervas.
- 41 VI, 360, en una carta de Don Uva del 24 de agosto de 1924.
- 42 VI, 368-388, carta del 17 de agosto de 1926.
- 43 VI, 102, carta del 11 de febrero de 1928.
- 44 V, 48 y ss.
- 45 IX, 1428. Por el contexto, estos consejos datan de los primeros años de la Obra.
- 46 *Le Ancelle della D. P.*, pág. 13.
- 47 XII, 2297.
- 48 DELL'OLIO, pág. 221.
- 49 V, 83.
- 50 Un breve relato del viaje se encuentra en VIII, 1145-1147.
- 51 A. TAMBORINI-G. PREATONI, *Il Servo della Carità Beato L. Guanella*, cit., pág. 30.
- 52 Don Uva lo menciona en su carta escrita en Boloña el 7 de mayo de 1928, en IX, 1481.
- 53 *La Casa della D. P.*, pág. 30.
- 54 La transcripción de estas cartas se encuentra en FELSANI, II, págs. 79-86.
- 55 *In memoria*, pág. 45. Para ulteriores noticias sobre las personas aquí citadas, ver DELL'OLIO, pág. 212-216.
- 56 Sobre su prestigiosa carrera científica, ver DELL'OLIO, pág. 229, en nota.
- 57 FELSANI, II, págs. 9-10. Por la dirección del Instituto, el Prof. Armenise recibía una retribución mínima, colaborando así con la rigurosa economía de aquellos años. Desde 1931 a 1933 su sueldo era de 1.000 liras mensuales: de 1936 a 1937 subió a 1500 por cada cinco días de servicio más 163 liras para el abono ferroviario en la línea Bari-Bisceglie y viceversa.
- 58 Luego de la fundación del Hospital Psiquiátrico en la Casa de la Divina Providencia, desde 1948 hasta 1951, los médicos publicaron sus contribuciones científicas en *Annali*, editada por la Obra, 4 volúmenes de 150, 253, 346 y 195 páginas respectivamente. Los índices de los primeros tres volúmenes se encuentran en FELSANI, II, págs. 118-121.
- 59 V. DELL'OLIO, págs. 426-432.









**Capítulo V**

**AÑOS HEROICOS**

Veinte días antes de que las ocho futuras Siervas decidieran vivir en comunidad, una joven aspirante que no podía imitarlas, porque había oído decir que las Hermanas debían pedir limosna para el mantenimiento propio y de los enfermos internados, Don Uva le desmiente categóricamente esta habladuría: «La voz que se corre sobre la limosna es una fábula, nunca lo pensé y mucho menos lo he podido decir. Las quiero demasiado y conozco bien Bisceglie; cómo voy a pensar algo semejante? Espero hacerlas vivir en perfecta clausura»<sup>1</sup>.

La voz sobre la cuestación se debió al hecho, entonces habitual, de ver monjas que pedían limosna. Con un conjunto de leyes llamadas “subversivas”, en la segunda mitad del s.XIX, en Italia fueron suprimidos numerosos entes eclesiásticos y sus patrimonios fueron confiscados; los religiosos y religiosas expulsados de sus conventos recibían una pensión irrisoria<sup>2</sup>. A pesar suyo, Don Uva tuvo que recurrir a la limosna cuando las deudas contraídas por las primeras construcciones de la Obra no se podían pagar, no obstante las generosas contribuciones de su padre<sup>3</sup>.

La primera cuestación fue precedida por una larga preparación: durante un mes entero, día y noche, las Hermanas hicieron adoración ante el Smo. Sacramento y penitencias comunes y particulares para impetrar -según la intención de Don Uva- la gracia de imitar a San Francisco de Asís que había aceptado el desprecio y la burla por amor de Dios<sup>4</sup>.

Antes de salir a pedir limosna, las Hermanas debían hacer oraciones particulares y practicar con ardor la modestia, la mansedumbre y la humildad: «La superiora será la primera en dar el ejemplo, luego preguntará a las Hermanas quién está dispuesta a salir, y entre éstas elegirá a quien crea, *in Domino*», es decir, juzgará en conciencia delante de Dios. «Yendo a las ciudades vecinas, pedirá la obediencia (el permiso) y la bendición de los párrocos, con la máxima consideración no sólo hacia los sacerdotes sino a las almas de las cuales él se sirve, recordando que es el párroco quien dispone esas almas a la piedad y a la caridad. Aceptar los rechazos, las ofensas y las inju-

rias durante la cuestación y continuar la misión; volver varias veces a los lugares aceptando para sí las ofensas y para los pobres la caridad; recibir con alegría las injurias por la propia indignidad y los propios pecados y, porque así nos purificamos. Retener la ira y apagarla en la sangre de Cristo»<sup>5</sup>.

### La cuestación

La primera cuestación fue hecha en el ámbito de la parroquia de San Agustín y luego se extendió a toda la ciudad de Bisceglie. La Hna. Cecilia recuerda esos días:

«La gente nos decía de todo, como si fuéramos unas holgazanas que quisiéramos comer a expensas de los otros. Algunos nos decían: “Vayan a trabajar la tierra”, otros nos mandaban a trabajar al telar o a recoger piedras, otros se burlaban acompañándonos hasta el Instituto y tirándonos piedras e inmundicias. Una vez en casa, Don Uva nos pedía una rendición de cuentas y para sostener nuestro espíritu desconsolado y herido, nos exhortaba a agradecer a Dios porque habíamos ganado méritos»<sup>6</sup>.

Muy pronto la cuestación se extendió a las ciudades de la provincia de Bari, bajo la dirección y participación personal de Don Uva, quien estableció dos cuestaciones anuales: una en los meses de verano, para la recolección de legumbres y trigo en el campo; la otra en los meses invernales, de puerta en puerta, para pedir ropa usada y aceite en los molinos de las granjas.

Los documentos que quedaron sobre la cuestación cubren el período que abarca desde 1925 a 1936; se trata de cartas en las cuales Don Uva informa puntualmente y con todo detalle a la Superiora y a las Hermanas que se habían quedado en Bisceglie, y que muestran que no era el tipo de hombre que dice “Armémonos y vayan” sino que compartía con las Hermanas -a quienes afectuosamente solía llamar “santas hijas”- todas las dificultades y las extenuantes fa-



tigas, con extrema paciencia y humildad. Las cartas son, a su manera, pequeñas obras maestras, manifiestan su paterna comprensión hacia las Hermanas, el esplendor de su alma sacerdotal, su gastarse sin reservas para ser fiel a su ardua misión.

Es un Don Uva que merece ser conocido en toda su autenticidad y por esto hemos renunciado a resumir sus documentos. Estamos firmemente convencidos de que el mejor modo para contar la vida y las vicisitudes de los santos es permitir que el lector entable casi un diálogo con esos hombres de Dios y así participar en primera persona en el desarrollo de su maravillosa aventura. Estamos ciertos de que los lectores lo agradecerán porque descubrirán el corazón de Don Uva, lo verán en acción y apreciarán de tanto en tanto su humor sutil e inocente.

### Bajo el sol implacable

Desde el 15 de julio hasta el 31 de agosto de 1925, en el apogeo del ardiente y enneguecedor verano pullés, Don Uva, acompañado por tres Hermanas, organizó la cuestación en el campo<sup>7</sup>. Partieron el domingo 12 de julio de Bisceglie y llegaron a Bari a las 10 de la mañana:

«Recorrido por Bari bajo el aguacero en busca de caracoles hasta las 15,30; alojamiento en casa de Milella. Dejé allí a las monjitas [las Hermanitas]; a las 12 almuerzo rápido en lo de los Padres Dominicos. 12,50 salida para Ruvo<sup>8</sup>. A las 14, predicación a las Hijas de María; a las 21, conferencia en el salón "Pro cultura", anunciada en carteles murales y con volantes distribuidos a mano; a la larga, ¡acabo siendo un personaje colgado en las paredes! Luego de la conferencia, nombramiento del Comité provisorio; a las 23,30, cena; a las 24,30, a la cama.

*Lunes*, a las 7, salida para Terlizzi; 7,30, arribo, recorrido para pedir ayuda; 10 horas, discurso en el Capítulo (de los canónigos); 11 horas, entrevista con el Comisario en el municipio; 12,30, almuerzo y descanso; 18,30, regreso a Ruvo; 20 horas reunión del Comité efectivo y fijación del programa a

realizar; 23 horas, cena; 24,30, descanso. *Martes*: 7 horas, salida para Terlizzi; 7,30 llegada; recorrido para pedir ayuda, Comité de sacerdotes, Comisario, invitaciones; se fija para el próximo domingo a las 18 horas el discurso a las asociaciones femeninas; a las 21 horas, conferencia en el teatro. A las 22, salida para Bitonto para pedir ayuda, alojamiento en lo de los Frailes Menores (Franciscanos); 17 horas, predicación, cita para una entrevista el viernes a la mañana.

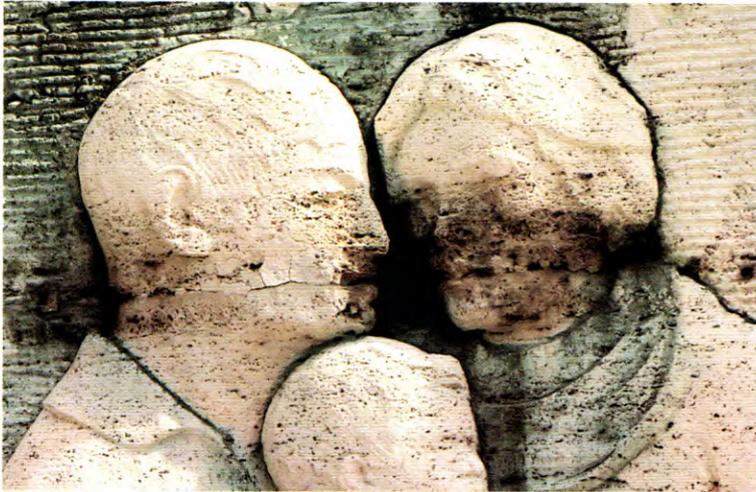
*Miércoles* por la mañana, 7,30 horas, a Bari; a las 8,30 en casa de Milella [donde paraba], veo apenas a las Hermanas que están saliendo; 9 horas, aquí en el Convento [de los Padres Capuchinos] escribo esta carta y preparo las cosas para los días siguientes. Mañana a la tarde volveré a Ruvo, el viernes a la mañana a Bitonto, por la tarde a Bari y el sábado a la tarde, otra vez en Ruvo con las Hermanas, si Dios quiere».

Hasta aquí Don Uva nos da a conocer su método: la fase preparatoria de la colecta consiste en tomar contacto con personas y asociaciones a las que presenta su Obra, pide colaboración para la recolección de los donativos y para sostener eventuales iniciativas a tal fin. Falta una relación sobre los recorridos para pedir donativos; da sólo el programa. En cambio, constatamos por primera vez la costumbre de enriquecer sus cartas con exhortaciones espirituales:

«Hijitas, querría decirles tantas cosas, transmitirles la complacencia del Señor en las cruces y en los consuelos, pero por escrito no es posible, falta el papel y el tiempo ¡hay tanto que hacer!; les digo sólo que Jesús lo quiere y nos incita a avanzar por su camino, para su gloria, para el refrigerio de estos hijos suyos [los infelices que recogía]. No puedo decirles cuándo volverán las Hermanas, quizás a fines de agosto pero si se cansan, iré a buscar otras tres de ustedes para sustituirlas».

Sigue una brevísima indicación sobre las etapas del viaje:

«Hasta el 25 de julio en Ruvo, en Terlizzi hasta el 1 de agosto, en Bitonto hasta el 8 de agosto, luego ha-



brá que ir a Mola, Monopoli, Polignano y Toritto. Pero no sé como el Señor podrá cambiar las cosas».

Una referencia a su intención de hacerse «una escapada a Bisceglie para los exámenes de catecismo de las niñas» muestra, que no obstante las necesidades de la Obra, no se desentiende de sus deberes de párroco.

### Bajo la lluvia y en el barro

Don Uva describe con precisión y vivacidad las diversas peripecias, a veces trágicas y otras veces cómicas, de la cuestación invernal de ese mismo año 1925.

Esta se desarrollaba, generalmente, en las comunas del interior de la Pulla, en Basilicata, en Abruzzo y en Molise.

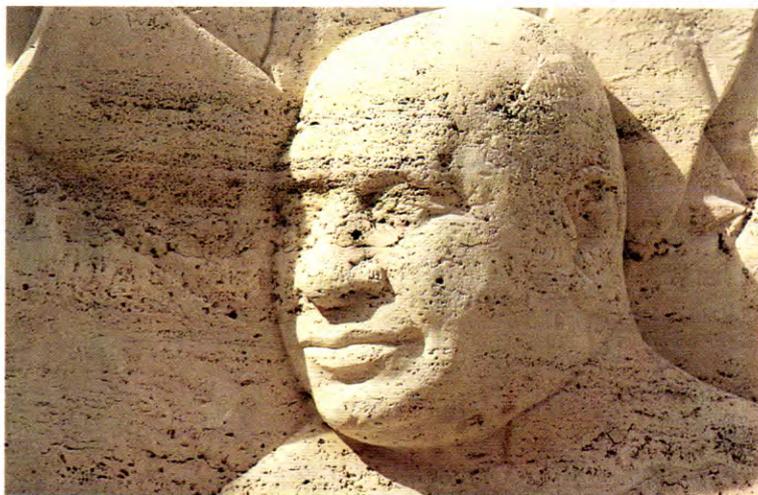
La carta de Don Uva a las Siervas tiene fecha del 9 de noviembre de 1925 y fue enviada desde San Severo<sup>9</sup>.

«Salí de Ascoli<sup>10</sup> el viernes a la mañana, en ayunas y sin tomar el café. Desde la ciudad hasta la estación se baja en carroza<sup>11</sup>, piensen que hacía mal tiempo, casi lloviznaba y en la carroza no había más lugar, me ubiqué junto al cochero -!qué papelón y qué frío!- Empezamos bien la jornada del viernes, *Deo gratias*<sup>12</sup>. Llegué a Foggia con la lluvia y las calles tan embarradas que daba gusto. Había dejado la valija en la estación y llevaba conmigo ese paquete que ustedes saben<sup>13</sup> y el paraguas. Fui a lo de la señora que me había invitado pero no estaba y la empleada me dijo que volvería a las dos de la tarde. Pero el asunto más importante era conseguir alojamiento para la noche, durante el día se puede estar, pero a la noche, ir al hotel no me gusta por diversas razones, entre ellas para no gastar<sup>14</sup>. Por lo tanto, fui al convento de San Pascual, donde están los Frailes Menores, casi con la certeza de que sería recibido. Llegué allí, todo transpirado, pero muy cortésmente me respondieron: “El convento es muy chico, hay otros forasteros y no hay lugar para usted”. Hasta el centro había la mis-

ma distancia que de la iglesia a la casita (más de 2 km.). *Deo gratias*<sup>15</sup>. Fui a la iglesia, agradecí a Jesús y me fui. ¿Adónde? Al convento de los Capuchinos. Camino por una calle llena de charcos, con los zapatos embarrados, el paquete bajo el brazo y el paraguas en la mano. Llego al convento más transpirado aún, golpeo, vuelvo a golpear y finalmente abre la puerta un fraile y desaparece. ¿Y ahora? Subo al piso superior y sobre una puerta encuentro escrito: “La cruz está siempre lista también para ti, tómala en santa paz y cárgala”. Entendí todo. Voy más adelante y en otra puerta encuentro escrito: “María Santísima es tu esperanza, confía en Ella”. Pero no se veía a nadie. Bajo, doy vueltas y me encuentro en la cocina; advertí que me había equivocado y sin hacerme ver volví al punto de partida y encontré a un fraile en la ventana que me condujo hasta el Padre Guardián. *Deo gratias*. “¿Habrá un hueco para mí?” “No -me respondió- el convento es pequeño, hay forasteros y en algunas celdas los padres duermen de a dos”. Vuelvo a Foggia donde encontré a un amigo que me ofreció café y masitas; gracias, le respondí, no como masitas. Hablamos un poco y luego me excusé, me alejé unos pasos y el amigo me llamó y me dijo: “Don Pascual, si quiere venir conmigo para un bocado, yo como tarde.” Entendí todo y le respondí: “No gracias, pienso partir enseguida”. Volví a la casa de la señora que me había invitado, nos dimos cita para conversar y me fui a la estación para esperar el tren que iba a San Severo. También hoy ayuné. Son las 8,30 de la noche y es la primera vez que como desde ayer a la noche. Hoy fui a dos pequeños pueblos vecinos, así que pude comer. *Deo gratias*. Estoy contento por todo y llevo en el corazón un gran gozo de poder sufrir un poco por amor de mi querido Jesús que sufrió tanto por mí».

En la habitual exhortación espiritual a las Hermanas, el Padre insiste sobre la caridad fraterna y luego agrega:

«Mañana (10 de noviembre), estaré todavía aquí; mañana a la noche o el miércoles a la mañana me iré a Abruzzo (Atessa, provincia de Chieti) y estaré en Foggia el viernes a la tarde (13 de noviem-



bre) para la primera reunión del Comité; después, no sé si iré a Bisceglie o si me detendré en Barletta. Haremos lo que Dios quiera».

## Historia de una jornada

Así define Don Uva la carta que envió el 29 de julio desde Bisceglie a las Hermanas que estaban trabajando en la colecta de verano. Cuando no estaba con ellas, las Hermanas estaban un poco perdidas y él, al terminar una jornada de intenso trabajo, empleaba las pocas fuerzas que le quedaban para escribirles cartas; éstas tienen el aspecto de conversaciones afectuosas casi como para hacer viva su presencia entre sus “santas hijas” dondequiera éstas se encontraran. Por eso, y para apoyar a las Hermanas, recurre con frecuencia a bromas espirituales. También eso es caridad.

La crónica<sup>16</sup> comienza el día anterior:

«28 de julio, salida a las 15,30 horas, llegada a Grumo a las 6,30; a las 7 Misa. A las 7,30 con el viejito Patruno [un benefactor que le da] aceite de almendras y azúcar. Quise ir a Rotitto pero no me fue posible. Salgo para Modugno a las 10,30 con el tren de la línea Bari-Taranto. Llego a Modugno a las 10,50. El tren se detiene y soy el único que baja con dos valijas en la mano; miro alrededor y no veo la ciudad, el tren parte ¿y ahora? Pregunto y me dicen que la ciudad está a un kilómetro de distancia; no quiero caminar tanto, hace calor y tengo las dos valijas en la mano. Se me ocurre dejar las valijas al jefe de la estación -no hay nadie más- y me dispongo con paciencia a aguantarme la transpiración que me servirá para purificarme la piel. Mientras estoy por dejar la estación me asalta un temor: ¿si el jefe de la estación u otra persona abriera la valija y encontrara las “guarniciones”<sup>17</sup>? ¿Qué hacer? Confiar en Dios y seguir adelante. Después de caminar durante 20 minutos bajo el sol llego a destino, voy a la iglesia matriz y el sacristán me dice que el arcipreste está en las termas. *Deo gratias*. Tenía un amigo canónigo, me pongo en camino y lo encuentro en casa; le cuento el motivo de mi visita y me dice: “No puedo hacer nada, solo invitarte a almorzar; si quieres venir a medio-

día me dará mucho gusto”. El tren sale a las 15 y no tengo adónde ir, de modo que no me hago rogar y acepto la invitación. Me aconsejó que fuera a ver al alcalde y me apuré a hacerlo porque ya era tarde (11,30), voy al municipio pero el ordenanza me dice que el alcalde está en Bari. *Deo gratias*. Vuelvo a lo del canónigo. Almuerzo a las 13: primer plato habas y achicorias; segundo plato tortilla y pimientos fritos, fruta y agua. Termino y agradezco. Me voy a las 13,45 a lo de las Hermanas “Estigmatinas” que tienen un orfanato en el camino a Bari, cerca de la ciudad, en el lado opuesto a la estación. El sol hierve. Golpeo el portón y sale una Hermana que me dice: “No lo conozco”; le respondo “Creo que me conoce la superiora, la Hna. Giocondina”. Me mira y me doy cuenta de que las Hermanas están durmiendo [la siesta]. El tiempo pasa y la estación está lejos. Me acompaña a la sala y mientras espero hasta que llega la pobre superiora, me repite: “Sabe, la superiora ha dicho que no lo conoce”. *Deo gratias*, llega la superiora y me dice que no me conoce. Le digo quién soy, qué hago y qué quiero. Ella se conmueve, me conoce [por fama] y pone toda la casa a mi disposición, pero agrega: “Aquí hay poco que hacer, las otras Hermanas que vinieron [a pedir hospedaje] se fueron en seguida; se puede arreglar por 8 o 10 liras por día [la pensión de las Siervas]”.

Dejemos obrar a Dios, probemos también esto; si no ganamos dinero habremos ganado méritos, ya son las 14,30. Corro a la estación; el tiempo se estropea, temo que llueva y me apuro; transpiro de pies a cabeza -tengo la camisa mojada- llego a tiempo a la estación; saco el boleto y parto. Las valijas no han sido tocadas; las guarniciones están en su lugar.

Llegamos a Bari con atraso, a las 15,30. Hay que ir a ver al arzobispo para obtener una recomendación especial para Modugno (prov. de Bari) porque no está el arcipreste. Llueve, espero en la estación hasta que pare. Llevo las valijas a la Santa Cruz (iglesia de los capuchinos) -¡benditas valijas!- y vuelo al palacio arzobispal, cuando llego son las 16; el tren sale a las 17,10. Golpeo, sale el mucamo medio dormido; encuentro al arzobispo que está muy cansado y le pido la recomendación. Me habla de otras cosas, el tiempo corre, me hace la carta; son las 16,55.



Me voy corriendo a la estación, en el camino tomo las valijas [en lo de los capuchinos], transpiro nuevamente, llego todo mojado pero el tren ya se fue y hay que esperar el próximo de las 7 menos cuarto. Estoy cansado, me siento en un banco al lado de un portaequipaje. No me conviene ir al café. A las 18,30 entro en la estación y voy al bebedero porque tengo mucha sed, tomo 3 vasos de agua y luego otros tres, seis en total, espero el tren. Salgo a las 18,50, llego a Bisceglie a las 19,45 y a casa a las 20. Entro por la iglesia, voy a la cocina y después al refectorio. Las Hermanas vienen a mi encuentro con las caras largas<sup>18</sup> porque no han tenido noticias vuestras [de las Hermanas que estaban pidiendo limosnas] ni mías; recién ayer recibieron vuestra carta del 24 [de julio], así, en vez de inquietarme yo se inquietaron ellas. Hicimos un cambio. Me entretengo hasta las 21 y después me llama papá para que vaya al campo [a la casita de veraneo], y así termina el día».

Hemos conocido un Don Uva perturbador de la calma pública durante las horas vacías de calor cuando las monjas y el arzobispo, extenuados, duermen la siesta. Al contrario, él se fatiga yendo de aquí para allá, de la ciudad a los conventos; con el sólo sostén de habas, achicorias, tortilla y pimientos. No toma el café y se llena de agua.

Tiene como único recurso el *Deo gratias* y un sólo estímulo: el apetito -si no el hambre- de sus internados. La verdadera caridad está hecha también de pequeños y silenciosos sacrificios.

### Peregrino de la caridad

Las colectas de 1926 son más ricas de noticias. El 16 de agosto, desde Gravina de Pulla escribe a la superiora de Bisceglie<sup>19</sup>:

«¿Quieres saber cuando iré? No lo sé, podría ser dentro de algunos días, podría ser a fin de octubre. No lo sé; recorro sin un programa, voy adonde el quejido de la voz de Jesús me llama y no sé cuando me permitirá ir a visitarlas. Me ruegas que no te mande enfermos para internar pero te mandaré to-

dos los que sea necesario, trataré de mandarte alguna cama y tú trata de improvisar alguna otra. Jesús durmió aún sin cama. Pasado mañana nos iremos de aquí a Santeramo<sup>20</sup> y después a Gioia<sup>21</sup>, y luego...hasta Lecce si así lo quiere el Señor».

En un escrito agrega «Mándame 6 bolsas [que servían para almacenar el trigo, las legumbres y las papas recogidas durante la cuestación]. La dirección es: en lo del canónigo Ernesto Tisci, Acquaviva delle Fonti». El P. Tisci había sido condiscípulo de Don Uva en el Colegio Capránica y hasta su muerte (4 de enero de 1946) fue su fiel amigo y benefactor; lo hospedaba siempre en su casa, lo invitaba a predicar en su iglesia para suscitar nuevas vocaciones religiosas y sacerdotales y para recoger limosnas. Ofrecía alojamiento también a las Siervas<sup>22</sup>.

La tarde del 17 de agosto escribe desde Irsina, en Basilicata<sup>23</sup>:

El viaje lo hice solo [dejó las Hermanas en Gravina]. Ayer me encontraba entre montañas, montañas por todos lados, en un cuarto en el tercer piso, solo, solo. En el cuarto hay una bella imagen del Sagrado Corazón de Jesús que fue mi consuelo. Estos buenos hermanos [era un convento] me acogieron con afabilidad y cariño y querían tenerme con ellos algunos días. Irsina es una pequeña ciudad de 7.000 habitantes y hay infelices de todo tipo. Por el momento he encontrado dos angelitos: una niña de 5 años, hidrocefálica y un niño de 6 años idiota y paralítico. Espero que vayan pronto, no teman por las camas, ellos no pueden estar más tiempo aquí. No es posible esperar que las camas lleguen primero que los enfermos, recibamos a los enfermos. Jesús verá que necesitamos camas y las mandará. No teman por las grandes deudas que tenemos, Jesús me dice que cuando El quiera las pagará todas y que no me hará quebrar, ten fe en la palabra de Jesús. Él es muy rico y nos quiere, si ahora nos hace sufrir tanto y duerme en la barca, no vayamos a despertarlo para no merecer el reto de los apóstoles<sup>24</sup>. Dejémoslo descansar, está muy cansado, cansado de tantos pecados de nuestra vida pasada y presente. ¿Queremos despertar a Jesús? No pequemos más, ni siquiera una vez y Je-



sús sentirá el perfume de santidad y se despertará y nos verá a nosotros, sus hijos, en torno a Él, nos sonreirá, verá nuestras necesidades y pagará nuestras deudas».

La mención de las “grandes deudas”, la preocupación de las Hermanas que no pueden conseguir las camas que faltan para los infelices que Don Uva con gran facilidad mandaba a Bisceglie, son indicios, casi evidencias de que su Obra estaba en el límite de la supervivencia. No obstante todo, no tolera que se pongan obstáculos a la internación de los infelices; Jesús se encargará del resto.

Al concluir la carta, insiste:

«¿Cuándo iré? Aún no lo sé, ni siquiera sé cuando iré a Gravina donde me esperan las Hijas, quizás mañana o pasado mañana. Espero ir a Bisceglie dentro de unos quince días, o sea cuando vaya a Bari, pero si fuera necesario tomar el camino de Lecce, creo que volveré a fin de octubre o principios de noviembre, cuando Jesús quiera. Buenas hijas, no se alarmen, es Jesús que lo quiere, obedezcan, obedezcamos a nuestro querido Jesús. El se alegrará y nos bendecirá. Con el deseo que en estos tres meses sean más buenas, más santas, más llenas de caridad, las bendigo a todas y las dejo en el Corazón de Jesús. Cuiden mucho a los pacientes, ámenlos mucho y no los hagan llorar porque sus madres los aman y Jesús mucho más»<sup>25</sup>.

Estas conmovedoras palabras encierran el alma grande de Don Uva.

A la tarde del día siguiente, 18 de agosto, vuelve a Gravina y el jueves sucesivo a Gioia del Colle<sup>26</sup>; había previsto ir a Santeramo, pero debió renunciar porque no encontraría allí al arcipreste:

«Ustedes pensarán que soy yo quien dirige el camino de las Hermanas, pero el buen Señor quiere mostrarme que yo no hago nada, que no sirvo para nada; me cambia las cartas y mientras decido una cosa, a último momento Dios cambia mis proyectos».

En Gioia del Colle él y las Hermanas encuentran una generosa hospitalidad en la colonia agrícola de

los huérfanos de guerra, dirigida por los Padres Barnabitas y atendida por las Hermanas del Sagrado Costado de Jesús<sup>27</sup>.

Don Uva aprovecha para ofrecer a las Hermanas una pausa de reposo antes de iniciar la colecta, con dos días de ejercicios espirituales:

«Las Hermanas partirán de Gravina a las 4,46 y llegarán aquí a las 5,50, debo ir a la estación al menos a las 5, me levantaré a las 4».

No es, ni será la primera vez que Don Uva estará obligado a levantarse de noche. Por añadidura, está sin plata y no podrá despachar la carta escrita durante la noche:

«Les mandé todo el dinero esta mañana porque esperaba que las Hijas [las Siervas] me trajeran más hoy. En cambio, no he podido verlas. En la caja encontré solo 13 liras y 70 centavos; pagué el boleto del tren: liras 9,50, el telegrama: liras 2,60, mandé la carta al médico provincial de Bari: liras 0,60, de modo que tengo aún liras 0,90. Sin embargo, estoy contento. Si necesito mañana, iré a buscarlas por amor a Jesús».

El 25 y 29 de agosto, desde Gioia del Colle, responde a las quejas que le llegan de Bisceglie; las Hermanas querrían que, de tanto en tanto, según las circunstancias, volviera a casa al menos por algunos días; Don Uva contesta que lo haría con gusto si no estuviera atado, día a día y minuto a minuto a las mil cosas que debe hacer para llevar a buen término la cuestión<sup>28</sup>.

El 30 de agosto, desde Santeramo in Colle, escribe a la superiora de Bisceglie<sup>29</sup>:

«Ayer te mandé dos cheques por un valor total de 640 liras, no tenía más; ahora te mando otro cheque de 500 liras. Tú conoces las necesidades de la Casa, haz como creas mejor. Te despaché también dos bolsas de legumbres y papas y ahora una bolsa con varias cosas. Entre hoy y mañana mandaré dos bolsas de legumbres, y una de cereales<sup>30</sup> de Gravina y espero mandar también dos bolsas de le-



gumbres, una de cereales y una de trigo de Altamura. El miércoles te mandaré papas y legumbres de aquí. Te recomiendo que hagas provisión para el invierno. En la bolsa de legumbres que te mandé desde Gioia debería haber dos mantecas y dos pedazos de queso: vacíala para encontrarlos».

### Un coloquio a distancia

La carta de Santeramo del 31 de agosto es insólitamente larga y característica<sup>31</sup>. Don Uva empieza a escribir con lápiz porque no tiene tinta; son las ocho de la noche, hora que en Bisceglie, a pedido de las Hermanas, las entretenía con un poco de charla. La conversación escrita la interrumpe apenas iniciada y la retoma una hora después cuando consigue un tintero:

«Les contaré lo que hice entre ayer a la noche y esta noche. Salí con un lindo sol a las tres de la tarde y llegué a Gravina a las 16.30. El obispo se había ido. *Deo gratias*. Busco al vicario, está indispuerto aunque no en cama, me dice que todo está bien: el subsidio está asegurado y se espera cuanto antes la reunión del comité para los infelices. Luego voy a ver al secretario, el Prof. Parrulli el cual, después de saludarme me dice que es necesario esperar aún porque el vicario, como consejero de la Congregación de caridad<sup>32</sup>, apoya al presidente que quiere dar sólo 500 liras anuales. El alcalde, en cambio, considera que habría que aportar por lo menos 1.000 liras. Entonces hay que esperar un poco para llegar a esta conclusión: Banco L. 1.000 - Congregación de caridad L. 1.000 - Comuna L. 2.500 - suscripción privada L. 1.000. Dejo al secretario y me ocupo de mandar los donativos. Operación muy difícil. Las Hermanas me han dado una aguja gruesa, compro 5 ovillos de hilo para coser las bolsas; a propósito, no corten el hilo de las bolsas porque cuesta 14 liras, descósnalo con cuidado; y cuando reciban el aviso de la estación no dejen que nuestros chicos las transporten porque son bolsas muy pesadas, de más de un quintal, díganle a papá que él se encargará. Mientras tanto había anochecido, estaba sudado y muy cansado y me retiré en santa paz; a las 10 me fui a la cama. Esta mañana recé las oraciones habituales, el Oficio, la santa Misa y me

ocupé de los asuntos que había dejado preparados anoche. Cuando todo está listo, llamo a un coche que lleva a la estación las tres bolsas grandes y una más chica; voy a la estación que muy está lejos, transpirando mucho y a las 11 vuelvo a casa. Esas buenas Hermanas, más buenas que ustedes, saben que debo partir a las 12 y ya tienen listo el almuerzo; como, saludo a los amigos, bendigo a las Hermanas y salgo a las 12.40.

Llego a Altamura a la una. No sé cómo manejarme porque temo que las Hermanas que tienen la cuestación en depósito estén durmiendo. Golpeo suavemente el portón de modo que apenas se oiga y la portera me abre - *Deo gratias*. La superiora me conduce a la despensa donde se encuentran las cuatro bolsas. Me saca la sotana, el sombrero y el cuello para no transpirar, saco una gruesa aguja, hilo y cartón y me pongo a trabajar.

Luego de dos horas el primer asunto está terminado. ¿Y ahora quién lo lleva a la estación? Salgo y pregunto pero todos están ocupados. Me quedo allí, en la calle, junto al edificio y empiezo a rezar a las almas del Purgatorio. Pasan algunas personas pero nadie quiere venir. Finalmente pasa un carro<sup>33</sup> vacío con dos jóvenes. Tomo coraje, los paro y les propongo el negocio, arreglamos por 5 liras. Hacen doblar el carro y toman el camino del Instituto de las Siervas del Sagrado Corazón. Cargan las bolsas y me invitan a subir al carro, digo que no y les agradezco, pero ellos insisten, miro alrededor, luego al costado como para pedir permiso a las piedras; los jóvenes están apurados, subo al carro, me siento sobre la bolsa de trigo y partimos hacia la estación. Fue la escena más linda del día. Si el Dr. Peppino, el médico, me hubiera visto saltar de esa manera sobre el carro, no hubiera querido atenderme más<sup>34</sup>. Después de 10 minutos de saltos<sup>35</sup>, llego a la estación lleno de tierra y despacho las cosas. Cuando yo muera ¿quién se encargará de esta comedia? A las 4 de la tarde, luego de tres horas de trabajo, estoy cansado, el tren para Santeramo parte a las 7, estoy indeciso, no sé si partir o quedarme en Altamura. Decido partir aún sabiendo que el arcipreste se enojaría al verme llegar tan tarde y de improvviso; me dispongo a recibir un buen reto. Y así termina la historia de hoy. ¿Están contentas? Buenas noches a todos. Y ahora dime la verdad, superiora, ¿qué hace la Hna. Angélica cuando no estoy?



Relojes reparados. Ingenio de un pintor que no puede usar las manos.

Mimbres entrelazados bajo la guía del maestro artesano; se hacían bolsas y paneras según la tradición campesina.



Tejidos de lana.



Cuando se enoja, ¿con quién se desahoga? Pobre de mí cuando vuelva! Y la Hna. Josefina, ¿cómo la pasa? Y la pobre superiora, entre contabilidad, visitas, lamentos, líos... ¡Pobre superiora! ¡Me imagino! ¿Y la Hna. Inés que tuvo fiebre sólo por pensar que yo partía sin confesarla? ¿Y la Hna. Cecilia que no puede estar sin hablarme doce veces al día? ¿Y la Hna. Teresa que está en cama? ¿Y la buena Hna. Vicenta en su camilla? ¿Y la Hna. Pía con sus enfermos? Cuando pienso en vuestros justos reproches siento frío y pienso que no volveré si no me prometen que me perdonan. ¿Y la Hna. Juana, siempre calma, calma y la Hna. Magdalena impertinente? ¡Pobre de mí! Y también están las novicias, la Hna. Margarita ya desde hace tiempo me mira mal y la Hna. Catalina y todas las demás! ¿Y las buenas postulantes que se sienten abandonadas? Si me perdonaron, escribanme todas; les prometo que iré para fines de octubre y si no después de Navidad, cuando las fiestas no las hagan pensar más en mí y pueda llegar inobservado. Si me perdonan, les prometo que rezaré tres veces al día por todas: postulantes, novicias, Hermanas. Superiora, ahora quiero una oración especial, ¿sabes de quién? Esto lo digo en serio, quiero que todas recen, pero de modo especial la Hna. Margarita, para que Jesús me haga más humilde porque aquí, entre tantos elogios terminaré por perder la cabeza. Les digo una última cosa y termino. ¿Quiéren saber cómo se lleva adelante la Obra? Me lo explicó ayer el sacristán de aquí. Se me acercó y me dijo: "Don Pascual, ¿quiere saber porqué lo estimo tanto y le tengo miedo? El otro día mientras dormía tuve un sueño. Me parecía estar en la sacristía y veía llegar un sacerdote con la valija en la mano que se detuvo. Yo no lo conocía y pregunté a un seminarista: '¿Quién es ese sacerdote?' Me respondió: 'No es un sacerdote, es Jesús, es el representante de Jesús, hay que amarlo, si no...' Cuando lo ví entrar ayer a la mañana, lo reconocí, era usted el sacerdote con quien había soñado la noche anterior, recordé la advertencia y corrí a tomar su valija". ¿Qué les parece queridas hijas? ¿Ven cómo me he convertido en alguien importante? Hasta en los sueños provoqué a la gente. Ayer la superiora del Orfanato estuvo un rato conmigo y luego se marchó; me dijo la Hna. Inmaculada que yo la intimidé tanto que me tiene miedo. *Deo gratias!* Si seguimos así ¿a-

dónde llegaremos? Yo, que recuerdo el gran pecador que soy, me pongo a reír y bromeo, pero si poco a poco termino por creerlo verdaderamente y me enorgullezco, ¿qué sucederá? Por eso, recen mucho por mí todas, especialmente la Hna. Margarita y que no me mire más con enojo, no hay razón para ello. También ella es una hija mía. Y ahora basta, son las 22, una hora más de lo que suelo estar con ustedes en casa».

De una carta de Cassano Murge del 1 de septiembre<sup>36</sup>, extraemos algunos párrafos en los cuales Don Uva, entre serio y chistoso, trata de sostener a las Hermanas de Bisceglie. Comienza por darles las "condolencias por la muerte de la gata" y prosigue:

«Tendrían que estar aquí para ver cuántas miserias hay que socorrer; éste es mi trabajo ¿Qué quieren que haga? Les prometo ir a Bisceglie y llevar también a las Hermanas [que están con él por la cuestación] con la condición de que no me harán reproches y no estarán enojadas, de lo contrario, o no iré o una vez allí, volveré a partir en seguida».

Una amenaza afectuosa de efecto seguro, luego se dirige a la superiora:

«El domingo por la mañana llegarán tres nuevos pacientes. Uno de ellos es como un oso y se lo regalo a la Hna. Angélica, pero debe vigilarlo como ella sabe hacerlo, es un violento que he tomado como experimento... Te quejas por la pasta y el pan, pero es igual en todas partes: pan negro de maíz y pasta para condenados, así lo quiere el gobierno. *Deo gratias*. Es mejor comer papas hervidas y legumbres cocidas».

### El espíritu de la cuestación

Seis días más tarde, el 7 de septiembre, desde Sannicandro<sup>37</sup>, en un escrito que lleva por título "La cuestación" y cuyas destinatarias son, ciertamente las Hermanas aún cuando no las menciona, Don Uva escribe las páginas más lindas para atraer la atención



sobre los varios aspectos que ilustran y exaltan un apostolado arduo y gravoso como el de la cuestación. Al mismo tiempo, nos presenta su autoretrato espiritual y nos abre su corazón, con sus intensos sentimientos de ternura y entusiasmo y sus profundas emociones. Son páginas de una fuerza irresistible, como pocas veces se encuentran, que Pedro Bargellini juzgó «dignas de la más bella literatura ascética por su inmediatez y sinceridad».

«¿Qué es la cuestación? El ejercicio de las virtudes de caridad y de humildad: de la caridad hacia los pobres y los ricos y de nuestra humildad. La cuestación no es una búsqueda fría y calculada de bienes materiales por la avaricia de poseer o de sacarse el hambre propio o el de los pobres; en sentido cristiano, la cuestación como ejercicio de la caridad, tiene el doble fin de hacer caridad a los ricos y de obtener el sustento para los pobres. Lo primero es hacer obras de caridad espiritual con los ricos. ¿De qué modo? San Gregorio, cuando habla de la caridad se pregunta: “¿Quién tiene más necesidad, ¿el rico de que exista el pobre o bien, el pobre de que exista el rico?” Y concluye que el rico tiene más necesidad del pobre<sup>38</sup>. En efecto, para el rico, la existencia del pobre es una verdadera necesidad, de lo contrario, ¿a quién haría caridad? Y hacer caridad comporta una grandísima ventaja espiritual.

Luego de agradecer al duque de Monte Altino por la gran caridad que me había hecho, él me respondió: “Reverendo, soy yo quien debe agradecer a usted que ha venido hasta aquí para darme la ocasión de hacer una obra buena, de dar gloria a Dios y de poder decir a Jesús: hoy he hecho a Ti una obra de caridad: ¿le parece poco el honor?”.

El obispo de Gravina, al despedirse me decía: “Tengo que agradecer mucho a usted y a sus buenas Hermanas que han recogido limosnas en mi diócesis; así han hecho hacer a mis hijos tantas buenas obras de caridad por las que Dios les dará tantas gracias y la conversión a una vida santa. Venga cuando quiera, le estaré siempre agradecido; y a esto debo agregar que el buen ejemplo de humildad de las Hermanas ha sido muy edificante y de gran estímulo para el bien”.

Este es el primer sentido de la cuestación y de este

modo debemos concebirla: ofrecer a los ricos la ocasión de hacer una obra buena para la gloria de Dios y el bien de sus almas. Pero ¿no es un daño para los ricos que responden mal? Paciencia, si para hacer el bien a 100 se es involuntariamente ocasión de mal para 10, ésta no es una razón para abstenerse de hacer el bien a 90.

Qué lindo consuelo el pensar que somos como ángeles custodios que invitan a los cristianos a hacer el bien. Repetimos la invitación de Jesús: “Dad y se os dará<sup>39</sup>, dad 10 y recibiréis 100 en bienes espirituales”; nosotros ponemos en práctica los consejos de Jesús. ¡Ah, Jesús nos mirará con buenos ojos, y nos acompañará, y nos mandará a sus ángeles custodios para que nos acompañen! ¡Cuántas almas salvamos! ¡Cuánto bien hacemos! Cada moneda que cae en nuestra mano, cada manojito de legumbres, son gracias que llueven del Cielo sobre las almas de nuestros benefactores. Por eso estamos alegres, no tanto por la limosna que recibimos sino por las gracias que hacemos bajar sobre esas almas, sobre esas familias. Y en el día del juicio, ¿cuál será la gloria para nosotros, que hemos ayudado a completar la misión de Jesús de salvar almas? Oh, cómo nos bendecirá Jesús y cuántas almas vendrán a agradecernos la salvación por nuestras obras. Cuando no nos dan nada, o nos encontramos con una mala respuesta, no nos debemos disgustar, porque aunque no recibimos nada para nuestros pobres, ganamos mucho para nosotros mismos con las humillaciones que hemos sufrido. En cambio, tenemos que disgustarnos por las personas que no escuchan el pedido de Jesús, que renuncian a la gracia y atraen los castigos de Dios. Al alejarnos de sus casas, debemos pedir a Jesús que tenga compasión de esas almas, que no las castigue y que les aplique los méritos que obtuvimos con las humillaciones que sufrimos.

La cuestación es, además, caridad material hacia los pobres. Entre estos, los hay muchos que pueden pedir por sí mismos; otros, en cambio, no saben o no pueden pedir; es el caso de nuestros internados, algunos de los cuales no saben pedir ya que ni siquiera comprenden qué es la caridad porque carecen de inteligencia; otros, en cambio, saben pedir pero no pueden hacerlo porque son burlados, injuriados o porque son víctimas de los bastonazos de los muchachones.

Tejido con telares tradicionales para hacer cotí para colchones, género para sábanas y delantales.



Ellos son los representantes de nuestro querido Jesús, que en la cruz pide de beber<sup>40</sup>, no puede extender la mano, y nosotros somos las piadosas mujeres que calmamos su sed. Nosotros buscamos la caridad para ellos y obtenemos el alimento necesario para su sostén. Este es nuestro trabajo y nuestra alegría; nuestro modo de ejercitar la humildad y la caridad. El ejercicio de la santa humildad para compensar tanta soberbia de nuestra vida pasada. Cuando se va por primera vez a pedir limosna con la bolsa en la mano, el corazón late fuerte, y el pie antes que avanzar retrocede. Se golpea la primera puerta y son las primeras impresiones. Algunos nos reciben con una sonrisa en los labios, nos alientan y nos elogian. Ayer a la noche, en el camino de Canneto, un señor me dió una lira -era un médico-, luego me alcanzó de nuevo y me dijo: "Reverendo, tome", me dió otra lira y agregó: "Debería darle mucho más pero no puedo. La Obra es bella y maravillosa, es divina, pero ¿quién puede entenderla? Felices ustedes, ángeles de Dios", y mientras decía estas cosas se conmovía, le caían lágrimas de los ojos, me tomó las manos y las besó. Me dí cuenta que había captado toda la nobleza de nuestra misión; le agradecí y me alejé. Pero estas escenas son raras. Habrá quien les darán por amor a Dios; otros por conveniencia y ni siquiera las mirarán; alguno dirá: "Vaya usted con la Virgen, Dios proveerá"; otro no abrirá la puerta o hará decir a la hija que no hay nadie en casa, y nosotros tendremos para todos una sonrisa, compasión y una palabra de agradecimiento. Seguimos adelante con nuestra bolsa bajo el brazo, llena o vacía, llena y tan pesada que nos cansa el brazo y nos hace transpirar mucho. El sudor gotea desde la cabeza y moja el cuello, los hombros, la camisa y el resto de la ropa. Para secarse la cabeza y el cuello mojamos los pañuelos, damos una mirada a nosotros mismos, a Jesús, a los internados que comerán lo que hemos recogido en nombre de Jesús. Lo que recibimos, ya sean 10 ó 2 bolsas de legumbres y lo que habremos de recibir, esas almendras, esas legumbres, fueron recogidas poco a poco, manojito a manojito, con el sudor de la frente. Pensamos en nuestros internados y en ustedes que lo comerán en nombre de Jesús como nosotros lo recogimos en su nombre y como también en su nombre lo dieron nuestros benefactores. De sus manos

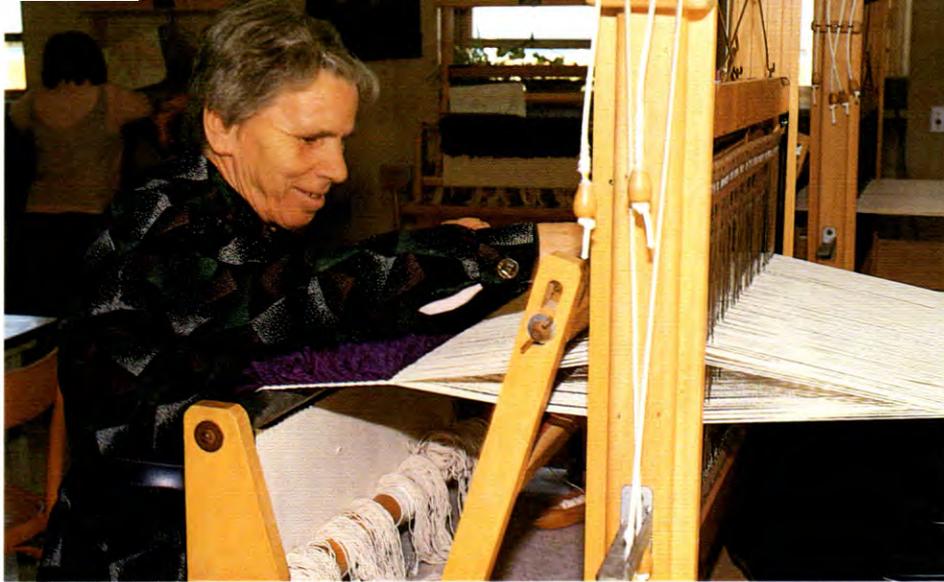
nuestros queridos internados, representantes de Jesús y ustedes, sus esposas, comerán el pan de la Providencia, del cual hoy nosotros somos su instrumento y mañana, si son dignas, lo serán también ustedes. Y ese sudor, ese cansancio nos conforta y nos dice dos cosas: que soportamos nosotros las injurias, el sudor, y el cansancio que hubieran tenido que soportar nuestros internados si estuvieran en la calle, y soportamos todo esto por amor a Dios ahorrándoselos a ellos. Humillados, cansados, sudados recordamos a Jesús que humillado, cansado y sudado iba en busca de almas. Y entonces nos asalta una duda: ¿somos dignos de representar a Jesús? ¿Cómo es que Jesús nos ha concedido justo a nosotros una gracia tan grande? ¿Correspondemos con fidelidad a nuestra vocación?

El cansancio, el sudor, la humillación nos hacen presentarnos ante el Padre Eterno según esa imagen de Jesús y nos atraen muchas gracias, consuelos y méritos para la felicidad eterna. Oh, qué contento estará Jesús de nosotros que lo queremos tanto y que buscamos imitarlo. Anoche, cansado luego de dos días de trabajo en los cuales recogí un quintal de legumbres, medio quintal de almendras y algo de ropa, pensaba en las escenas de estos días, en el consuelo que tendrán estas dos Hermanas con las obras de estos dos meses de trabajo. Tuve celos pero enseguida recordé que se trata de dos hijas mías y me arrepentí, cada uno siga su propio camino.

Ayer las encontré cuando caminaba cargando una bolsa llena. Ellas lloraron porque temieron por mi salud y yo les prometí que no lo haría más. Y de verdad no lo volveré a hacer para no poner en peligro mi salud y para no disgustar a nadie. Aún sabiendo que renuncio a una jugosa ganancia, espero ganar más con otras tareas. He querido pedir limosna para probar el gran placer que ella produce, para tener una idea exacta y para poder tener con ustedes una conversación santa si no en persona, por escrito con la esperanza que las ayude mucho».

### «Jesús está cerca mío»

Las cartas relativas a la cuestación invernada de 1928 contienen algunos episodios de un cierto relieve. La primera fue escrita en Bitritto el 9 de febrero<sup>41</sup>.



Como de costumbre, está dirigida a la superiora y a las Hermanas de Bisceglie:

«Estoy todo el tiempo de aquí para allá para prece-  
der o seguir a estas buenas hijas que cada vez se a-  
lejan más de mí. La colecta va bien, moral y mate-  
rialmente. Ayer despaché una bolsa de legumbres.  
Hoy adjunto a esta carta una contribución de 1.000  
liras de la Comuna de Grumo Appula<sup>42</sup>. Las Her-  
manas son 6, divididas en dos grupos de tres, se re-  
parten los itinerarios. Cuando llegué a Bitritto, ese  
día que salí de Bisceglie sin parar en Bari, era de  
noche, tenía esos valijones y, en vez de ir a Bitet-  
to<sup>43</sup> tomé el camino del camposanto con la valija  
encima, creí que me moría de risa. *Deo gratias*.

El 11 de febrero, desde Acquaviva delle Fonti,  
cuenta un episodio sucedido en Bari<sup>44</sup>, similar a tantos  
otros. Llega con el tiempo justo a la estación para to-  
mar el tren que debe llevarlo a Bitetto, el conductor lo  
ayuda a subir una valija pesada, dos bolsas, una valija  
pequeña y el paraguas. Como no pudo comprar el bo-  
leto antes, debe hacerlo arriba del tren y pagar un su-  
plemento. Llega a Bitetto con una oscuridad total y no  
logra convencer al jefe de la estación para que le per-  
mita dejar las valijas pesadas en depósito.

Carga las valijas y las dos bolsas y sale de la esta-  
ción pero a los pocos pasos el peso lo vence:

«Estaba cansado y acalorado y me encontraba en  
medio del campo, en un cierto punto el camino se  
bifurcaba y no sabía para qué lado debía ir; la ca-  
lle era mala, llena de charcos, me pareció que un  
poco más adelante estaba más seca pero de repen-  
te metí el pie en el agua y me mojé la pierna dere-  
cha: *Deo gratias*. Me dí cuenta que había tomado  
el camino equivocado, iba derecho al cementerio.  
Recordé las antiguas caminatas y... "pisá donde  
brilla". Me reí como loco y dí media vuelta».

Con estas últimas palabras, que pueden resultar  
incomprensibles, Don Uva evoca los días de su in-  
fancia cuando paseaba con los compañeros y los inci-  
taba con una expresión en dialecto y en broma a apo-  
yar el pie en un pozo que brillaba.

Estaba tan cansado que estuvo tentado de dejar  
las valijas en la calle, pero en ese momento vio a lo  
lejos, las primeras luces de la ciudad. Finalmente, a  
las 20,30 «después de una hora de martirio, de risas y  
de sudor» llegó a la ciudad. A pesar de todo, está fe-  
liz y piensa:

«en Jesús que andaba también El a la búsqueda de  
almas, que está cerca, y respiro. Cuando estoy so-  
lo, lejos de todos, siento la cercanía de mi querido  
Señor y estoy contento. En el viento que me acari-  
cia siento las caricias de Jesús que me dice: "Ade-  
lante, hijo, todo por mí, por amor mío; vete, estás  
cansado como yo" y entonces siento toda la dulzura  
divina que me recompensa con creces los sufrimien-  
tos. Las estrellas, la luna y el sol me miran co-  
mo los ojos de Dios».

### «Miré el cielo ... y seguí adelante»

Fin no secundario de la cuestación era buscar in-  
felices que necesitaran ser internados en Bisceglie.

El 16 de marzo de 1928, a las ocho de la noche,  
Don Uva escribe desde Matera, capital de Basilica-  
ta<sup>45</sup>:

«No tengo ni tintero ni lapicera y me arreglo con  
un lápiz. Llegué aquí a las 16,30. Hacía frío, so-  
plaba viento y llovía. Subí a Matera con el para-  
guas abierto y mi compañera, la valija. Al llegar  
al Palacio [el obispado] me recibió el arzobispo y  
escuchó el motivo de mi visita; la búsqueda de  
queridos deficientes, epilépticos y paralíticos;  
me dirigió palabras de aliento, me aconsejó que  
hablara con los párrocos y agregó: "Siento no po-  
der recibirlo en casa porque mañana a la noche  
llegan los misioneros [los predicadores de las mi-  
siones populares]; no tengo seminario, será neces-  
ario que se busque un hotel". Me quedé helado».

El arzobispo lo despide y va a lo de una condesa  
que vive cerca de la catedral, pero la señora se ocupa  
sólo de que una protegida suya sea recibida en Bisce-

glie y no tiene ningún gesto de hospitalidad con el cual, seguramente, Don Uva contaba.

«Era ya de noche y había que salir, me fuí a hablar con el párroco de la catedral el cual quedó complacido y me dió cita para mañana a las 10,30. Le pedí al sacristán que me acompañara hasta lo del párroco de San Juan, muy lejos de la catedral. Era de noche, llovía y el viento era más fuerte y más frío. No sé donde terminaré esta noche. Me conmoví hasta las lágrimas».

Don Uva, a quien hemos visto desafiar y soportar de todo, está reducido a un despojo, es un niño aterrorizado por la oscuridad. Pero el susto dura pocos instantes: «Miré el cielo, y en el cielo a Jesús y ¡adelante!». La aventura continúa.

Al llegar a destino, tiene que esperar hasta que el párroco de San Juan termine la ceremonia que celebra en la iglesia, y finalmente puede hablarle de su Obra:

«Se mostró entusiasmado y me dijo que mañana pensará; “ahora vamos”. “¿Adónde?” -le dije- “¿Quiere ser tan amable de mandarme el sacristán para acompañarme a algún hotel?” Me acompañó con el sacristán hasta el hotel. Luego me preguntó “¿Ha comido?” Le dije que no pero que me bastaba un quinto de pan<sup>46</sup>. Cuando se fue me acordé que estaba en ayunas desde el día anterior porque no había tenido tiempo de comer. Le pedí al dueño del hotel un quinto de pan y él dijo: «¿Nada más?». En la valija tengo hambre, tres nueces que me quedaron de la comida del miércoles a la noche en lo de los frailes y una naranja de ayer al mediodía. Cosa que no hago jamás, no la comí y la conservé en la valija. El dueño del hotel me trae el pan y un papel de diario en lugar de la servilleta. Comí y estoy satisfecho. Ahora estoy tranquilo pero antes estaba conmovido, más que conmovido al encontrarme solo en estas condiciones. Pensé ¿y si me viene el dolor en el costado<sup>47</sup>? Me corrió un frío por la espalda, como si estuviera de frente a la muerte. ¿Quién podrá imaginar cuánto cuesta nuestra Obra?».

En efecto, quien la mira desde afuera, impresionado por su grandiosidad y su perfecta organización, piensa en la excepcional habilidad empresarial de

Don Uva, pero todo lo que él realizó, está constituido por una cadena oculta e ininterrumpida de grandes y pequeños sacrificios, de abnegaciones literalmente heroicas que encuentran su explicación en una fe invencible en la Providencia y en una caridad tierna y sin límites, inspirada en el ejemplo de Cristo, para con los infelices más infelices y por lo tanto más necesitados. Las razones y los intereses humanos no explican nada acerca de Don Uva.

### Un pozo de desechos

Un grupo de cartas dispersas nos ha permitido reconstruir el episodio más dramático y más conocido de los que vivió Don Uva cuando se ocupaba de buscar enfermos. El hecho sucede en 1930, cuando su Obra empezaba a tomar vuelo.

Desde la lejana Calabria, el obispo de Oppido Mamertina<sup>48</sup> que había oído hablar de la Casa de la Divina Providencia de Bisceglie, invitó a Don Uva a dirigir y ampliar un pequeño Instituto de beneficencia que se creó con los bienes dejados en herencia por una benefactora. El 1 de mayo de 1930<sup>49</sup>, Don Pascual sale de Bisceglie en automóvil a las cuatro de la mañana. Antes de llegar a Reggio se yergue a lo lejos el Etna cubierto con un manto de nieve. El espectáculo le sugirió una reflexión; pensó en el volcán que vomitaba fuego y «de la visión material pasó a la visión espiritual» que relata a las Hermanas:

«El gran fuego encendido y la lava desbordante podían representar la caridad, el amor ardiente que quema en nuestras vísceras; el candor de la nieve, la integridad virginal de nuestro cuerpo casto. Y entonces, me acordé de una pregunta que una vez me hiciera una querida hija: Padre, entre tantas obras de caridad, con tantas suciedades repugnantes, y entre tanta sensibilidad y tentaciones, ¿conservamos el candor virginal? Nuestra virginidad, en contacto con tantas impurezas, ¿no queda manchada, ofuscada, herida?»

Don Uva responde: el Etna que vomita un fuego devastante no logra disolver la nieve cándida y sua-



ve, de modo que entre el fuego y la nieve debe haber un estrato que impide el contacto. La nieve está a salvo de cualquier disturbio;

«Así, mientras nuestros sentidos están expuestos a los más graves riesgos, la pureza virginal se acomoda en nuestro corazón y los sentidos permanecen puros. Entre ellos hay una capa impermeable: es la gracia del Señor recibida en nuestra profesión religiosa, que como una campana, circunda nuestro cuerpo y nuestro corazón y no permite que los embates satánicos -aún los más fuertes, no importa cuánto impresionen nuestros sentidos- nunca nos manchen, ni siquiera con el más mínimo pecado venial».

El 3 de mayo llega a Oppido y encuentra una confusión infernal:

«Un grupo de deficientes en un pozo de desechos, de chinches, piojos y suciedades de las cuales no estaban en condiciones de liberarse. Era necesario que vinieran nuestras Hermanas [lo acompañaban tres Siervas] a las cuales por misión especial compete este trabajo»<sup>50</sup>.

En Bisceglie las aguas estaban un tanto agitadas: algunas Hermanas no estaban de acuerdo en fundar una Casa en Oppido, lejos del centro de la Obra, sin la presencia del Padre y del resto de las Hermanas, en un instituto de exigua entidad, en un estado miserable y por añadidura en un ambiente totalmente desconocido.

Luego de recordar a las Hermanas su misión, Don Uva deplora a quienes, creyendo saber más que él, se atrevían a presentar dificultades:

«La Hna. G. puede quedarse tranquila por los platos; los calabreses saben comer también sin platos y como aquí nos hemos habituado a ello también nosotros, a nuestro regreso no daremos problemas a nadie. La Hna. G. puede licenciar a la encargada del refectorio y nos ahorramos otro sueldo».

Al final de la carta, «con letras rojas», escribe:

«Dado que, si fuera necesario, nos dan el permiso para permanecer aquí por 15 meses, porque es un

hecho que se están habituando a hacer todo solas, *Deo gratias*, no tendré tanto apuro o preocupación por volver, y como ya empezó el mes de mayo, podremos terminar éste y si no bastara estaremos aquí hasta 15 meses»<sup>51</sup>.

Es superfluo decir que las “buenas hijas” cedieron.

El problema se resolvió sólo. Don Uva se dio cuenta de que se encontraba ante una situación irremediable por la falta de recursos, la extrema pobreza de los locales, casi barracas, y la ausencia de una adecuada asistencia sanitaria; sin embargo, no quería abandonar esas desafortunadas criaturas a su amargo destino. Por eso, decide rechazar el ofrecimiento del obispo y le propone llevar a Bisceglie los enfermos más graves. Naturalmente, el obispo aceptó su propuesta y lo colmó de bendiciones.

El 17 de mayo, con las tres Hermanas, hizo subir los psicópatas adolescentes a un auto y sin la ayuda de acompañantes, los ubicó como pudo en un vagón de tercera clase del primer tren que salió para Bisceglie<sup>52</sup>.

### Una amenaza

Mientras se encontraba en Oppido Mamertina, el Prefecto de Bari intentaba convencer, o mejor dicho obligar a las Siervas a erigir la Obra en ente moral con el fin de obtener el reconocimiento de la personería jurídica.

Ya desde los comienzos de la Obra, el 20 de agosto de 1922, Don Uva había pedido el consejo de Mons. Arborio Mella di s. Elia, el cual le dijo: «Sería mucho mejor que usted conservara la libertad como dueño de su propia casa, dirigiendo la Obra según su talento, sin complicarse con inspecciones del gobierno en la administración»<sup>53</sup>.

Don Uva escribe a las Siervas diciéndoles que no se preocupen: «Dejemos la decisión en las manos de Dios». Él, por su parte, había advertido al Prefecto

Vestidos reformados  
o renovados.



que dejara las cosas como estaban hasta su regreso a Bisceglie

«además, éstas no son cosas que se hacen rápido, quien sabe cuántos trámites burocráticos serán necesarios, aún con la legislación fascista. Si Dios lo quiere, el Prefecto lo hará a pesar nuestro, pero si el Señor no lo quiere, ni el Prefecto de Bari ni otros 1.000 prefectos harán nada. Estoy preparando un memorial de oposición con la esperanza de que el Señor quiera bendecirlo»<sup>54</sup>.

Según los recuerdos de Mons. D'Oria resulta que el Prefecto de Bari había intentado poner a Don Uva entre la espada y la pared, ordenando una inspección sanitaria de la Casa la cual, «en contra de la verdad», resultó negativa. Ante la protesta de Don Uva, el Prefecto amenazó con cerrar la Casa. Don Uva cortó por lo sano: «Quiere decir que haciendo pública su ordenanza, mandaré a casa a los pobres internados pero el Ente Moral no se hará, más bien cerraré la Casa y destinaré los locales a otros fines». «¿Cuáles?» preguntó el Prefecto, y el Padre: «Establecimientos para la exportación de frutas». Y del Ente Moral no se habló más<sup>55</sup>.

**«Sé muy bien que sufren demasiado, santas hijas»**

Entre los documentos encontrados recientemente, hay una carta del 27 de noviembre de 1930, escrita en Bisceglie y dirigida a las Hermanas que estaban en Ruvo de Pulla por la colecta:

«Me fuí de Ruvo dolido al verlas tan tristes y si no hubiera sido por el arcipreste, hubiera bajado del auto para preguntarles la razón de vuestra pena, pero no pude y con el corazón estrecho seguí mi camino. Pensé en los sacrificios que les impongo, en que a veces exagero un poco, en que pido más de lo que pueden hacer y que hacen por santa obediencia y lo hacen llorando. Pero ¿qué quieren? estoy obligado a hacerlo. Los gritos de los enfermos me destrazan el corazón, es necesario ampliar el

Insituto para tener más lugares y si esto produce gastos, tenemos que recurrir a la caridad. No puedo hacerlo yo solo, recurro a ustedes que han abrazado el ideal de la caridad que el Señor me ha inspirado. Sé que sufren mucho, mis santas hijas; se que les impongo cargas demasiado pesadas, pero son absolutamente necesarias. Ustedes son las fundadoras del Instituto y es necesario que soporten todo el peso: deberían enseñar a las Hermanas menores la práctica de la virtud. Coraje y adelante!»

## Recuerdos de las Siervas

Del testimonio de la Hna. Inmaculada, una de las primeras Siervas, afloran recuerdos que completan lo que ya conocemos a través de las cartas de Don Uva<sup>56</sup>.

«Una vez, en Sannicandro de Bari, lo encontramos en las primeras horas de la mañana, con una bolsa bajo el brazo y en compañía de un muchacho: “Padre -le dijimos- ¿adónde va?” Y él respondió: “A pedir”. Montamos en cólera: “Padre, si va usted nosotras nos vamos”. Y él: “Si son capaces de irse”. Decía esto porque sabía que eramos incapaces de tomar una iniciativa sin una orden suya y continuó golpeando de puerta en puerta. Cuando, a mediodía, volvimos al convento que nos alojaba, él estaba todo transpirado y hasta el pequeño Breviario que llevaba en el bolsillo estaba mojado y no se leía. Era el mes de agosto, salíamos a pedir legumbres con un calor sofocante y para colmo llevando peso encima durante todo el día. Cuando le preguntamos por qué tenía que ir de puerta en puerta nos respondía: “¿Cómo? ¿no tengo que probar yo mismo lo que prueban ustedes todos los días?”»

Un día de invierno en Bitetto, nevaba y las Hermanas esperaban al Padre que debía volver de Sannicandro. De golpe se les acerca un carro de caballos en el cual Don Uva estaba sentado al lado del carrero, ambos cubiertos de nieve: «Imagínense cómo nos sentimos en ese momento viendo al Padre endurecido por el frío.



Los alumnos hacen gimnasia rítmica en el atrio de la escuela.

El arcipreste en cuya casa se detuvo por algunos momentos, le procuró un bracero para que se secara la ropa y se calentara un poco. Él estaba contento y decía: “Cuando seamos viejos y no podamos hacer nada, contaremos estas cosas”».

Durante una cuestación estiva, que se prolongaba desde hacía dos meses, las Hermanas solían ir a Bisceglie el 11 de septiembre para festejar el santo de la superiora.

«Un día, dos Hermanas, una interna y una postulante, viajaban sobre una carga de bolsas repletas; Don Uva y el carrero estaban sentados en las varas del carro. Llegaron a Molfetta donde se había celebrado la fiesta del 8 de septiembre [la Natividad de la Virgen], sobre el camino quedaban restos de cera de las velas de la procesión. El caballo resbaló en medio de la plaza y nosotras nos caímos del carro una sobre la otra y gritábamos: “¡Padre! ¡Padre!” y él dijo “Déjenme, si no bajamos es peor”. Acudieron todos para ayudarnos a levantar el caballo; estábamos como paralizadas por el miedo y proseguimos a pie hasta pasar la parte peligrosa del camino, luego volvimos a subir al carro y nos dirigimos a Bisceglie. Para distraernos del peligro ya superado, Don Uva tomó papel y con un lápiz dibujó el carro y el caballo, el carrero sobre la vara y a todas nosotras atrás, sentadas sobre las bolsas de legumbres. Cuando terminó, dijo: “Esta es la fotografía que muestra cómo nos caímos”. Y así se nos pasó el miedo».

No conocemos las dotes de dibujante de Don Uva pero lo cierto es que logró hacer reír a las Hermanas.

Cuando llegaron a Bisceglie era tarde y la gran plaza, iluminada, estaba llena de gente; las Hermanas le pidieron a Don Uva que bajara del carro y llegara a pie a la Casa de la Divina Providencia, de otro modo, su padre se hubiera inquietado. Él respondió: «¿Por qué debo bajar? ¡Ahora viene la mejor parte!».

Evidentemente también a él se le había pasado el miedo. Para terminar, relatamos un episodio sumamente significativo.

Una vez, en Cassano Murge, las Hermanas estaban hospedadas en el Asilo de mendigos, en la planta baja, en un cuarto con dos camas que en ese momento estaba libre de los pobres que solían habitarlo. Para cubrir los vidrios de las ventanas que daban a la calle, antes de ir a dormir, las Hermanas debían colgar sus hábitos:

«A mediodía nos dieron de comer garbanzos y en la cena la sopa de los garbanzos servidos al almuerzo. Estábamos en la mesa con el Padre y, ante el plato de sopa congelada que no nos animábamos a tocar, le preguntamos: “¿Padre, qué es esto?”; “Esperen, yo me fijo”, contestó. Metió el pan dentro, comió todo y dijo sonriendo: “Coman, es sopa de garbanzos, a mediodía garbanzos y a la noche la sopa, agradezcamos al Señor”».

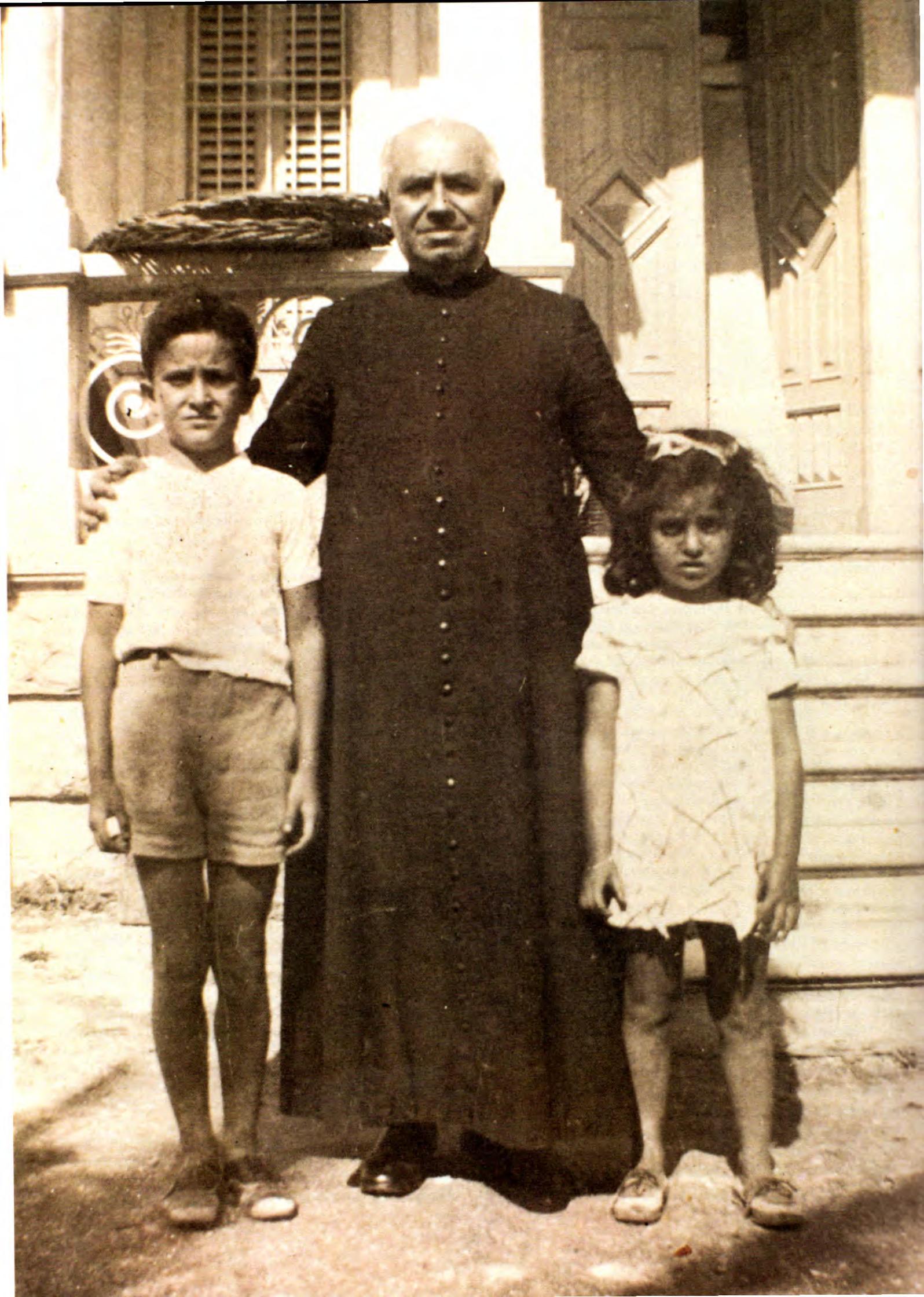
¿Es posible ser más pobre y estar más sereno?

### Necesidad de la cuestación

Durante la cuestación invernal, el 14 de febrero de 1936, desde Acquaviva delle Fonti, Don Uva manda a las Hermanas que se habían quedado en Bisceglie, una larga carta en la cual vuelve a insistir en la importancia y la necesidad de la cuestación, con especialidad en relación con las finalidades de la Congregación de las Siervas de la Divina Providencia:

«Esta no es una Congregación que se limite a la asistencia de los infelices, utilizando las donaciones de insignes benefactores y un patrimonio de una cierta consistencia, sino que se confía sólo en el auxilio de la Divina Providencia para procurar los medios necesarios para asistir y cuidar a los enfermos».

Por eso, se excluyen, en principio, los grandes legados de carácter permanente, que originan rentas ciertas y sólo se aceptan bienes y legados de carácter transitorio, que no nos comprometan a adquirir bie-



nes estables o títulos del estado sino que nos permitan mejorar y ampliar las instalaciones de la Casa; en lo que respecta al necesario sustento, se deben confiar siempre al beneplácito de la Divina Providencia.

Por eso, la cuestación es esencial.

«Hay personas infelices en las cuales las Comunas y los otros entes estatales no piensan ni pueden pensar, ya sea porque no tienen medios o porque los enfermos no pertenecen a las categorías sociales comprendidas en las leyes de asistencia, o porque hay administradores que no tienen en cuenta la ley. En todos los casos suple la cuestación».

Por otro lado, el fin de la cuestación no es exclusivamente económico sino esencialmente moral y espiritual. En el recorrer el campo y las ciudades, «se conoce el mundo en toda su miseria material y moral». Aquí, Don Uva interpela directamente a su Congregación: «Encerradas en nuestro Instituto donde poco o nada nos falta, fácilmente nos olvidaríamos del mundo del cual el Señor nos alejó por su bondad y muchas veces no tenemos claro en qué consiste el voto de pobreza. La aguda observación del Padre hecha casi medio siglo atrás, conserva intacto todo su valor en la actualidad:

«Las casas miserables, los tugurios llenos de humo, los pobres llenos de chinches y sucios, desfallecientes de hambre, los enfermos en camas sórdidas, sin medicinas, sin ropa, sin fuego, sin pan: qué triste contraste con nuestras riquezas, nuestras comodidades, a las que llamamos pobreza. Cuántas luchas, cuántos sufrimientos, cuántas lágrimas causadas por la injusticia! Y nosotros osamos confrontarlas con nuestros sufrimientos que al lado de aquellos son bagatelas y nosotros las consideramos insoportables. Salir a pedir limosna, equivale a una inyección de escalofríos, de humillaciones, de sustos. En el golpear las puertas, el corazón palpita y la sangre fluye a la cara que se convierte en brasas; y cuando se recibe la caridad, menos mal, el dolor se calma. Ante ciertas propuestas infames, ante ciertas injurias, ante ciertos insultos -algunos verdaderamente obscenos- tiembla el pobre corazón pero, -y sólo lo puede decir quien lo ha vivido en carne propia- ¡cuánta dulzura y cuánta amable felicidad!

Todo esto por mi dilecto, por mi querido Jesús. Siempre es poco lo que se hace por su amor. ¿Qué

es esto que llamamos sacrificios en comparación de aquellos que Él sufrió por amor mío?»

Estas no son páginas que escriben en frío, Don Uva está en el campo de batalla, sufre junto a las Hermanas y sufre más que ellas. Sus palabras son la sangre del alma.

«¡Qué contentos estarán nuestros niños! Las legumbres, los vestidos y toda la ropa recogidos son para Jesús, para el Amado. Cuando El se presenta a nuestras miradas flagelado en la columna, yo ofrezco mi cuerpo a los golpes para liberar a Jesús. ¡Qué dulces son esos golpes: la dulzura, la amabilidad del dolor, del sufrimiento! Es Jesús, que sube al Calvario derramando sangre que le ensucia la cara y le quita el aliento, y dirige su mirada hacia nosotros, como a la Verónica, y nosotros vamos a su encuentro y lo secamos con nuestro cándido lienzo. Qué gozo ver a Jesús consolado, y que El haya querido hacerme digno de El y tener necesidad de mí para hacerme feliz. Es Jesús que cuelga de la cruz, ardiente de fiebre y de sed, que nos mira piadosamente, nos pide de beber y nosotros tenemos agua, o la buscamos, y nos abrimos paso entre la gente y le damos de beber. El bebe dulcemente y dulcemente nos mira antes de morir, nos agradece y en medio de sus grandes dolores, nos sonrío»<sup>57</sup>.

Estamos en el corazón del Evangelio, en la página en la cual Jesús, ante la inminencia de su atroz y misteriosa Pasión, habla del momento en el cual juzgará al género humano desde su trono de gloria; y asegura que a cuantos han escuchado Su palabra y la han puesto en práctica, Él les dirá: «Venid benditos de mi Padre, recibid en premio el reino que he preparado desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era forastero y me hospedasteis, enfermo y me visitasteis, prisionero y vinisteis a mi encuentro... En verdad os digo: cada vez que hicisteis esto con uno solo de estos hermanos más pequeños, me lo habéis hecho a mí»<sup>58</sup>.

Nadie osará desmentir las palabras con las que Don Uva termina su conmovedora carta: «La cuestación es bella, es sublime, vale más que un curso de ejercicios espirituales».

## Notas al capítulo V

- <sup>1</sup> VI, 338, carta del 20 de julio de 1922.
- <sup>2</sup> En un artículo titulado *Le vittime occulte della rivoluzione italiana*, la batalladora revista de los jesuitas *La Civiltà Cattolica*, (28-1877-1, págs.435-463), promovió una recolección de fondos para socorrer a religiosas italianas caídas en la miseria. La Santa Sede, por medio de la Congregación para los Obispos y Regulares intervino en 1896 con las “Normas para observar con las Hermanas mendicantes”.
- <sup>3</sup> VIII, 1100, declaración de Don Uva a Mons. D’Oria. En un discurso de 1946 a las Siervas aspirantes, explicó que la limosna no había sido mencionada en las Constituciones de 1944 “por lo cual no estaban obligadas”, VIII, 109, pero que había sido aceptada por la tradición de las Siervas. En otras palabras, se trató de una necesidad imprevista, espontáneamente aceptada.
- <sup>4</sup> V, 44. Se refiere al célebre c. VIII de las *Floreccillas* donde San Francisco explica a fray León en qué consiste la perfecta alegría «Por encima de todas las gracias y dones del Espíritu que Cristo concede a sus amigos, está aquella por la que hemos de vencernos a nosotros mismos por el amor de Cristo y gustosamente soportar penas, injurias, oprobios y fatigas».
- <sup>5</sup> IX, 1363.
- <sup>6</sup> V, 127 y 132.
- <sup>7</sup> El texto se encuentra en VI, 368-369. Es el primer rápido relato de una cuestación, en una carta enviada a las Siervas desde Bari el 15 de julio. Los corchetes indican nuestras explicaciones.
- <sup>8</sup> Todas las localidades que se citan en esta carta están en la provincia de Bari.
- <sup>9</sup> VI, 370-373. San Severo está en la provincia de Foggia, en el Tavoliere septentrional, a 94 km. de Bisceglie.
- <sup>10</sup> Ascoli Satriano en la provincia de Foggia está a 394 m. sobre el nivel del mar, entre colinas que dominan el valle del río Carapelle.
- <sup>11</sup> La “carroza” era un servicio público con ese recorrido.
- <sup>12</sup> Este intercalar que se repite con frecuencia en los escritos de Don Uva era habitual en San José Cottolengo.
- <sup>13</sup> El paquete contenía material de propaganda, boletines, imágenes sagradas, etc..
- <sup>14</sup> Por espíritu de pobreza y porque consideraba que todo gasto que no fuese de absoluta necesidad era un robo en perjuicio de las Hermanas y de sus internados.
- <sup>15</sup> Para dar a las Hermanas una idea de la distancia se refiere a la que había entre la iglesia de San Agustín en Bisceglie y la pequeña casa de campo de su familia.
- <sup>16</sup> VI, 379-382.
- <sup>17</sup> *Guarnimenti* en italiano y en el dialecto de Bisceglie son los arneses y adornos de los caballos; aquí se refieren irónicamente al pobre vestuario y a la ropa blanca de Don Uva.
- <sup>18</sup> *Cèra* [en italiano], en el dialecto de Bisceglie *cère*, indica el aspecto de una cara enojada.
- <sup>19</sup> VI, 383-385. Gravina tenía entonces cerca de 20.000 habitantes. La ciudad estaba a 40 km. de Altamura, en el margen occidental de Murge, sobre el borde de un profundo precipicio.
- <sup>20</sup> Para Santeramo, ver nota 29.
- <sup>21</sup> Gioia del Colle, 35 km. al este de Altamura y a la misma distancia de Bari y Taranto.
- <sup>22</sup> DELL’OLIO, pág. 193, nota 17.
- <sup>23</sup> VI, 386-388.
- <sup>24</sup> Se refiere al dramático episodio evangélico de la imprevista tormenta que se desencadenó en el lago de Tiberíades y que estuvo a punto de hundir la barca donde estaba Jesús con los apóstoles, los cuales viéndose perdidos, despertaron al Maestro que dormía en la popa y le reprocharon que no le importara verlos morir. Jesús, con una orden, aplacó la tormenta y dijo a los apóstoles: «Porqué tenéis tanto miedo? ¿Aún no tenéis fe?». *Marcos*, 4, 35-40; cf. *Mateo*, 8, 23-26 y *Lucas*, 8, 22-25.
- <sup>25</sup> En la carta, Don Uva confía la niña hidrocefálica como “prenda” a las jóvenes postulantes que se preparaban para el noviciado y a formar parte de las Siervas, para que cuidaran por turnos “al angelito” que es la “bendición que envía Jesús desde la Basilicata”.
- <sup>26</sup> VI, 391-393.
- <sup>27</sup> El P. Juan Semeria, barnabita, oriundo de Liguria, orador y escritor de vasta fama, fue llamado por el General Cadorna a Udine en el verano de 1915, para ser capellán del Comando Supremo del Ejército italiano. Muy popular entre los oficiales y soldados, la noche de Navidad de 1918, entonó en la catedral de Trieste el *Te Deum* de la paz al final de la primera guerra mundial. Abrió el orfanato de Gioia del Colle en 1919. En 1921 fundó la Obra moral para el Sur de Italia con el fin de asistir a los huérfanos de guerra de Italia meridional e insular, y ocupándose también de la asistencia moral y civil de la población meridional con las actividades que el ambiente y el tiempo sugirieran. Murió en 1931 entre las huérfanas de Sparanise (prov. de Caserta). Cf. G. MESOLELLA, *P. Giovanni Semeria tra scienza e fede*, Roma, 1988, pág. 216.
- <sup>28</sup> VI, 394-395.
- <sup>29</sup> VI, 398-399. Santeramo (prov. de Bari, 13.500 habitantes) se encuentra en Murge, 19 km al este de Altamura y se levanta sobre una colina (de allí su nombre) a 503 metros sobre el nivel del mar, una parte se extiende sobre una llanura donde abundan los cereales.
- <sup>30</sup> Biade [en italiano] en plural puede indicar, no sólo los pastos para forraje sino también la mies y el trigo.
- <sup>31</sup> VI, 400-404.
- <sup>32</sup> Las Congregaciones de caridad eran órganos de asistencia y beneficiencia que actuaban en el ámbito comunal; fueron sustituidas en 1937 por los Entes Comunales de Asistencia.
- <sup>33</sup> [Traino] Carro agrícola para transporte pesado, tirado por una o dos mulas. Las ruedas, sin elásticos, no atenuaban los saltos en las accidentadas calles.
- <sup>34</sup> Se trata del Dr. José Silvestris, médico de los internados en la Casa de Bisceglie y médico personal de Don Uva.
- <sup>35</sup> Sobresaltos provocados por la irregularidad del terreno.
- <sup>36</sup> VI, 405-407. Cassano delle Murge está a 341 m. sobre el nivel del mar, sobre una colina, a 6 km. de Acquaviva delle Fonti; tiene 6.200 habitantes.
- <sup>37</sup> VI, 408-412, Sannicandro di Bari (7.200 habitantes), centro agrícola a 154 metros de altura, es un territorio fertilísimo con abundantes cosechas de granos en los años favorables.
- <sup>38</sup> Jesús dijo «A los pobres los tendréis siempre con vosotros». *Marcos*, 14, 7.



<sup>39</sup> Cf. *Marcos* 10, 28-30.

<sup>40</sup> *Juan*, 19, 28

<sup>41</sup> VI, 422-423. Bitritto es un pueblo de alrededor de 5.000 habitantes a 6 km. al oeste de Modugno.

<sup>42</sup> Grumo (11.350 habitantes) se encuentra en el territorio de Murge, 26 km al noroeste de Altamura, sobre la línea ferroviaria Bari-Taranto.

<sup>43</sup> A 5 km. al sud-oeste de Modugno, sobre la línea Bari-Gioia del Colle-Taranto. Tenía 7.100 habitantes.

<sup>44</sup> VI, 424-428. Acquaviva delle Fonti (10.400 habitantes), ciudad graciosa y floreciente centro agrícola de Murge, a unos 300 m. sobre el nivel del mar, en el centro de una cuenca arenosa dotada de una capa de agua perenne que le ha dado el nombre.

<sup>45</sup> VI, 429-432. La ciudad se levanta sobre una cornisa calcárea en la parte occidental de Murge y se asoma a la garganta profunda de una quebrada. Los famosos "Sassi", hasta el día de hoy atracción principal de Matera, son los antiguos barrios, con las casas excavadas en la piedra, caóticamente superpuestas y en las cuales, sólo la fachada es de material. En los tiempos de Don Uva, las condiciones de vida de los

habitantes de estos barrios, era desastrosa debido, entre otras cosas, a la falta de higiene.

<sup>46</sup> Es decir, 200 gramos de una horma de pan que pesaba un kilo.

<sup>47</sup> Desde hacía tiempo sufría de cólicos renales.

<sup>48</sup> En el centro de Calabria, en la prov. de Reggio, a 300 m. de altura sobre las pendientes septentrionales del Aspromonte.

<sup>49</sup> VI, 457-459.

<sup>50</sup> Carta del 12 de mayo, VI, 462-463.

<sup>51</sup> VI, 474-475.51.22

<sup>52</sup> FELSANI, 73 y ss., El autor, testigo ocular escribe en 1951 y atestigua que uno de los internados de Oppido Mamertina, ya adulto, permaneció en la Casa de la Divina Providencia como peón.

<sup>53</sup> VI, 348.

<sup>54</sup> Carta del 5 de mayo de 1930, VI, 464.

<sup>55</sup> VIII, 1098 y ss.

<sup>56</sup> V, 46-48.

<sup>57</sup> VI, 538-543.

<sup>58</sup> *Mateo*, 25, 34-36 y 40.





**Capítulo VI**  
**LA INSTRUCCION**  
**DE LAS SIERVAS**

**D**esde 1922 hasta 1927, Don Uva da a su Obra el carácter de Hospicio, es decir un ambiente de asistencia; los médicos eran voluntarios, con distintas especializaciones pero no suficientemente expertos en psiquiatría. Las Siervas se prodigaban con buena voluntad y grandes sacrificios pero sin una adecuada preparación para asistir enfermos con disturbios psíquicos.

Como ya hemos dicho, Don Uva tenía conciencia de la necesidad de dar a las Hermanas una formación específica; varias veces trató, sin éxito, de confiar esta tarea a Congregaciones que se ocupaban de obras análogas. En 1931, el Prof. Armenise, docente de Clínica Psiquiátrica, puso las bases de un Instituto Ortofrénico y preparó a un primer grupo de Siervas para la obtención del diploma de enfermeras. Un ulterior paso fue dado cuando dos Hermanas consiguieron el diploma de magisterio, que les dio la posibilidad de inscribirse en una escuela ortofrénica. En 1934, otras dos Hermanas se diplomaron en técnica comercial para encargarse de la administración y de la contabilidad. Dichas iniciativas tendían también a reducir los costos de la Obra porque, obviamente, los servicios de las Hermanas eran gratuitos: ése fue el secreto de Don Uva para asegurar la estabilidad y el desarrollo de su Obra y conservar su inspiración religiosa.

Las iniciativas de Don Uva encontraban obstáculos de todo tipo, que siempre superó con la conciencia de tener que cumplir una misión de caridad, a la cual Dios lo había llamado y lo hizo con una fe ilimitada en la Divina Providencia.

### **Angustiosas peripecias en Roma**

En una larguísima carta encontrada recientemente, Don Uva cuenta día a día y detalladamente, las peripecias afrontadas para encontrar una Escuela Ortofrénica en la cual inscribir a dos Hermanas<sup>1</sup>.

La tarde del 25 de noviembre de 1934, en compañía de la Hna. Vicenta y de la Hna. Ana, partió para Roma con la certeza de que tres días bastarían pa-

**Expansión del servicio y multiplicación de la caridad: un grupo de novicias.**

ra lo que tenía que hacer. Debía volver con urgencia a Bisceglie para resolver algunos problemas graves, relativos a la fundación de un hospital psiquiátrico en el ámbito de la Casa de la Divina Providencia.

Viajaron toda la noche en la tercera clase de un tren sin ninguna comodidad y llegaron todos doloridos a las 7,45 de la mañana siguiente. Don Uva acompañó a las Siervas al convento de las "Mantellate" y se fue al colegio Capránica donde, como siempre, fue afectuosamente recibido por el rector. A las 10 de la mañana comenzó con las averiguaciones.

La primera visita fue a la Escuela Magistral Ortofrénica, dirigida por el Prof. Montesano, su queridísimo amigo<sup>2</sup>, con quien acordó la inscripción de las Hermanas, las cuales al día siguiente empezarán las lecciones. Todo parecía ir bien pero pronto comenzaron las dificultades: fallaron dos tentativas para encontrar una casa religiosa donde alojar a las Hermanas Vicenta y Ana. A las 11,30 fue al Vicariato para obtener el permiso prescrito para que las Hermanas frecuentaran la Escuela Ortofrénica. Y aquí, escribe el Padre, «empezó el embrollo». Encontró enseguida al Secretario para las Religiosas, Mons. Mingoli, ex alumno del Capránica y amigo suyo, que le dijo «lisa y llanamente» que el Cardenal vicario dos años antes había retirado a dos Hermanas Alcantarinas de la Escuela del Prof. Montesano, porque «era materialista y poco decente». Obviamente en las lecciones se trataban algunos temas escabrosos que ofendían los castos oídos de las religiosas. Para ayudarlo de algún modo, Mons. Mingoli le sugirió que se informara en lo de las Hnas. Alcantarinas, las cuales asistían a un instituto para deficientes en Forte Ostiense sobre la vía Cristoforo Colombo. Era tarde y Don Uva volvió al Capránica: «No había previsto tantos peligros y tantas complicaciones: pensé que la cosa era fácil. No hubiera podido imaginar la odisea que estaba por empezar».

Después de almuerzo, a las 14, fue en autobús hasta la plaza de Santa María en Trastevere, al convento de las Alcantarinas que estaba allí cerca y se enteró que cuando estas religiosas se fueron de la Es-



cuela del Prof. Montesano tuvieron que resignarse a tener docentes laicas: justamente era lo que Don Uva no quería. Empezó a ver un panorama negro. La desconfortante noticia desalentó a las Siervas, pero él permaneció «firme en el propósito de hacer enteramente la voluntad de Dios con tranquilidad, aún cuando hubiera que volver a casa con las Hermanas. La voluntad del Rey<sup>3</sup> es inapelable; solo es necesario estudiar y rezar para conocerla».

Don Uva se había propuesto que las Siervas aprendieran el método de enseñanza para los sordomudos y los ciegos hospedados en la Casa de la Divina Providencia y, previendo el fracaso de la posibilidad de estudiar en la Escuela Ortofrénica, trató de encontrar una solución al menos para ese problema. Con el rector del Capránica, fue a lo de las Hermanas de la Virgen de los Dolores del Monte Calvario a pedir información; allí se enteró que la única escuela para ciegos existente en Roma ya había cerrado la inscripción. «Y así -escribe- parecía totalmente fracasado el viaje de las Hermanas a Roma. Tuve que comunicarles la noticia porque no pretendía decir mentiras ni callar aquello que con tanta ansia me preguntaban».

La esperanza de ir a la Escuela del Prof. Montesano se desdibujaba; sólo quedaba la posibilidad de

aprender, al menos, el método pedagógico para la asistencia a los disminuidos psíquicos en la Clínica Neuropsiquiátrica del Prof. Sante De Santis, que ya en 1933 se había ofrecido para preparar a un joven médico y a una Hermana de Bisceglie «a base de práctica y de instrucción verbal»<sup>4</sup>.

En la tarde del martes 27 de noviembre no encontró al profesor porque estaba ausente. A la noche recibió en el colegio Capránica al Prof. Giannuli, a quien ya había consultado en mayo de 1931<sup>5</sup> que le sugirió superar el escollo del Vicariato obteniendo del Prof. Montesano la garantía de que avisaría a las Hermanas cuando se trataran temas delicados, sin considerarlas ausentes. Al día siguiente, miércoles 28 de noviembre por la tarde, logró hablar con el Prof. De Santis, el cual recordó los encuentros precedentes, y «nos dió una lindísima lección de psiquiatría infantil»; luego desaconsejó a Don Uva el confiar las Hermanas a su Escuela porque no estaba autorizada a otorgar diplomas de magisterio ortofrénico; le propuso en cambio, que las mandara a la Universidad del Sagrado Corazón de Milán cuyo Rector, P. Agostino Gemelli dictaba un curso especial. «Y así terminaba el tercer día sin que hubiéramos concluido nada». Dispuesto a hacer lo que consideraba un último intento, mandó un telegrama a Milán. La situa-



ción se acercaba al drama; a la tarde acompañó a las Siervas a lo de las “Mantellate” y advirtió que estaban profundamente desanimadas, que llegaban a la desesperación al solo pensar que tendrían que permanecer por mucho tiempo en Milán, en un ambiente totalmente desconocido, sin protección y muy lejos de Bisceglie. Pero se hacía de noche y con el corazón encogido Don Uva volvió al Capránica.

Al día siguiente, jueves 29 de noviembre, volvió al Vicariato y le expuso a Mons. Mingoli la solución propuesta por el Prof. Giannuli, pero el amigo capraniquense no le dió ninguna esperanza; sin embargo, estaba dispuesto a hablar con el Cardenal. Mientras tanto, para cerciorarse sobre la disponibilidad en la Universidad Católica, consultó a los Frailes Menores en el Ateneo Antoniano de la Via Merulana y a los Jesuitas de la Universidad Gregoriana, pero ninguno pudo ayudarlo. «Estas largas corridas -escribióme cansaron mucho».

No obstante el cansancio y la ansiosa inquietud, por la tarde intentó distraer y alentar a las Hermanas. Las llevó a Monte Mario, al Instituto Ortofrénico del Manicomio Provincial de Santa María de la Piedad, que visitaron bajo la guía del hijo del Prof. De Santis. Es oportuno señalar aquí con qué deferencia ilustres médicos se pusieron a su entera disposición, lo cual demuestra la profunda estima que tenían por Don Uva y por su Obra, concebida y desarrollada en el respeto de la ciencia médica y de las reales necesidades de sus enfermos, y conjugada con una caridad que no sólo era activa sino también lúcida y fraterna. Las Hermanas salieron reanimadas de la visita al Instituto en Monte Mario; Don Uva, en cambio, al llegar al Capránica tembló porque encontró un telegrama de la Universidad Católica en el que se le informaba la suspensión para ese año académico del curso que hubieran podido seguir las Siervas. Se vio perdido: «Sentía que se me movía el piso y pensaba: ¿qué quiere el Señor? y le imploré que me hiciera conocer claramente Su voluntad, que estaba dispuesto a seguirla a toda costa. Pero no sabía, en ese momento, decidir nada. *Deo gratias*. Así se concluía el

cuarto día». El viernes 30 de noviembre, por la mañana en el Vicariato fui informado por Mons. Mingoli que el Cardenal mantenía su posición.

Igualmente firme en su decisión de no darse por vencido, Don Uva pensó en la posibilidad de ir a Florencia a ver al Prof. Modigliani, director del Instituto Ortofrénico local. A éste, en 1930 le había pedido un curso acelerado de tres meses para las Hermanas pero a pesar de la buena voluntad, no lo había podido complacer<sup>6</sup>. Don Uva estaba perplejo porque temía que se presentaran las mismas dificultades que interpuso el Vicariato de Roma.

Por la tarde, encontró a las Hermanas al límite del colapso y decidió volver a Monte Mario para ver si era posible que las admitieran en los cursos del Instituto Ortofrénico para que pudieran, por lo menos, obtener el diploma del método. En ausencia del Prof. De Santis fue cordialmente recibido por una Hermana que consideró que la cosa era posible, pero la Superiora observó que el Prof. De Santis no podría decidir sin el permiso del Príncipe Colonna, Presidente de la Provincia, favor que se podía obtener con la ayuda de «amigos influyentes». Don Uva recordó que había conocido al Prefecto de Roma, Ernesto Perez cuando era Prefecto de Bari al cual le pediría que le presentara al Príncipe Colonna. «Y así, entre desilusiones y nuevas esperanzas, pasaban los días sin poder resolver nada y, lo que es peor, sin conocer cuál era la voluntad divina».

Como de costumbre, acompañó a las Hermanas a su alojamamiento y cuando estaba por despedirse, la Hna. Ana le pidió que se quedara un poco más:

«Me pareció que estaba más afligida que de costumbre y también la Hna. Vicenta estaba caída; traté de consolarlas, pero la Hna. Ana empezó a sollozar, tenía muchas ganas de llorar. Me violenté porque también yo tenía necesidad de desahogarme y de llorar como un niño. Tuve vergüenza de mí mismo. Lo sobrenatural no destruye lo natural sino que lo transforma ennobleciéndolo. ¡Pobres hijas! Por primera vez están lejos de casa, muy lejos, quedé consternado y lloré...Me quedé un rato largo hasta que se serenaron, las bendije y



Zapatos con suelas nuevas y cocidos a mano.

volví a casa [al Capránica]. Sentí todo el peso de las dificultades, la nostalgia por las hijas lejanas y posiblemente también ellas en graves dificultades. Alcé la vista al cielo y pensé: ¡cuánto cuesta el bien, cuánto cuesta el conformar a los demás!»

También él tuvo necesidad de ser consolado y alentado por el rector del Colegio. Hemos dedicado un amplio espacio a esta carta hasta ahora desconocida y única en su género, la más dramática y conmovedora de su epistolario.

Don Uva llora y confiesa su frustración y su temor, pero al mismo tiempo no se rinde con la esperanza de conocer la voluntad de Dios en el sucederse de los acontecimientos y en el disponerse a acatarla serenamente cuando ésta se manifieste. El sábado por la mañana, encontró a las Siervas menos afligidas y se dirigió al palacio de la Provincia para hablar con el Prefecto Perez con la certeza de que lo ayudaría. Pero su viejo amigo estaría fuera de Roma hasta el 10 de diciembre por lo cual decidió ir esa misma tarde a Florencia. Después del almuerzo, Don Mauro Mastropasqua fue a visitarlo al Capránica y mientras estaba con él, un alumno del colegio le avisó que el Padre espiritual, el jesuita P. Villa, quería hablar con él. Inmediatamente se dirigió a la Casa Provincial de la Compañía de Jesús en la calle Astalli, no muy lejos de la plaza Capránica. El P. Villa supo que Don Uva había fundado un Hospital Psiquiátrico en Bisceglie y le pidió que recibiera a un jesuita, enfermo mental, que estaba en el manicomio de Perugia. En la conversación estaban presentes otros jesuitas.

Cuando se quedaron solos el P. Villa le preguntó qué había decidido hacer con las Hermanas. El Padre le contó sus intentos frustrados, incluido el último: la ausencia del Prefecto de Roma que le habría presentado al Presidente de la Provincia. El P. Villa quiso saber por qué debía encontrarlo y le dijo sonriendo que el Príncipe Pedro Colonna era amigo de los Jesuitas y que le daría todo lo que necesitara. Finalmente se hacía una luz, y no obstante su cansancio Don Uva, como con alas en los pies, va corrien-

do al Capránica a buscar el formulario preparado para la admisión de las Hermanas en la Escuela Ortofrénica del Manicomio de Monte Mario. Se dirige a la Curia general de los Jesuitas en la calle Santo Spirito, al lado de San Pedro, adonde el P. Villa lo había mandado para que le dieran una carta de presentación para el Príncipe Colonna. Fue recibido por el P. Castellucci quien iba a encontrar al Príncipe la semana siguiente. Un nuevo inconveniente; Don Uva le hizo presente su necesidad de volver enseguida a Bisceglie y tuvo vergüenza de confesarle el motivo: no tenía ropa blanca para cambiarse y las medias ya no estaban en condiciones de ser usadas.

El P. Castellucci le dio inmediatamente una tarjeta de presentación para el Príncipe Colonna. Don Uva se precipitó al Palacio de la Provincia, y luego de subir con gran esfuerzo seis rampas de una escalera, un ordenanza le dice que había recibido órdenes estrictas de no permitir el ingreso de las visitas durante las horas de la tarde. Don Uva anota: «¡*Deo gratias!* Y concluye el sexto día».

El día siguiente, 2 de diciembre, primer domingo de Adviento junto con las Hermanas lo dedico a visitar la basílica de Santa María Mayor en el Esquilino y la cercana basílica de Santa Práxedes; después fueron a la basílica de Santa Cruz en Jerusalén para venerar las reliquias de la Pasión de Cristo y luego a la basílica de San Juan de Letrán. Don Mauro Mastropasqua los invitó a almorzar en el Hospicio San Giuseppe que visitaron atentamente y aprendieron nuevos métodos para asistir a enfermos incontinentes por disturbios nerviosos. De allí fueron a la Casa general de las Hermanas Trinitarias para encontrar a la Hna. Inés que había estado en Bisceglie por algunos meses. El día termina con el retorno a la casa de las "Mantellate". En el Capránica, Don Uva escribió la crónica y terminó cerca de la medianoche: «siento frío y después de una breve oración, me voy a la cama que también está muy fría. *Deo gratias*».

Finalmente, en la mañana del lunes 3 de diciembre fue recibido por el Príncipe Colonna el cual, después de conocer el motivo de la visita lo animó e in-



Ejercitación práctica: el mercado.

mediatamente, llamó a su secretario para que comunicase al Intendente del Manicomio Provincial la orden de conformar en todo a Don Uva y de conceder a las Hermanas el permiso de alojarse en la casa de las religiosas que asisten el Manicomio de Monte Mario. Don Uva, que por primera vez experimenta el poder de la recomendación, considera oportuno ir al Instituto de Arqueología Cristiana -al lado de Santa María Mayor- para encontrar a Mons. Belvederi, superior de las Hermanas del manicomio. Mons. Belvederi, ex alumno del Capránica, lo reconoció enseguida, lo acogió cordialmente y le dio una carta en la cual recomendaba a la Superiora de Monte Mario asignar a las Siervas de Don Uva un cuarto en el alojamiento de las religiosas. A las 11,45 Don Pascual estaba en Monte Mario, seguro de que concluiría muy bien su dramática estadía en Roma, pero la odisea aún no había terminado. El Intendente del manicomio, al que debía entregar la carta del Príncipe Colonna, no estaba en su oficina:

«Me recibe la superiora, o mejor dicho, la inspectora, la Hna. Ambrosina. Severamente y con pocas palabras, me despide: “No tengo cuartos, podrá buscar alojamiento en alguna casa religiosa vecina”. Está nublado y empieza a llover. Le pido un paraguas y no me lo da; salgo del Manicomio y empiezo la recorrida. Primero, a lo de las Maestras Pías, a unos mil metros de distancia; entro en la casa, doy vueltas, toco timbres pero no encuentro a nadie. Después de media hora de buscar en vano, me voy a tomar el tranvía. Lluve, me mojo la sotana. Empiezo a sentirme cansado y transpirado. Finalmente, encuentro otra Casa, es de las “Cannossianas”; hablan en francés, no me entienden, yo tampoco a ellas. Finalmente, logro hacerles entender cuál es el motivo de mi visita y una me contesta, en italiano-francés, que lo que les pido no está permitido por sus Constituciones. No estaba harto, tampoco humillado, pero sí muy cansado, helado, oprimido; en este estado, bajo la lluvia, sigo bajando y a dos kilómetros de distancia me dicen que está la casa de las Hermanas de la Divina Providencia de María Inmaculada. Después de recorrer un largo camino, encontré a dos Hermanas que

me dijeron que debían escribir a la Madre Provincial o a la General, que está en Nápoles».

Quien sabe si Don Uva conocía un modo de decir napolitano con el que llaman “Pasquale passaguai” a un pobre desgraciado al que todo le sale mal, y era justamente su caso. Pero nos espera una sorpresa. Mojado y transpirado, Don Uva toma el tranvía y llega al Manicomio para hablar, por lo menos, con el Intendente y en el último acto del drama, encuentra la escena cambiada:

«En la entrada, el portero me dice que la inspectora me espera en la dirección. Voy y me recibe con una dulce sonrisa, me llena de atenciones y me acompaña a donde está el Intendente. Este me recibe cordialmente, se establece en 5,50 liras diarias el precio de la comida de cada Hermana<sup>7</sup>. Me pide que le cuente la historia de nuestras obras. Nos hacemos amigos, la inspectora me invita a almorzar y cuando le digo que no puedo, me insiste y me obliga a quedarme. Mientras me prepara el almuerzo me quedo a rezar en la capilla. Viene a buscarme y me dice: “Santo padre, asistiré maternalmente a sus hijas, pero usted me debe prometer que rezará mucho por mí, lo necesito realmente”. Le prometí recordarla en la santa Misa, me agradece y no me deja ir».

Efectivamente, lo asistió durante el almuerzo, luego lo llevó a visitar la cocina, la despensa, la carnicería para los 350 lechones criados en el Manicomio, el frigorífico, la panadería y el horno. Finalmente, lo acompañó hasta la puerta y le ofreció el paraguas que antes le había negado, porque seguía lloviendo. Más tarde Don Uva pudo ver a las Siervas que estaban en ascuas, y después de una hora volvió al Capránica. Al día siguiente deberá superar el último obstáculo: encontrar un alojamiento para las Hermanas, más cerca de la Escuela y postergar una vez más el regreso a Bisceglie.

Al pensar en todos los asuntos urgentes que lo esperan, se pregunta: «¿Por qué todos estos contratiempos? ¿por qué estas dificultades, estas luchas?»



Encuadernación de libros.

¿Qué quiere el Señor? No lo sé, pero hago en todo Su voluntad». La crónica del martes 4 de diciembre, comienza con otros interrogantes: «¿Qué nos espera hoy? ¿Qué quiere hoy de mí el Señor? *Deo gratias*». La primera gestión resultará una nueva desilusión: contaba mucho con la ayuda de un ilustre ciudadano de Bisceglie, Mons. Nicolás Giannattasio<sup>8</sup>, en ese entonces, canónigo de la basílica de San Juan de Letrán, pero se encontraba fuera de Roma. En cambio, la segunda gestión del día fue un verdadero éxito: con la ayuda de Don Mauro Mastropasqua, encontró un cuarto en la casa de las Hermanas de San José, religiosas que usaban hábito secular, llamadas en Roma las “Jesuitinas” por la fama de su espiritualidad. La Superiora, «una viejita alegre y contenta que inspiraba confianza» le demostró plena disponibilidad para acoger a las Siervas asignándoles un cuarto con dos camas. En cuanto a la mensualidad, la superiora quiso que fuera el Padre quien la estableciera hasta que se dio por vencida y dijo «Padre, si le parece y puede me dará 10 liras al día» Esta vez, Don Uva, dice dos buenos *Deo gratias*: «He aquí lo que quería el Señor; habitación cómoda, ventilada, sin religiosas con otro espíritu [distinto del de las Siervas a quienes quería santas], con una clínica y una escuela de enfermería de grado superior». Don Uva comenta:

«Un amigo me dijo: una persona experta en Roma no hubiera ubicado mejor a las Hermanas, ni por la escuela, ni por el alojamiento, ni por el precio. *Deo gratias*. Yo no sé nada, he hecho hacer todo a Dios. Cuando salía a recorrer me decía: “Señor, son tus esposas, y lo hacen todo por Tí, ocúpate Tú; guíame y cuando me equivoco hazme cerrar las puertas: una humillación más no arruinará el resultado...” Qué lindo es hacerse guiar por el Señor, sin ideas propias, dispuestos a todo para caminar por los caminos de Dios. A quien no haga la voluntad del Señor, los frutos le darán la respuesta».

El 6 de diciembre, un jueves, Don Uva retorna finalmente a Bisceglie con el corazón hinchado de alegría.

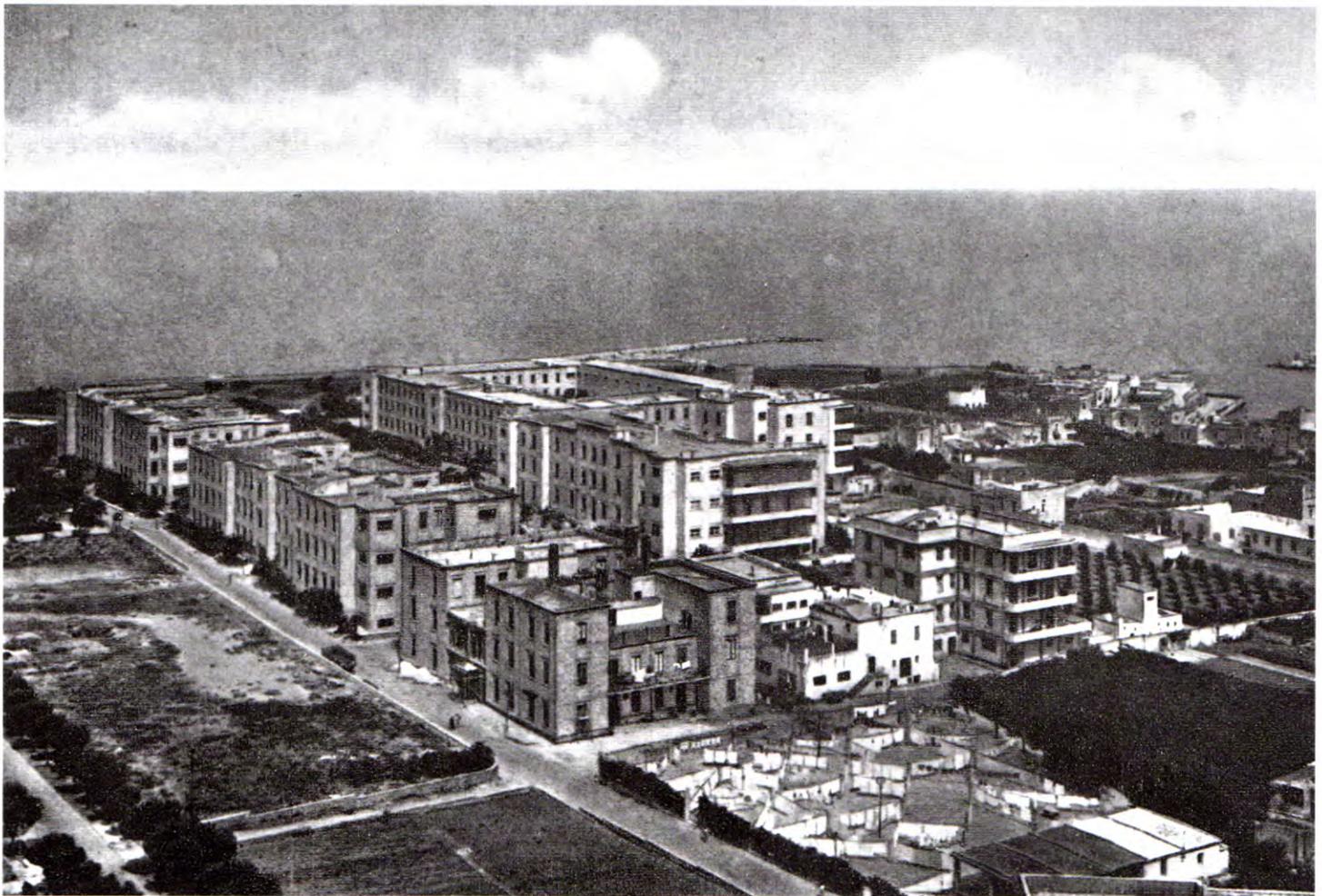
En las cartas enviadas a las Siervas que se que-

daron en Roma, se manifiesta la diligencia paterna de Don Uva que raramente pudo verlas personalmente. Al enviar un cheque para sus gastos les dice: «La Providencia divina piensa en todo, también en ustedes, dos pequeñas hormiguitas perdidas en el mundo»<sup>9</sup> «Cualquier cosa que necesiten, recuerden que aquí está el administrador que Dios les dió»<sup>10</sup>.

Al comenzar los cursos de estudio espera que las Hermanas se hayan ambientado en Roma pero no hasta el punto de no querer dejarla. Piensen más bien en volver a Bisceglie «ricas en virtud y ciencia» para su ministerio<sup>11</sup>. Al final del año académico las exhorta a ser agradecidas con las Hermanas del Manicomio y con la directora de la Escuela invitándolas a pasar un período de vacaciones en Bisceglie. Como signo de gratitud, les ofrece recibir en la Casa de la Divina Providencia a unos cincuenta enfermos de Santa María de la Piedad<sup>12</sup>.

Preocupado porque las Siervas estudiantes no perdieran el espíritu religioso, en la última carta les informa que retiró de los estudios para el diploma de magisterio a dos Hermanas de Bisceglie: «Ustedes saben que según la concepción cristiana todo debe concurrir a la gloria de Dios; en el caso del estudio, dando una mayor comprensión de las cosas y por lo tanto de su Autor; debe servir, esencialmente, a perfeccionar las personas y a hacer crecer el amor a Dios». Esto no ocurría en las dos estudiantes sino que más bien se verificaba lo contrario, por lo cual, para no ser cómplice, sintió el deber de hacerles interrumpir los estudios renunciando así a dos nuevas maestras<sup>13</sup>. En septiembre de 1951, el Consejo General de la Congregación de las Siervas, decide formar médicas propias. A las primeras Hermanas elegidas para ello, Don Uva les dice:

«Por obediencia asumen la obligación de alcanzar este ideal, las separan del nido materno para que puedan acceder a la sede de los estudios. Es un privilegio y una responsabilidad. Mientras ustedes, en una vida menos incómoda, siguen su camino, sus Hermanas, con trabajo muy cansador, diurno y nocturno, ganan el dinero para pagar los gastos



necesarios. Deben sentir mucha gratitud hacia sus Hermanas, que se sacrifican para poder alcanzar el ideal sublime de dotar a la Congregación de médicas, que harán posible la obtención de los fines sanitarios y espirituales que les son propios»<sup>14</sup>.

Una sola de las Siervas logró el objetivo, la Hna. Mauricia Tramontana que, habiendo entrado en la Congregación con la licencia elemental, estudió y

consiguió el título en Farmacia, en Medicina y Cirugía y se especializó en Neuropsiquiatría. Ejerció su profesión-misión en el Hospital de Guidonia en 1968 y desde 1975 en el de Bisceglie.

Por razones independientes a su voluntad, Don Uva debió renunciar a su ideal: se trataba de una ocasión más para hacer la voluntad de Dios, que ocupaba siempre el primer lugar en sus pensamientos.

## Notas al capítulo VI

- <sup>1</sup> XV, 8-25. La carta, con fecha 4 de diciembre de 1934, está dirigida a la Hna. Clara de Lecce que se ocupaba de la administración de la Casa.
- <sup>2</sup> Había hecho un primer contacto con el Prof. Montesano a principios de julio de 1930, VI, 479.
- <sup>3</sup> El Rey es Dios, este atributo divino, insólito en los escritos de Don Uva, se debe, quizás, a una reminiscencia bíblica de *Ester* 3,3, que él convierte en proverbio.
- <sup>4</sup> FELSANI II, 83.
- <sup>5</sup> FELSANI II, 79 y ss.
- <sup>6</sup> La respuesta del Prof. Modigliani, con fecha 7 de julio de 1930, se encuentra en FELSANI II, 85.
- <sup>7</sup> Las alumnas del Instituto Ortofrénico comían en la sede de la escuela.
- <sup>8</sup> Mons. Giannattasio tenía en común con Don Uva, la esti-

ma y admiración por Mons. Donato Dell'Olio que había sido su rector en el seminario de Bisceglie y a quien, en 1893, ordenado sacerdote, sigue a Benevento cuando Mons. Dell'Olio es nombrado arzobispo. En 1908, a los 37 años de edad, Mons. Giannattasio es consagrado obispo de Nardo: en 1926 fue designado arzobispo titular y llamado a Roma. Cf. DELL'OLIO, 409 y ss., nota 4.

- <sup>9</sup> VI, 527.
- <sup>10</sup> VI, 520. En la misma carta les aconseja que recurran al rector del Capránica en el caso de que tuvieran dificultades con el Vicariato.
- <sup>11</sup> VI, 513.
- <sup>12</sup> VI, 524, cf. 526.
- <sup>13</sup> VI, 533. Las dos Hermanas se habían peleado, V, 93 y ss..
- <sup>14</sup> IX, 1316.



Las artífices humildes y heroicas: un grupo de Siervas de la Divina Providencia. A la derecha de Don Uva (respecto de quien mira), la Hna. Pía (Josefina Monopoli) una de las primeras ocho Fundadoras y actual Madre General.

Don Uva y las Siervas del Hospital de Foggia.







## Capítulo VII

### LA RECUPERACION DE LOS ENFERMOS



**L**os fines del Instituto Ortofrénico están explicados en un número sin fecha del "Eco della Carità" -el boletín que de vez en cuando publicaba la Casa de la Divina Providencia- que pertenece, ciertamente, a los primeros años de la Obra. Allí se mencionan también las distintas categorías de enfermos asistidos y cuidados en el Instituto. En primer lugar:

«la internación y asistencia de los deficientes propiamente dichos, afectados por una disgregación físico-psicológica, los cuales, debido a la ausencia absoluta de raciocinio y de juicio no son capaces de recibir ninguna educación».

Luego está prevista:

«La educación de los deficientes impropriadamente dichos (anormales, psíquicamente débiles o con retrasos) que son susceptibles de una mínima mejoría y desarrollo de actividades psico-físicas». Sigue «la internación y la atención, en cuanto es posible, de los deficientes físicos (epilépticos, paralíticos, lisiados y deformes). El área de internación requiere solamente asistencia y vigilancia, ya que todo procede regularmente en la vida casi completamente fisiológica ya que no hay esperanza de recuperación de la vida intelectual y psíquica de los enfermos; de todos modos se hace todo lo que se puede. La actividad del Instituto se concentra sobre todo en el área de los anormales psíquicos, en la individuación y corrección de los defectos, en la búsqueda de las fuentes de las fuerzas psico-físicas para aumentar su rendimiento. Una asistencia prudente y vigilante hace posible el combatir la malicia y la ignorancia, la corrección de los vicios del carácter y los defectos orgánicos; se corrigen también los defectos de pronunciación, de morderse las uñas, de chuparse el dedo y los labios, los estallidos de risa, los arrebatos nerviosos, los sustos sin motivo, el miedo a ciertos objetos o personas. Se los habitúa a la convivencia social, a desenvolverse en los asuntos más sencillos, a tener relaciones convenientes. Se busca ayudar al desarrollo fisiológico, psicológico e intelectual de los pacientes con diversos tipos de recreaciones, paseos en el jardín contiguo, enseñanzas oportunas; con una alimentación sencilla pero sustanciosa, distribuida en tres comidas y con suficiente reposo para impedir el cansancio físico y cerebral».

Al final del artículo, Don Uva dice que ya funcionan tres clases elementales para los paralíticos, las cuales gradualmente serán preparados para los oficios de sastres y zapateros y se espera instituir otros trabajos manuales, como la elaboración de canastos, sillas de paja y persianas de junco.

El programa de enseñanza se desarrolló gradualmente. Además de las cinco clases elementales para paralíticos, en 1936, cuando volvieron las dos primeras Siervas con la habilitación para enseñar en las escuelas ortofrénicas, se instituyeron los cursos elementales diferenciados para disminuidos mentales. Estos frecuentaban cada una de las cinco clases por dos años una hora y media o dos al día y luego eran transferidos a otras aulas bajo el cuidado de las Hermanas asistentes. Hasta 1951, la escuela ortofrénica tuvo, en total, 313 alumnos, 190 varones y 123 mujeres<sup>1</sup>. Naturalmente, aumentó también el número de Hermanas especializadas.

## La asistencia

En 1937 el Prof. Armenise, primer Director del Instituto Ortofrénico, en el informe médico presentado con motivo del XV aniversario de la fundación de la Casa de la Divina Providencia, ilustra la obra de los médicos: en 17 repartos se alojaban y eran asistidos más de 650 frenopáticos, débiles, falsos anormales, inestables y epilépticos.

«La asistencia y el cuidado de los epilépticos absorbe gran parte de nuestra actividad y exige una asistencia más rigurosa y diligente. Hay más de 150 convulsivos, número relevante ya que se trata de enfermos que, aún cuando no puedan recibir el beneficio de una curación total o parcial, necesitan siempre un lugar adecuado donde permanecer y una asistencia técnica para vigilar los peligros inherentes de esa enfermedad y sus peculiares características, que impresionan al público profano y sobre las cuales se hacen interpretaciones más o menos fantasiosas y condicionadas por prejuicios. En fin, merecen una asistencia y un cuidado particular los enfermos post-encefalíticos y los que padecen miopatías<sup>2</sup> o anomalías en los sentidos»<sup>3</sup>.



El numeroso personal de asistencia estaba constituido en su totalidad por las Hermanas, guiadas por 20 de ellas que eran enfermeras diplomadas. En 1944 eran 200, sin contar las novicias y las postulantes:

«Son ellas -escribía Don Uva- quienes con el sacrificio y la fecundidad de su inmolación virginal, han creado esta gran Obra con inmensa fe y amor. Son ellas quienes la mantienen y la hacen crecer con el trabajo constante y desinteresado en las privaciones y las penitencias de su vocación religiosa. Son ellas las asistentes y las guardarropas, las cocineras y las enfermeras, las costureras y las bordadoras, las contadoras y las cajeras, las maestras diplomadas de la escuela ortofrénica; son ellas que, en el silencio y en la oración transforman una casa de dolor en casa de paz y sobre todas las miserias humanas extienden las benéficas y providentes manos paternas de la Divina Providencia»<sup>4</sup>.

Naturalmente, Don Uva no dice que el motor de todo y de todos era él mismo y que sobre sus espaldas pesaban tremendas responsabilidades.

Desde los comienzos de su Obra, Don Uva quería preparar para el trabajo a los internados que tenían alguna capacidad. En el citado informe médico del Prof. Armenise se lee:

«Con la búsqueda y la valorización de las capacidades residuales, aunque limitadas, de nuestros enfermos cuidamos el adiestramiento al trabajo intelectual y manual y de la reeducación de los anormales: el trabajo educativo<sup>5</sup> lo consideramos una conquista de alto valor asistencial, que revela y estimula aptitudes, que combate el decaimiento psíquico, que puede dar al enfermo el sentido benéfico y útil de lo que es capaz de hacer, de una posible independencia, que puede facilitar una cierta emancipación en la etapa indecisa de la adolescencia o que favorecen las transformaciones de la per-

sonalidad durante la juventud, da la posibilidad de adquirir una cierta capacidad de conceptualización»<sup>6</sup>.

En una relación sintética sobre el trabajo realizado en el Instituto Ortofrénico y sobre los programas desarrollados en 11 años, desde 1922 hasta 1933, el Prof. Armenise presenta algunos datos: los internados destinados a diversos trabajos eran 72, entre las internadas: 15 desenrollaban madejas en la devanadora, 8 tejedoras trabajaban en los telares haciendo telas para sábanas, pañuelos, cotí para colchones, género para batones, delantales, etc.. En dos sastrerías, bajo la guía de dos Hermanas, trabajaban 8 muchachos y 8 chicas, paralíticos o frenopáticos leves. En la lavandería estaban ocupados 10 internados y otras 3 eran bordadoras. Un campo de algunas hectáreas de terreno daba trabajo a 10 deficientes leves o de medio grado que cultivaban huertas, cereales, frutales y cítricos. Además, había 2 empajadores, 3 junquistas, 2 pintores y 1 cadete. Un joven parapléjico a causa de una poliomiélitis, tocaba el órgano en la Capilla del Instituto<sup>7</sup>.

### La educación al trabajo

Don Uva podía considerarse un experto en el trabajo del campo por tradición familiar y podemos imaginarlo aconsejando paciente y afectuosamente a sus queridos internados.

En 1944, cerca de 200 enfermos de las secciones ortofrénicas, después del desayuno, a las 9,30, salían en distintas direcciones, cada uno al propio trabajo. Los telares habían llegado a ser 10; en un laboratorio, las enfermas preparaban y remendaban centenares de medias, la clase de bordado confeccionaban manteles



para altar, albas y roquetes para sacerdotes; había también un joven gravemente paralizado que arreglaba relojes a la perfección y otro que reparaba lapiceras, ambos autodidactas. Algunos ayudaban en la carpintería y en el taller mecánico haciendo pequeños trabajos, otros encuadernaban libros y embalsamaban pájaros, gallinas y hasta una oveja; en el campo trabajaban 30 internos<sup>8</sup>.

En 1951, la superficie de tierra cultivada se redujo a 8 hectáreas porque el resto fue poco a poco ocupada por las imponentes construcciones hospitalarias. Ese año se produjeron 30 quintales de cereales, 60 de uva, varios quintales de almendras, aceitunas, tomates, berenjenas, pimientos, papas, repollos y otros frutos, todos destinados a la alimentación de los pacientes. Cada establo tenía un promedio de 10 vacas y 1 toro; la producción mensual media de leche era de 1.800 litros; las vacas eran sustituidas cada dos años y la producción de carne oscilaba entre los 10 y 16 quintales anuales. En el chiquero se criaban entre 60 y 100 cerdos cuya producción anual de carne llegaba a los 50 quintales. El gallinero tenía entre 50 y 105 gallinas que cada año daban de 10.000 a 12.000 huevos, y 25 o 30 gallos; había también un criadero de conejos y de gansos. El horno a vapor, con personal dirigido por las Hermanas, confeccionaba 2.737.500 raciones de pan por año; la cocina, muy bien equipada, preparaba en un año 2.100.000 raciones individuales entre sopas, segundos platos y contornos. Durante unos 20 años, Don Uva contrató a un cocinero profesional para que entrenara a las Hermanas encargadas de la cocina y las chicas que eran acogidas en la Congregación como postulantes.

Desde la creación del Instituto hasta 1951, los telares produjeron 29.640 metros de tela para camisas, 19.735 metros de tela para sábanas y fundas, 14.325 metros de tela para vestidos y 6.075 colchones; en la sastrería se hicieron 2.500 vestidos de mujer y 2.000 de hombre, 3.500 remiendos de ropa de hombre y 4.200 de ropa de mujer. Los zapateros confeccionaron 2.500 pares de zapatos de hombre y 3.500 de mujer, 4.500 arreglos de zapatos de hombre y 5.800 de mujer. En el taller de encuadernación se encuaderna-

ron en total 2.100 volúmenes y un número no calculado de formularios, carpetas clínicas, etc.. En otros talleres fueron confeccionados 2.000 canastas de diverso tipo, más de 4.000 escobas, 320 persianas con varillas, 1.050 cepillos y más de 400 fundas de paja para damajuanas y botellones.

La tipografía-escuela "Casa de la Divina Providencia" de la cual no hemos encontrado la fecha en que comenzó su actividad, sólo en 1951 compuso 500 páginas para el volumen de "Annali" científicos redactado por los médicos de los diversos Institutos que poco a poco fue fundando Don Uva y para dos volúmenes del Dr. Jacinto Felsani que los lectores han visto citado con frecuencia. Además, fueron impresos varios miles de formularios y carpetas clínicas para uso interno de los Institutos, registros, carteles, etc.<sup>9</sup>.

Hemos recogido estos datos dispersos e incompletos para dar una idea del secreto de Don Uva, que explica sus grandiosas realizaciones y la rápida fortuna de su Obra e hizo posible su progresiva ampliación: el trabajo silencioso y productivo de las Hermanas, el trabajo educativo y muchas veces reeducativo de los pacientes, instruidos, guiados y asistidos por expertos externos en los diversos campos.

### La misión de las Siervas

Para la internación, el cuidado y la asistencia de los disminuídos físicos y psíquicos, no existía la contribución financiera obligatoria por parte de las administraciones civiles y por eso, fue determinante el trabajo voluntario, escrupuloso y a veces heroico de las Hermanas inspirado en las más altas virtudes cristianas. Ellas cubrían cargos y ocupaciones que, de otra manera, hubiera requerido la contratación de personal externo con su correspondiente retribución; el trabajo de los pacientes, no era concebido como una vulgar explotación, sino en algo útil y necesario que luego retornaba a ellos un incalculable beneficio. Toda la actividad que hacían hacer a los anormales psíquicos y a los niños enfermos que podían ser corregidos y que un psiquiatra juzgaría «una maravillosa a-



El arte como terapia y como liberación: escuela masculina de canto y de violín.

La banda musical del Instituto.



Escuela femenina de violín.

firmación de sentimientos humanitarios y de las actuales tendencias de la psiquiatría infantil, para nosotros -escribía Don Uva- se trata de algo más bello y más santo: son las invenciones afectuosas y geniales de la caridad cristiana»<sup>10</sup>.

Para convencerse de que ésta es la pura verdad, baste pensar en los inconvenientes y en los abusos constatados en ciertos centros que tienen como único fin el lucro, y a veces una perversa especulación. Muchos pacientes de Don Uva preferían no ser dados de alta; en 1951, los pacientes que se quedaron en el Instituto fueron 60, 20 varones y 40 mujeres; permanecieron en calidad de empleados normales porque no querían volver a la familia a causa de los problemas económicos o morales. La Casa de la Divina Providencia era para ellos su ciudad, su familia, un refugio seguro, certeza en el porvenir, oasis de paz.

### La educación religiosa de los internados

El ideal de Don Uva no se limitaba a proporcionar una asistencia científica y técnicamente eficiente; en efecto, él decía que el fin de la Casa de la Divina Providencia:

«No es solamente el acoger entre los muros tranquilos a aquellos hermanos nuestros que sufren tan variadas miserias para sanarlos o, al menos, para aliviarlos y sustraerlos de los escarnios de la calle y de la estrechez del ambiente familiar; sino también y sobre todo, transformar esos dolores y esas miserias en un canto de resignación y de alabanza a Dios y convertirlos en fuente de mérito para los mismos enfermos y la sociedad toda. Entre los deficientes hay muchos que están en condiciones de hacer alguna o muchas cosas y aún cuando están afectados en su cuerpo, pueden hacer mucho. Más aún, entre ellos algunos tienen una inteligencia despierta y una rica sensibilidad y bajo la acción de Dios, pueden dar maravillosos frutos. No es verdad que todos estos desgraciados sean incapaces de alguna actividad espiritual, que son completamente pasivos, que son un peso muerto para la sociedad y que la asistencia religiosa que se les presta es i-

nútil y podría estar dirigida a otros ambientes necesitados de apostolado sacerdotal con algún provecho que aquí no puede verificarse. Esas almas también deben ser salvadas, deben vencer tentaciones y peligros, tristezas y desconsuelos y para todo ello encontramos en el corazón y en la obra sacerdotal la ayuda y el consuelo, la gracia y los medios para sufrir y santificarse. Lo repetimos, y nuestras palabras adquieren el valor de un principio incontrovertible que confirman la historia y la experiencia cotidiana: sin la religión, sin la fe en Dios, sin la práctica cristiana, no se puede educar a la persona o a la sociedad, no se pueden asistir y aliviar las miserias humanas. Para tantos de nuestros enfermos inteligentes, a los cuales la vida nada ha dado y nada puede dar que no sea sufrimiento y disgusto, sólo las palabras de fe y de confianza en Dios, una buena Confesión y Comuni3n, una bella ceremonia litúrgica abren el alma al consuelo y los ojos a la alegría: sólo la visi3n del bien al que están llamados a cumplir con su dolor dispone el alma a la resignaci3n y a la paz»<sup>11</sup>.

Esta declaraci3n de principios no es una reflexi3n te3rica de Don Uva, sino el fruto de su experiencia cotidiana, de su inteligente y amorosa comprensi3n del estado en que se encuentran millares de enfermos, de su sufrido apostolado, de cuya eficacia podemos citar un testimonio directo. A la Casa de la Divina Providencia llegaban visitas de todo tipo. Un d3a, un grupo de visitantes guiados por un m3dico, rode3 a un internado: un hombre sin brazos y sin piernas. «Cuando se qued3 solo me acerqué. Quería consolarlo pues pensé que estar3 afligido al notar la perfecci3n del cuerpo de los otros o porque hab3a sido objeto de curiosidad. Le pregunté: “Salvador, ¿te disgustaste?”. Me contestó: “No”. Pensé que podr3an apreciar más la propia salud y ser así más gratos a Dios»<sup>12</sup>.

La base de la educaci3n religiosa de los enfermos era la instrucci3n catequística que se impart3a semanalmente para hacerles conocer las grandes verdades de la fe que ilumina la vida, los deberes que la rigen y los medios que la sostienen y la santifican. Las fuentes de la gracia divina son los sacramentos, un gran número de enfermos adquirió la costumbre de la con-



Un de las clases ortofrénicas a cargo de las Hermanas Maestras.

fesión semanal y de la comunión frecuente. Todos podían asistir a la celebración cotidiana de la Misa, alegrada por sus cantos, especialmente en las ocasiones solemnes. Las Hermanas y los sacerdotes que los asistían en vida, también lo hacían en el momento de la muerte para que su infelicidad terrena se transformase en felicidad eterna. Se cultivaban y practicaban las formas de piedad más queridas al corazón de los cristianos: el mes del Sagrado Corazón, el mes de la Virgen, el mes de San José, Patrono de la Casa. Un lugar central lo ocupaba la adoración eucarística: «el mundo -dice Don Uva- necesita almas reparadoras y no hay adoración más bella y más preciosa que aquella hecha por los que sufren cuando abrazan con amor y con alegría su pesada cruz»<sup>13</sup>. Varias veces durante el año se hacen procesiones con el Santísimo Sacramento a lo largo de las arboladas avenidas de la Casa. La piedad y la vida religiosa de los enfermos no quedaban encerrados en el pequeño mundo de intereses limitados y particulares sino que se abrían a la participación en la vida de toda la Iglesia y a las necesidades de todas las almas. Con ese fin, se celebraba la jornada mundial para las Misiones, la jornada de la Universidad Católica de Milán, la octava de oraciones por el Oriente cristiano, las jornadas por las vo-

caciones eclesiásticas y por el Papa. Todos los años, las alcancías se llenaban de miles de liras sustraídas a los cigarrillos y a las distracciones inocentes de los enfermos y se destinaban a las Misiones y al bautismo de los niños en tierras lejanas.

Nadie está en condiciones de medir el benéfico influjo de todos estos estímulos espirituales y sobre todo, nadie podrá siquiera imaginar la acción omnipotente y secreta de la gracia de Dios para quien, los enfermos eran la imagen de Su Hijo sufriente.

Para completar el bien, que se deseaba total, de estos hombres y mujeres infelices y marginados, se preveía también la actividad recreativa y deportiva: paseos por las anchas avenidas de la Casa, cenas a orillas del río, radio, partidos de fútbol con la respectiva "hinchada". En preparación a la fiesta de Don Uva, se ensayaban cantos y recitados que precedían a representaciones que merecían la admiración de un gran número de invitados.

Las instituciones de Don Uva no eran depósitos tristes y pasivos de enfermos, por ellos todos podían no sólo probar compasión y piedad, sino amarlos y servirlos fraternalmente con espíritu auténticamente cristiano.

## Notas al capítulo VII

- <sup>1</sup> FELSANI II, 71. Un cierto número de disminuídos físicos aprobó los exámenes de admisión a la escuela media con buenos resultados. El 11 de noviembre de 1935, el Ministerio de Educación Nacional confirió a Don Uva la medalla a los beneméritos de la instrucción pública.
- <sup>2</sup> La miopatía es una afección primaria de los músculos que generalmente provoca la atrofia de los mismos, con frecuencia, se trata de una enfermedad hereditaria o familiar.
- <sup>3</sup> El informe se encuentra en el fascículo *Per il XV di fondazione della Casa della Divina Provvidenza* (15 de agosto de 1937). Falta la numeración de las páginas.
- <sup>4</sup> *La Casa della D. P.*, pág. 28-29.
- <sup>5</sup> Es la así llamada "laborterapia", un método terapéutico que

- consiste en realizar una adecuada actividad laboral.
- <sup>6</sup> El texto está también en *La Casa della Divina Provvidenza*, pág. 33.
- <sup>7</sup> En FELSANI II, 54-55.
- <sup>8</sup> *a Casa della D. P.*, pág. 38 y ss.
- <sup>9</sup> FELSANI II, 75-78.
- <sup>10</sup> *La Casa della D. P.*, pág. 39.
- <sup>11</sup> *La Casa della D. P.*, pág. 36.
- <sup>12</sup> En *Don Pasquale Uva. Nel decimo anniversario della sua morte*, pág. 52.
- <sup>13</sup> *La Casa della D. P.*, pág. 37.







## DON PASQUALE UVA

NELLA · SUA · TERRENA · GIORNATA  
SENZA · RIPOSO · E · SENZA · MERCEDE  
QUESTO · OPERAIO · DEL · SIGNORE  
POSE · QUI · SALDE · LE · FONDAMENTA  
DELL' · OPERA · DIVINA · ED · UMANA  
CHE · RACCOGLIE · LE · CREATURE  
PRIVATE · DEL · BENE · PIU' · GRANDE  
PER · VEGLIARLE · CON · LA · SCIENZA  
E · CUSTODIRLE · NELLA · PIETA'  
DI · QUI · IL · SUO · AMORE · RISPOSE  
SOLLECITO · AD · ALTRE · CHIAMATE  
CREANDO · ALTRE · CASE · AL · DOLORE  
A · FOGGIA · A · POTENZA · A · GUIDONIA  
A · PALESTRINA · E · LA · SUA · OPERA  
SEGUIRA' · NEL · NOME · DEL · SIGNORE  
LE · VIE · APERTE · DAL · SUO · GENIO  
TESTIMONI · DELLA · SUA · FEDE  
CUSTODI · DELLA · SUA · SPERANZA  
UMILI · EREDI · DELLA · SUA · CARITA'  
LE · ANCELLE · DELLA · PROVVIDENZA  
INVOCANO · LA · SUA · PRESENZA · VIVA  
A · SOSTENERE · LA · LORO · FEDELTA'  
E · SEGNANO · IL · SUO · NOME · VENERATO  
NELLA · MEMORIA · DEI · SECOLI



## Capítulo VIII

# EL HOSPITAL PSIQUIATRICO PARA LA PROVINCIA DE BARI

**D**on Uva recibió la primera inspiración de su Obra al conocer la vida de un santo: Cottolengo; la segunda inspiración -imprevista e imprevisible- le llegó por medio de un laico. En un primer momento Don Uva pensó en una gran Casa de la Divina Providencia en la cual acoger a todos los deficientes, epilépticos, paralíticos y encefalíticos de Italia meridional. Imitando a Cottolengo pensó también en la reeducación de enfermos afectados de otros males, como veremos en seguida, pero nunca pensó en los dementes.

En diciembre de 1931<sup>1</sup>, el Vice Presidente de la Provincia de Bari, el abogado Vicente Damiani, luego de una prolija visita a la Obra, hizo notar a Don Uva:

«Habéis hecho una obra admirable, grandiosa. Está bien. Pero, además de la deficiencia, hay otra plaga no menos dolorosa y no menos necesitada de cuidado: los pobres dementes. Estos son enviados desde nuestras ciudades al Hospital de Nocera Inferior y luego no se sabe más de ellos. Las familias destrozadas, ven partir a sus parientes a un lugar muy lejano y, posiblemente, no volverán a verlos, dada la distancia y las dificultades para encontrarlos. Piénselo».

Don Uva lo pensó y he aquí sus reflexiones:

«Estos pobres enfermos no podían ser atendidos en sus familias ni tampoco en los hospitales generales, ya sea porque la atención de esos males requiere un equipamiento especial, ya sea porque la ley impone que sean internados en centros específicos para garantizar la incolumidad de la sociedad. Por eso, estaban obligados a ir al Hospital de Nocera. El transporte de un enfermo al hospital es siempre penoso. Pero cuando éste es un alienado y el hospital queda muy lejos, las penas llegan al paroxismo. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, en período de excitación o de alucinación, muchas veces afiebrados, embarazadas o en estado puerperal, partían acompañados de dos guardias civiles totalmente ignorantes en el arte de la enfermería. En ese estado, los infelices debían emprender un largo y penoso viaje, subir y bajar en las distintas estaciones ferroviarias entre malos tratos y gritos y a veces, sujetos con chalecos de fuerza. Se justi-

ficaban la ansiedad y las preocupaciones de los familiares que veían partir en esas condiciones a sus queridos enfermos; era comprensible que pasaran por su mente y por su corazón las escenas tétricas del viaje y se atormentaran pensando en la posibilidad de no volver a verlos debido a la falta de medios. La enfermedad no enfría los afectos, al contrario, los fortalece y los agudiza, lo cual constituye un recíproco martirio para el enfermo y los familiares. El enfermo, durante los períodos de calma y de lucidez, reclamaba en vano la presencia de sus familiares y esta privación lo excitaba aún más y agravaba su enfermedad; los familiares, por su parte, no podían visitarlo por falta de medios y debían conformarse con las noticias que les daba la Dirección del Instituto o aquellas más o menos reales que les hacía llegar el mismo enfermo. A veces, este martirio se prolongaba bastante, en algunos casos hasta que, por medio de la Comuna, les llegaba la notificación de que el pariente había cesado de sufrir. Entonces se sucedían otras escenas dignas de piedad: la asistencia de los familiares al moribundo para preparar los últimos consuelos y hacer menos dolorosa la agonía, las lágrimas derramadas junto al cajón y la ornamentación de la tumba que son parte del patrimonio afectivo familiar, también de los pobres. Las privaciones agregaban dolor sobre dolor.

La cercanía del hospital ahorra todas estas escenas, facilita las visitas de los familiares que en algunos casos ayudan a la curación, hacen más fácil el retorno a casa bajo custodia o como prueba, disminuye los gastos de viaje del enfermo y de los acompañantes en beneficio del presupuesto comunal o provincial, favorece la instalación de un ambulatorio gratuito que se ocupe de la profilaxis de las enfermedades nerviosas y mentales; constituye una fuente de bienestar en la misma Provincia debido al surgimiento de nuevos enfermeros y a la disponibilidad de los fondos para el mantenimiento de los enfermos que hasta ese momento se enviaban a la Provincia de Salerno».

La conclusión de Don Uva fue que la institución de un Hospital Psiquiátrico en la Provincia de Bari «era no sólo de absoluta necesidad, sino de máxima utilidad para la Provincia, para las Comunas y para todos los ciudadanos»<sup>2</sup>.



Si bien las ventajas para las familias y para la Administración estaban siempre presentes en sus proyectos, el factor moral y religioso era la motivación más profunda e interpelante de su Obra. No era, como insinuaron algunos maliciosos y cínicos, un hábil empresario que sólo se interesaba en las ganancias, sino un sacerdote conciente de la propia misión. En la asistencia a los alienados debía utilizar no sólo todos los recursos científicos y técnicos para una moderna y perfecta atención sanitaria, sino que también debía ser perfecta la asistencia espiritual. A este propósito escribía:

«Seamos sinceros: el elemento laico, en su mayor parte, sólo tiene preocupaciones utilitarias y personales. Al sector laico se le escapa, necesariamente, la valoración espiritual-divina del pobre demente. Al sector laico le falta -y no se le puede reprochar- la dedicación total, a veces heroica, de toda la persona, de toda la vida al servicio de los pobres locos. En fin, el elemento laico entiende como inútil o en el mejor de los casos, como accesorio el factor religioso en el complejo asistencial en favor de los enfermos. Pero los religiosos y las Hermanas, en nombre de esa caridad que va más allá de las apariencias y que más se enciende cuanto mayores son las miserias del que sufre, son llamados por vocación a inmolar su juventud y toda su vida en el cumplimiento de una misión divina.

Los religiosos y las religiosas, no tienen otro interés ni otro ideal ante los ojos y en el corazón, que el bienestar material y espiritual de los enfermos en quienes ven a Cristo paciente. Y ellos no esperan recompensa sino de Dios, y en la otra vida. Además, para nosotros -y hoy la experiencia lo confirma- la religión tiene posibilidades insospechadas para la curación, cuando ésta es posible; y los enfermos mentales no han perdido, por cierto, la necesidad -natural en el hombre- de una fe que los consuele y los serene, de una fe cuya práctica los convenza, sobre todo, de que todavía valen en la vida y que pueden ser ayudados por el Buen Dios»<sup>3</sup>.

### Las tratativas

En el caso de Don Uva, “del dicho al hecho” no existía el proverbial “largo trecho”, ni siquiera una ínfima distancia. Muy poco tiempo después del encuentro con el abogado Damiani, el 17 de diciembre presentó una propuesta a la Administración Provincial de Bari en la cual ofrecía internar a 200 dementes crónicos con una cuota diaria de 8 liras, en base a un convenio por 20 años. Como de costumbre, la burocracia no tenía el mismo apuro.

En enero de 1932, el Presidente y el Secretario General de la Provincia, durante una visita al Insti-





tuto, discutieron la propuesta de Don Uva que fue aceptada el 7 de marzo, pero con la condición de que la cuota se redujese a 7 liras, que era lo que pedía el manicomio de Nocera donde se internaban a los dementes de la Provincia de Bari. Ocho días más tarde, Don Uva manifestaba su asentimiento con el previo compromiso de que la cuota diaria aumentaría luego de la firma del convenio<sup>4</sup>.

Las tratativas llegaron a buen fin en diciembre de 1932, un año después de la propuesta de Don Uva, pues surgieron notables dificultades para la rescisión del contrato con el hospital de Nocera.

Mientras tanto Don Uva no perdió el tiempo y gestionó la compra de las tierras lindantes con el Instituto Ortofrénico y la del ex convento donde funcionaba una escuela secundaria de Bisceglie. Así, la Casa de la Divina Providencia comprendía dos Institutos separados y distintos: al oeste, a la altura de Cala di Fano, el Hospital Psiquiátrico; al sur, a la sombra de la parroquia de San Agustín, el hospicio para la reeducación y la atención de los deficientes; en el centro, los servicios generales.

Cuando concluyeron las tratativas con el manicomio de Nocera, se redactó el convenio entre la Provincia de Bari y la Casa de la Divina Providencia. De acuerdo con las leyes y reglamentos vigentes, era necesario que el Prefecto de Bari concediera al Instituto la habilitación para recibir a los enfermos y fijara la cantidad de personas que se podían atender. El decreto fue firmado el 19 de mayo de 1933, y con él se autorizaba la Casa de la Divina Providencia para tener la gestión del Hospital Psiquiátrico en Bisceglie y para internar, según los términos de la ley, solamente a:

«los dementes crónicos tranquilos, los epilépticos inocuos, retardados mentales y, en general, las personas afectadas por enfermedades mentales incurables, paralíticos, distróficos, anormales sensoriales».

El número máximo de internos se fijó en 350: 200 hombres y 150 mujeres, y además, 100 dementes crónicos tranquilos: 75 mujeres y 25 hombres. El de-

creto legitimaba, a los 10 años de su creación, la existencia del Instituto Ortofrénico que no tenía más de 350 enfermos; permitía, además, la permanencia en el mismo instituto de los deficientes que habían recaído en la demencia y la internación de otros psicópatas tranquilos.

### El traslado de los enfermos

El 16 de agosto de 1933, el Presidente de la Provincia de Bari dispuso el traslado de 100 dementes crónicos no agitados del Hospital “Mater Domini” de Nocera Superior a Bisceglie. Previendo las dificultades de la empresa, Don Uva pidió consejo al Prof. Domingo Sarno<sup>5</sup> con quien se puso en contacto por intermedio de su hermano Rafael, arcipreste de la catedral de Trani<sup>6</sup>. El 6 de junio de 1932 el profesor le respondía con una noble carta que constituye un testimonio de gran valor:

«Mi hermano me comunicó la noticia de que usted, con su espíritu seráfico y con su enérgica e incansable actividad ha logrado construir un reparto psiquiátrico con cien camas; me ha conmovido infinitamente porque la Divina Providencia, por medio de la santa Obra que usted construye cotidianamente, empieza a poner fin al acaparamiento de los dementes de nuestra Provincia. Soy un ferviente admirador de su actividad filantrópica, única en Italia, porque veo finalmente realizado un sueño que acaricié desde los primeros años de mi carrera como psiquiatra, es decir, el de poder confiar los disminuidos psíquicos, tan indefensos, al cuidado afectuoso de los religiosos. Estoy seguro de que usted logrará, como ya lo ha hecho con los frenopáticos, constituir un centro psiquiátrico sostenido por la caridad cristiana y devolverá a los dementes el contacto con los propios parientes, cuando en cambio la Provincia los ha confiado, por razones exclusivamente económicas, a un concesionario ubicado a muchos kilómetros de distancia privándolos de cualquier consuelo. Las ventajas que usted proporcionará a la Provincia son infinitas, económicas (disminución de los gas-



tos de traslado), morales y, sobre todo, terapéuticas, especialmente para las formas de psicosis aguda y la posibilidad para ciertos enfermos de volver, a prueba, con los parientes lo que no es posible cuando éstos residen a gran distancia; además está la profilaxis mental que usted sabiamente podría difundir en las ciudades vecinas. No me prive de sus órdenes porque no me parece cierto el poder servir a un hombre santo como usted, y poner a su completa disposición mi modesta competencia psiquiátrica. Siento comunicarle que no existen vehículos especiales para el traslado de los dementes; me demoré en contestarle porque me tomé el tiempo para consultar a algunos amigos y las revistas que se ocupan del aspecto técnico de los manicomios. La Provincia de Nápoles, para trasladar los dementes del Hospital psiquiátrico “L. Bianchi” a las sucursales, se sirvió de un camioncito que al mismo tiempo sirve para uso administrativo. Ud podría adquirir un pequeño camión con doble puerta posterior, amplio, con ventana anterior, con dos asientos laterales revertibles y si es posible con amortiguadores muy elásticos»<sup>7</sup>.

### Los primeros enfermos llegan a Bisceglie

El 30 de junio de 1933, el Prof. Armenise dejó la dirección del Instituto de Don Uva porque al ser copropietario y uno de los directores de un sanatorio psiquiátrico en Bari, no quiso exponerse a críticas malintencionadas que hubieran perjudicado a la Obra. El 1 de julio lo sustituyó el Prof. Domingo Sarno que venía de Nápoles y que prestó sus servicios gratuitamente. El Dr. Carlos Pasquale, de Bisceglie, se ocupaba de la asistencia cotidiana de los enfermos<sup>8</sup>. El Prof. Sarno dirigió la preparación de los locales destinados a los enfermos, organizó el personal de asistencia y apuró los trámites para el traslado de los dementes desde Nocera<sup>9</sup>.

Quince días después de la resolución de la Provincia de Bari, el 1 de septiembre de 1933, los primeros 100 enfermos llegaron a Bisceglie. Por pedido de Don Uva, el Prof. Sarno consiguió que el Ferrocarril del Estado pusiera a disposición dos vago-

nes reservados; los enfermos fueron llevados en dos ómnibus desde Nocera hasta la estación. El miércoles precedente, 30 de agosto, Don Uva y ocho hermanas, el Dr Pasquale y el Ing. Buttiglione que se encargaría del proyecto del hospital de Bisceglie, fueron a Nápoles a ver los edificios del manicomio local. Hicieron una escala en el santuario mariano de Pompeya. A las 8 de la mañana del 1 de septiembre estaban en Nocera, media hora antes que los enfermos que venían de Bisceglie. Al día siguiente, los 100 enfermos fueron visitados por el Prefecto y el Presidente de la Provincia de Bari. En Bisceglie, el Ing. Buttiglione proyectó el pabellón del manicomio con capacidad para 350 camas en el cual, el 1 de diciembre fueron recibidos los primeros 100 enfermos y 50 más trasladados de Nocera.

El 3 de mayo de 1935, el Prefecto de Bari autorizó a las Siervas de la Divina Providencia a dirigir un “Hospital Psiquiátrico privado” para la atención de 275 enfermos (110 mujeres y 165 hombres).

### Las construcciones

El primer pabellón del Hospital, de tres pisos, 20 metros de alto y 60 de frente, ocupaba un terreno comprado por Don Uva, de 2.500 metros cuadrados, que se extendía hasta el mar; se comenzó a construir también una pileta de 50 x 30 metros, alimentada por agua marina para los baños de los enfermos.

El 4 de noviembre de 1935, el Presidente de la provincia autorizó a las Siervas a internar a todos los dementes de la provincia. En el documento correspondiente se reconocían «las presentaciones de las familias de los internos que atestiguaban la calidad de los servicios, especialmente las de aquellas familias con menos recursos que tienen ahora la posibilidad de estar cerca de sus parientes»<sup>10</sup>.

«Con nuevas e imponentes construcciones y con las ampliaciones hechas a un ritmo prodigioso»<sup>11</sup>, ciertamente desconocido en la realización de las obras públicas, el 15 de julio de 1936, fue inaugurado el segundo pabellón, con capacidad para 350 camas,

al cual fueron trasladados otros 150 enfermos de Nocera Inferior; el número de los internos llegó a 450<sup>12</sup>. El personal del Hospital Psiquiátrico estaba integrado por un director -docente de psiquiatría-, y por cuatro médicos de la misma especialidad. Treinta y cinco enfermeros se ocupaban de asistir a los enfermos del reparto de hombres y cuarenta Hermanas enfermeras se encargaban del reparto de mujeres y de los servicios generales<sup>13</sup>.

«Así -escribía Don Uva- sin gastar un peso de los muchos millones previstos en el presupuesto, la Administración Provincial de Bari se vio provista de su Hospital Psiquiátrico con todas las ventajas que puede dar un Instituto semejante ubicado en el territorio de la Provincia; un hospital psiquiátrico que por sus dimensiones y por la salubridad de su ubicación, por los edificios y la higiene de sus pabellones, por la modernidad y perfección de sus servicios generales, por el equipamiento de sus salas de diagnóstico y por los métodos asistenciales y terapéuticos, no tiene nada que envidiar a los más avanzados manicomios de Italia»<sup>14</sup>.

### **La búsqueda de enfermeros religiosos**

Dos años después de la inauguración del segundo pabellón, el 13 de marzo de 1938, Don Uva escribió al rector del Capránica diciéndole que necesitaba un inspector de manicomios para organizar a sus enfermeros y a tal fin le pide que haga una gestión en el "Fatebenefratelli"<sup>15</sup> para obtener dos, o al menos uno de ellos, según lo crea conveniente su superior. Don Uva está dispuesto a pagar todo lo que pidan y quiere que el inspector sea especializado y conozca las más modernas terapias. En el modesto departamento que ocupaba, en un cajón de su escritorio que permaneció intacto, hemos encontrado un conjunto de cartas relativas a este asunto.

Fray Natale Paolini le comunica el 18 de mayo que dos días después llegará a Bisceglie «para estudiar la posibilidad de asumir la dirección de la Casa de la Divina Providencia».





El 23 de mayo comunica los resultados de su visita a sus superiores mayores, los cuales «en principio se declaran favorables». El se dirigirá al Provincial de la Provincia Lombardo-Veneta de la Orden con el fin de obtener el personal para Bisceglie donde los religiosos podrían hacerse cargo del servicio en diciembre de ese año. El 7 de junio, en respuesta a una carta de Fray Natale del 29 de mayo -que no hemos encontrado-, Don Uva precisa que no piensa confiar a los “Fatebenefratelli” la dirección del Hospital Psiquiátrico sino la enfermería; «la custodia de los alienados».

El 18 de agosto, desde Benevento, el superior de la Provincia Romana de los “Fatebenefratelli”, P. Camilo Viglione, que está en posesión de la correspondencia de Don Uva y tiene el encargo de seguir el asunto, hará una visita a Bisceglie, acompañado por el Prior de la Casa de Nápoles «para tratar de corazón a corazón una cuestión tan benéfica e importante». La cita es para el 25 de agosto y en esa ocasión le regalarán la imagen y la biografía de San Juan de Dios.

El 5 de octubre, el P. Viglione comunica a Don Uva que someterá a los superiores mayores y al Visitador Apostólico de la Orden<sup>16</sup> «el pedido modificado y reducido de Don Uva» el cual ha declarado explícitamente que entendía limitar la colaboración de los “Fatebenefratelli” a la enfermería y no a la dirección del hospital. Desde Roma, el 14 de octubre, el Visitador Apostólico, en respuesta a una carta de Don Uva en la cual éste decía que esperaba que el retraso en la respuesta se debiera a la falta de personal, aclaraba: «Lo que nos tiene dubitativos es, en cambio, la solución de la situación económica de los religiosos. Para poder invitar a los “Fatebenefratelli” es necesario que se establezca desde el principio en qué condiciones quedarán los religiosos después de la muerte de V.(uestra) S.(eñoría)» En la misma carta, aprovecha para expresar a Don Uva toda su admiración por su apostolado tan fructífero para la humanidad y de tanto honor para la Iglesia.

A vuelta de correo, el 15 de octubre, Don Uva dice al Visitador Apostólico que las dificultades económicas son «de mínima importancia y muy fáciles

de superar» pero que la Casa de la Divina Providencia está dirigida por las Siervas de la Divina Providencia, civilmente está constituida como Sociedad de Beneficiencia; yo soy el presidente y como tal mi compromiso es válido no sólo mientras viva sino también después, cuando haya otros presidentes. Por lo tanto, considero oportuno que me envíen un contrato, poniendo las cláusulas y las condiciones que crean oportunas, y una vez aceptado, tendrá todo su valor, civil y religioso. Si pudiera comenzar con...[en este punto el texto es indescifrable pero indicaba un número] Religiosos, con el augurio de completar la Obra [dos palabras indescifrables] hasta la perfecta organización, según lo exija la gloria del Señor». Don Uva ofrece ir a Roma para la firma del contrato.

Aquí termina la correspondencia que nos ha llegado, pero evidentemente, no fue posible concluir el contrato a pesar de la buena voluntad de ambas partes. Una Orden religiosa como “Fatebenefratelli”, antiquísima, con una historia prestigiosa y una actividad a nivel mundial, no podía aceptar que sus religiosos fueran a depender de un sacerdote y de una Congregación femenina que era la legítima propietaria de la Obra.

Antes de fundar el Hospital Psiquiátrico de Bisceglie, dado que la Constitución de las Siervas de la Divina Providencia no preveía la asistencia a los dementes, Don Uva interpeló una por una a sus Hermanas para pedir su libre y explícito consentimiento. La respuesta positiva fue unánime.

### Para los tuberculosos

En 1912, diez años antes de comenzar su Obra y en los primerísimos años de su ministerio parroquial, Don Uva pensaba abrir un centro para tuberculosos en la casa de campo del arzobispo pero luego debió renunciar a esa idea. El problema de la tuberculosis se lo planteó nuevamente después de la fundación del Hospital Psiquiátrico.

La ciudad de Bisceglie no tenía ni un dispensario ni un ambulatorio para los enfermos de tuberculosis



y para su internación debían recurrir a centros especializados de otras comunas. Por pedido de la Administración Comunal, desde 1934 hasta 1937, Don Uva puso a disposición algunos locales del ex convento franciscano que había comprado a la Comuna para su Obra; aquí funcionó un ambulatorio adecuadamente equipado para atender a los tuberculosos pobres que no requerían internación. La asistencia era prácticamente gratuita porque la comuna se limitaba al reembolso de una mínima suma para las medicinas y los alimentos, sin incluir ninguna compensación por los servicios del Dr. Pasquale, de la Hermana enfermera que lo asistía y de los otros enfermeros, ni por los gastos generales de la Obra. Fueron curados y alimentados algunos cientos de enfermos; de este modo, Don Uva acude en auxilio de la Comuna de Bisceglie, cargada de deudas y asume un servicio que no estaba previsto en los fines institucionales de su Obra. Siempre que podía, iba a visitar a los enfermos para llevarles su paternal consuelo: «Me parece que lo estoy viendo con esa sonrisa apenas velada por una humana aflicción e iluminada por una sobrehumana esperanza, siempre humilde y simple, presente y partícipe en la desventura de cada uno de los cientos de enfermos, que se sumaban a los miles y miles que ya poblaban esa Casa que crecía día a día y que día a día resultaba más chica»<sup>17</sup>.

### Los dementes tuberculosos

El problema de la tuberculosis fue encuadrado en el ámbito de la asistencia a los dementes del Hospital Psiquiátrico. En efecto, los estudios realizados llevaban a la conclusión que el porcentaje de enfermos de tuberculosis pulmonar era mayor en los dementes que en los sanos mentales de la misma edad y condición. Sobre mil enfermos mentales, 43 eran también tuberculosos. Se constató además, que ese número había crecido durante las dos guerras mundiales debido a la carencia de alimentos. Durante mucho tiempo, las medidas para combatir la tuberculosis fueron iniciativas aisladas de los directores de los

hospitales psiquiátricos. En 1923, en Italia, solo 6 sobre 44 institutos psiquiátricos habían resuelto de modo satisfactorio el problema de la asistencia y aislamiento de los dementes tuberculosos; en 1947, solo 9 centros psiquiátricos sobre 81 contaban con una eficiente organización antituberculosa<sup>18</sup>.

El 18 de mayo de 1950, en la Casa de la Divina Providencia se hizo un Congreso regional pullés, psiquiátrico-asistencial, con la participación de las autoridades provinciales y los parlamentarios de la Pulla. Allí se afirmó la urgencia del problema y se subrayó la responsabilidad de las administraciones provinciales. Una ley especial establecía que los tuberculosos pobres estaban a cargo de las provincias a través de los Consorcios para tuberculosos y los enfermos asegurados estaban a cargo del Instituto Nacional de Previsión Social. Sobre la Provincia de Bari, pesaba, de acuerdo con la ley nacional, la doble carga de los enfermos mentales en cuanto tales y de los que padecían, además, de tuberculosis. La cuota diaria de cada enfermo, convenida entre la Provincia de Bari y Don Uva, preveía un tratamiento alimenticio medio, insuficiente para el tipo de alimentación necesaria -cualitativa y cuantitativamente- para un tuberculoso, además de los gastos de aislamiento en ambientes especiales y de las terapias particulares.

En conformidad a la orden del día aprobada en el Congreso del 18 de mayo y con los consejos del Director del Consorcio para la lucha contra la tuberculosis, Don Uva había iniciado los trabajos para la construcción de un pabellón especial, con capacidad para 200 camas, con posibilidad de ampliación, aislado y equipado para la atención de la tuberculosis. Con ello obtenía el derecho a exigir y obtener la integración de la cuota diaria que establecía la ley. El Consorcio Provincial para la lucha contra la tuberculosis tenía el deber institucional de integrar con sus propios medios las acciones de las instituciones locales y de sustituirse a las mismas en la ejecución de las medidas de urgencia.

En una larga carta, meticulosamente documentada, el 1 de julio de 1950 Don Uva presenta sus pedidos. Las autoridades provinciales y el Consorcio res-

ponden oficiosamente que faltaban los fondos y que el Consorcio no estaba siquiera en condiciones de asistir e internar a todos los tuberculosos (no dementes) no obstante la resolución del 7 de julio de 1951, por la cual el Supremo Comisario para la Higiene y la Sanidad Pública reconocía los derechos de Don Uva. Este, desilusionado de la ley pero con fe firme en la Divina Providencia y movido por la caridad cristiana, llevó a cabo sus proyectos. Construyó un pabellón aislado para los dementes tuberculosos sobre una superficie de 1.600 metros cuadrados y con un volumen de 24.000 metros cúbicos, con tres pisos: el primero para enfermería y una sala de cirugía y los dos restantes para la internación de los enfermos. El edificio tenía amplias verandas para las curaciones y estaba totalmente calefaccionado. A las curaciones estaban destinados, además de los médicos psiquiatras, médicos fisiólogos y un cirujano. De este modo, el Hospital Psiquiátrico de la Casa de la Divina Providencia fue uno de los 10 hospitales psiquiátricos que en toda Italia contaban con un pabellón para tuberculosos.

### **Las inspecciones**

Cuando empezó a funcionar el Hospital Psiquiátrico, no faltaron las críticas con mala fe y las calumnias por parte de los empresarios de los centros privados, que desde ningún punto de vista podían resistir la competencia con la Obra de Don Uva. Se provocaron tres inspecciones, con resultado negativo para la casa. La imparcialidad de estas inspecciones dejaba mucho que desear y la sospecha es confirmada por el informe de la cuarta inspección técnico-sanitaria, realizada el 23 de diciembre de 1936 por dos médicos provinciales a pedido del Prefecto de Bari. Luego del informe descriptivo de la topografía y la distribución de los locales, el equipamiento científico y los servicios sanitarios y generales, del estado físico y del tratamiento de los enfermos, «se ha constatado que la organización de la institución, tanto desde un punto de vista sanitario como asistencial, res-







ponde a los más avanzados criterios científicos». Evidentemente, las acusaciones contra el Hospital de Don Uva deben haber sido graves porque en la conclusión del informe se lee: «Es un deber reconocer que fuimos al Hospital Psiquiátrico de Bisceglie con una cierta desconfianza y prevención en cuanto a lo que habríamos encontrado en relación a las condiciones físicas, la situación de los diversos servicios y la asistencia específica y genérica a los enfermos. Esta desconfianza muy pronto fue desmentida por la constatación de la obra tenaz, constructiva y encomiable del Rev. Don Uva que dedica al Hospital Psiquiátrico de Bisceglie su juvenil energía y su benéfica fatiga cotidiana»<sup>19</sup>.

El 22 de abril de 1937, el Prefecto de Bari encargó al Prof. Loiacono, titular de cátedra en el Hospital Psiquiátrico de Boloña, la inspección del Hospital de Bisceglie para decidir sobre el pedido de aumento de la cuota diaria de 7 liras por enfermo. El Prof. Loiacono, mucho más competente que los médicos provinciales, luego de declarar que «pidió y obtuvo de Don Uva la más amplia y cordial libertad de movimiento» hace un juicio muy favorable acerca de la profesionalidad del director, Prof. Armenise, del vice director, Dr. Pasquale y de los otros dos médicos. No deja de notar que «el enfermo está eficazmente atendido con los más avanzados métodos terapéuticos».

En octubre del mismo año 1937, el inspector general médico enviado por el Ministerio de Salud Pública de Roma, declara en una detallada relación que «el Manicomio de Bisceglie, por sus locales y su equipamiento, responde plenamente a su fin, y es deseable que tal institución pueda contar con medios para agrandarse con la construcción de nuevos edificios y así responder a la necesidad de internación de todos los dementes de la Provincia».

La Comisión de Vigilancia que inspeccionó el Hospital de Bisceglie el 8 de mayo de 1939 confirma el juicio favorable sobre su buen funcionamiento que formulara el inspector de Roma, señala el desarrollo y la ampliación de sus edificios y concluye que la institución «además de asumir en pocos años un grandioso desarrollo, ha alcanzado un notable grado de e-

ficiencia organizativa y asistencial que lo hace apto para los fines para los cuales fue erigido».

El Prefecto de la Provincia de Bari intentó una cautelosa ingerencia en el nombramiento de los médicos del Hospital Psiquiátrico cuando Don Uva le comunicó, el 4 de mayo de 1939, el nombramiento del Dr. Pasquale -hasta ese momento vice director como Director del Hospital. En dos cartas respetuosas, el Presidente y el Prefecto de la Provincia de Bari expresaron a Don Uva su perplejidad por el nombramiento del Dr. Pasquale que no estaba inscripto en el Partido Fascista y no era simpatizante del Regimen. Don Uva no se inmutó y respondió invitando a uno y a otro a señalar “los hechos precisos” que se atribuían al Dr. Pasquale porque con frecuencia se trataba de calumnias dictadas por la envidia o el fanatismo. Obviamente no tuvo respuesta<sup>20</sup>.

El último intento de desacreditar la Obra fue hecho cuando Don Uva tenía ya la grave enfermedad que lo llevó a la muerte. El interés, la aversión religiosa y el sectarismo político son implacables. Conocemos el hecho por un testigo directo, el Prof. Rafael Pio Petrilli<sup>21</sup>: «Un miembro de la Administración Provincial, perteneciente a la derecha política, afirmó que el tratamiento dado a los enfermos del Hospital Psiquiátrico de Bisceglie, especialmente en lo concerniente a la alimentación, era muy malo e indujo a la Junta Provincial a decidir arbitrariamente la retención de los fondos para la internación. La medida se concretó en dos resoluciones que llevan las fechas del 1 y 20 de julio de 1934 respectivamente. «Informado de tal arbitrariedad -dice el parlamentario Petrilli- escribí al Ministro y al Sub Secretario del Interior y a los parlamentarios Tambroni y Bisori y les pedí que dispusieran una cuidadosa inspección del funcionamiento del Hospital Psiquiátrico de Bisceglie. Mi pedido se debía también a que el parlamentario Pastore, de izquierda, solicitaba información al Ministerio del Interior acerca del pretendido mal funcionamiento del Hospital». El subsecretario Bisori le comunicó que la Comisión de Vigilancia de los manicomios de Bari había hecho una inspección extraordinaria en el Hospital de Bisceglie y había confirmado en su to-



talidad el juicio de una inspección precedente sobre la completa eficiencia del Hospital bajo el aspecto asistencial, terapéutico, alimentario e higiénico-sanitario. Esta respuesta es tenida en cuenta en la respuesta de Pastore. Mientras tanto, el 20 de julio de 1954, el Prefecto de Bari, previo recurso de Don Uva, anulaba las resoluciones de la Junta Provincial. ¡Mucho ruido y pocas nueces!

### La asistencia a los militares

Los trágicos años de la segunda guerra mundial habían causado una crisis en la asistencia en los manicomios de Italia. El desarrollo edilicio del Hospital de Bisceglie se detuvo pero la actividad asistencial aumentó febrilmente.

Con el desembarco de los anglo-americanos en Sicilia (10 de julio de 1943) y los sucesivos acontecimientos después del armisticio (18 de septiembre de 1943), Italia fue dividida en dos por la línea de defensa del río Sangro establecida por los alemanes en enero de 1944. Desde el 28 de ese mes hasta el 25 de marzo, tuvo lugar la desgastante batalla alrededor de Casino y en las alturas donde surge la antigua Abadía benedictina de Montecassino, la cual, a pesar de no tener ninguna relación con los combates, fue destruida. En mayo los aliados retomaron la delantera y el 4 y 5 de junio de 1944 lograron la liberación de Roma.

Desde septiembre de 1943 hasta la mitad de 1945, el Hospital Psiquiátrico de Bisceglie desempeñó un rol de importancia nacional y único en la historia de los hospitales psiquiátricos.

En Sicilia, Calabria y Campania los hospitales habían sido dañados por la guerra y eran insuficientes; el pequeño hospital de Lecce estaba saturado y sólo el Hospital de Bisceglie estuvo en condiciones de resolver el angustiante problema de la internación y del cuidado de los militares en servicio en el Sur y, sobre todo, de recibir el ingente número de soldados repatriados de las prisiones debido a enfermedades neuropsiquiátricas.

«Quien vivió ese dramático período, no podrá olvidar jamás el trabajo ímprobo y exigente al cual fue sometido el personal: de todos los barcos hospitales que llegaban a Taranto o a Brindisi, únicos puertos utilizables de la Italia liberada, 100, 200 y hasta 220 enfermos llegaban en una sola noche a nuestro Hospital y era necesario dar a todos una cama, alimento, un diagnóstico y el tratamiento correspondiente. El racionamiento exigía una alimentación insuficiente en calorías y en contenido vitamínico y era imposible hacer provisión de fármacos porque la mayor parte de las industrias farmacéuticas del Norte y las pocas del Sur habían sido destruidas o habían cesado en su actividad. En tan trágicas condiciones, que provocaron un aumento de la mortalidad en los hospitales psiquiátricos del sur a niveles aterradores, el Hospital Psiquiátrico de Bisceglie tuvo el no indiferente mérito de lograr contener la mortalidad dentro de límites moderados y de volver rápidamente a los índices normales -los más bajos de Italia- apenas se mejoraron las condiciones de abastecimiento de alimentos y de fármacos»<sup>22</sup>.

Los soldados acogidos en Bisceglie fueron más de 6.500, de los cuales, 3.600 fueron dados de alta enseguida y el resto a medida que el territorio nacional fue liberado de la ocupación alemana<sup>23</sup>.

Cuando Don Uva murió, el Coronel Antonio Campana, director del Hospital militar de reserva y delegado del Director de la Sanidad de Bari, escribió en el “Giornale di medicina militare” un conmovedor artículo necrológico sobre Don Pascual:

«figura de dotes filantrópicas excepcionales... en particular por la desinteresada y preciosa colaboración dada a la administración militar durante el último conflicto mundial... Fueron centenares los soldados que llegaron al Hospital, muchas veces con pocas horas de preaviso, muchas veces en medio de la noche, y la Casa de la Divina Providencia los acogió siempre con su espíritu de inmensa caridad cristiana... Don Uva no se acobardaba y nunca faltó a nadie la asistencia material y sanitaria siempre acompañada de una afectuosa palabra de consuelo... Don Uva pasó entre nosotros vi-



viendo sólo para los demás, hermano de los perdidos y de los enfermos, sacando de la nobleza de su misión la fuerza para resistir las maldades que los hombres no le ahorraron y con una sonrisa fresca que siempre iluminó su rostro. Quedan sus obras y nos desafían»<sup>24</sup>.

En medio de la devastante tormenta de la guerra, la Casa de la Divina Providencia fue un oasis de paz y de caridad, donde los militares italianos provenientes de los frentes de guerra, los prisioneros ingleses, eslavos, hindúes, neozelandeses, pertenecientes a diversas religiones, conocieron el lenguaje del amor evangélico.

En esos duros años la Providencia hizo su parte. El ejército italiano reabasteció al Hospital de Bisceglie con muchas cabezas de ganado y calzado fuera de uso y donó tres utilísimos caballos; la Prefectura de Bari, en los tiempos del mercado negro, facilitó la adquisición a muy bajo costo de grandes cantidades de telas y de lana. El Ente Ayudas Internacionales de Roma y la Pontificia Comisión de Asistencia contribuyeron en la compra de otros materiales<sup>25</sup>.

### La caridad fuera de los muros

La ciudadela de la caridad que Don Uva construía en Bisceglie no tenía murallas que la encerraran, porque la caridad no tiene límites. Muchas veces la Casa de la Divina Providencia tomó iniciativas en ámbitos que no entraban en su programa y participó en iniciativas externas.

En el invierno del 1931-1932 el frío y la carestía agravaron la situación de los pobres y las Siervas preparaban cada día, para las familias necesitadas de Bisceglie, una comida caliente que éstas retiraban de la portería o recibían en su casa. Para el fin de año de 1933 se ofreció un almuerzo especial a centenares de niños pobres.

En 1944, durante el avance de las tropas anglo-americanas que se enfrentaban a los alemanes en la línea de resistencia del río Sarno, la Casa de la Divina

Providencia, con la ayuda de la Comuna, asistió espiritual y materialmente a los prófugos del Abruzzo y del Molise que buscaron refugio en Bisceglie.

Después del armisticio de 1943, afluyó a la Casa «una procesión conmovedora de centenares de soldados mal vestidos y mal nutridos que pedían un empleo a cambio de una horma de pan y cualquier catre con tal de sustraerse a las miserias y a las humillaciones del acantonamiento. Empleo no había, pero les hicimos lugar, disminuimos nuestra alimentación con tal de dar de comer a esos pobres jóvenes que venían de todas partes de Italia, que estaban al borde de la desesperación y que en cambio encontraron, un poco de comodidad y la paz y la esperanza del regreso con los parientes lejanos. Todo y siempre por la gloria de Dios y para bien de los que sufren»<sup>26</sup>.

Desde el 7 al 14 de noviembre de 1951 llovió sin tregua en toda la Italia septentrional, provocando inundaciones en Piamonte y Liguria. El 14 de julio del mismo mes, el aluvión de Polestine, el más grave de esos años tuvo dimensiones trágicas y desastrosas. Los diques del Po se rompieron en tres partes y quedaron sumergidas bajo sus aguas más de 1.000 kilómetros cuadrados de tierras cultivadas; se destruyeron 300 casas y 5.000 fueron seriamente dañadas. Murieron cerca de 100 personas y 180.000 fueron evacuadas. Cuatro días más tarde, Don Uva escribió a su amigo, parlamentario Carcaterra, Subsecretario del Ministerio de Industria y Comercio, confiándole una carta para entregar personalmente al Supremo Comisario para la Higiene y la Salud en la cual ofrecía cincuenta camas de la Casa de la Divina Providencia, equipadas con todas las comodidades para recibir a 50 chicos y 50 chicas que serían atendidos por las Siervas y podrían continuar las clases escolares en Bisceglie.

El 30 de noviembre, el parlamentario Carcaterra respondió que le agradecía el ofrecimiento y que había sido presentado a la Oficina de Prófugos y Accidentados por el aluvión de Polestine, constituido en la Prefectura de Padua y al cual se había hecho presente la necesidad de un aviso previo al envío de los jóvenes<sup>27</sup>.

Don Uva tuvo un gesto aún más significativo al



enviar a la Pontificia Comisión de Asistencia en auxilio de las víctimas del aluvión, el 21 de noviembre, «el óbolo de la viuda del Evangelio» recogido entre sus internos:

«Son todos pobres -escribe Don Uva- pero están conmovidos por la dolorosa noticia y todos han querido ayudar a confortar a sus hermanos en dificultad. Algunos han dado todo lo que habían recibido de sus parientes para sus necesidades y los que no tenían nada, han querido renunciar a la comida de una semana para que el Administrador agregara a la colecta el costo de la misma»<sup>28</sup>.

Como de costumbre, Don Uva pidió la bendición del Papa que le llegó el 27 de noviembre, firmada por Mons. Montini, Sustituto de la Secretaría de Estado. La carta subraya que «el noble gesto de caridad cristiana espontáneamente dado, aún con sacrificios, por los pacientes de ese Instituto para recoger el generoso óbolo enviado a favor de las víctimas del reciente aluvión, ha obviamente conmovido a Su Santidad»<sup>29</sup>.

El 15 de mayo de 1944, el Seminario Regional de

Molfetta fue objeto de una requisición por parte de los aliados y todos los seminaristas debieron volver a sus casas. Don Uva organizó un curso de estudios para los seminaristas de Bisceglie, asumiendo la enseñanza de Moral y de Derecho Canónico con lecciones claras y prácticas. También esto era caridad<sup>30</sup>.

### El corazón y el alma de la Obra

El 16 de diciembre de 1930, cuando Pío XI recibió en una audiencia especial a Don Uva con las primeras Siervas de la Divina Providencia, es una de las fechas memorables en la historia de las empresas del activo Don Pascual. El Papa se mostró interesado en el desarrollo de la Obra que entonces tenía ocho años de vida; Don Uva aprovechó la oportunidad para pedirle que designara a San José como Patrono de la Casa de la Divina Providencia porque, dijo, «nuestra familia se compone de niños inocentes que llevan en sus miembros los estigmas de la Pasión de Jesús y de vírgenes esposas del Señor que son las madres amorosas de estos niños perpetuos»<sup>31</sup>.



Don Uva no pensaba aún en la asistencia a los dementes y su Instituto atravesaba muchas dificultades: «la extrema pobreza, la estrechez de los locales que obligaban, con tristeza en el corazón, a rechazar tantos pedidos de internación; la necesidad de médicos a quienes no se podía dar una compensación adecuada, la necesidad de encontrar comerciantes dispuestos a esperar para los pagos»<sup>32</sup>. Y aún así, Don Uva pensaba en erigir un «majestuoso santuario y dedicarlo al Patriarca San José, en el cual se reúna nuestra numerosa familia para dar gracias a Dios y cantar sus alabanzas»<sup>33</sup>.

El 11 de julio de 1931 se festejó la proclamación de San José como Patrono de la Casa de la Divina Providencia con una celebración solemne porque Don Uva quiso extender el patrocinio del santo a la ciudad de Bisceglie. La nueva y artística imagen del Patrono, donada por la Sierva Josefina Soldani, fue llevada en procesión hasta la catedral donde iniciaron los ejercicios espirituales que duraron hasta el 23 de julio. Para esa ocasión, Don Uva compuso el “Rosario de San José” de siete “postas”, cada una de las cuales evocaba un “misterio” de la infancia y de la juventud de Jesús; el último estaba dedicado a la muerte del santo<sup>34</sup>.

El 15 de agosto de 1937, en coincidencia con el XV aniversario de la fundación de la Casa de la Divina Providencia, se bendijeron los cimientos del Santuario con la participación del cardenal Luis Maglione<sup>35</sup>.

El día anterior, el cardenal fue recibido con todos los honores de su dignidad por todas las autoridades civiles, políticas, militares y religiosas de Bisceglie, por el Prefecto de Bari y otras autoridades de la Provincia; el pueblo lo esperaba a ambos lados del camino que va de la estación a la Casa de la Divina Providencia. El discurso fue confiado al arzobispo de Bari, Mons. Marcelo Mimmi<sup>36</sup>, quien, luego de un rápido repaso de los primeros quince años de la Obra de Don Uva, subrayó el profundo significado del nuevo templo y del nombre que llevaba:

«El templo, cuya cúpula se elevará en medio de los pabellones de las miserias humanas, quiere significar que esta Casa encuentra en la religión su inspiración, su vida y su consuelo. El nombre que lleva quiere significar que así como el santo patriarca José custodió y defendió la vida de Cristo niño, así velará con paterno y materno afecto a los pobres aquí internados como si fueran ellos mismos otros tantos Cristos doloridos, ya que Jesucristo dijo: “Cualquier cosa que hagáis al último de los hombres, es a mí a quien lo hacéis”<sup>37</sup>. Quiere ser un fuerte grito de justicia y de amor contra los egoísmos de los hombres; de aquella justicia y de aquel amor que son la única solución de la cuestión social que siempre fue, y lo es sobre todo hoy, la tormentosa fatiga y el fatigado tormento de la humanidad. Quiere ser un llamado de atención que dice a todos que no puede haber verdadero amor de Dios si no hay caridad activa hacia el prójimo»<sup>38</sup>.

En esa ocasión fue presentado el proyecto del Templo, realizado bajo las indicaciones de Don Uva y cuya construcción fue confiada al Ing. Buttiglione quien lo describe así:

«El santuario que se construye en honor de San José, surge en la calle Juan Bovio<sup>39</sup>, cerca de la calle principal de la ciudad, de frente a una gran plaza de alrededor de tres mil metros cuadrados. En el proyecto, el Rev. Presidente del Instituto ha dispuesto que el santuario fuera accesible, no sólo para el culto de los internos y de las Hermanas del Instituto sino para los numerosos fieles externos. Por lo tanto en la iglesia, habrá un lugar separado para las Hermanas, los internos de los repartos masculino y femenino y el público. En el santuario, en forma de cruz, el brazo principal subdividido en tres naves estará destinado al público; las naves del crucero y el ábside a las Hermanas y los enfermos; en la parte central, sobreelevada, surgirá el altar basilical, visible de todas partes. Cada sección tendrá sus respectivos ingresos. Sobre las naves del crucero habrá amplios matroneos y al costado del ábside estarán las sacristías: una para los celebrantes y otra para uso de las Hermanas; cada una de ellas tendrá una escalera que llevará a los matroneos.



La nave principal tendrá 35 metros de longitud y 28,30 de ancho, subdividida a su vez en tres naves, la central de 15 metros de ancho y las laterales de 13,30 metros cada una, separadas por columnas. Las dos naves del crucero tendrán una longitud aproximada de 18 metros y una anchura de 13 metros y el ábside estará constituido por una prolongación de alrededor de 14 metros desde la nave central. El centro, sobre el cual se elevará la cúpula tendrá una dimensión de 13 x 13 metros. Se considera que el santuario tendrá capacidad para más de cuatro mil fieles.

Además del altar basilical central, habrá un altar al frente de cada una de las naves laterales del brazo principal, dos altares en el fondo de las naves del crucero y otros dos en las naves laterales.

Al costado del santuario, comunicada, y atrás de la fachada, se levantará la torre del campanario con cinco pisos y una altura de 55 metros.

Sobre la parte trasera, surgirá un amplio pórtico con un piso superior destinado a la administración. El pórtico permitirá el ingreso al santuario desde el Instituto y servirá como lugar de reunión para los fieles.

Tendrá tres entradas en la fachada principal y una desde el pórtico para los fieles; y cuatro entradas secundarias para las Hermanas y los enfermos.

En cuanto a su estilo arquitectónico, el Rev. Presidente ha querido que el santuario respondiera al ambiente que lo rodea y tuviera, al mismo tiempo, la debida austeridad: por eso se ha considerado que lo más adecuado es el arte románico pullés, en cuanto estilo verdaderamente nuestro»<sup>40</sup>.

En 1944, Don Uva anota que los serios e improporcionables trabajos de ampliación del Hospital Psiquiátrico de Bisceglie y la total falta de cemento y de hierro durante los años de la segunda guerra mundial llevaron a disminuir a la mitad el ritmo de los trabajos de construcción del templo<sup>41</sup> los cuales fueron retomados plenamente recién en 1948. Don Uva inauguró el santuario con su funeral.

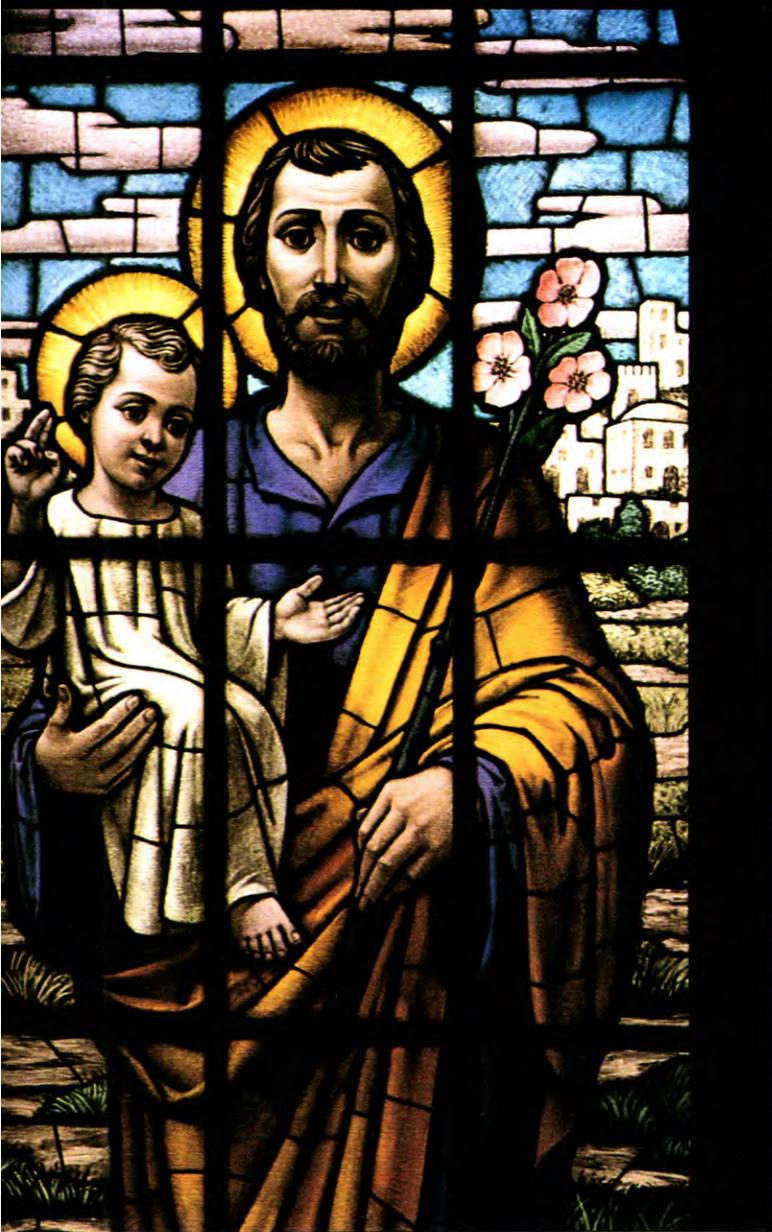
Después de su muerte, el proyecto primitivo fue ampliado con la plaza que está delante del templo. Para ese fin se compró y demolió una construcción que obstaculizaba la vista de la fachada y fue sustituido por un acceso monumental que permite la vis-

ta de todo el complejo del templo.

En el primer centenario del nacimiento de Don Uva, el 10 de agosto de 1983, se inauguraron las puertas de bronce de las tres entradas frontales de la basílica de San José, que representan las siete obras de misericordia corporal y las siete obras de misericordia espiritual.

La caridad evangélica lleva a querer y a procurar el bien del prójimo, la virtud de la misericordia encuentra su motivación en la compasión por la miseria del prójimo que llama al cristiano a aliviarlo del mal que lo aflige. En las lunetas que están sobre cada una de las puertas, están representadas las efigies de los Papas del período histórico en el cual nació y creció la Obra de Don Uva, es decir, desde Benedicto XV a Juan Pablo II<sup>42</sup>. Ninguna de sus empresas fue tan criticada como la construcción del templo de San José debido al presunto despilfarro de los enormes recursos económicos que él mismo había recogido y que, según las versiones malintencionadas se sustraían a la curación y atención de los enfermos. La acusación, pretenciosa y maligna fue desmentida por el hecho de que Don Uva multiplicó sus fuerzas para ocuparse de otras iniciativas hospitalarias muy importantes para las cuales la Providencia estuvo siempre a su lado.

Seis días antes de su muerte en la cruz sobre el Gólgota, Jesús recibió la misma acusación durante una cena que le ofreció en Betania un cierto Simón, llamado el leproso y a la cual asistieron también los apóstoles. Estaban presentes sus queridos amigos que lo hospedaban en su casa de Betania: Lázaro a quien Jesús había resucitado de la muerte y las hermanas Marta que servía la mesa y María que en un momento se acercó a Jesús con un frasco de alabastro que contenía 300 gramos de una rara esencia de perfume mezclada con aceite con la cual ungió los pies de Jesús y los secó con su cabello. El aroma del perfume inundó toda la casa y uno de los discípulos, Judas Iscariote, que después lo traicionó, se escandalizó: «¿Por qué este aceite perfumado no fue vendido a 300 denarios<sup>43</sup> para darlos a los pobres?» El evangelista



## Notas al capítulo VIII

- <sup>1</sup> En XI, 2023, figura el año 1930, para *La Casa della Divina Provvidenza*, pág. 17, se trata del año 1931; los dos textos son cronológicamente cercanos, por lo tanto, se piensa en una transcripción errada en XI, 2023, o en una distracción de Don Uva que habla sin leer.
- <sup>2</sup> *La Casa della D. P.*, págs. 17-18. Nocera queda a más de 300 km. de Bari.
- <sup>3</sup> *La Casa della D. P.*, págs. 18 y 21.
- <sup>4</sup> Para las referencias sobre la correspondencia oficial, ver DELL'OLIO, págs. 267-330.
- <sup>5</sup> Para conocer y apreciar mejor el alto nivel de los colaboradores laicos, encantados por la personalidad de Don Uva, por su dinamismo y sus cualidades sacerdotales el cual, por su parte, los estimaba y amaba, nos servimos de la información que nos proporciona Mons. Dell'Olio, primer biógrafo de Don Uva. El Dr. Domingo Sarno, nació en Trani el 10/7/1894, se recibió en la Universidad de Nápoles con la máxima calificación. Fue discípulo del célebre psiquiatra Leonardo Bianchi a quien fue dedicado el Hospital Psiquiátrico de Nápoles; entre 1920 y 1924 fue asistente de su cátedra, vice director en la Clínica Universitaria de 1924 a 1959 con quienes sucedieron al Prof. Bianchi. Desde 1959 enseñó Ciencias de la Ortogénesis en la Facultad de Medi-

Juan anota: «Esto lo dijo no porque le importaran los pobres sino porque era un ladrón y como tenía la caja<sup>44</sup> se llevaba lo que ponían en ella». Jesús le dijo: «Déjala hacer, que lo conserve para el día de mi sepultura. A los pobres los tendréis siempre entre vosotros pero no siempre me tendréis a mí»<sup>45</sup>. Jesús no soporta la hipocresía del discípulo traidor y da al gentil y delicado gesto de María un significado profético.

En los años del Concilio Vaticano II hubo quien llegó a proponer la destrucción de la basílica de San Pedro porque -se decía- con su grandiosidad y esplendor ofendía a los pobres; y en cambio quería la construcción de iglesias pobres como signo de la pobreza de Jesús compartida con los indigentes. El Concilio, en cambio, ha dicho: «Entre las más nobles actividades del ingenio humano se encuentran, con razón, las artes liberales, sobre todo el arte religioso y su culminación, es decir, el arte sacro. Estas por su naturaleza, tienen relación con la infinita belleza divina que debe estar de algún modo expresada en las obras del hombre, y están tanto más orientadas a Dios y al incremento de su alabanza y de su gloria en cuanto no tienen otro fin que el de contribuir del modo más eficaz posible, con sus obras, a orientar las mentes de los hombres hacia Dios. Por tales motivos, la Santa Madre Iglesia ha sido siempre amiga de las artes liberales y ha siempre buscado su noble servicio para que las cosas que pertenecen al culto sagrado fueran verdaderamente dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de las realidades sobrenaturales»<sup>46</sup>.

cina. Participó como voluntario en la primera guerra contra Austria, en la campaña a Etiopía y en la segunda guerra mundial, siendo varias veces condecorado por valor militar. Después de la muerte del P. Uva, desde 1958 hasta 1962, dirigió el Hospital Psiquiátrico de Potenza -del que hablaremos enseguida-. En 1962 recibió la medalla de oro al mérito por su trabajo en el ámbito de la Sanidad Pública. Murió en Nápoles el 16 de abril de 1974. Ver DELL'OLIO, 271, nota 7.

- <sup>6</sup> Mons. Sarno (Trani 1890-1952) fue un sacerdote ejemplar, de gran cultura que se ocupó de la instrucción y de la educación de los niños pobres. DELL'OLIO, 269, nota 4.
- <sup>7</sup> FELSANI II, 81-82.
- <sup>8</sup> Desde su juventud y hasta su prematura muerte (1941) fue un ferviente republicano, pero su ideología política no le impidió el ser un amigo sincero y un estrecho colaborador de Don Uva. DELL'OLIO, pág. 227, n. 7.
- <sup>9</sup> *La Casa della D. P.*, pág. 21, nota 1.
- <sup>10</sup> DELL'OLIO, pág. 277. El 5 de septiembre de 1935, la Casa disponía de 150 religiosas, comprendidas las Hermanas, las novicias y las postulantes.
- <sup>11</sup> *La Casa della D. P.*, pág. 22.
- <sup>12</sup> En el Instituto Ortofrénico había 650 internos.

- <sup>13</sup> FELSANI II, 107.
- <sup>14</sup> *La Casa della D. P.*, I. cit.
- <sup>15</sup> El nombre deriva de la fórmula usada por San Juan de Dios (1495-1550) para pedir limosna para sus pobres y su hospital: «Haced el bien, hermanos, a vosotros mismos por amor de Dios». Sus seguidores fueron reconocidos como Congregación religiosa por San Pío V en 1572 y como Orden Regular Hospitalaria, por Sixto V en 1586. El primer hospital fue fundado en Granada, España, en 1539. El famoso psiquiatra y antropólogo italiano, César Lombroso (muerto en 1919), materialista, definió al santo: «fundador del primer hospital moderno» por el respeto a la personalidad de los enfermos y las precauciones higiénicas adoptadas en la distribución de los pacientes en repartos distintos. San Juan de Dios, proclamado patrón de los hospitales y de los enfermos por León XIII, y patrón de los enfermeros y de sus asociaciones por Pío XI, fue uno de los modelos de Don Uva.
- <sup>16</sup> El Visitador apostólico es un experto de confianza de la Congregación para los Religiosos para resolver problemas particulares.
- <sup>17</sup> DELL'OLIO, pág. 306.
- <sup>18</sup> Para la información técnica y los documentos relativos a la iniciativa de Don Uva, ver FELSANI II, 96-106. En *Annali* del año 1950, publicado por los médicos de la Casa de la Divina Providencia, el Dr. F. Perniola trata el tema: *Tuberculosis e malattie mentali. L'assistenza ai malati di mente tubercolotici* (págs. 67-73).
- <sup>19</sup> Los documentos que aquí citamos, están en forma textual en FELSANI II, 107-112.
- <sup>20</sup> Cf. DELL'OLIO, págs. 284-285. El Dr. Pasquale murió prematuramente en febrero de 1941; lo sucedió en la dirección del Hospital el Dr. Jerónimo Di Gregorio de Bisceglie, quien renunció voluntariamente en 1971. En marzo de 1952, debido al desarrollo alcanzado por el Hospital, se separó su dirección de la del Instituto Ortofrénico. La dirección de este último es asumida por el Dr. Domingo Lagana, de Bisceglie, especialista en Clínica de las enfermedades nerviosas, permaneció en el cargo hasta 1969.
- <sup>21</sup> Tuvo a su cargo un discurso en una ceremonia realizada en Bisceglie por el décimo aniversario de la muerte de Don Uva, cf. *Decimo anniversario...*, págs. 104-105.
- <sup>22</sup> El que escribe es el Prof. Jerónimo Di Gregorio, director del Hospital de Bisceglie, en *Decimo anniversario...* pág. 64.
- <sup>23</sup> FELSANI I, 85-86.
- <sup>24</sup> *In memoria...* pág. 93.
- <sup>25</sup> FELSANI I, 116. La Pontificia Comisión de Asistencia fue constituida por Pío XII el 22/10/1945, asumió la Comisión de Prófugos de 1944 y la Comisión de Asistencia a los Veteranos de guerra.
- <sup>26</sup> *La Casa della D. P.*, pág. 40.
- <sup>27</sup> Las cartas, incluida la del Alto Comisionado de la Salud, se encuentran en VII, 691-694. No hay noticias acerca de la acogida de las jóvenes.
- <sup>28</sup> Un día, Jesús, sentado frente al tesoro del templo de Jerusalén, miraba cómo la multitud llenaba de monedas las bancas externas del tesoro. Muchos ricos tiraban monedas y con el ruido provocaban la atención de los que pasaban. Una viuda pobre puso en una alcancía dos monedas de poco valor, en total pesaban tres gramos. Jesús dijo a sus discípulos: «En verdad les digo: esta pobre viuda ha dado más que tantos otros, porque todos pusieron lo que les sobra, ésta, en cambio, en su pobreza ha puesto todo lo que poseía, todo lo que tenía para vivir» (*Marcos*, 14, 41-44).
- <sup>29</sup> VII, 696 y ss..
- <sup>30</sup> V, 13.
- <sup>31</sup> *Per il XV anniversario di fondazione della Casa della Divina Provvidenza*, 15 de agosto de 1937, un fascículo de 21 páginas sin numerar, publicado en ocasión de la bendición de la piedra fundamental del santuario, pág. 2.
- <sup>32</sup> *Don Uva, nel X anniversario della sua morte*, pág. 41.
- <sup>33</sup> *Per il XV anniversario...* cit., pág. 2.
- <sup>34</sup> *X anniversario* cit. págs. 42-44.
- <sup>35</sup> Nació en Casoria (Nápoles) el 2/3/1877, fue alumno del Colegio Capránica en donde fue ordenado sacerdote en 1901; tres años después, entraba en el colegio Don Uva. Por un cierto período de tiempo, Maglione fue Padre Espiritual del colegio, de modo que tuvieron ocasión de conocerse. Entró en la diplomacia vaticana en 1918, fue Nuncio Apostólico en Suiza (1920) y en Francia (1926). En 1935 fue hecho cardenal por Pío XI. Cuando Pío XII fue elegido Papa (2/3/1939), lo nombró su Secretario de Estado. Murió en Casoria el 22/8/1944. Don Uva lo recuerda de esta manera: «lo considerábamos nuestro cardenal y su muerte nos ha entristecido profundamente a quienes teníamos impreso en la mente y en el corazón su paterna y amable figura, tal como se nos reveló en aquél memorable 15 de agosto de 1935. Por su bondad y su interés por nuestra Obra, su nombre quedará inscripto en el libro de oro de nuestros benefactores»; *La Casa della D. P.*, pág. 43, nota 1 del fascículo en fase de impresión. El cardenal había prometido volver a Bisceglie para la consagración del santuario.
- <sup>36</sup> Mons. Mimmi nació en Castel San Pietro (prov. de Bolonia) el 18/7/1882, gobernó la arquidiócesis de Bari desde 1933 hasta 1952 año en que fue transferido a la sede arzobispal de Nápoles. Nombrado cardenal, fue llamado a Roma como Prefecto de la Congregación de Obispos. Murió el 1 de marzo de 1961.
- <sup>37</sup> El texto exacto del Evangelio dice: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» *Mateo*, 25, 40. Lo que se debe hacer es: dar de comer al hambriento, de beber al sediento, hospedar al forastero, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los prisioneros.
- <sup>38</sup> *Per il XV anniversario*, cit. pág. 12.
- <sup>39</sup> Donde estaba la casa paterna de Don Uva.
- <sup>40</sup> *Per il XV anniversario*, cit. pág. 4 y *La Casa della D. P.*, págs. 43-44. El arte románico-pullés tuvo su esplendor en los siglos XI y XII, iglesias espléndidas y poderosos castillos caracterizan aún hoy la fisonomía artística de la tierra de Pulla.
- <sup>41</sup> *La Casa della D. P.*, pág. 44, nota.
- <sup>42</sup> El Prof. Egidio Giaroli es el autor de las puertas de bronce, trabaja en Roma, escultor sensible y eficaz de arte sacro. Tiene en su activo cinco puertas de bronce en los Estados Unidos, la puerta de la iglesia de la cárcel romana de Rebibbia y, en el Vaticano, la puerta de la capilla de la Guardia Suiza. Cf. *Un sacerdote per la società...* págs. 54-87.
- <sup>43</sup> Trecentos denarios equivalían a la paga de otras tantas jornadas de trabajo de un obrero.
- <sup>44</sup> La caja común servía también para socorrer a los pobres, *Juan* 13, 29.
- <sup>45</sup> *Juan*, 12, 4-8. Cf. *Mateo* 26, 6-13 y *Marcos* 14, 3-9.
- <sup>46</sup> Conc. Vat. II, *Constitución sobre la sagrada liturgia*, nn. 223-224.





DON  
PASQUALE UVA  
FONDATORE





## Capítulo IX

### EL DRAMA DE LOS SIERVOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA

Don Uva con el Arzobispo Petronelli  
y los primeros cuatro Sacerdotes.

**E**n un pro-memoria del 13 de junio de 1949, Don Uva afirma que desde que tuvo, en el Colegio Capránica de Roma, la inspiración de fundar una pequeña Casa de la Divina Providencia «decidí que apenas volviera a Bisceglie fundaría un Instituto como el de Cottolengo, con dos Congregaciones religiosas: una de sacerdotes para la asistencia espiritual de las Hermanas y los enfermos y otra de religiosas para la asistencia de los pacientes»<sup>1</sup>.

Solo tres años después de la creación de la Congregación femenina, en 1925, le fue posible dedicarse a la masculina con tres jóvenes pobres que cursaban cuarto grado de la escuela primaria y a quienes pensaba enviar al pequeño seminario de Bisceglie para que recibieran instrucción y educación. Cuando terminaron el ciclo básico, los jóvenes fueron al seminario regional de Molfetta para seguir los cursos del liceo y de teología. El programa completo de los estudios abarcaba 12 años y los gastos de los seminaristas estaban totalmente a cargo de las Siervas de la Divina Providencia. El primer sacerdote fue ordenado en agosto de 1939, diecisiete años después de la fundación de la Congregación femenina que ya contaba con 150 Hermanas y 50 novicias, las cuales asistían a cerca de 800 deficientes y 900 dementes<sup>2</sup>.

En 1941, la comunidad masculina a la cual Don Uva dio el nombre de Siervos de la Divina Providencia, estaba formada por 5 sacerdotes, 10 estudiantes del liceo y de teología y 15 clérigos que frecuentaban el ciclo básico en Bisceglie. Para dar algún tipo de forma legal a la comunidad, Don Uva pidió al arzobispo de Trani, Mons. Petronelli que la erigiera como Pía Asociación de la Divina Providencia: el primer paso para la obtención del reconocimiento como Congregación de derecho diocesano, que le fue conferido el 15 de agosto de 1943 con la autorización previa de la Congregación romana para los Religiosos. En ese momento el instituto tenía 9 sacerdotes, 4 novicios y 20 aspirantes. El 8 de septiembre del mismo año, el arzobispo admitió a la profesión de los votos religiosos a Don Uva, a 5 jóvenes sacerdotes y a 6 estudiantes de teología de los cuales 2 eran subdiáco-

nos, 2 habían recibido las cuatro órdenes menores y 2 eran seminaristas<sup>3</sup>. Según las Constituciones, el fin de la Congregación de los Siervos de la Divina Providencia:

«es el ejercicio de la caridad cristiana en favor de los enfermos mentales...Las restantes obras de caridad y aquellas inherentes al ministerio sacerdotal no están prohibidas pero deben subordinarse a las anteriores, es decir, sin que aquellas sufran detrimento».

A continuación se dice que los religiosos

«se proponen fundar Institutos específicos para la asistencia fraterna de los enfermos, tanto sanitaria como espiritual...y procurar la mejora de sus condiciones sociales, obteniendo del poder legislativo competente y de las administraciones civiles, las medidas adecuadas y oportunas».

Hasta ese momento, dichas tareas, las llevaba adelante Don Uva en nombre de las Siervas de la Divina Providencia.

La Congregación para los Religiosos, en la carta en la cual autorizaba al arzobispo la erección de la Pía Asociación de los Siervos de la Divina Providencia como Congregación diocesana, había aconsejado y, prácticamente impuesto:

«la neta separación de las dos Congregaciones, la masculina y la femenina, cada una de las cuales debía tener sus propios superiores religiosos mayores y menores, régimen administrativo y económico totalmente distinto y distinto patrimonio»<sup>4</sup>.

En realidad, las dos Congregaciones ya eran distintas y separadas, tenían cada una su propia casa, y obviamente sus propios superiores, pero el obstáculo insuperable lo constituyó la “total” distinción del régimen administrativo y económico y, sobre todo, el patrimonio que era único e indivisible, constituido por un gran hospital con capacidad para más de 2.800 enfermos, de un valor de alrededor de 20 millones (¡de

18 de septiembre de 1934: Don Uva con algunos benefactores de la Obra.



entonces!), administrado por el Fundador-Presidente y dos Hermanas, una contadora y una cajera. Las entradas estaban constituidas por las cuotas que pagaban por cada enfermo los diversos entes públicos y las pocas donaciones, y llegaban mensualmente a cerca de tres millones. Don Uva pensó en una división legal del valor del patrimonio y « en 100 acciones sociales y la constitución de una administración integrada por representantes de las dos Congregaciones»<sup>5</sup>. Para superar las «diversas y grandes dificultades» que impedían esta división se hicieron otras propuestas.

Las dos Congregaciones, si bien constituidas legalmente en 1926 (las Siervas) y en 1943 (los Siervos) eran

«dos hermanas gemelas ideadas por el mismo Fundador desde el principio»

y tenían el mismo fin, que debían desarrollar contemporáneamente en los mismos hospitales. Por este motivo:

«se podrían considerar como dos Entes con iguales derechos sobre el patrimonio actual y futuro con la división por mitades de las 100 acciones sociales que representan el valor total de ese patrimonio».

La administración podría ser reformada con la constitución de un Consejo general compuesto por 5 religiosos y 5 religiosas; un Consejo de administración con un Presidente-administrador único, un delegado de la Congregación masculina, también la femenina tendría una propia delegada y asumiría las tareas de contabilidad y de caja; y 4 escribientes, dos por cada una de las Congregaciones.

Las Siervas de la Divina Providencia objetaron que la división del patrimonio en partes iguales no era justa debido a la gran desproporción que existía entre el número de las Hermanas -200- y el de los religiosos que solo eran 8. Calculando el valor del patrimonio en 20 millones, 10 hubieran sido asignados a 8 religiosos, a razón de 1.250.000 liras a cada uno de

ellos, mientras a cada una de las religiosas hubieran correspondido 50.000 liras. En el caso en que las dos Congregaciones fueran suprimidas, los religiosos se encontrarían con un conspicuo patrimonio (1.250.000 liras cada uno) y las 50.000 liras de las Hermanas no bastarían para su mantenimiento, especialmente el de las ancianas y las enfermas. La supresión no era entonces previsible, pero podía serlo en el futuro, por ejemplo, por el cambio de la situación política del Estado italiano. Las Hermanas propusieron la división del patrimonio en base al número de miembros de cada Congregación. Mientras tanto, Don Uva, escribió a Mons. Sposetti, Secretario de la Congregación para los Religiosos, el 25 de agosto de 1943<sup>6</sup>, solicitándole la modificación de dos artículos de las Constituciones de las Siervas de la Divina Providencia, en vistas a la aprobación pontificia de la Congregación. El inciso segundo del artículo 3 quedaba -según la propuesta de Don Uva- así modificado: «No pertenece al fin de la Congregación la fundación y gestión de Institutos de internación, tarea que pertenece a la hermana Congregación masculina de los Siervos de la Divina Providencia; las religiosas deberán prestar sus servicios en los institutos fundados por ésta».

El art. 249 quedaba modificado en estos términos: «La Superiora General vigile la disciplina de todas las Casas para estar al tanto de la vida espiritual y física de todas las religiosas».

El texto de las Constituciones estaba listo para ser entregado a los miembros de la Comisión plenaria de los cardenales, que hubieran debido aprobarlo y Don Uva sugería que se escribieran de nuevo sólo las páginas que contenían los artículos a modificar<sup>7</sup>.

El 1 de septiembre, Mons. Sposetti respondió al «venerado Don Pascual» que uno de las modificaciones no era aceptable: «No está bien decir que las Siervas son instituidas únicamente para asistir los hospitales fundados y dirigidos por la rama masculina, por diversas razones: porque no es admitido que un Instituto tenga bajo su dependencia otro instituto femenino (aún en el modo suave con que usted lo sugiere); y porque el Instituto de las Siervas será de derecho pontificio mientras la rama masculina de derecho



Visita de Don Pascual Uva al Seminario episcopal de Bisceglie en noviembre de 1950.

diocesano y la Santa Sede no puede asegurar que lo será también de derecho pontificio; así, consideremos la hipótesis de que el instituto masculino no fuera aceptado por la Santa Sede o que se extinguiera, se tendría la curiosa situación de un Instituto pontificio (el de las Hermanas) al que le falta el objeto de su actuación».

Mons. Sposetti aconseja a Don Uva que deje intacto el texto de las Constituciones que antes de ser presentadas a los cardenales, deberá someterse al voto de dos peritos, uno de los cuales será el suyo quien expondrá los deseos del Fundador<sup>8</sup>. No tenemos otras noticias. Pero en las Constituciones de las Siervas, aprobadas por Pío XII el 24 de enero de 1944, no hay rastros de los cambios que Don Uva había propuesto. El 30 de agosto del mismo año, el arzobispo de Trani autorizaba a las Siervas a «fundar, en las ciudad de Foggia, una Casa con hospital e internado para la atención de deficientes» a norma de las Constituciones no modificadas<sup>9</sup>.

El 18 de marzo de 1945 fueron ordenados otros dos sacerdotes.

El 8 de agosto, desde Roma, Don Uva escribía a las Hermanas:

«Desde hace ya un año el Señor está probando o mortificando, presionando o purificando mi espíritu. Desde las dolorosas situaciones de los sacerdotes que constantemente me atraviesan el corazón, hasta las continuas deserciones de muchas Hermanas y la oposición sistemática de otras, parece claro que el Señor permite que esté bajo la continua presión de una permanente mortificación. Cuando pienso en mis buenos hermanos que me han abandonado, siento una dolorosa desconfianza... Y no estoy menos preocupado por las queridas hijas que, por diversos motivos, se equivocan al alejarse de sus superiores. Creen tener la conciencia tranquila aún cuando toman distancia de la superiora y encuentran en el Consejo miles de defectos, murmuran y proyectan sustituir a la superiora y a las consejeras... Todos estos pensamientos me oprimen el espíritu y me hacen más penoso el viaje y la permanencia [en Roma], lejos de ustedes. A todo esto se añade la frecuente aridez del espíritu y la preo-

cupación por el porvenir. No es que no me abandone totalmente en las manos del Señor, cualquiera sea su santísima voluntad, aún la destrucción de la obra y de las dos Congregaciones: estoy totalmente resignado y con la misma alegría recibo las cosas que me gustan como aquéllas que no van con mi modo de ser; busco sólo una cosa: la total realización de la voluntad de Dios.

No digo que soy insensible al dolor y a la pena, pero la convicción de que esa es la voluntad de Dios me da resignación y hasta alegría porque con mi pena se cumple la santa voluntad de Dios. Y ocupado en estos pensamientos, el estado de sufrimiento se ha convertido en un hábito que me molesta especialmente cuando me asalta la duda de que en las decisiones de Dios puedan haber influido los pecados de mi vida pasada. Es doloroso ver al Señor no ya como el Padre benévolo, sino ofendido, casi enojado, y es esto lo que me da mayor pena. Pero, gracias a Dios, en este estado de pena, el Señor me muestra, de tanto en tanto, su benevolencia, y como los relámpagos en medio de un oscuro temporal aclaran las tinieblas y dan una sensación de bienestar, así, en esta profunda oscuridad, de vez en cuando se asoma Su benevolencia y me consuela y me da una cierta esperanza de que aún me ama»<sup>10</sup>.

La crisis de los Siervos de la Divina Providencia se originó en el problema de la división del patrimonio de la Obra y coincidió con la agitación de las Hermanas mal aconsejadas por extraños.

Luego de la erección canónica de la Congregación masculina y de que sus miembros hicieran la profesión religiosa temporal de los votos de pobreza, castidad y obediencia, se hubiera debido proceder al nombramiento del superior y de cuatro consejeros. A tal fin, la Congregación para los Religiosos concedió al arzobispo de Trani la facultad de dispensar de los impedimentos que podían derivar de la joven edad de los primeros Siervos o del tiempo de la profesión temporal de los votos; los superiores mayores debían ser elegidos entre aquellos religiosos de votos perpetuos. Los sacerdotes de Don Uva creyeron, en cambio, que no era oportuno valerse de la dispensa y decidieron

Segundo Congreso Regional Psiquiátrico,  
Bisceglie 1950.



esperar un año para profesar los votos perpetuos.

El 15 de mayo de 1945, en una reunión vespertina, que se prolongó hasta la medianoche, Don Uva habló de la naturaleza de la Congregación masculina<sup>11</sup>.

«Es bueno recordar que no todos vieron con buenos ojos la erección de la Congregación. Algunos hubieran preferido continuar como una comunidad de hecho, sin votos y sin obligaciones. Esto no nos pareció bien, ni a mí ni a algunos de ustedes; otros pensaron en una Congregación sin votos perpetuos, solo con votos temporales<sup>12</sup>, lo cual tampoco nos gustó: yo quería una Congregación regular, con sus regulares tres votos perpetuos. Terminaron todos demostrando la adhesión a esta idea pero pidieron un año más para la decisión definitiva. Pasó el año de experimento y luego de hacer ejercicios espirituales se dispusieron a la profesión de los votos perpetuos. En los últimos días, surgieron nuevas dificultades, muy graves, que parecieron luego allanadas y superadas. Busqué asegurarme de sus convicciones y me parecieron serias vuestras afirmaciones, por lo cual di mi parecer favorable a vuestro pedido de ser admitidos a la profesión perpetua; preparé las fichas y dispuse las formalidades para la celebración del Capítulo y la designación del Consejo. Surgieron nuevas dificultades por lo cual fue necesario posponer la reunión del Capítulo general. El arzobispo concedió autorización para ello confiándome extraordinariamente la dirección de la Congregación».

Y a continuación, Don Uva focaliza la situación y el origen de la resistencia de sus sacerdotes:

«Me di cuenta rápidamente de que a alguno de ustedes les faltaba la noción del voto de obediencia. Alguno se rebeló abiertamente, me llenó de injurias y asumió una actitud hostil, luego la resistencia pasiva y la violación total de mis órdenes. Esperé inútilmente un arrepentimiento. Lo que oía y veía creaban en mí la convicción de que también en algún otro sacerdote la fuerza del voto de obediencia no era asumida con plenitud, ya que estaba dispuesto a dejar la comunidad en caso de que no se hiciera su voluntad».

En ellos prevalecía la preocupación acerca de la división del patrimonio.

«Había suma preocupación por establecer legalmente las relaciones entre las dos Congregaciones y no se pensó para nada en la formación moral y espiritual. Hubo desacuerdos que fueron allanados pero no se llegó a una total solución, debido también a la guerra que impedía la comunicación con la Congregación para los Religiosos [de Roma]. Así se arrastró mezquinamente la vida de la Congregación, infectando sus raíces y dando continuamente escándalo a sus novicios y estudiantes. Llegados a este punto, después de más de 20 meses desde su fundación y 10 desde la profesión perpetua, he sentido el deber y la responsabilidad de denunciar al arzobispo la situación de la Congregación. Le sorprendió que se hubiera prolongado tanto la dirección extraordinaria de la Congregación y que se hubiera continuado con esta vida tan poco edificante. Y he pensado que vengan para que rezando más se llegue a una solución definitiva y cada uno me diga sus ideas al respecto».

Para tal fin, Don Uva estableció que durante el mes de junio se hicieran tres días de retiro espiritual durante los cuales los sacerdotes fueron dispensados de sus obligaciones pastorales. Para favorecer una decisión definitiva, explica claramente su pensamiento acerca de la naturaleza de la comunidad de los Siervos de la Divina Providencia:

«Debe ser de votos perpetuos, en el sentido más profundo de las palabras: *obediencia* diligente, ciega, alegre, sin condiciones; *pobreza*, la más estricta, con el corazón despojado de cualquier apego a las cosas materiales y practicada del modo más severo, religioso; la *pureza* más angelical».

Don Uva rechaza con extrema decisión cualquier transacción o tergiversación de la naturaleza misma de la Congregación que entendía fundar:

«Si alguno de ustedes no es así, o no tiene intenciones de formarse de este modo, me deje en santa paz y se vaya a su casa. No les exigiré nada por

la instrucción y la educación que se les dio; me basta con que sean buenos sacerdotes y den gloria a Dios, pero así no permanezcan en la Congregación. ¿Y si todos han tenido esta formación sacerdotal pero no religiosa? No me disgustaría si todos se fueran. Me equivoqué al mandarlos al seminario y volveré a empezar»<sup>13</sup>

En otras palabras, y es un deber reconocer su lealtad, Don Uva admite que sus sacerdotes, durante los largos años transcurridos en el seminario, habían recibido una formación orientada al ministerio sacerdotal y no la formación específica de una Congregación religiosa.

En una sucesiva reunión del 6 de junio, Don Uva desarrolla lo que dijo en la reunión precedente, del 15 de mayo, a propósito de la naturaleza de la Congregación al hablar sobre la vida y el espíritu de los Siervos de la Divina Providencia. Además del fin general de la propia santificación, tienen un fin específico: la formación espiritual de las Siervas, a partir de las jóvenes aspirantes. Este fin no sólo exige que sean maestros sino modelos; serán también los forjadores y los modelos de nuevos religiosos. La conclusión es que deberán vivir lo que enseñan con la perfecta observancia de los tres votos y de las Reglas propias de la Congregación<sup>14</sup>.

En 1946, el Padre espiritual de las Hermanas, Mons. Luis D'Oría, le hace presente verbalmente que los sacerdotes querían saber cuál era su pensamiento en relación a su formación y a su situación. Con este motivo, Don Uva además de reiterar lo que ya ha dicho sobre la formación espiritual, dice:

«La posición jurídica de la Congregación, que comprende, además de lo jurídico, los aspectos administrativos, disciplinarios, etc., responde a un concepto fundamental: todo es de la Obra, todo se atribuye a la Obra. La Obra se encarna en el Padre [Fundador] que determina lo que es debido para la vida de las respectivas familias de la Casa según sus propias exigencias y el espíritu religioso. Es necesario, sobre todo, que nos abandonemos a la Divina Providencia si queremos ser verdaderamente

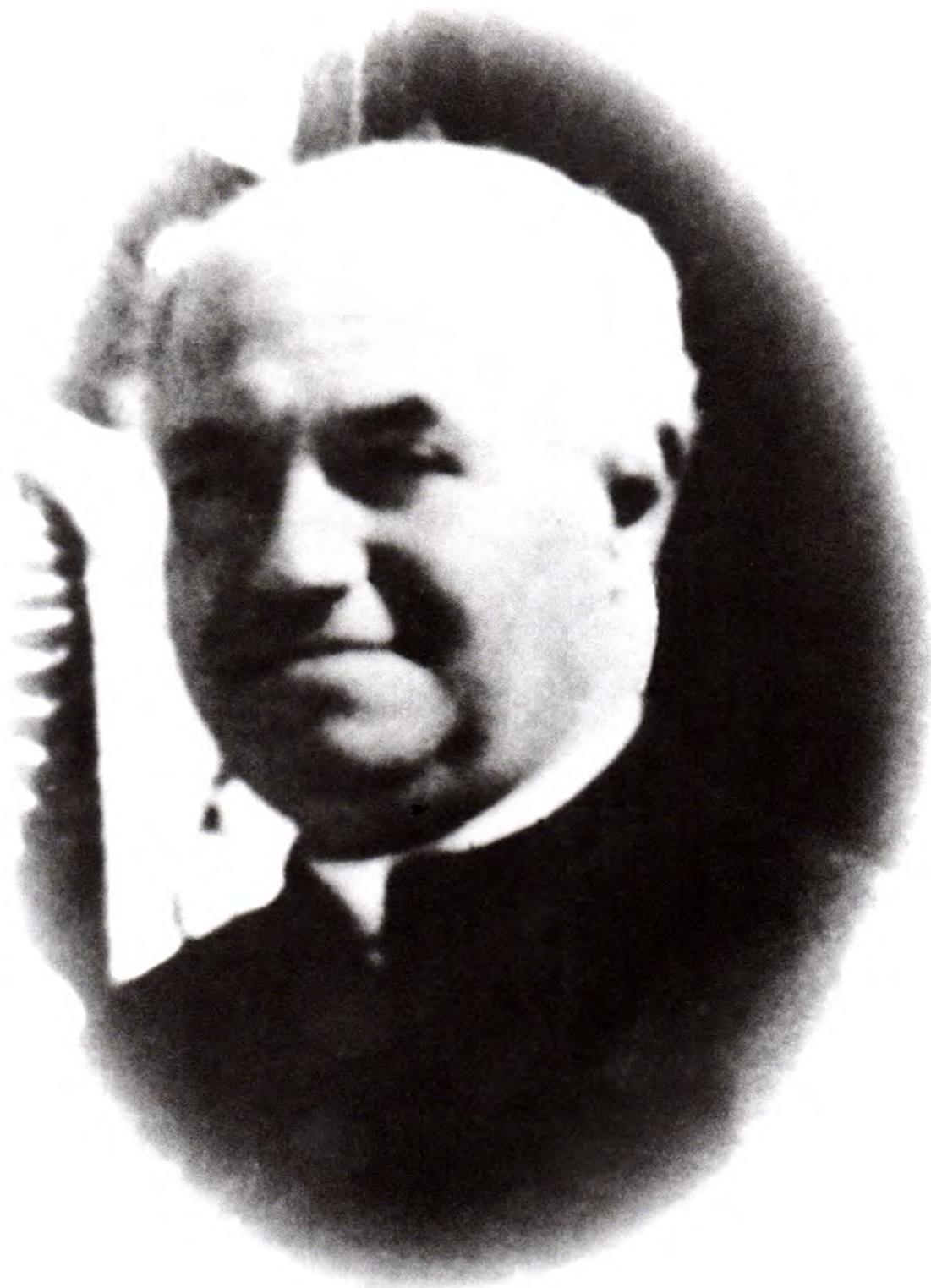
hijos de Dios. La Providencia no fallará como no ha fallado jamás al compromiso asumido con los hombres por medio de su Divino Hijo Jesucristo. Este es mi pensamiento, que no puede someterse a compromisos ni a recortes, ni transformado o desfigurado; esto no lo permitiré jamás»<sup>15</sup>.

Es evidente que Don Uva pensaba en proveer a las necesidades materiales de la Congregación masculina con los fondos de la caja de la Obra, lo que significa que la propuesta de división del patrimonio había sido definitivamente dejada de lado.

La firme posición de Don Uva en cuanto a la naturaleza y a las tareas de la Congregación de los Siervos, podría considerarse una terquedad; sin embargo, prudente y humilde como era, había pedido consejo a religiosos de gran prestigio y competencia.

El 11 de julio de 1946, se dirige a Roma para atender algunos trámites y apenas llega, va a la Universidad Gregoriana a encontrar a su gran amigo, el jesuita P. José Filograssi<sup>16</sup> que ya había sido informado de la situación de la Congregación masculina. Don Uva le expone los detalles y le da a leer un memorial de los sacerdotes y su respuesta: «Me sorprende mucho, no sólo la forma [del memorial] que con afirmaciones de carácter espiritual esconde intereses exclusivamente materiales y confirma mi idea acerca de la falta absoluta de espíritu religioso y toda forma de corrección y delicadeza con el superior. Me reservo la facultad de tomar las medidas oportunas». Ese mismo día, habló con el rector del Capránica quien deploró la conducta de los sacerdotes y le aconsejó despedirlos a todos<sup>17</sup>.

Cuatro días más tarde, consultó al P. Servo Goyeneche<sup>18</sup> a quien había conocido en otras ocasiones, el cual confirmó el juicio del P. Filograssi sobre el comportamiento de los sacerdotes y le aconsejó que salvara lo salvable entre los sacerdotes y estudiantes que se preparaban para ser Siervos de la Divina Providencia. Para ello, sugirió la sumisión de todos ellos a una disciplina religiosa rigurosa y por un largo tiempo, más de dos años de noviciado para todos, aún pa-



ra los estudiantes grandes que durante este período debían interrumpir los estudios. Don Uva le pidió si le podía procurar algún religioso Claretiano como Padre y Maestro espiritual, idea óptima pero de difícil realización<sup>19</sup>.

A la tarde, Don Uva encontró a otro religioso -cuyo nombre resulta indescifrable- que confirma la conveniencia de salvar lo salvable y le dice que el Código de Derecho Canónico no excluye la posibilidad de tener un Maestro de otra Congregación.

El P. Filograssi le propuso pedir en la Curia Ge-

neral de los Jesuitas a dos Padres de la Provincia Napolitana: uno de ellos como Padre Maestro y el otro como predicador fijo de ejercicios espirituales<sup>20</sup>. A este fin, se reúnen ambos con el Visitador de los Jesuitas para Italia, el cual considera que la idea es factible<sup>21</sup>, pero, no obstante la disponibilidad de los superiores mayores, no fue posible realizarla.

Hacia fines de 1946, todos los Siervos de la Divina Providencia abandonaron a Don Uva<sup>22</sup>, pero éste no se desanimó y con su habitual tenacidad reunió un núcleo de estudiantes del ciclo básico y del liceo. A

los tres años, el 7 de junio de 1949, fue recibido por Pío XII a quien confió la situación de la Congregación masculina; el Papa le hizo algunas observaciones y le prometió ocuparse de la concesión de dos jesuitas para la formación de los futuros Siervos de la Divina Providencia<sup>23</sup>. Aún esta vez el resultado fue negativo. A pesar de las reiteradas desilusiones, el 13 de enero de 1951, acordándose de su antigua amistad con los religiosos del P. Guanella, recurrió al Padre General Luis Alipi.

Don Uva se encontraba en Roma con la intención de ir a Como, cuando providencialmente, el P. Alipi estaba en la ciudad y pudo encontrarlo<sup>24</sup>. Luego de dos meses, como no había recibido respuesta, le escribió una carta en la que le hacía presente su gran preocupación:

«Tengo absoluta necesidad de un Padre santo que forme a estos primeros novicios: son cinco. Me conformo con que, al menos por un año, los forme en el espíritu religioso de nuestras obras de caridad, que son iguales a las vuestras. No me niegue esta caridad, que lo es para toda la Iglesia: se trata de una obra naciente que podrá hacer mucho bien. [El Padre] podría venir en agosto para iniciar el noviciado»<sup>25</sup>.

Sus súplicas fueron vanas porque debió ocuparse él mismo de formar a sus seminaristas en el espíritu religioso desde el 28 de junio hasta el mes de octubre de 1951, como lo estaba haciendo desde 1946<sup>26</sup>.

Sólo uno de los novicios permanece con él, un estudiante de teología en el seminario de Molfetta: Félix Posa, que ya sacerdote encontraremos en Bisceglie, el 14 de agosto de 1955, junto a Don Uva que está muriendo.

El 10 de agosto de 1983, el cardenal Corrado Ursi, arzobispo de Nápoles<sup>27</sup>, en la homilía de la misa solemne concelebrada con motivo del centenario del nacimiento de Don Uva, dijo:

«Se dedicó después<sup>28</sup> a fundar la Congregación de los Siervos de la Divina Providencia, que por mu-

cho tiempo había concebido como una segunda ala de su Obra. Pero la Congregación se extinguió al poco tiempo. Estuve a su lado en esos momentos de pasión<sup>29</sup>. Fue la agonía de Don Uva. Como Jesús en el huerto de los Olivos, sufrió la fuga de los discípulos. Estuve a su lado en esos momentos de pasión. Puedo decir que no se trataba, en esa ocasión, de un nudo que había que desatar. Don Uva tenía una gran intuición de las cosas y una gran capacidad para resolver problemas prácticos. La crisis se hizo irreversible porque él quiso respetar la personalidad de sus discípulos y discípulas»<sup>30</sup>.

Una joven y humilde religiosa polaca, contemporánea de Don Uva, la Sierva de Dios María Faustina Kowalska (1905-1938), sufrió una prueba análoga a la suya. Jesús le confió la propagación de la devoción a la Divina Misericordia a través de algunas iniciativas, entre ellas, la fundación de una nueva Congregación. Atormentada por las dificultades y los sufrimientos, fue muy poco lo que pudo hacer. Al final de su vida escribió: «Oh Jesús mío, no das la recompensa por el éxito de la obra sino por la voluntad sincera y por las fatigas ofrecidas, en cuanto a esto, estoy plenamente tranquila, aunque todas mis iniciativas y mis esfuerzos pudieran ser anulados o nunca realizados. Si hago todo aquello que está a mi alcance, el resto no es asunto mío; y por eso las grandes tormentas no turbarán la paz de mi corazón. En mi conciencia mora la voluntad de Dios»<sup>31</sup>.

Estas sublimes palabras se adaptan perfectamente a la dolorosa situación de Don Uva de quien, recorriendo su vida, hemos conocido, paso a paso, su perfecta adhesión a la voluntad de Dios aunque todas sus iniciativas hubieran caído en la nada. Aún en este caso extremo, su alma no hubiera perdido la paz y sus méritos hubieran sido reconocidos y premiados por Dios. Para con los sacerdotes que lo abandonaron, nunca expresó ni tuvo algún sentimiento de rencor y se alegró de que, en su ministerio sacerdotal, buscaran la gloria de Dios y el bien de las almas.

Quizás sólo le quedó en el corazón una amarga nostalgia.

- 1 XI, 1985.
- 2 *Per la Prima Messa del sacerdote Don Luigi Napoletano, primo sacerdote della Casa della Divina Provvidenza, celebrata solennemente nella Chiesa di S. Agostino a Bisceglie il 15 agosto 1939. Discorso dell'arcidiacono Don Vincenzo Caputi*, Tipografia-Scuola della Casa della Divina Provvidenza, Bisceglie 1939, pág. 17. El P. Caputi, archidiacono de la Catedral de Bisceglie, hermano de Pascual Caputi, el maestro albañil que edificó los primeros locales para las Siervas, fue profesor y presidente en la escuela de Bisceglie desde 1901 hasta 1940, año de su muerte.
- 3 Tomamos estos datos de una estampa distribuida como recuerdo en esa ocasión. Uno de los sacerdotes, Sante Iacovelli, ordenado el 31 de mayo de 1941, había sido enviado por Don Uva al Colegio Capránica para los estudios teológicos como resulta de dos cartas al rector del 6 y del 28 de septiembre de 1942.
- 4 XI, 1987.
- 5 XI, 1979.
- 6 La carta está dirigida al domicilio romano del Prelado.
- 7 VI, 591-594.
- 8 VI, 595-596,
- 9 VI, 597.
- 10 VI, 619 y ss.. La carta es del 8 de agosto de 1946. En el momento de escribirla, Don Uva había obtenido la conclusión favorable de un importante trámite en el Ministerio del Tesoro para el Hospital de Foggia; cf. 1. cit. pág. 621 y ss. Al día siguiente, con ocasión del 24 aniversario de la fundación de las Siervas, desde el colegio Capránica escribe a la superiora y a las Hermanas otra dramática carta en la que habla de una peligrosa crisis en algunas de sus Hijas que «se obstinan en querer otras Reglas mejores, otra santidad más sublime o mayores comodidades»; éstas deberán dejar la Congregación: «Quien no está con el Padre, quien no está con la Madre, quien no está con el Consejo está fuera de la Congregación». El Padre defiende su autoridad contra aquellos que han seguido consejos de otros, VI, 625-626.
- 11 El texto de su discurso se encuentra en XI, 2049-2052 y permite la reconstrucción de los hechos con una base documental.
- 12 De los cuales se podía obtener, eventualmente, un dispensa.
- 13 XI, 2051 y ss.
- 14 XI, 2053-2055.
- 15 VI, 609-612. El texto está fechado indirectamente porque Don Uva afirma que tiene 63 años. En una carta que escribe en Bisceglie el 26 de marzo de 1946, comunica al P. Nicolás Mastorocco, uno de los primeros Siervos de la Divina Providencia, que el arzobispo lo había nombrado vice superior de la Congregación (*ibid* pág. 613).
- 16 El P. Filograssi nació en Barletta el 17 de noviembre de 1875, estaba emparentado con dos obispos de excepcional estatura moral y gran piedad: Mons. Ignacio, obispo de Marisco y Potenza (+ 1913) y Mons. Nicolás Monterisi, hermanos de su madre. Ya hemos conocido a Mons. Nicolás, alumno del colegio Capránica en 1890 y compañero de José Filograssi que luego se hizo jesuita y prestigioso profesor de la Universidad Gregoriana. Se especializó en ciencias bíblicas y lenguas orientales en la Universidad de Beirut (Líbano), autor de importantes tratados sobre la Virgen y la Eucaristía y ocupó cargos de gran responsabilidad en su Orden. Murió en Roma, el 12 de abril de 1962.
- 17 VIII, 1208-1209 y ss.
- 18 El P. Servo Goyeneche, español, perteneciente a la Congregación de los Misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de María, comunmente llamados Claretianos por su fundador San Antonio María Claret (1807-1870). Era profesor de Derecho y Praxis Procesal en la facultad jurídica de la Pontificia Universidad Lateranense. Consultor de varias Congregaciones romanas, entre ellas la de Religiosos, la S. Sede le confió diversos y delicados encargos, fue Perito del Concilio Vaticano II. En VIII, 1209, el apellido del P. Goyeneche está escrito: Pyeniche!.
- 19 VIII, 1210.
- 20 VIII, 1210.
- 21 VIII, 1211.
- 22 Los sacerdotes, luego de dejar la Congregación, dieron pruebas de un buen ejercicio de su ministerio. Solo uno de ellos, que había profesado los votos temporales cuando era subdiacono y fue ordenado sacerdote al año siguiente, murió trágicamente a los 26 años, el 2 de mayo de 1946: «Tuvo un fin imprevisto, digno de profunda piedad; su muerte ocasionó un profundo dolor a Don Uva y a toda la Comunidad; en el solitario misterio que perturbó su espíritu, permaneció siempre intacta su fe en la Virgen María, mediadora de salvación, a quien dedicó su última oración, apretando el rosario con sus manos» DELL'OLIO, pág. 338, nota 22.
- 23 VIII, 1224.
- 24 VII, 682.
- 25 VII, 684
- 26 Cf. XI, 2078-2080.
- 27 Nació en Andria en 1908, fue ordenado sacerdote en 1931, y elegido obispo de Nardò en 1951, arzobispo de Acerenza en 1961 y transferido a Nápoles en 1966, año en que fue hecho cardenal por Pablo VI.
- 28 Después de fundar la Congregación de las Siervas.
- 29 El cardenal era, en ese momento, rector del Seminario de Molfetta. Don Uva lo invitaba con frecuencia para que hablara a sus clérigos.
- 30 Ver *Un sacerdote per la società*, pág. 45.
- 31 *Diario di suor Faustina Kowalska, dell'istituto della Beata Vergine Maria della Misericordia* (1905-1938), Libreria Editrice Vaticana, 1992, págs. 342 y 299, con fecha 12 de febrero de 1937. La Hna. Faustina fue elevada al honor de los altares con el título de „beata“, el 18 de abril de 1993.



# INDICE

<i>Prólogo</i>	pag.	5
----------------	------	---

## Primera parte Desde la infancia hasta el sacerdocio

### *Capítulo I*

<b>Los primeros años</b>	»	11
Seminarista en Bisceglie	»	13
Benevento y Conversano	»	14
Páginas de su diario	»	14
Temores y turbaciones	»	15
Notas al capítulo I	»	20

### *Capítulo II*

<b>El período romano</b>	»	23
El Colegio Capránica	»	24
Páginas de su diario	»	25
Una desventura	»	30
Finalmente sacerdote	»	30
Ensayos apostólicos	»	31
La iluminación	»	31
Fidelidad a su nido	»	32
Notas al capítulo II	»	34

### *Capítulo III*

<b>El pastor de almas</b>	»	37
Rector y párroco	»	38
El predicador	»	40
Novedades pastorales: catecismo y escuelas.	»	42
Los años de guerra	»	43
Una causa ganada	»	45
La idea de dejar la parroquia	»	46
Actividad política	»	46
Sabiduría política	»	50
Honores y propuestas	»	51
Notas al capítulo III	»	53

## Segunda parte La ciudadela de la caridad

### *Capítulo IV*

<b>Del sueño a la realidad</b>	»	59
El soñador	»	60
La semilla	»	62

Las primeras construcciones	»	62
Las primeras Siervas	»	63
Vanos intentos de colaboración	»	64
Organización jurídica de la Obra	»	66
En busca de ayuda	»	68
Comienzo de la Obra: los primeros enfermos	»	69
Las primeras construcciones	»	72
Viaje de instrucción	»	72
La generosa contribución de la ciencia	»	73
Para los sacerdotes pobres	»	76
Notas al capítulo IV	»	77
 <i>Capítulo V</i>		
<b>Años heroicos</b>	»	81
La cuestación	»	82
Bajo el sol implacable	»	83
Bajo la lluvia y en el barro	»	84
«Historia de una jornada»	»	84
Peregrino de la caridad	»	86
Un coloquio a distancia	»	87
El espíritu de la cuestación	»	90
«Jesús está cerca mío»	»	92
«Miré al cielo ...y seguí adelante»	»	93
«Un pozo de desechos»	»	94
Una amenaza	»	95
«Sé que sufren demasiado, santas hijas mías»	»	96
Recuerdos de las Siervas	»	96
Necesidad de la cuestación	»	97
Notas al capítulo V	»	100
 <i>Capítulo VI</i>		
<b>La instrucción de las Siervas</b>	»	103
Angustiosas peripecias en Roma	»	104
Notas al capítulo VI	»	110
 <i>Capítulo VII</i>		
<b>La recuperación de los enfermos</b>	»	113
La asistencia	»	114
La educación al trabajo	»	115
La misión de las Siervas	»	116
La educación religiosa de los internados	»	118
Notas al capítulo VII	»	119
 <i>Capítulo VIII</i>		
<b>El Hospital Psiquiátrico para la Provincia de Bari</b>	»	123
Las tratativas	»	125
El traslado de los enfermos	»	127
Los primeros enfermos llegan a Bisceglie	»	128
Las construcciones	»	128
La búsqueda de enfermeros religiosos	»	129
Para los tuberculosos	»	130
Los dementes tuberculosos	»	131
Las inspecciones	»	132

La asistencia a los militares	»	135
La caridad fuera de los muros	»	136
El corazón y el alma de la Obra	»	137
Notas al capítulo VIII	»	140

*Capítulo IX*

<b>El drama de los Siervos de la Divina Providencia</b>	»	145
Notas al capítulo IX	»	153

**Tercera parte**  
**«La caridad no está limitada por el espacio»**  
**(Padre Uva)**

*Capítulo X*

<b>El Hospital Psiquiátrico de Foggia</b>	»	167
Una nueva empresa	»	168
El proyecto	»	168
Astucias inútiles	»	169
Los daños de la guerra	»	169
La adquisición de tierras	»	170
Un paréntesis festivo	»	170
Tratativas	»	170
La piedra fundamental	»	172
Las construcciones	»	174
La colonia agrícola	»	175
Ni intrigas ni mentiras	»	176
«El administrador de un gran Señor»	»	178
Los primeros internados	»	178
Notas al capítulo X	»	181

*Capítulo XI*

<b>La atención psiquiátrica en Italia Meridional</b>	»	183
Nuevos horizontes	»	184
Las carencias del Sur	»	184
Inútiles llamados al Gobierno	»	185
Intentos de Don Uva en Abruzzo	»	186
En Benevento	»	186
En Sicilia	»	186
En Salento	»	188
Propuesta de una ciudadela psiquiátrica	»	188
Notas al capítulo XI	»	195

*Capítulo XII*

<b>El Hospital Psiquiátrico de Potenza</b>	»	199
Notas al capítulo XII	»	208

*Capítulo XIII*

<b>El Hospital Psiquiátrico de Guidonia</b>	»	211
Nuevas ideas	»	216
Notas al capítulo XIII	»	218

*Capítulo XIV*

<b>El Hospital Psiquiátrico para Religiosos</b>	»	223
Notas al capítulo XIV	»	229

*Capítulo XV*

<b>Para las mujeres descarriadas: un proyecto no realizado</b>	»	231
La misión de Don Uva	»	232
Don Uva de viaje	»	237
Visita al «Cottolengo»	»	238
Visitas a Institutos especializados	»	242
Notas al capítulo XV	»	246

**Cuarta parte**

**«Siervo bueno y fiel...toma tu parte en el gozo de tu Señor»  
(Mateo 25,21)**

*Capítulo XVI*

<b>El lento declinar</b>	»	251
Las últimas exhortaciones a sus Hijas	»	256
Dramático viaje a Guidonia	»	258
En el lecho de muerte: un gran consuelo	»	262
El adiós a Don Uva	»	265
Notas al capítulo XVI	»	268

*Capítulo XVII*

**Epílogo**

<b>La figura de Don Uva</b>	»	271
Su secreto	»	273
Notas al capítulo XVII	»	281

*Capítulo XVIII*

<b>Nuevos Horizontes</b>	»	283
Hacia la gloria de los Santos	»	287
Notas al capítulo XVIII	»	288

<i>Fuentes y bibliografía</i>	»	290
-------------------------------	---	-----

<i>Apéndice</i>	»	293
-----------------	---	-----

<b>Llamado al Gobierno</b>	»	293
----------------------------	---	-----

Se terminó de imprimir  
en el mes de marzo de 1997  
en Litonova srl - Gorle (BG)

